

— VINE —  
COMENTARIO TEMÁTICO  
PROFECÍA

Del autor del  
*Diccionario Expositivo  
de Palabras del Antiguo y  
del Nuevo Testamento  
Exhaustivo*



W.E. VINE CON C.F. HOGG

VINE  
COMENTARIO TEMÁTICO  

---

PROFECÍA  

---

W. E. VINE  
CON C. F. HOGG



GRUPO NELSON  
Una división de Thomas Nelson Publishers  
Desde 1798

NASHVILLE · MÉXICO DF. · RÍO DE JANEIRO



© 2010 por Grupo Nelson®

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. [www.gruponelson.com](http://www.gruponelson.com)

Título en inglés: *Vine's Topical Commentary: Prophecy*

© 2010 por W. E. Vine Copyright Ltd. de Bath, Inglaterra

Publicado por Thomas Nelson, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas son de las siguientes versiones y son usadas con permiso:

Citas bíblicas marcadas «NVI» son de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Bíblica, Inc. Usados con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Citas bíblicas marcadas «DHH» son de La Biblia Dios Habla Hoy, Tercera edición© Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usadas con permiso.

Citas bíblicas marcadas «PDT» son de la Palabra de Dios para Todos © 2005 por el Centro Mundial de Traducción de la Biblia.

Nota de la editorial: Debido a que este libro se escribió hace mucho tiempo, algunas de las ideas expuestas ya no son vigentes, como el caso de la Unión Europea, los diez reinos, etc.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*

Traducción: *Miguel Mesias*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-1-60255-387-3

ISBN: 978-1-60255-493-1 (eBook)

Impreso en Estados Unidos de América

14 15 16 17 18 QGF 9 8 7 6 5 4 3 2

# TABLA DE CONTENIDO

Introducción

## **Sección 1: Profecía**

Proclamaciones proféticas

## **Sección 2: Profecías del Mesías**

Isaías 49—57: Profecías, promesas, advertencias

Isaías 50

Isaías 51

Isaías 52.1-12

Isaías 52.13–53

Isaías 54

Isaías 55—57

El testimonio del Bautista

## **Sección 3: Profecías de los tiempos del fin**

Testigos de la Segunda Venida

La Segunda Venida del Señor

El Sacerdote-Rey que viene

Los tiempos determinados

La expectativa de Cristo

La resurrección y el arrebatamiento

La parusía del Señor

El tribunal de Cristo  
La epifanía de la parusía  
El gobernante mundial gentil final y su dominio  
El efecto de la esperanza  
Una sinopsis de la doctrina bíblica de la Segunda Venida  
La iglesia y la tribulación  
La Gran Tribulación y la ira de Dios  
El arrebatamiento y la Gran Tribulación  
Objeciones  
El resurgimiento venidero del Imperio Romano  
El reino eterno  
Las cuatro mujeres de Apocalipsis  
El libro sellado de Apocalipsis

Apéndice

# INTRODUCCIÓN

*Aunque muchos concordarán con la perspectiva de Vine en cuanto al valor y significado de la profecía, este es un tema de interpretaciones variadas. Sin embargo, aun si sus propias creencias difieren de las de Vine, usted apreciará su apertura a la verdad de Dios y su entusiasmo al ver revelada la voluntad profética de Dios. Él no es un extremista, pero trasmite un amor genuino por la enseñanza profética de las Escrituras.*

—F. F. Bruce

Indudablemente, William Edwy Vine era erudito en muchos campos. Además de teólogo y hombre de sobresaliente intelecto académico, tenía un corazón por toda la humanidad que le hizo experto en la comunicación.

Nacido en 1873, cuando C. H. Spurgeon, D. L. Moody y F. B. Meyer disfrutaban de popularidad a ambos lados del Atlántico, Vine se crió en un internado que poseía y dirigía su padre. Este factor contribuyó de manera trascendental a su interés en la enseñanza. A los diecisiete años era maestro en la escuela de su padre mientras asistía a la Universidad de Gales como preparación para más adelante obtener un título en la Universidad de Londres, un máster en artes clásicas.

A los veintiséis años pasó las vacaciones de Semana Santa en la casa de una pareja consagrada, el señor Baxendale y su esposa, donde conoció a la hija de estos, Phoebe. Pocos años más tarde, Vine y Phoebe se casaron. Fue un matrimonio como bajado del cielo. Tuvieron cinco hijos: Elena, Cristina, Eduardo, Winifred y Jeanette. Durante su compromiso, la reputación de Vine como claro expositor bíblico iba creciendo. Poco después aceptó ser codirector de la escuela con su padre. En 1904, después de que su padre murió, su hermano Theodore llegó a ser codirector con él.

Fue durante ese tiempo, en conjunción con el señor C. F. Hogg, cuando produjo tres comentarios clásicos: 1 y 2 Tesalonicenses, seguido de Gálatas. Estas obras maestras exhiben el alcance pleno de la erudición de Vine.

Mientras enseñaba en la escuela, preparaba sus estudios de maestría y escribía comentarios profundos, también desarrolló el hábito vitalicio de enseñar clases de gramática del griego del Nuevo Testamento. Esto puso el cimiento para su obra clásica de todos los tiempos: *Diccionario expositivo*

*de palabras del Nuevo Testamento* y, más tarde, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo Testamento*. Sus diccionarios son clásicos —hay más de tres millones de ejemplares por todo el mundo—, prueba de que su erudición y claridad de expresión son tan relevantes hoy como cuando fueron publicados.

Vine aplica un enfoque «microscópico» a la enseñanza expositiva; enfoque en la palabra que toma en consideración toda referencia a esa palabra en la Biblia así como también a su uso en el griego contemporáneo y clásico. La exposición de Vine versículo a versículo revela una profundidad de comprensión que comentarios mucho más voluminosos no logran dar. Explica el significado de palabras clave en cada versículo y las enlaza con el pasaje completo.

Este volumen se compila de los escritos sobre profecías hallados en la serie de cinco volúmenes *The Collected Writings of W. E. Vine* [Escritos compilados de W. E. Vine]. En algunos casos, estos artículos han sido condensados de su forma original. Fueron escritos a principios del siglo veinte, y toda alusión a «eventos actuales» o referencias político-geográficas se deben considerar bajo esa luz. Se han añadido párrafos introductorios en cursivas para ayudar al lector.



# SECCIÓN

# 1

# PROFECÍA

## PROCLAMACIONES PROFÉTICAS

*Este primer artículo introduce apropiadamente muchos temas clave en cuanto a la profecía que serán útiles para que el lector pueda entender mejor la naturaleza y función de la misma. Los profetas no obtuvieron una percepción general de lo que debían decir, dominando su tema y expresándolo a voluntad, como el predicador de los días modernos; la influencia divina en sus declaraciones fue tal que las formas de expresión que sus comunicaciones tomaron fueron resultado de la acción del Espíritu Santo. Estos mensajes caen en dos categorías básicas: predicciones («las cosas que sucederán») y proclamaciones («las cosas que hay que cambiar ahora mismo»).*

La misión del profeta era hablar en el nombre del Señor. El mensaje consistía en expresar la mente de Dios. «El concepto de profeta iba necesariamente acompañado de que él decía, no sus propias palabras, sino las que había recibido directamente» (*Léxico Hebreo*, de Gesenius). Así, cuando Moisés adujo su incapacidad para razonar con el faraón, Dios le dijo: «Tu hermano Aarón será tu profeta» (Éx 7.1), lo que quiere decir que Aarón pronunciaría la palabra de Dios en nombre de Moisés. La naturaleza de la profecía en este respecto se aplica a todos los profetas de las Escrituras, sea en el período cubierto por el Antiguo Testamento como en los tiempos apostólicos.

«Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada». Esto se explica, primero, por la declaración de que «nunca la profecía fue traída por voluntad humana». El que la profecía no sea de interpretación privada quiere decir que no se originó en la voluntad del profeta. Por el contrario, en segundo lugar, fue dada por Dios: «los santos hombres de Dios hablaron». Entonces, conforme a la acción divina en y por medio de los profetas, «fueron inspirados (literalmente, llevados) por el Espíritu Santo». En consecuencia, no es solo que la profecía no se originó en la voluntad del profeta, sino que él tampoco aportó su propia construcción en el mensaje que debía comunicar. Tanto el origen como el control eran de Dios. Los profetas no obtuvieron una percepción general de lo que debían decir, dominando su tema y expresándolo a voluntad; la influencia divina en sus declaraciones fue tal que las formas de expresión que sus comunicaciones tomaron fueron resultado de la acción del Espíritu Santo.

## **EJEMPLIFICADO EN EL CASO DE BALAAM**

En este sentido, el caso de Balaam es instructivo. A pesar de sus deseos opuestos, el Señor le obligó a declarar los mensajes exactamente como se los dio. Balaam mismo dijo: «No puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios para hacer cosa chica ni grande» (Nm 22.18), y después, más tarde, «¿podré ahora hablar alguna cosa? La palabra que Dios pusiere en mi boca, esa hablaré» (22.38). En la siguiente ocasión dice: «Y Jehová puso palabra en la boca de Balaam, y le dijo...» (23.5). De nuevo, respondiendo al reproche de Balac, dice: «¿No cuidaré de decir lo que Jehová ponga en mi boca?» (23.12). La siguiente nota es que «Y Jehová salió al encuentro de Balaam, y puso palabra en su boca, y le dijo...» (v. 16). Finalmente, cuando Balac estalla en cólera debido a sus pronunciamientos, Balaam dice: «¿... Si Balac me diese su casa llena de plata y oro, yo no podré traspasar el dicho de Jehová para hacer cosa buena ni mala de mi arbitrio, mas lo que hable Jehová, eso diré yo?» (24.13).

Todo esto muestra claramente que el Espíritu de Dios determinó, en el caso de un profeta, no solo la forma de su profecía, sino las mismas palabras. Incluso aunque las Escrituras guardaran silencio sobre el punto, sería una conclusión perfectamente razonable que lo que era verdad en la profecía hablada lo era también en las escritas. La afirmación del apóstol Pedro citada arriba es autoritativa sobre el tema.

El vocabulario de estos mensajes fue, por tanto, inspirado; y si eso fue así en el caso de las palabras habladas, es por lo menos igual de posible en el caso de las escritas. En varios pasajes de las Escrituras se indica que fue así con las palabras habladas. Por ejemplo, respecto a las profecías de los setenta ancianos de la época de Moisés, la narración dice que «cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron, y no cesaron» (Nm 11.25). Es decir, el Espíritu habló por ellos. No estaban simplemente interpretando un mensaje divino que les fue impartido. Mientras estaban bajo el poder del Espíritu, sus palabras no eran las propias como habitualmente; eran las palabras de Dios. Sus proclamaciones no fueron resultado de su propia voluntad. No es que los profetas fueran llevados a una condición mental de éxtasis, dejándolos incapaces de entrar inteligentemente en el significado de sus palabras; no hablaron desde fuera de su comprensión, aunque no captaron por completo el propósito o la aplicación completa de su mensaje.

## **PROFECÍA PREDICTIVA**

En cuanto a la profecía predictiva, la precisión de las predicciones bíblicas

provee una evidencia contundente de su inspiración divina. Se han hecho muchos esfuerzos para eliminar todo lo posible este elemento predictivo.<sup>1</sup> Sin embargo, el carácter de estas predicciones en su totalidad, y en especial respecto a la profecía mesiánica, presenta tal «unidad, coherencia y cabalidad maravillosas» como para dar testimonio en contra de tales esfuerzos. Vale la pena citar las palabras del profesor Flint a este respecto: «Este hecho amplio, general —esta vasta y extraña correlación de correspondencia— no puede ser en lo más mínimo afectado por preguntas de la “alta crítica” en cuanto a la autoría, tiempo, origen y modo de composición de los varios libros del Antiguo Testamento.... Respóndase a todas las preguntas en la manera en que la crítica más alta y más racionalista de Alemania u Holanda se aventuran a sugerir; acéptese en toda pregunta crítica propiamente las conclusiones de las más avanzadas escuelas críticas y, ¿qué se sigue? Meramente esto, que aquellos que lo hacen así tendrán, en varios aspectos, que alterar sus nociones en cuanto a la manera y método en los cuales el ideal de la persona, obra y reino del Mesías, punto por punto, línea por línea, evolucionó y se desarrolló. No habrá, sin embargo, ni una sola palabra o frase, ni un solo renglón o rasgo mesiánico menos en el Antiguo Testamento».

## **DEUTERONOMIO 18.18-20**

En las instrucciones divinas a Israel respecto a los profetas que se levantarían de ellos, Dios dijo: «Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta. El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá» (Dt 18.18-20). Se observará que el Señor habla de «las palabras» no tanto como enunciados, sino como vocablos separados que constituyen los enunciados. Las proclamaciones se darían palabra por palabra. Obviamente, un profeta tenía el poder de pronunciar comunicaciones frescas que llevarían consigo la autoridad de la ley divina y que, si se ponían por escrito, llegarían a ser parte de las Sagradas Escrituras. La autoridad de la palabra escrita es incuestionable en Israel. Siempre se aceptó entre los judíos que la apelación a ella era definitiva.

## **JEREMÍAS 36**

Un pasaje contundente en Jeremías que ilustra la inspiración divina de las palabras de las Escrituras es la narración que habla del rollo que al profeta se le comisionó escribir. «Toma un rollo de libro, y escribe en él *todas las palabras que te he hablado* contra Israel y contra Judá, y contra todas las naciones, desde el día que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy». El profeta se vale de Baruc como su amanuense: «Y escribió Baruc de boca de Jeremías, en un rollo de libro, *todas las palabras que Jehová le había hablado*. Después mandó Jeremías a Baruc, diciendo: A mí se me ha prohibido entrar en la casa de Jehová. Entra tú, pues, y lee de este rollo que escribiste de mi boca, *las palabras de Jehová* a los oídos del pueblo ... Y Baruc hijo de Nerías hizo conforme a todas las cosas que le mandó Jeremías profeta, leyendo en el libro *las palabras de Jehová* en la casa de Jehová» (Jer 36.2-8).

Como confirmación de lo que se ha dicho arriba, nada podría ser más claro que esto: Aunque no se descartaban las facultades y cooperación inteligente del profeta, fue Dios quien arregló las palabras que debía anotar. En confirmación de esto, en el versículo 10, lo que se había dicho que eran «las palabras de Jehová» se dice que son «las palabras de Jeremías». Y, todavía más, se sigue en el mismo capítulo la declaración de parte de Baruc en cuanto a cómo se produjo el escrito. En respuesta a la pregunta que le hicieron los príncipes: «Cuéntanos ahora cómo escribiste de boca de Jeremías todas estas palabras», responde: «Él me dictaba de su boca todas estas palabras, y yo escribía con tinta en el libro» (vv. 17, 18). Así, en todo el pasaje se pone el énfasis en las palabras. Más aun, esto no se refiere a lo que el profeta acababa de escribir, sino que consiste en todas las profecías pronunciadas por él hasta ese momento respecto a Israel y otras naciones (ver v. 3).

Esto viene respaldado por lo que Jeremías dice al mismo inicio de sus profecías. Al indicar cómo la palabra del Señor vino a él al principio, dándole a conocer que debía ser su mensajero, indica que el Señor le dijo: «He aquí *he puesto mis palabras en tu boca*. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar» (cap. 1.9, 10).

Después de que el rey hubo quemado el rollo, «vino palabra de Jehová a Jeremías ... diciendo: Vuelve a tomar otro rollo, y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo que quemó Joacim rey de Judá ... Y tomó Jeremías otro rollo y lo dio a Baruc hijo de Nerías escriba; y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joacim rey de Judá; y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes» (vv. 27-32). Claramente, no debía haber desviación en la fraseología del registro previo; los registros del rollo quemado se debían repetir al pie de la letra, aunque se añadieron otras palabras. El Espíritu de

Dios que había sido el autor en el primer caso vino a ayudar al profeta al volver a escribir. En vista del testimonio de Pedro de que «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo», estamos seguros al tomar este ejemplo del caso de Jeremías como ilustrativo de otros textos de las Escrituras.

## ZACARÍAS 7.12

De nuevo, cuando Dios le habla al profeta Zacarías respecto a sus mensajes previos a las naciones, habla de la ley y «las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros» (Zac 7.12). Así, los mensajes de los profetas fueron inspirados verbalmente. Compárese esto con la exhortación del apóstol Pedro a sus lectores: «para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles» (2 P 3.2). Judas recalca de manera similar las palabras dichas por los apóstoles (Jud 17).

- 
1. Ver “Bible Predictions and the Critics”, por el escritor. También del profesor Orr: “The Problem of the Old Testament”.

## SECCIÓN

# 2 PROFECÍAS DEL MESÍAS

## ISAÍAS 49—57: PROFECÍAS, PROMESAS, ADVERTENCIAS

*En esta extensa sección de Isaías vemos que se nos delinean nueve profecías en total. En el capítulo 49 vemos el primer tema: Jehová como siervo. Desde este capítulo, hasta el final del capítulo 57, hay nueve profecías.*

**H**ay una asociación renovada de Israel como siervo de Jehová con Cristo en la misma relación. En tanto que a Israel se lo menciona directamente de esta manera en el versículo 3, en su condición restaurada, en los versículos 5 y 6 se caracteriza al Siervo del Señor como distinto a la nación, y la declaración «que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel» muestra que es a Cristo mismo a quien se tiene en mente aquí, no al remanente de la nación. Todavía más, el versículo 6 se cita en Hechos 13.47 como aplicado directamente a Cristo, aunque aquí en conexión con el evangelio. Todo esto es enteramente apropiado, en tanto y en cuanto Israel no podía en su estado restaurado actuar como siervo del Señor en la tierra aparte de la identificación con Cristo mismo como su Mesías, sobre la base de su sacrificio y obra redentora en el Calvario.

Puesto que se tiene en mente la evangelización de los gentiles, se proclama el mensaje: «Oídmme, costas, y escuchad, pueblos lejanos» (v. 1), es decir, las naciones más distantes (cp. 42.4; 10.12, y ver 5.26). La declaración doble, «Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria», es cierta específicamente en cuanto al Señor Jesús (ver Mt 1.21). Es más, es digno de notarse que en todas las demás partes donde se habla de Israel de este modo, la frase «desde el vientre» se usa sin la añadidura de la expresión «de tu madre» (51.2 no es una excepción).

El que habla, como Siervo de Jehová, ahora se aplica a sí mismo un símil y una metáfora como su Agente en esta relación. El Señor ha hecho su boca «como espada aguda», oculta en la sombra de su mano, tal como se guarda una espada en su funda, lista para usarla en el momento señalado con el propósito de vencer al enemigo. Él lo ha hecho «saeta bruñida», manteniéndolo cerca en su aljaba, para poder a su debido tiempo perforar el corazón. Que se tiene en mente a Cristo mismo y que el tiempo es todavía futuro se indica en el capítulo 11.4 y 30.30-33 (cp. Os 6.5 y Heb 4.12). Este último pasaje, junto con los otros y Apocalipsis 1.16, muestra cuán íntimamente identificadas



están la palabra personal y la palabra hablada (ver también Jl 2.10, 11; 3.16; 2 Ts 2.8; Sal 2.5).

En el versículo 3 Cristo se identifica con el pueblo de Israel, porque es en estrecha asociación con él como la nación restaurada debe llegar a ser su siervo, y es en Israel donde el Señor será glorificado en la tierra.

En esta relación personal, y en vista de las amargas experiencias que habrán precedido a ese tiempo de gloria, el versículo 4 tiene un tono casi de abatimiento, aunque es solo de carácter momentáneo, y de cierta manera puede referirse a Cristo en el tiempo de su sufrimiento y rechazo por Israel: «Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho [es decir, inútilmente] he consumido mis fuerzas»; pero esto no es una expresión de incredulidad o desesperanza, porque inmediatamente el corazón expresa la seguridad de la verdad: «pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios».

El servicio que procuramos rendir parece a menudo producir escaso o ningún resultado. Además del escaso efecto, sobrevienen circunstancias de enormes dificultades y prueba, que tienden a agobiar el corazón. Y si Satanás pudiera lograr su propósito, usaría todo esto para arrojarnos a la desesperanza y, si es posible, hacernos cesar del trabajo y volvernos a hacer atravesar la perplejidad y la angustia. Aquí, entonces, hay un pasaje diseñado por el Espíritu de Dios para darnos a considerar todas esas circunstancias a la luz de los consejos absolutamente sabios de Dios, de modo que aunque estemos en medio del conflicto podamos recibir aliento para proclamar su visión y saber que él nos juzgará, y que con él está la recompensa por nuestro trabajo que parece infructuoso.

El lenguaje del versículo 5 y lo que sigue es claramente el del Mesías, que aquí da testimonio del objeto para el cual es Siervo de Jehová, es decir: «para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel». Es solo Cristo quien hará esto, y en el versículo 6 se considera un propósito incluso más amplio.

El paréntesis del versículo 5 expresa el deleite del Señor Jesús en la aprobación del Padre. Su afirmación: «estimado será en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza», lo introduce mediante la palabra «porque», que expresa el hecho de que su obra en la restauración de Israel es especialmente agradable al Padre. Es claro, también, que se considera su resurrección. En la oscuridad del Calvario dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Fue «crucificado en debilidad». Ahora declara que su Dios ha llegado a ser su fortaleza. Esto se debe tomar con el capítulo 52.13, que predice que el Siervo del Señor «será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto».

El «dice» con que empieza el versículo 6 introduce una extensión del

alcance de la obra salvadora de Cristo, así como también una confirmación de lo que acaba de indicarse en cuanto a la salvación de Israel. El deleitado corazón de Jehová mira a la plenitud mundial de la bendición: «Poco es [o, más bien, es solo algo pequeño] para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di [más expresivo que «te hice»] por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra».

Esto tiene una aplicación presente a la obra del evangelio en cumplimiento del mandamiento del mismo Señor de ir por todo el mundo y predicar el evangelio y ser sus testigos «hasta lo último de la tierra». El cumplimiento completo tendrá lugar en la edad del milenio. Ambas son abarcadas en Romanos 11.12, donde la aplicación presente se describe como «la riqueza del mundo» y «la riqueza de los gentiles» y a esto sigue la predicción exclamatoria de lo que en la restauración de la «plenitud» de Israel significará para el mundo.

En el versículo 7, en la continuación de su proclamación a su Siervo (porque es todavía Cristo a quien se tiene primordialmente en consideración), se nos vuelve a recordar el tiempo de su humillación. Esa fue una base necesaria para la realización de la obra de gracia salvadora. Así que se le llama «menospreciado de alma» (ver 53.3 y cp. 50.6, 7) y «abominado de las naciones», refiriéndose a cómo le tratan los judíos y, en tercer lugar, en una frase muy sugerente: «siervo de los tiranos».

Esto nos proporciona una ilustración de hasta qué punto era real la identificación del Señor Jesús con la nación de Israel. Esa nación había llegado a ser sierva de los tiranos, como resultado de su alejamiento de Dios. Al mismo tiempo, hubo hombres como Daniel, Esdras y Nehemías que, aunque sufrieron con su pueblo, sirvieron a los tiranos gentiles por temor al Señor. Así Cristo, en los días de su carne, se sujetó a los gobernantes romanos, entregándose a la voluntad de ellos a fin de poder cumplir los grandes propósitos para los que había venido. También están incluidas las obras benéficas de misericordia como la que hizo para un centurión. En todos esos modos, este versículo señala a su humillación propia.

El resultado de todo ello se verá en el día venidero de gloria, cuando «Verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán por Jehová; porque fiel es el Santo de Israel, el cual te escogió» (cp. 52.15, que predice que los reyes cerrarán la boca ante él). ¡Qué gran cambio de actitud en comparación con la actualidad! ¡Qué impresionante será la revelación del Señor de gloria en un mundo que ha estado en tinieblas, superstición y alienación de Dios!

El versículo 8 habla de cómo Jehová oyó la oración de su Siervo cuando, en la condición humilde que compartió con su pueblo, ofreció «ruegos y

súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte» (Heb 5.7). Aquí le dice: «En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé; y te guardaré, y te daré por pacto al pueblo, para que restaures la tierra, para que heredes asoladas heredades; para que digas a los presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Mostraos». Fue un tiempo aceptable cuando Dios le levantó de los muertos y, puesto que Cristo se identifica con Israel, se harán verdad las palabras sobre la nación en comunión con él en su condición restaurada.

El que Cristo mismo sea hecho «pacto al pueblo» indica el vínculo personal que de aquí en adelante unirá a la nación con él, como resultado de haber sido oído y ayudado. Los prisioneros exiliados serán puestos en libertad y, una vez restaurados a su tierra, se manifestarán como su pueblo.

Los versículos que siguen dan una de las descripciones más gloriosas de los efectos de la Segunda Venida de Cristo. Las promesas exceden en mucho cualquier cosa de las que tuvieron lugar en el retorno del cautiverio bajo Ciro. Al pueblo se le muestra como un rebaño volviendo a casa: «En los caminos serán apacentados», lo que quiere decir que podrán tener suficientes provisiones de alimentos en sus jornadas sin necesidad de recorrer grandes distancias para conseguir comida. «En todas las alturas tendrán sus pastos».

No conocerán ni hambre ni sed, ni sufrirán por el calor del sol. Todo esto se deberá al hecho de que el Señor «que tiene de ellos misericordia los guiará» en persona; «y los conducirá a manantiales de aguas» (v. 10).

En su regreso de todas partes del mundo, sus jornadas se caracterizarán por total libertad de obstáculos y dificultades: «Y convertiré en camino todos mis montes, y mis calzadas serán levantadas» (v. 11). De manera consoladora habla de «mis montes» y «mis calzadas». Son suyas por creación y, por consiguiente, puede ordenar su alteración a fin de hacer que todo sea favorable para el retorno de su pueblo.

Todo esto es aplicable a nuestras experiencias presentes. Las montañas de dificultad que enfrentamos en nuestra senda de peregrinaje pueden volverse caminos de comunión con Dios y de comunión gozosa con su pueblo, si confiamos en el Señor con todo nuestro corazón y le presentamos todo nuestro ser para el cumplimiento de su voluntad.

En el día venidero, Israel será reunido de todas partes del mundo en el centro terrenal designado: «He aquí éstos vendrán de lejos; y he aquí éstos del norte y del occidente, y éstos de la tierra de Sinim» (v. 12). Parece mencionarse occidente con un sentido más abarcador, que incluiría tanto zonas de África como de Europa occidental y de América. Algunos consideran que Sinim se refiere al Cercano Oriente. A los sineos se les menciona en Génesis 10.17. Pero cabe muy poca duda de que el alcance geográfico es

mucho más amplio y que, como varios orientalistas han mantenido, la referencia es a la tierra de China. En tiempos muy antiguos, Tsín era el nombre de un reino feudal situado en Shen-si, cuyo primer rey empezó a gobernar en 897 A.C., y no es del todo improbable que la existencia de los chinos fuera bien conocida en Palestina y en Asia occidental en general. Consecuentemente, la profecía considera la reunión de los judíos de las partes más distantes del mundo (cp. v. 6).

Semejante esperanza provoca la jubilosa convocatoria al cielo, la tierra y las montañas para que se regocijen y prorrumpen en cantos, «porque Jehová ha consolado [tiempo perfecto profético] a su pueblo, y de sus pobres tendrá misericordia» (v. 13). El versículo 14 anota el lamento afligido de la nación en su largo período de sufrimiento. La tribulación ha sido realmente lo propio del juicio pero, en lugar de encontrar arrepentimiento hacia Dios, vemos la incredulidad que se queja de que Dios los ha abandonado y el Señor los ha olvidado.

La queja recaba una objeción y un aseguramiento, en el sentido de que su amor no solo es tan indisoluble como el amor de una madre, sino que lo supera. Muy lejos de olvidarse de Sión (que de nuevo es figura de sus habitantes), dice: «He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros» (v. 16). Los judíos tenían la costumbre de marcar en sus manos, o en alguna otra parte, un boceto de la ciudad y el templo, como señal de su devoción y perpetua memoria de ellos. El Señor, en su gracia, adopta la figura para confirmar su aseguramiento. Por grande que sea la devastación traída por los poderes gentiles, los muros están para siempre delante de él en su condición perfecta y restaurada en el futuro.

Estar esculpidos en las palmas de sus manos sugiere la íntima identificación con él, su amor inmutable y su constante preocupación por todos nosotros en todas sus emociones y actividades. A menudo, en nuestra incredulidad, rebeldía y olvido, perdemos de vista lo preciosos que somos a los ojos de Cristo. Lo que aquí se presenta en figuras halla su plenitud de expresión cuando el Señor derrama su corazón ante los discípulos en el aposento alto: «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor» (Jn 15.9).

Los versículos 17 al 21 reafirman la promesa de la reunión, a la larga, de los desterrados esparcidos de la nación de nuevo en su tierra. «Tus edificadores vendrán aprisa» (una lectura alterna es «Tus hijos», PDT). Los exiliados entran; los destruidores y asoladores salen. Los hijos, a quienes Sión pensaba que había perdido, vienen en multitudes (v. 18). Con juramento de confirmación, Jehová les asegura que su pueblo será como los ornamentos con que una mujer se adorna y como el hermoso cinturón con que una mujer

sujeta su vestido de novia.

Y la razón es (nótese el «porque» del v. 19) que, independientemente de la recuperación y productividad de las regiones que habían estado desoladas y convertidas en incultivables, y de la expulsión de los que la habían devorado, no habrá espacio para todos sus habitantes. Sus hijos dirán a sus oídos (es decir, se dirán unos a otros), que el lugar es demasiado estrecho, y que se debe hacer espacio.

Sus pobladores habían estado exiliados y peregrinando, y a ella se la había dejado «sola» (o «estéril»). Ahora se halla rodeada de una multitud de sus hijos. ¿Cómo, se pregunta, le habían sido «dados» («quién me engendró estos»)? ¿Quién los había criado? «¿Dónde estaban estos?». La respuesta está a punto de darse.

A veces el Señor se abstiene de mostrarnos cómo hace las cosas y, poniendo a prueba nuestra fe, nos tiene esperando hasta el tiempo designado para la revelación de sus actos y el sentido de los mismos. Cuando llega la revelación, el gozo es mucho mayor que si no hubiera habido misterio o circunstancias tristes; y mucha mayor la gloria de su gracia.

Dios se mueve de manera misteriosa  
para sus maravillas realizar  
detrás de una ceñuda providencia  
él esconde un rostro sonriente.  
La incredulidad ciega es seguro que yerra,  
y escudriña su obra en vano;  
Dios es su propio intérprete,  
y lo hará todo claro.

El final del capítulo 49, desde el versículo 22, da la respuesta del Señor a las sorprendidas preguntas que brotan de Sión en el versículo 21. Muestra cómo la multitud de israelitas esparcidos serán librados de su exilio y de los que los oprimían, y reunidos en su propia tierra. Él empleará a las naciones gentiles para que hagan su parte en lograr esta reunión: «He aquí yo tenderé mi mano a las naciones, y a los pueblos levantaré mi bandera». El hecho de tender la mano sugiere que se dará alguna señal marcada o indicación a todas las naciones en cuanto a lo que hay que hacer. La acción de levantar bandera es una figura frecuente en Isaías: ver 5.26; 11.10, 12; 18.3; 62.10 (una de las muchas indicaciones de que hubo solo un autor de este libro). La metáfora militar puede señalar alguna conexión con la interposición del Señor en la guerra del Armagedón (ver final del capítulo).

Siguen más metáforas. La nación traerá a los hijos de Sión «en brazos», y

sus hijas «serán traídas en hombros». Tal como los padres adoptivos cuidan con diligencia a sus pupilos, y las nodrizas dan lo mejor para cuidar a los niños a su cargo, así los reyes y las princesas se dedicarán al bienestar del antiguo pueblo de Dios. Les rendirán homenaje al máximo, y se sujetarán a ellos, haciéndoles el servicio más bajo y vil. La declaración de que «lamerán el polvo de tus pies» señala la sumisión de aquellos que antes habían tomado parte en oprimirlos (ver Sal 72.9; Mi 7.17).

Por todo esto, Sión reconocerá a Jehová y sus caminos: «y conocerás que yo soy Jehová». Luego sigue la reconfortante promesa: «no se avergonzarán los que esperan en mí». En 40.31 la promesa es que «los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas». En el pasaje presente la promesa es negativa: no se avergonzarán. Aquí también se tiene en mente el ejercicio de la paciencia, la perseverancia en todo lo que es difícil y adverso hasta que llegue el tiempo del Señor para la liberación.

Esperamos *en* él en oración. Esperamos *por* él en la certeza confiada de que las condiciones presentes de prueba y aflicción tendrán un futuro de gozo y paz, tal como solo puede venir por la intervención directa y manifiesta del Señor mismo.

En los próximos versículos se considera a los tiranos con todo su poder e intenciones malignas. La pregunta retórica de versículo 24 se divide en dos partes: «¿Será quitado el botín al valiente?» (con certeza lo será, y no se refiere tan solo a los caldeos, sino a la bestia de Ap 13); «¿Será rescatado el cautivo de un tirano?» Los cautivos no son cautivos legítimos, como el texto parece indicar, aunque eso sería cierto de los que habían sido llevados prisioneros por los caldeos por orden de Dios; pero el tiempo que se considera es mucho más allá del retorno de la cautividad bajo Ciro, y todavía es futuro. De aquí que sea preferible la lectura al margen de algunas versiones, que muestra que los cautivos son los justos a quienes el Señor arrebató de las manos del Anticristo, a quien Satanás instigará para que procure exterminar a los judíos.

Se da la segura confirmación de que el mismo Señor contendrá con los que combaten con su pueblo. El pasaje de nuevo señala al tiempo del Armagedón (*jar-magedom*) y la Segunda Venida. Con la declaración: «Y a los que te despojaron haré comer sus propias carnes, y con su sangre serán embriagados como con vino» (cp. Ap 14.20), todo el mundo descubrirá y reconocerá que Jehová es el Salvador y Redentor de Israel, «el Fuerte de Jacob».

Todos los esfuerzos de las naciones aunadas para establecer «paz y seguridad» en la tierra, por sincero que sea el motivo, por buenas que sean las intenciones, están destinados al fracaso. El último gran conflicto del mundo,

en el cual la cuestión judía será de la mayor importancia, verá el cumplimiento de las Escrituras que daban a conocer que los justos pueden ser establecidos en la tierra solo mediante la venida personal de Cristo en juicio sobre los enemigos de Dios y en la liberación de su pueblo.

## ISAÍAS 50

*Dos hechos proféticos se destacan prominentemente en este capítulo: (1) la responsabilidad que se le asigna a Israel por su estado de rechazo, y (2) la firmeza y fidelidad del Siervo de Jehová.*

En el versículo 1, el Señor hace dos preguntas por medio del profeta, cada una repudiando la idea de que los males que le han caído a la nación fueran resultado de tratos arbitrarios de parte del Señor. No, su estado se debía a sus propias transgresiones.

«¿Qué es», dice el Señor, «de la carta de repudio de vuestra madre, con la cual yo la repudí?» Con esto, el Señor niega que él haya roto la relación que tenía con Sión (la madre de Israel). Se había desposado con Sión, y ella no podía mostrar carta de divorcio mediante la cual él la hubiera repudiado, lo cual eliminaría la posibilidad de recibirla de nuevo en caso de que ella se hubiera casado con otro (ver Dt 24.24, y especialmente v. 4). La triste condición de ella al ser repudiada no fue causada por ninguno de esos procedimientos.

Todavía más, él pregunta: «¿O quiénes son mis acreedores, a quienes yo os he vendido?» El que Israel fue vendido y exiliado era cierto, pero Jehová no había estado en posición de tener deudas con acreedores. En otras palabras, el hecho de que la hubiera entregado en manos de las potencias gentiles no se debía a que él se hubiera sometido a algo, en perjuicio de ella, como si estuviera librándose de una deuda al obrar así. No, los israelitas fueron vendidos por sus iniquidades, y Sión, su madre, fue repudiada por su transgresión. La madre sufrió por la perversidad de sus hijos. Los pecadores suelen echarle la culpa de los males que les vienen a cualquier causa excepto a sus propias transgresiones.

Pero hay más preguntas, preguntas con una manera diferente de reconvenciones divinas, hablando del poder de Jehová en el ejercicio de la misericordia, y todo ello conduciendo a un testimonio personal del mismo Mesías.

«¿Por qué cuando vine, no hallé a nadie, y cuando llamé, nadie respondió?» (v. 2). El tiempo pasado es profético. Él «vino», no meramente por sus profetas, ni tampoco vendría sencillamente por la liberación del cautiverio. Vendría en la persona de su Siervo, el mismo Mesías-Redentor. Pero, ¿cómo fue que no hubo nadie, ninguna persona dispuesta a recibir su mensaje? (cp. 53.1). ¿Cómo fue que «cuando él llamó, nadie respondió»? Su



mano no se ha acortado (emblema de debilidad) como para no poder redimir (cp. 59.1). El que pudo secar el mar, hacer ríos en el desierto, vestir los cielos con tinieblas y hacer del cilicio sus vestidos (refiriéndose especialmente a sus juicios retributivos sobre Babilonia), tenía poder para librar. Y con esto en mente, enviaría a su Siervo. Con el tiempo, vino y declaró desde el principio de su ministerio que había sido enviado «A pregonar libertad a los cautivos ... A predicar el año agradable del Señor» (Lc 4.18). En lugar de recibirlo a él y su mensaje, lo arrojaron para destruirlo.

Por tanto, ahora sigue, en el versículo 4, en las palabras de Cristo mismo, una descripción de su testimonio como el Enviado, su obediencia al que le envió, sus sufrimientos y su vindicación.

Dios les habló a los profetas en revelaciones especiales y periódicas, en visiones y sueños. Con el Siervo de Jehová fue diferente. Él revela el secreto de su vida íntima en los días de su carne, y la fuente secreta de su ministerio y caminos: «Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios». Una gozosa humildad y compasión matiza su ilustración tomada del discipulado. En los días del cumplimiento de esta profecía dice: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió» (Jn 7.16); de nuevo, «según me enseñó el Padre, así hablo» (8.28), y «Yo hablo lo que he visto cerca del Padre» (8.38); y de nuevo, «el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar» (12.49; cp. 14.10, 24).

La manera como él «sostuvo con palabras» a los afligidos se cuenta en las narraciones de los evangelios, tanto en su ministerio público (p.ej., Mt 11.28) como en el consuelo que dio a la viuda, los enfermos, los afligidos y a los azotados por la tormenta.

El Señor escuchaba a diario la voz de su Padre celestial. Con ello nos dio ejemplo. Era su gozo decir: «yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8.29), y conforme prestamos atención a su voz día tras día podemos cumplir su voluntad, permitiéndonos decir con el apóstol: «hacemos nuestro propósito serle agradables».

Él dice: «Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás» (v. 5). Vemos ahí la perfección misma de la obediencia. Compárese Salmo 40.6 donde, sin embargo, la palabra que se traduce «abrir» significa «cavar», que puede bien referirse a la costumbre de perforar la oreja del criado, en señal de servicio perpetuo (Éx 21.6), o bien ser simplemente figura de la devoción a la voluntad de Dios. Aquí en Isaías se usa una palabra diferente, con este último significado. El Señor Jesús sabía todo el sufrimiento que tenía por delante, y con firmeza indeclinable siguió su camino

hasta la cruz.

A ese acto consumidor apunta el versículo 6: «Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos». Con impresionantes detalles, esta profecía predice lo que el Señor en realidad soportó según se anota en el evangelio. Enfrentó a sus perseguidores sin flaquear, sabiendo que las palabras que seguirían se cumplirían, que el Señor Dios le ayudaría y que no sería avergonzado.

Su ejemplo es un incentivo para nosotros, cuando somos llamados a sufrir la presión del feroz antagonismo, de modo que con firmeza de propósito podamos cumplir lo que el Señor nos ha encargado. Nunca podemos sufrir como él, pero nuestra vida y testimonio pueden caracterizarse por las mismas cosas que le definieron a él. «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios», pero sufrir por su causa lo hace todo una gloria y gozo.

Él miraba al futuro con confianza, y así debemos hacerlo nosotros. Él dice: «Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé (él no se había permitido ser vencido por la mofa y la oposición); por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado» (v. 7).

El designio de nuestro Padre es darnos tal confianza en él y en la seguridad de su ayuda, que podamos ser libres de toda tendencia a desesperar bajo el peso de la aflicción. Si andamos en la senda de la obediencia podemos siempre estar seguros de su ayuda presente y su liberación, y de la victoria a su manera y a su tiempo.

El Señor sabía que, a pesar de toda acusación tanto del hombre como del enemigo espiritual, él sería vindicado triunfalmente. Dice: «Cercano está de mí el que me salva; ¿quién contendrá conmigo? Juntémonos [es decir, que el enemigo se acerque a mí]. ¿Quién es el adversario de mi causa? Acérquese a mí» (v. 8). No dice: «Él me justificará», sino «está cerca» el que lo hará así, lo que declara su consciencia de la presencia de su Padre como, por ejemplo, cuando estuvo ante Caifás y sus colegas, y ante Pilatos y sus guerreros.

Su justificación tuvo lugar en su resurrección. «Fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad (es decir, la impecabilidad que le caracterizó como el Santo de Dios), por la resurrección de los muertos» (Ro 1.4). Esto se ratifica con la cláusula de 1 Timoteo 3.16: «justificado en el Espíritu» (refiriéndose directamente a su resurrección).

Una segunda vez dice: «He aquí que Jehová el Señor me ayudará». Estas expresiones repetidas son características en las profecías de Isaías.

En cuanto a los acusadores y enemigos de Dios, todos ellos «se envejecerán» o, más bien, se harán pedazos como un vestido gastado, presa de la polilla, que es un insecto que, trabajando lenta e imperceptiblemente, logra

completamente su destrucción mortal (v. 9).

Eso termina el testimonio del Mesías mismo. Tal como el capítulo empezó con la declaración de Jehová, así termina. Aquí se dirige primero al creyente que teme al Señor y obedece la voz de su Siervo, título que mira hacia atrás a lo que se ha dicho respecto a él en los versículos 4 y 5, es decir, al que sigue sus pasos (v. 10).

El creyente puede andar en tinieblas circunstancialmente y no tener luz, y en tales condiciones puede verse tentado al abatimiento. A veces una situación parece sin esperanza. Una variedad de pruebas y circunstancias adversas pueden caerle encima. Aquí está, entonces, el mensaje, estimulante y que anima el alma: «Confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios». La fe verdadera es fe probada, y demuestra su realidad al soportar la prueba. Dios es «pronto auxilio en las tribulaciones». La fe no solo acepta esto como un hecho, sino que aprende a apoyarse en Dios mismo y a probar el poder y el amor de su brazo poderoso. Esto convierte nuestras tinieblas en luz. El corazón se anima y, más tranquilo, recibe fortaleza para levantarse victorioso sobre todo lo que se opone, regocijándose en la luz de su rostro.

Las palabras siguientes (v. 11) se dirigen a los no creyentes y a su presuntuosa confianza propia. Ellos encienden un fuego y se rodean de teas, y andan orgullosamente bajo la temblorosa luz que han encendido. No solo eso, sino que su fuego se enciende contra el Señor y contra su Cristo. Por eso la retribución divina es inevitable. Deben sufrir los efectos de las llamas que han encendido. Viene de la mano de Jehová mismo. Sus actividades, con toda su malicia y dureza de corazón, son llevadas a un terrible fin y «en dolor seréis sepultados». ¡Qué contraste con el descanso gozoso del creyente que se afirma en su Dios!

## ISAÍAS 51

*El tema de este capítulo es la promesa de salvación para Israel sobre una base justa y la remoción de la copa de la ira.*

El Señor ahora se dirige a los de su pueblo que son fieles y, siguiendo la justicia, anhelan salvación y el cumplimiento de la promesa a Abraham. Ellos tienen su mismo espíritu de fe al abstenerse de hacer de las cosas y esfuerzos meramente terrenales el objeto de su ambición. Abraham era la misma roca de la que habían sido cortadas las piedras con las que se edificó la casa de Jacob, y Sara era el hueco de la cantera del cual habían sido sacados. Porque la referencia aquí es al hecho de que, en la condición avanzada y estéril de la vida de casados de Abraham y Sara, el Señor obró por su propio poder sobrenatural en respuesta a la fe de Abraham (vv. 1, 2).

En este sentido cabe señalar Romanos 4.19-21. Su correcta traducción destaca con más fuerza que otras el carácter de la fe de Abraham: «Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido».

Todo esto fue el origen de la nación de Israel y el Señor los llama, en el lenguaje figurado de la roca y el hueco, a recordar esto, y además les recuerda que «cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué». De aquí la fortalecedora confirmación de consuelo para Sión y sus lugares desolados y el florecimiento del desierto: «cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Jehová; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto» (v. 3). Tal como la alegría le vino a Sara después de largos años de esterilidad, así a Israel, después de mucho tiempo de aflicción y desolación, todavía se le hará regocijarse.

El párrafo que empieza en el versículo 4 habla de los tiempos en que la restauración de Israel redundará en bendición para todo el mundo, y más adelante en el cese de toda la antigua creación. El mensaje actual del evangelio no se considera aquí. El Señor hace la promesa: «de mí saldrá la ley, y mi justicia para luz de los pueblos [es decir, los gentiles]» (v. 4). La ley no es la del Sinaí, sino que representa la instrucción que Dios dará mediante su instrumento Israel. Cuando dice que él hará su justicia para luz está diciendo, más literalmente: «yo haré un lugar para mi derecho». De aquí que el Señor

declare que su justicia está cerca, que su salvación ha salido, y que sus brazos juzgarán a las naciones, es decir, que ellas caerán bajo el castigo que sus brazos le aplicarán.

Pero el resultado del juicio es que las naciones restantes que sobrevivan, incluso islas muy distantes, se apoyarán en su brazo. Porque lo que aplicó el castigo actuará después en misericordia y salvación. De este modo, la fuerza del poder del Señor, representada por su brazo, se ejercerá de dos maneras en marcado contraste (v. 5).

No solo existirá pecado durante el milenio, sino que toda la antigua creación ha sido contaminada por el mismo. Los cielos se desvanecerán como humo, la tierra se desbaratará como vestido, y sus habitantes morirán como si no fueran nada (este parece ser el significado de la frase que se traduce «de la misma manera»), versículo 6 (cp. 2 P 3.13).

Los que son salvados (a los cuales se abarca en la frase «mi salvación») nunca perecerán, y la justicia de Dios permanecerá para siempre. Y ahora, en claro paralelismo entre este pasaje y el de 2 Pedro, sigue una apelación al que conoce la justicia de Dios y la proclama, «pueblo en cuyo corazón está mi ley» (v. 7). En el pasaje de Isaías se les exhorta a no temer la afrenta de los mortales ni alarmarse por sus ultrajes. Los perseguidores van a perecer tal como un vestido que se come la polilla y como lana que se come el gusano (v. 8). Un proverbio judío dice que «el gusano es hermano de la polilla». Dios usa cosas pequeñas para lograr grandes fines, sea por vía de castigo o con propósitos de gracia.

El orden aquí es salvación y justicia; en el versículo precedente fue justicia y salvación. El todo está en un orden de quiasmo; el orden se invierte de nuevo en el versículo 8.

Estas promesas deben de haber despertado en los corazones de los fieles un anhelo por la salvación prometida (v. 9). Ellos sabían lo que el brazo del Señor podía obrar. ¿No fue su brazo el que derrotó al faraón y sus ejércitos? La mención de Rahab hace referencia a Egipto, y el dragón al mismo faraón, con una alusión sin duda al poder de Satanás actuando por medio de él (v. 10). Se describe vívidamente a los egipcios como habiendo sido despedazados. El mismo faraón no se ahogó en las aguas, pero fue «herido». La memoria de la liberación pasada y la seguridad de la liberación futura producen el vívido clamor, pronunciado tres veces, para que el brazo del Señor se despierte.

Es bueno que el alma rememore las misericordias de Dios de días pasados, pero es necesario no ocuparse meramente en una mirada retrospectiva, sino permitir que el poder de la esperanza realice su obra purificadora. La doble visión fortalece el poder de la oración, que no pide meramente por liberación, sino por lo que se llevará a cabo para gloria de

Dios. Esto recibe una respuesta de su parte que excede en mucho la mera expectativa de liberación.

En cuanto a la belleza de su vocabulario y a la dulzura de la seguridad dada al pueblo de Dios acerca de su futuro, no hay nada en las Escrituras que supere a lo que sigue. Empieza, no con la expresión «por consiguiente», sino «y», conectando la promesa con el clamor, no a modo de conclusión, sino de combinación para cerrar, expresando el aseguramiento de manera más directa y decisiva: «Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán» (v. 11). Todo esto habla gloriosamente de la bendición milenial que disfrutará Israel. La perspectiva se mejora y fortalece al mirar atrás a las pruebas y sufrimientos pasados.

Así que los que somos miembros de la iglesia gozamos de esa perspectiva incluso más brillante. A nuestras experiencias presentes de dolorosa prueba y aflicción las ilumina la esperanza; una esperanza que «endulza toda copa amarga».

Los versículos 12 al 15 continúan de una manera diferente el consuelo que ministra el Señor. Muchos de su pueblo vivían atemorizados por el opresor y, sin duda, en el día venidero, en el tiempo de «la angustia de Jacob», la opresión del hombre de pecado tenderá a ejercer un efecto similar. A ese tiempo parece apuntar el presente pasaje. El Señor habla de sí mismo como su Consolador. Siendo esto así, ¿qué tienen ellos que temer? «¿Quién eres tú», dice, «para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno? [literalmente, “hecho una brizna de hierba”]?» La tiranía del Anticristo será breve. El Señor tiene su propia manera y tiempo para librar a su pueblo terrenal.

El temor es resultado de olvidarse de Dios. El percatarse de la presencia y poder del Señor es el antídoto todo suficiente. Vez tras vez el Señor le recuerda a Israel que él fue su Hacedor y que su poder extendió los cielos y puso los cimientos de la tierra. ¿Por qué, entonces, deben ellos continuamente tener miedo de la furia del opresor, incluso cuando se prepara para destruir?

El versículo 14 lo traduce bien la RVR como promesa: «El preso agobiado [literalmente, el que está postrado, es decir, encadenado con grillos en prisión] será libertado pronto; no morirá en la mazmorra, ni le faltará su pan». Aunque lo que probablemente se considera aquí en primer término es la conquista de Babilonia por parte de Ciro, la profecía tendrá al final su cumplimiento en el tiempo venidero en que los judíos, sufriendo privación en el exilio entre las naciones bajo el Anticristo, serán hechos libres para volver a su tierra en reconocimiento de su Mesías Redentor.

El Señor asegura su absoluta suficiencia en cuanto a esto probando que

subyuga al mar cuando sus olas rugen, poniéndole límites. Este es probablemente el verdadero significado del versículo 15. El verbo hebreo es el mismo que algunas versiones traducen como «descanso» en el versículo 4. La referencia aquí no parece ser a la división del mar cuando Israel fue liberado de Egipto, sino al rugir de las olas que tiemblan ante su palabra y se calman. Eso fue lo que el Señor hizo en el Mar de Galilea. Las aguas del mar se interpretan en las Escrituras como símbolo de la inquietud y ajeteo de las naciones (ver Sal 65.7; 98.7; Is 17.12, 13; Ez 26.3; Lc 21.25, 26 y Ap 17.15). El mayor conflicto entre las naciones prevalecerá durante la última parte del gobierno del hombre de pecado y, especialmente, en el tiempo de la batalla de Armagedón. Pero el Señor calmará esa tempestad con su intervención personal.

El versículo 16 dice cómo llegarán los judíos a ser sus mensajeros. Él pondrá sus palabras en boca de ellos (el tiempo perfecto es profético). Él los cubrirá con la sombra de su mano, no solo protegiéndolos, sino equipándolos para los propósitos que tiene, que se indican como sigue: «extendiendo los cielos y echando los cimientos de la tierra, y diciendo a Sion: Pueblo mío eres tú». La última cláusula se refiere a las condiciones del milenio y, en consecuencia, el establecimiento de los cielos y el echar los cimientos de la tierra puede señalar a las condiciones cambiadas del universo cuando el reino de justicia y paz se establezca. Porque las fuerzas de la naturaleza, tanto en los cielos como en la tierra, ya no se usarán para el ejercicio de los castigos divinos, como a menudo ha sido el caso y como debe ser otra vez antes de que el Señor venga en gloria. Esto es sin duda una referencia a los nuevos cielos y la nueva tierra que serán creados en la vida venidera.

El mensajero del evangelio puede aplicarse a sí mismo el consuelo del aseguramiento que expresa la frase «en tu boca he puesto mis palabras». Él es «el mensajero del Señor en el mensaje del Señor»; su testimonio es eficaz solo en tanto y en cuanto se adhiera a la verdad de las Escrituras. De nuevo, como su mensajero, él está bajo su cuidado protector, cubierto por la sombra de su mano, indicando el placer que el Señor tiene en el que ministra apropiadamente su verdad.

El último párrafo de este capítulo, empezando en el versículo 17, describe en lenguaje vívido los efectos de los castigos aplicados a la nación como resultado de su rebelión persistente contra Dios. A Jerusalén se la pinta como una mujer que yace en el suelo en un estado de estupefacción e impotencia por haber bebido hasta los posos la copa de aturdimiento, la copa de la furia del Señor. Ninguno de todos sus hijos pudo guiarla ni, tomándola de la mano, levantarla. La devastación, la ruina, la hambruna y la espada le habían caído encima, y el profeta mismo, como Jeremías en sus lamentaciones, no pudo hallar modo de consolarla. Sus hijos, en lugar de ayudarla, yacían impotentes

en las encrucijadas de todos los caminos, como un antílope atrapado en la red del cazador y agotado por su lucha vana por liberarse (vv. 18-20).

Así que la liberación podía venir solo de Dios que, en su compasión y misericordia, promete traerla (vv. 21-23). Dios recuerda que son su pueblo, y se describe a sí mismo como el que aboga o, más bien, conduce su causa como su abogado defensor. Y, en todo lo que las naciones a las que ha usado, y todavía usará para castigar a su pueblo, exceden los límites del poder que se les ha dado y, actuando como agentes del maligno y enorgulleciéndose en su despotismo, desatan su venganza contra el pueblo de Dios. Por tanto, Dios tomará «el cáliz de aturdimiento, los sedimentos del cáliz de mi ira», y se la hará beber a sus verdugos. Ellos pensaban que pisotearían a la nación tal como los enemigos pisan la calle. Dios invierte la posición y derriba el orgullo humano a total degradación.

Todo esto todavía está por ejecutarse en el tiempo venidero de la «angustia de Jacob», cuando los esfuerzos de Satanás por destruir a Israel alcancen su clímax.



## ISAÍAS 52.1-12

*En esta hermosa sección vemos una combinación de profecías respecto a la naturaleza del mensaje del Mesías en cuanto al castigo, y las asombrosas promesas y bendiciones que otorgará a su pueblo. Aunque profética en naturaleza, esta es una de las secciones más alentadoras para el pueblo de Dios.*

**D**e nuevo llega a Sion el llamamiento del Señor para despertarse y vestirse de fuerza, y a Jerusalén para ponerse sus vestidos hermosos. Aquí, como en las dos instancias precedentes, el llamamiento es resultado de lo que antecede. La nación se había hallado en un estado de total postración y cubierta de polvo, impotente bajo la furia de sus enemigos y privada de sus vestidos reales y sacerdotales, llevando más bien las cadenas del cautiverio alrededor de su cuello. Iba a ser librada de todos los que la habían mancillado y degradado.

Pero ella no solo debía levantarse, sino ocupar su asiento en una posición de dignidad y autoridad tranquilas. A los extraños ya no se les permitirá que pasen por ella (cp. Jl 3.17; ver también Nah 1.15, donde RVR traduce acertadamente «el malvado», es decir, el Anticristo). Babilonia se había sentado como reina, pero sería derribada al polvo; Jerusalén sería levantada de su polvo y se sentaría en su trono de gloria (vv. 1, 2).

Las promesas que siguen en los versículos 3 al 6 se dan, con su consolación, en el trasfondo de la desdicha pasada. Al pueblo del Señor se le recuerda que «De balde fuisteis vendidos», y que fueron entregados a las potencias gentiles; el Señor no encontraba ningún beneficio propio en ello; su solo propósito era llevarlos al arrepentimiento bajo su vara de castigo. No se iba a pagar dinero alguno por su redención. Esta se lograría por su gracia soberana y brazo todopoderoso. Su liberación emanaría sola y absolutamente de Él mismo.

Así es también con la redención del poder del pecado y Satanás. El hombre no puede hacer nada al respecto. Debe ser «según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7; Col 1.14; 1 P 1.18, 19).

Como ilustración se mencionan las opresiones de dos potencias gentiles: Egipto y Asiria. Porque, aunque solo se registra la opresión real de esta última, está claro que la del primero se presenta de manera implícita, por el principio de paralelismo. Israel descendió a Egipto «al principio» (DHH) simplemente para vivir allí hasta que pasara la hambruna en Canaán. Después

de su esclavitud, su liberación la obró el brazo extendido del Señor. Esto se le recuerda una y otra vez en toda su historia. Por otro lado, los asirios, como instrumento del trato disciplinario de Dios, invadieron su territorio y los llevaron al cautiverio. Debían recordar todos estos casos ahora que les habían sobrevenido problemas similares por la agresión de Babilonia.

La pregunta retórica que el mismo Señor hace en el versículo 5: «Y ahora ¿qué hago aquí?» se ha interpretado de varias maneras. El significado correcto parece ser: «¿Qué bien gano yo en medio de mi pueblo?» como lo indica la próxima cláusula: «ya que mi pueblo es llevado injustamente». Y entonces, a los mismos enemigos: «Y los que en él se enseñorean, lo hacen aullar». Este no es el aullar de la desdicha (esa idea parece haber llevado a la RVR a traducir «lo hacen aullar»); aquí se usa el verbo referido al estruendoso grito de guerra de los opresores, en ese espíritu era como ellos blasfemaban continuamente el nombre del Señor.

El directo poder de Dios hará cesar los gritos y las blasfemias. El nombre tan despreciado por los gentiles será dado a conocer a su pueblo. La naturaleza, carácter y poder que representa su nombre serán revelados a ellos en el día de su redención. Su manifestación les hará conocer la voz de su Redentor; ver 63.1, donde, en respuesta a la insólita pregunta de su pueblo en cuanto a quién es Él, responde: «Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar». Aquí, en el versículo 6, en vista de ese seguro hecho, Él dice: «he aquí estaré presente» o, como pone otra versión: «aquí estoy yo». Dios dará a conocer no solo el carácter y atributos de su persona, sino su misma presencia como su Libertador.

Así es como el Señor se revela en nuestros tiempos de tribulación y dificultad. Usa tales circunstancias para aumentar nuestro conocimiento de Él, su carácter, su poder y su gracia. Es cuando llegamos al fin de nosotros mismos que se nos da a conocer. En el mismo borde de la desesperación se encuentra el punto de inflexión en el cual el Señor nos manifiesta no solo nuestra impotencia, sino también su omnipotencia. Podemos ser como Pedro que, al ver que se hundía en una tumba de agua, clamó: «Señor, ¡sálvame!» Cristo lo planeó todo de modo que su ardiente seguidor pudiera conocer la fuerza del brazo y el poder del Señor para hacer más que librarlo. Cuántas veces dijo en medio de los problemas de sus discípulos las mismas palabras con las que termina este pasaje de Isaías: «¡Soy yo!»

Los versículos 7 al 10 contienen un regocijo triunfante como resultado de las noticias de la gran liberación obrada para el pueblo del Señor a ojos de todas las naciones. Se habrán hecho cesar las guerras hasta los fines de la tierra. La paz prevalecerá porque Dios reina y Jehová vuelve a Sión.

«¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que [de «los que»; el

pronombre es colectivo] trae alegres nuevas, del que anuncia la paz». Es hermoso contemplar los pies de los mensajeros (no el sonido de las pisadas, sino la apariencia de los pies); no solo son hermosos por su enérgica rapidez, sino por el entusiasmo del corazón que brinda carácter a su movimiento, y por la misma naturaleza de su encargo.

Los montes son los de la tierra, y especialmente al norte de Jerusalén. Lo que son obstáculos naturales se convierte en camino para los heraldos de Dios. Él ha declarado: «yo haré caminos de mis montes». El mundo clamará «paz y seguridad» (1 Ts 5.3); ¡el antiguo engaño de que el hombre es su propio salvador! La destrucción les vendrá, confundiendo su política y espantando sus atesorados sueños. Solo el Cristo de Dios puede traer liberación, y es a su venida cuando los mensajeros publican «paz y salvación». No la «seguridad» de una certidumbre imaginaria, ¡sino la salvación obrada por el brazo del mismo Salvador!

Así será. Pero así es ahora respecto a los mensajeros del evangelio y sus buenas noticias; por eso tenemos la cita confirmadora de Romanos 10.15, donde se omiten «los montes», porque lo emblemático se vuelve real en el evangelio. ¡El apóstol se regocija en aquello de lo cual él mismo era infatigable mensajero! Y a nosotros nos corresponde tener parte en la actividad y en la alegría. Los pies del que proclama el evangelio, en casa y en el extranjero, son encantadores a la vista de aquel que murió para proveer tanto el mensaje como los mensajeros.

Hay tres bendiciones que se pronuncian en el mensaje: paz, bien y salvación; paz con Dios por la sangre de Cristo, en lugar de alienación; bien, lo que beneficia y aprovecha, en lugar de mal, el lóbrego efecto del pecado; salvación, que no solo salva de la muerte y el castigo, sino que ministra continua preservación, con su realización eterna, en lugar de la condenación y perdición eternas.

Los «atalayas» (vigías) del versículo 8, que «alzaban las voces juntamente», que se regocijan con canto, son los profetas (entre los cuales se cuenta Isaías), como los que miran a la distancia como desde una atalaya. Estos son distintos de los mensajeros que se acaba de mencionar, que llevarán las noticias del reino cuando el gobierno milenial de Cristo se establezca. Contrástese con los atalayas ciegos, los falsos profetas, en 56.10. Estos vigilantes fieles, que vieron los eventos futuros desde lejos, se describen en 1 Pedro 1.10-12 (cp. Is 21.8, 11 y Hab 2.1-3).

Se acerca el día en que «ojo a ojo verán que Jehová vuelve a traer a Sion», literalmente, «haga a Sion volver» (la misma construcción de Sal 85.4). Verán al Señor restaurar a Sion, tan vívidamente como cuando una persona mira a otra directo a los ojos (ver Nm 14.14). Con razón se unirán en un coro de

alabanza. Los que predijeron estas cosas, sin estar juntos, durante el curso de muchos siglos prorrumpirán, en una gran compañía y físicamente presentes, en gozo ante el que ha sido el gran tema de estas profecías.

En el versículo 9 se llama a las ruinas de Jerusalén a hacer lo mismo. El lenguaje es intenso, visualiza y muestra la gloria de la restauración después de largos períodos de desolación: «Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén». La razón es doble: la palabra y la obra de Dios; la palabra de consolación: «Jehová ha consolado a su pueblo»; la obra del poder liberador: «a Jerusalén ha redimido». Su palabra se ha llevado a cabo con hechos. «Jesús ... varón profeta, poderoso en obra y en palabra» (Lc 24.19). Moisés «era poderoso en sus palabras y obras» (Hch 7.22). Compárese 2 Tesalonicenses 2.17.

Consuelo y liberación, esto es ayuda constante del Espíritu Santo en nuestras aflicciones y angustias, nuestras pruebas y peligros: ¡consuelo en medio de ellas, liberación de ellas! Podemos regocijarnos en el consuelo y tener confianza en la liberación.

El versículo 10 enfoca el cumplimiento futuro viendo al pasado. «Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones». La metáfora es la de un guerrero, quitando todas las cubiertas y pertrechos de su brazo a fin de ejercer su poder al máximo. Los necios conceptos erróneos que las naciones tenían en cuanto a Dios se verán poderosamente aclarados. Su negativa a reconocer la persona, hechos y afirmaciones de su Hijo se enfrentará a la fuerza de su interposición directa. «Todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro».

Los versículos 11 y 12 tratan acerca del otro lado de las circunstancias, dan una noción de la liberación de los exiliados. Se les llama a salir de la escena de su cautiverio. El lenguaje instruccional hace referencia a Babilonia, pero esta aquí representa mucho más que la ciudad misma, habla de las condiciones del mundo, como lo muestra el contexto precedente. Se les ordena no tocar nada inmundo. No deben llevar consigo a los dioses de Babilonia, como lo hicieron cuando llevaron los despojos de Egipto. Los aparejos que deben llevar a su tierra son «los utensilios de Jehová». Esto apunta al retorno bajo el decreto de Ciro, cuando serían restaurados los vasos que se llevó Nabucodonosor (Esd 1.7-11). De nuevo, a diferencia del éxodo de Egipto, no iban a salir con prisa ni huyendo. Su actitud, en lugar de ser la de fugitivos, debía ser de una completa preparación para retomar la adoración al Señor en su templo. Para eso el requisito es pureza absoluta.

Sin embargo, necesitarían la dirección y la protección del Señor, acerca de las cuales se les asegura: «porque Jehová irá delante de vosotros, y os congregará el Dios de Israel».

Todo esto contiene mensajes directos para los que, siendo ellos mismos instrumentos y apartados para el Señor para su uso (2 Ti 2.21), tienen la santa responsabilidad de mantenerse sin mancha del mundo y de limpiarse «de toda contaminación de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor». Y en cuanto a las promesas, todo lo que aquí se asegura, y mucho más, se reúne en la promesa: «Yo seré para ustedes un Padre, y ustedes me serán hijos e hijas, dice el Dios todopoderoso». La relación divinamente establecida en el nuevo nacimiento halla la expresión práctica de su parte en nuestras experiencias y circunstancias, de una manera que sería imposible sin esa condición.

## ISAÍAS 52.13–53

*Esta sección profética describe el gran tema del Siervo Sufriente de Jehová, rechazado, redimiendo y exaltado. Muchos ven incorrectamente al «Siervo Sufriente» como la nación de Israel. Sin embargo, el lector verá en su contexto que esta asombrosa porción de las Escrituras está inmersa entre las palabras de Isaías respecto a un Libertador, el Salvador, que redimiría y restauraría a Israel.*

La conexión con lo inmediatamente anterior es significativa. Se ha considerado la liberación del cautiverio, la de Babilonia y la liberación todavía futura y final. A Babilonia misma no se la mencionó en realidad, ni se vuelve a decir nada de ella en Isaías.

La liberación solo la puede obrar el Siervo de Jehová, sea para judíos o para gentiles. Así que el Señor dirige la atención al Siervo, primero a la prosperidad que se le da, y luego a la misma posición exaltada del Siervo (v. 13). Luego sigue una breve mención de su humillación como antecedente para la venidera manifestación de su poder y gloria (vv. 14, 15). Y todo esto, en su forma condensada, es el mismo tema que, así introducido, se amplía en los doce versículos siguientes.

«He aquí que mi siervo será prosperado». Hay dos significados contenidos en esta expresión: sabiduría (un rasgo de la cual es la prudencia) y prosperidad. Esto se podría combinar en una traducción más plena: «tratará sabiamente, con la consiguiente prosperidad». De una manera notable, esto describe su vida en la tierra en cuanto a todo lo que Él dijo e hizo, con su consecuente prosperidad, y en cómo guardó su testimonio sin entregar su vida hasta la hora señalada. Nada ha sido prosperado jamás de la manera como lo fue la entrega de esa vida en su sacrificio voluntario y redentor.

«Será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto». Se consideran tres etapas: su resurrección (la palabra que se traduce «exaltado» significa resucitar en exaltación), su ascensión (el pensamiento es de un ascenso glorioso), y su posición a la diestra de Dios (ver Hch 2.33; Fil 2.9; Heb 1.3, 13).

«Como se asombraron de ti muchos [con el cambio de una exposición de hechos sobre él a una proclamación dirigida a él; cp. 49.7, 8] ... así asombrará él a muchas naciones». Hay que señalar la similitud de los verbos en estas declaraciones. Muchos se asombraron en la degradación y desfiguración que el hombre le infligió; en la manifestación venidera de su gloria se asombrarán

(les hará que salten y tiemblen de asombro) muchas naciones; «asombrar» es el significado aquí, no «rociar» (como la gramática deja claro).

El hecho de que «de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» fue la causa del asombro de los que lo contemplaron. Los soldados le golpearon repetidamente con un remedo de cetro en la cara y en su frente coronada de espinas, hasta que sus rasgos quedaron irreconocibles. El tipo de azotes que le administraron era tan cruel que le arrancaba carne del pecho y de la espalda. Así, el Salmo 22.17 predijo: «Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan».

En el día venidero, el asombro de su poder y gloria será tan grande que los reyes quedarán abrumados y mudos, silenciados por la vista de lo que jamás habían oído. Todavía más, se les obligará a captar la realidad y significado de la magnífica manifestación, «entenderán lo que jamás habían oído».

Sigue de inmediato la razón por la que no han oído. La causa está en Israel. Ellos (no el profeta) son los que se afligen penitentes en el próximo versículo. Reconocen con lamento su incredulidad. Como nación rehusaron creer el mensaje que se les proclamaba. Este es el significado de la pregunta retórica que en nuestras versiones se traduce: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio?» (v. 1). La palabra traducida como «anuncio» quiere decir lo que fue oído, lo que fue declarado, y se refiere al evangelio predicado en Pentecostés y después, que la nación rechazó persistentemente. Considérense las protestas y lamento de Pablo (Hch 13.46; 18.6; 28.28; Ro 9.1; 11.7, 8; 1 Ts 2.14-18).

Así que la manifestación del poder de Dios en Cristo, «¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?», es una pregunta profética que expresa la confesión que se hará en el futuro día de arrepentimiento, que Israel había en su incredulidad fracasado en cuanto a reconocer lo que Dios había obrado al resucitar a Cristo de los muertos. Todo lo que sigue es un pleno reconocimiento que se hará de los grandes hechos respecto a él cuando la nación sea restaurada.

No se dieron cuenta de que él «Subirá cual renuevo delante de él [Jehová], y como raíz [retoño] de tierra seca» (v. 2).

Lo agradable de Cristo a ojos de Jehová, en los días de su niñez y al crecer a la edad adulta, como rama tierna y retoño verde, se pone en contraste con la condición de desolación y esclavitud de la nación.

Ellos no vieron nada en su apariencia que los hiciera sentirse naturalmente atraídos a Él, nada de atractivo o belleza para deleitar sus sentidos naturales. Por el contrario, fue «despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto» (v. 3). El significado especial de la palabra que se traduce «quebranto» es enfermedad, o dolencia. La primera

cláusula marca su vida como caracterizada por el dolor interno de experimentar los efectos del pecado y las aflicciones de los que lo rodeaban; la segunda cláusula lo marca como el Único capaz de conocer a fondo las varias formas de enfermedad.

La última parte del versículo expresa todavía con más fuerza la actitud del pueblo como un todo. Muestra el carácter de su menosprecio: «y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos». Los hombres escondieron de Él el rostro, y se alejaron de lo que consideraban insoportable contemplar. La forma en que lo estimaron se expresa con gran contundencia; lo consideraron como nada. Todo esto consigna las profundidades del remordimiento con que la nación rememorará de ahí en adelante sus actitudes hacia él en los días de su carne.

En los versículos 4 al 6, se entra en el tema más a fondo, confesando que los sufrimientos de Él fueron de una naturaleza muy diferente de lo que ellos habían supuesto. Ahora se tienen en mente los sufrimientos de la cruz.

El cambio de sus ideas se marca con la palabra de apertura «ciertamente», «de cierto». La afirmación «llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores», expresa más plenamente lo que se mencionó en el versículo previo en cuanto a que fue varón de dolores y experimentado en quebranto. Cuenta cómo el Señor llevó en su propia persona sufrimientos que no eran suyos. Mateo cita esto en conexión con las obras de sanidad y liberación (Mt 8.16, 17). Sin embargo, esa afirmación no habla de que Él hace expiación sustitutoria.

El versículo 4 nos lleva directamente a la cruz, porque solo a ella se puede aplicar la declaración: «y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido». En su ceguera, miraron a sus sufrimientos como castigo por sus propios pecados, los que ellos deben de haber considerado especialmente grandes.

Pero ahora, bajo el poder de la revelación de los grandes hechos, viene una inversión entera de sus opiniones. Esto se marca de una manera especial por las series de pronombres personales enfáticos en plural que siguen. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él» (v. 5).

Las palabras que se traducen «herido» (o perforado) y «molido» son los términos más fuertes para describir una muerte violenta y agonizante. Se observa un énfasis en el «nuestros» en ambas frases. El castigo que Dios le administró fue lo que hizo nuestra paz (la palabra *shalom* abarca más y describe no simplemente un estado pacífico, sino bienestar en general); «y por sus llagas fuimos nosotros curados», no es la flagelación de los romanos; la traducción literal es «lesionado» (como en la Septuaginta, ver 1 P 2.24). La



expresión indica en forma condensada el golpe del castigo divino que se le aplicó. La sanidad, el bienestar espiritual que recibimos, se pone expresamente en directo contraste con la flagelación o con el golpe divino al que Él se sometió.

Ahora viene el clímax de la admisión con remordimiento de conciencia por parte de la nación penitente: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino», y luego el grato descubrimiento y reconocimiento del tremendo hecho: «mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (v. 6).

Lo que la nación reconocerá en lo sucesivo se aplica a toda la raza humana. El hombre ha sustituido con su propia voluntad la voluntad de Dios. Habiéndosele concedido el poder de autodeterminación, característica que, entre otras, le marca como creado a imagen de Dios, ha usado el poder de ir «por su propio camino» y hacerse egocéntrico en lugar de teocéntrico.

En esta condición universal de culpa y desdicha, ha intervenido la gracia de Dios. Enviando a su Hijo «en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado» (Ro 8.3), ha hecho que se descargue sobre Él todo el peso de nuestra iniquidad y la justa ira debida a la misma.

El tercer párrafo, versículos 7 al 9, describe sus sufrimientos, muerte y sepultura. «Angustiado [tratado cruelmente] él, y afligido [literalmente, sufrió voluntariamente], no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca». Todo esto expresa su sometimiento voluntario y se coloca en marcada antítesis con el descarrio mencionado en la primera parte del versículo 6.

La escena pasa luego al veredicto judicial injusto que se le dictó, y de allí directamente al Calvario. «Por cárcel y por juicio [una endiádis, es decir, un sentimiento que se indica mediante dos expresiones, aquí significando “mediante una sentencia judicial opresiva”] fue quitado [Mt 26.66; 27.22-31, ver Hch 8.33 que traduce la Septuaginta]; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido», o «el golpe fue sobre él». Es mejor entenderlo así que como la lectura del margen de la Versión Revisada en inglés: «a quien el golpe le fue debido». El énfasis del pasaje es lo que Cristo soportó.

Esta sección, que ha descrito el carácter de sus sufrimientos y la forma de su muerte, cierra con una declaración de su sepultura: «Y se dispuso [es decir, ellos, su generación dispuso] con los impíos [“con pecadores”] su sepultura, mas con los ricos [“un hombre rico”] fue en su muerte». La primera parte parecería referirse a la intención de los gobernantes, que le habrían enterrado ignominiosamente con dos ladrones. Las autoridades romanas, sin embargo, le entregaron el cuerpo a José de Arimatea, el «rico» (Mt 27.57).

La palabra hebrea que se traduce «muerte» está en plural; esto expresa el carácter violento, por no decir la naturaleza aglutinadora, de su muerte.

En lo que sigue, la traducción «aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca» tal vez se podría expresar mejor «porque nunca hizo». La cláusula se debe conectar con lo que precede inmediatamente. El hecho de estar libre de pecado le hizo apto para recibir una sepultura honorable, en lugar de ser arrojado a la tumba de un criminal, adonde sus enemigos le hubieran echado.

La última sección del capítulo da un testimonio triple respecto a las experiencias de su alma. Se nos lleva al santuario interior de su ser. De nuevo, los versículos 10 y 12 hablan de los tratos de Jehová con Él, judicialmente respecto a su muerte y en compensación respecto a su recompensa. El versículo 11 habla del resultado de su sacrificio y su propia satisfacción en eso, y la gracia justificadora que Él ministra a otros.

La afirmación «Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo» se refiere al consejo determinado de Jehová al hacer que el pecado del hombre sirva a los actos de su gracia, en el sufrimiento que se le infligió a su impecable Siervo en la cruz. La expresión «sujetándolo a padecimiento» habla de la angustia extrema que se le impuso.

Lo que sigue probablemente se traduce de manera apropiada: «Cuando su alma haga una ofrenda por el pecado», es decir, una ofrenda por la transgresión, un sacrificio ofrecido a Dios con el efecto de limpiar de la culpa al pecador. La ofrenda por el pecado la presentaba el sacerdote desde el punto de vista del ofrendante, pero la ofrenda por la transgresión tenía especialmente en mente las demandas de la justicia de Dios. Eso es lo que se indica aquí. Esta es la primera de tres declaraciones referentes a su alma.

Este acto voluntario de entregar su vida (una vida con la cual Dios estaba inefablemente complacido) para satisfacer las demandas justas de Dios respecto a la culpa del hombre, se muestra que tiene los siguientes resultados (en los vv. 10-12) relativos a Cristo mismo:

1. «Verá linaje». Se consideraba que un israelita había sido notablemente bendecido si tenía posteridad numerosa, y especialmente si vivía para verlos (Gn 48.11; Sal 128.6). Aquí entonces tenemos que se da a entender el gozo supremo de Cristo al ver los resultados de su sacrificio en la innumerable multitud de su posteridad espiritual, tanto de entre judíos como de gentiles.

2. «Vivirá por largos días», es otra bendición que se consideraba como alto favor entre los israelitas (cp. Sal 91.16; Pr 3.2, 16). Aquí, sin embargo, la referencia es a la vida sin fin de resurrección del Señor, y el gozo que exhala de sus palabras «vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1.18).

3. «Y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada». Es decir, los

consejos predeterminados de Dios tendrán su cumplimiento gozoso. La frase «en su mano» señala a su obra mediadora y sumosacerdotal, así como al ejercicio de su autoridad y poder en su reino.

4. «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho». Esta es la segunda mención del alma de Cristo en el pasaje. Toda la gloria que sigue y seguirá será vista por Él como el resultado de sus sufrimientos expiatorios, que nunca dejarán de estar presentes en su mente como los medios todo necesarios y todo suficientes, por los cuales su corazón queda satisfecho en la redención de aquellos que han llegado a ser posesión suya. Esto es cierto tanto de la obra progresiva de la gracia salvadora como de su pleno cumplimiento cuando la iglesia esté completa e Israel sea salvado.

5. «Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos». Hay un énfasis en la palabra «justo». No puede haber justificación para otros, ni reconocimiento de justicia, si no por la justicia inmaculada, que hacía que Él fuera el único capacitado para entregarse voluntariamente como sacrificio propiciatorio.

La frase que se traduce «Por su conocimiento» se puede traducir de dos maneras: «por el conocimiento de él» o «por el conocimiento que él tiene». Respecto a la primera, conocerle a Él es vida eterna (Jn 17.3; 1 Jn 5.20; cp. 2 P 1.3); este es el sentido objetivo. El otro es el subjetivo. En el capítulo 11.2, uno de los siete espíritus que se predice que descansarán sobre Cristo es «el espíritu de conocimiento». De nuevo, una de las cualidades necesarias del sacerdote es que sus labios guarden conocimiento (Mal 2.7), de modo que la gente pueda buscar la ley de su boca. Es más, en Mateo 11.27 el Señor afirma que el conocimiento del Padre le pertenece solo a Él, «y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». En todo el pasaje, se despliega tanto la obra sacerdotal como la obra mediadora de Cristo, así como la perspectiva de su gloria real (ver 52.15 y 53.12). Gracias a lo que Él es tanto en su propia persona como en su triple oficio, y debido a su conocimiento absoluto como Hijo de Dios, llevará a cabo la justificación de muchos. Es decir, hará justos a todos los que vienen a Dios por Él; pero solo sobre la base de su sacrificio vicario, razón por la cual sigue de inmediato la declaración «y llevará las iniquidades de ellos». Por eso Él es el sacerdote eterno, calificado para dispensar todo lo que resulta de su entrega.

Con todo, queda otro glorioso efecto de su muerte sacrificial. Jehová le dará «parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos». La Septuaginta dice: «Yo le daré a los poderosos por porción». El pensamiento no es el de dividir en porciones, sino la asignación. «Los grandes» y «los fuertes» son términos generales, y no especifican individuos en particular; no se refieren a personas de prominencia especial o a quienes pudieran ser más

poderosos que otros, sino a todos los que por razón de su adherencia fiel a la voluntad de Dios son hechos partícipes de su autoridad majestuosa cuando su reino sea establecido.

El Padre y el Hijo cooperan, y el Hijo «con los fuertes repartirá despojos». Estos últimos se mencionan en el Salmo 110.3 como voluntarios en el día de su poder, participando con Él en los despojos de su triunfo. La Septuaginta traduce esta segunda afirmación: «Él dividirá los despojos de los fuertes» sugiriendo su triunfo sobre sus enemigos, por lo que muchos aceptan este significado.

De nuevo se nos dirige a la obra fundamental de su sacrificio expiatorio. El mismo establecimiento de su poder soberano en la tierra descansará sobre su obra concluida. Aquí finalmente se la indica en cuatro enunciados. Toda la gloria futura, todo lo que conseguirá a modo de recompensa para los fieles se debe a (1) «por cuanto derramó su vida hasta la muerte»; (2) «y fue contado con los pecadores»; (3) «habiendo él llevado el pecado de muchos»; (4) «y orado por los transgresores». Estas dos últimas se indican en intenso contraste con el hecho de que fue contado con los transgresores, y esto lo indica apropiadamente con el «por cuanto». Lo anterior señala a lo injusto de la opinión de los que lo sentenciaron y lo entregaron a su ejecución. Ni se dieron cuenta de que al tolerar lo que soportó en la cruz era Él mismo el que cargaba el pecado, y la declaración final se refiere especialmente a su oración intercesora mientras estaba siendo clavado en el madero. Allí fue donde hizo intercesión por los transgresores.

Por tercera vez se menciona su alma, y ahora en conexión con su propia acción de derramarla hasta la muerte. Respecto a esto, Él mismo dijo: «Yo pongo mi vida por las ovejas» y «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Jn 10.15, 17, 18).

Los detalles de esta profecía del capítulo 53 crecen en intensidad y alcanzan un clímax en estos últimos tres versículos.

## ISAÍAS 54

*Este capítulo profético prorrumpe en regocijo y júbilo. Sí, después de las profecías de los sufrimientos, de cargar con el pecado, hay gloria para el Siervo de Jehová por la liberación definitiva que dará a su pueblo.*

**A** Israel se le llama a regocijarse con canción y voces de júbilo, puesto que su estado de esterilidad dará lugar al fruto. Las experiencias de su antepasada Sara han sido una sombra anticipada de esto. La condición desolada del pueblo y su tierra no iba a durar indefinidamente. Jehová no se había divorciado de la nación. Vendría el tiempo cuando ya no se la llamaría «Desamparada» ni a la tierra se la calificaría como «Desolada», porque «como el joven se desposa con la virgen», así también Dios se regocijará por ella (62.4, 5) y sus hijos serán más numerosos que antes de que ella quedase desolada (v. 1).

Por consiguiente, a la nación se le insta a que amplíe su tienda y extienda las cortinas de sus habitaciones, que alargue sus cuerdas y refuerce sus estacas, lenguaje que metafóricamente establece la extensión de su territorio a fin de que pueda haber espacio para la población aumentada.

En consecuencia, se le da la promesa: «Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas» (v. 3). La mano derecha y la mano izquierda representan el norte y el sur, como en Génesis 15.18, Egipto y el Éufrates; también de oriente y occidente (ver Gn 28.14). Habrá mucho más en el tiempo venidero de lo que habían disfrutado en el reino de Salomón. Van a llegar a ser cabeza de naciones, gobernando sobre los que los oprimieron (ver Mi 4.1-3). Las ciudades desoladas por la guerra y el pillaje llegarán a tener mucha población. Israel, arrepentida y convertida, será entonces «los mansos que heredarán la tierra».

Tales son los caminos del Señor. Cuando la mano castigadora ha realizado su obra, la ampliación sigue a la restricción. Cuando el alma disciplinada aprende a percatarse más plenamente de lo que se consiguió en el Calvario y se postra en autoexamen ante Él, la ampliación espiritual llegará con toda seguridad. La fructificación, que ha sufrido debido al empobrecimiento del alma, estalla en abundancia, para la gloria del Señor y el enriquecimiento y bendición de otros.

El pasaje que sigue desde el versículo 4 en adelante está lleno de las más tiernas promesas y consuelo, hablando de la bondad del Señor, sus

misericordias de pacto y el glorioso futuro guardado para la nación. Israel ya no debe temer, porque no será avergonzada. Se le exhorta a no confundirse (o más bien, como se podría traducir, «a presentar desafío al reproche»). Su futuro será tan delicioso que «se olvidará de la vergüenza de su juventud», del tiempo cuando estaba en esclavitud en Egipto. Allí fue como una virgen, pero Jehová que la redimió se comprometió con ella con un pacto de amor (ver Jer 51.5), porque su Esposo no era otro que su Hacedor (v. 5). El que ha llegado a ser su Esposo fue el que la hizo existir, y es «Jehová de los ejércitos», Aquel cuyas órdenes cumplen las huestes mencionadas. En hebreo, las palabras que se traducen «Hacedor» y «Esposo» son plurales, parecidas a *Elojim*, «Dios», el último título divino en este versículo; son de este modo expresivas de la plenitud de la relación y de su poder creador.

De nuevo, a su Redentor, el Santo de Israel, se le describe como el «Dios de toda la tierra», indicando que el poder de ayudarla le pertenece a Él y lo ejercerá debido a la relación de amor en que ella está con Él.

La relación había sufrido un tipo de desilusión, pero Jehová todavía la llamará de vuelta a sí mismo, «como a mujer abandonada y triste de espíritu ... y como a la esposa de la juventud que es repudiada» (v. 6). Es maravillosa la gracia restauradora de Dios. Llama a Israel a que vuelva a Él como el esposo recibe de nuevo a la esposa que amó en su juventud. Ella le ha desagradado, pero no es aborrecida. Por el contrario, el Señor considera el tiempo en que la ha abandonado, el tiempo de su cautiverio, como «un breve momento» (v. 7).

El tiempo de su cautiverio en oriente les había parecido largo a los cautivos, y esto se evoca especialmente en la oración intercesora y las súplicas que elevó Daniel, que se percató de la naturaleza terrible de los tratos disciplinarios de Dios en el tiempo del abandono (ver Dn 9 y Lamentaciones de Jeremías). Jeremías dice: «¿Por qué te olvidas completamente de nosotros, y nos abandonas tan largo tiempo?» (Lm 5.20). Viendo el período todavía más largo desde el carácter inalterable de su misericordia, Dios se refiere a Él como un breve momento. Dice «te recogeré con grandes misericordias» (vv. 7, 8).

Al principio del versículo 8, la versión PDT traduce correctamente «Lleno de ira», es decir, en estallido de indignación. Con eso es con lo que se contrasta su «misericordia eterna». El Señor le hace entonces la promesa de que nunca más se enojará con Israel ni la reprenderá. De modo similar, dice, le prometió a Noé y a sus descendientes que nunca más volvería a exterminar a toda carne mediante las aguas de un diluvio. Así como el ya existente arco iris fue puesto como símbolo de un pacto entre Él mismo, la tierra y toda criatura viviente, así ahora habla de su «pacto de paz» como aquello que nunca será quitado, y que indica la seguridad de que, de la misma manera, aun cuando las

montañas se esfumen y las colinas sean quitadas, su bondad nunca se apartará de Israel; porque él es «Jehová, el que tiene misericordia de ti» (v. 10).

Tal como Noé y su familia salieron a un nuevo mundo después del diluvio, así después de «la gran tribulación» el pueblo terrenal redimido de Dios saldrá a la bendición milenial. «Por la noche durará [o vendrá para quedarse] el lloro, y a la mañana vendrá la alegría» (Sal 30.5, donde de la ira de Dios se dice que dura «por un momento», como aquí en Is 54.7, 8; cp. 2 Co 4.17).

De esta manera, el Señor, en tanto que administra el necesario y desagradable castigo a su pueblo, arregla su corazón y mantiene su mirada en el «fruto pacífico de justicia». Nunca deja de tener en mente nuestros más altos y mejores intereses.

Desde el versículo 11 hasta el fin del capítulo la gloria futura y felicidad del pueblo terrenal de Dios se describen en una hermosa variedad de maneras, que sirven para indicar la liberación venidera y sus resultados en contraste con sus aflicciones presentes. Esta última condición se describe en términos tiernos: «Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo» (v. 11). La tempestad expresa la furia de las potencias gentiles en su determinación satánicamente inspirada de destrozar a Israel al máximo. De Jerusalén, que en la cúspide de la tormenta llegará a ser el centro de la última gran guerra del mundo, dice: «he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas [«torres», PDT, o minaretes, no «ventanas», RVR] pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y toda tu muralla de piedras preciosas». Todo esto representa el reflejo de la gloria de Dios mismo. Las joyas que Dios ha escondido en la tierra, y que el hombre ha desenterrado con propósitos de su propia avaricia y autoglorificación, han sido diseñadas con el objetivo de demostrar la gloria de los atributos y carácter de Cristo y, aunque literalmente se usarán para embellecer a la Jerusalén terrenal, será por eso un continuo recordatorio y símbolo para el pueblo de Dios en cuanto a las glorias y la gracia de Cristo su Redentor.

Así, las doce piedras preciosas engarzadas en el pectoral del sumo sacerdote en la antigüedad indican la gloria y gracia de Cristo en su ministerio sumosacerdotal. Y así como desde ese pectoral las palabras de luz e instrucción fueron dadas para impartir la mente del Señor a su pueblo, en el día venidero la gloria natural de Jerusalén, en lugar de servir para el orgullo humano, transmitirá la mente y la voluntad de Dios según se revela en el Mesías.

Esto es lo que se promete de inmediato, porque el versículo 13 dice: «Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos». Es decir, todos serán discípulos. No tendrán necesidad de instrucción humana. Esta promesa la citó Cristo mismo cuando les dijo a los judíos que

murmuraban: «Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí», Juan 6.45. La expresión de ese versículo en el original, «enseñados por Dios», aparece como adjetivo en 1 Tesalonicenses 4.9, «aprendido de Dios». Así como Dios enseña a los creyentes a amarse unos a otros, así también en Israel, en su calidad de «enseñados por Dios», el amor los caracterizará a todos. Por lógica se sigue que la paz prevalecerá; porque donde se ejerce el amor inevitablemente existe gozo y paz (cp. Col 3.14, 15).

Todo esto es resultado del conocimiento del Señor. Israel no necesitará que cada hombre enseñe a su prójimo y cada cual a su hermano, diciendo: «Conoce al Señor»; porque todos lo conocerán «desde el más pequeño de ellos hasta el más grande» (Jer 31.34). Pero toda esa felicidad se disfrutará sobre la base de la justicia divina: «con justicia serás adornada», versículo 14 (ver cap. 11.5).

Sus enemigos ya no los oprimirán. Estarán muy lejos de la opresión. No deben temer una repetición de sus aflicciones. Deben estar lejos del terror; no se acercará a ellos de nuevo. Sus enemigos pueden reunirse, pero todos los que se atrevan a hacerlo caerán ante ellos. Jerusalén será invencible (v. 15). Dios ha creado al herrero que sopla el fuego de su fragua y produce un arma para su trabajo (o «para su obra»); también ha creado al desechador (o destructor) para destruir (v. 16). El mismo poder creador de Jehová se usará para defender a su pueblo. En consecuencia, ninguna arma forjada contra ellos prosperará. Y entonces, conforme toda arma hostil fracase, así Jerusalén, despertada al conocimiento del Señor y, por consiguiente consciente de su derecho divino, condenará a todo acusador como culpable y, por tanto, como digno de castigo. «Condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio» (v. 17).

La declaración con que termina este capítulo resume todas las promesas precedentes, y las describe como «la herencia de los siervos de Jehová». Lo que es recompensa legítima del gran Siervo de Jehová en su exaltación, se describe de manera diferente respecto a sus siervos, porque su herencia es de gracia. Y en tanto que Él es en sí mismo «Jesucristo el justo», la justicia concedida a su pueblo es de igual manera cuestión de gracia: «su salvación de mí vendrá, dijo Jehová». Así es como Jerusalén será establecida. Israel no podrá reclamar nada de eso por mérito propio, así como tampoco podemos nosotros, que somos «justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús».



## ISAÍAS 55—57

*En estos últimos tres capítulos proféticos de Isaías vemos un cambio principal desde el castigo y liberación inminentes del Siervo de Jehová a una invitación increíble a los seres humanos a que vengan y participen de la provisión espiritual que Él ha dado. Todo lo que se requiere es oír su voz, escuchar su promesa de perdón y arrepentirse. Aunque esta sección no es una profecía per se, es profética en el sentido de que incluso hoy, «mientras se llama hoy», cualquiera que oye y responde a la invitación de Jehová será salvado.*

La invitación es «a todos los sedientos», y la provisión que se hace consiste no solo en los beneficios materiales de agua, vino y leche. Estos elementos se usan como metáfora de cosas más elevadas que los productos naturales. El significado espiritual del agua se ha mencionado en 44.3, donde se hace referencia al Espíritu Santo, como en Juan 7.38. De manera similar se considera el vino (ver 25.6, 7). Así que debemos entender la mención de la leche (ver 1 P 2.2), como referencia a la Palabra de Dios. En las Escrituras se asocian a menudo el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios.

Todavía más, la compra se debe hacer «sin dinero y sin precio» (v. 1). Todo es por gracia divina. La posesión de bendiciones espirituales depende, desde el punto de vista de los receptores, solo en un sentido de necesidad y de estar listo para recibirlas.

Podemos comparar con esta invitación las palabras de la parábola de Mateo 22.4, y el contraste expresado en el versículo 2 de este capítulo 55 nos recuerda la discrepancia entre la gracia y las obras en Romanos 11.6. La paradoja de comprar sin dinero sugiere la bancarrota espiritual. Israel estaba gastando dinero y trabajo en ídolos. De aquí la apelación solemne a la exclamación de apertura en este capítulo, que no es simplemente cuestión de invitación, sino que presenta una reflexión sobre el estado de los que están adoptando sus propios artificios en lugar de escuchar la voz del Señor.

El Señor sigue su reconvención con las palabras de gracia: «Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura» (v. 2). A menudo, en los pasajes de las Escrituras donde se dan dos mandatos, el segundo sugiere el buen resultado de obedecer el primero (cp. Gn 42.18).

La satisfacción del alma se puede obtener solo en la senda de la obediencia de fe. Al escuchar con diligencia la voz de Dios y cumplir su

voluntad podemos disfrutar de verdadero deleite espiritual. Es más, lo que el Señor aquí extiende es algo más que satisfacción a nuestra necesidad. Él diseña darnos una satisfacción desbordante. Esto se indica por la expresión «grosura» (ver, por ejemplo, Sal 38.8 y 63.5). Esto es «las riquezas de su gracia».

Ahora llama a su pueblo a que incline su oído y venga a Él, para oír, a fin de que su alma viva (v. 3) o vuelva a vivir (cp. Jn 14.6). Se parece mucho a lo que se le dijo después a la iglesia de Laodicea. En tales condiciones, el Señor llama al individuo a que oiga su voz (Ap 3.20), y su provisión para el corazón que responde es que halle en Él la misma vida y sustento del alma.

Hay mucho contenido en estos primeros tres versículos del capítulo para un mensaje evangélico, pero la apelación se dirige al descarriado, cuya alma necesita la revivificación que solo se puede efectuar al volver al Señor.

«Y haré», dice, «con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David». En los asuntos humanos un pacto lo hace y ratifica cada una de las partes que intervienen. Aquí el Señor toma sobre sí las obligaciones, de modo que el pacto es virtualmente una promesa. Así en Gálatas 3.17, 18, donde «pacto» y «promesa» se usan de manera intercambiable. Es más, la palabra griega que se usa allí, *diazeque*, no solo contiene en sí misma la idea de una obligación conjunta, sino que denota aquello a lo que se compromete solo uno. La única condición para el que recibe es que incline su oído y venga. No estará con eso estampando su firma en un pacto; su aceptación de la invitación asegura el cumplimiento del «pacto de promesa».

La frase «las misericordias firmes a David» recibe su interpretación en Hechos 13.34, que cita de la Septuaginta: «yo te daré las bendiciones santas y seguras [literalmente, cosas] de David». Pablo usa esto como la segunda de tres citas del AT para demostrar que se cumplieron en la persona de Cristo: la primera prediciendo su nacimiento (v. 33, ver RVR; allí el hecho de que Jesús se levantara habla de que Él se levanta en la nación, en su vida terrenal, cp. v. 23); la segunda prediciendo su resurrección; la tercera, su incorruptibilidad. Lo que Dios le prometió a David (p.ej., en 2 S 7.16), y todavía se cumplirá para Él en el futuro reino terrenal, se puede establecer solo en ese día y por medio de la persona de Cristo mismo, en razón de su resurrección y exaltación, y en la gloria de su reinado milenial.

David fue, y todavía será, el «testigo a los pueblos (las naciones)» designado por Dios y «por jefe y por maestro» (ver Ez 34.24; 37.24). Israel, poseedora del dominio mundial, «llamará a una nación que no conocían» (refiriéndose a los pueblos gentiles en general), y la nación que no conocía a Israel correrá a ellos (indicando la rapidez del viaje), «debido a Jehová su Dios», y «del Santo de Israel». Ahora no hay un reconocimiento recíproco,

sino lo opuesto. Pero en el día del reinado del Mesías, Israel será glorificado por Él (vv. 4, 5). En el versículo 6 hay una apelación general: «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que esté cercano».

Lo que sigue es un llamamiento al descarriado; se le llama a abandonar sus caminos y sus pensamientos, y volver al Señor. Un retorno implica retractarse de los pasos de uno hacia aquello en lo que uno previamente disfrutaba. El hombre no regenerado puede dar la vuelta, pero el retorno es para el que ha retrocedido de esa comunión con Dios que en un tiempo experimentó. Él espera para tener misericordia de él y para «perdonar abundantemente» (literalmente, «Él multiplicará para perdonar»), versículo 7.

La apelación presente a abandonar sus propios caminos y pensamientos y a —volviéndose a Dios—, someterse a Él, se recalca por el hecho de la completa diferencia entre los caminos y pensamientos de Dios y los necios caminos y pensamientos de la voluntad propia de los hombres (vv. 8, 9; cp. 40.27; 19.14).

El desvío del descarriado le hunde en la incredulidad y la desdicha. Halla que sus propósitos los frustra una potencia más poderosa que la suya, y la senda de espinos que ha escogido le lleva a la lobreguez e incertidumbre espiritual.

Dios presenta sus acciones y decretos en marcado contraste con todo esto. Así como tiene control absoluto sobre la lluvia y la nieve y lo que produce la tierra, por lo que el hombre no puede hacer nada para alterar lo que Dios ha establecido mediante su poder creador, «así será mi palabra», dice, «que sale de mi boca; no volverá a mi vacía [o, sin fruto], sino que hará [o, “hasta que haya logrado”] lo que yo quiero, y será prosperada [o, “ha logrado prósperamente”] en aquello para que la envié». Esto es, no volverá sin haber logrado el propósito para el que el Señor la envió (vv. 10, 11).

Su palabra es su mensajero (ver 9.8; Sal 107.20; 147.15-19). A su palabra aquí se la personifica. Corre como veloz mensajero, realizando la voluntad de Dios con su poder vital tanto en la naturaleza como en medio de la humanidad. La palabra es la expresión del pensamiento. Es parte de la persona misma. Por eso a Cristo se le llama el Verbo o la Palabra de Dios. Él le ha declarado (lo ha dicho), Juan 1.18: «Todo lo que sale de la boca de Jehová» provee el alimento espiritual por el que el hombre vive (Dt 8.3). Así como lo que brota del suelo y la tierra lo produce la lluvia y la nieve, así mismo ocurre respecto al terreno del corazón humano y la Palabra de Dios.

¡Qué gran responsabilidad, por consiguiente, recae sobre aquel que es mensajero de Dios! Si el corazón del mensajero está lleno de comunión con Aquel que lo envía, su mensaje realizará lo que agrada a Dios y prosperará en el objeto para el cual la envió.

En el versículo 12, el Señor aplica con gracia los principios relativos a su palabra en cuanto a la promesa de inefable bendición para Israel en el día venidero. «Porque con alegría saldréis», es decir, las actividades de la vida se realizarán sin el apuro del temor (cp. 55.12), «con paz seréis vueltos»; nunca más tendrán que volver a abrirse paso peleando entre enemigos o huyendo de ellos; «y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso». La naturaleza será puesta en sintonía con los propósitos de la gracia de Dios respecto a su pueblo (cp. Sal 98.8, en donde se aplica las palmadas de aplausos a los arroyos y torrentes de agua). Habrá empatía, por así decirlo, entre la naturaleza y los corazones gozosos de los redimidos de Dios. La creación natural ya no estará sujeta a vanidad. La creación misma «será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Ro 8.21).

«En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán», árbol perenne verde, aromático, hermoso; de esta palabra hebrea procede el nombre Hadasa, nombre original de Ester (Est 2.7); «y será a Jehová por nombre, por señal eterna [o memorial] que nunca será raída» (v. 13). Lo que Dios obrará en la bendición del reino milenial tendrá un efecto doble: proclamará su gloria y será un recordatorio constante para su pueblo de sus atributos y acciones de gracia y poder.

Las palabras con que se inicia el capítulo 56: «Guardad derecho, y haced justicia», recuerdan la amonestación de los versículos 6 y 7 del capítulo anterior. Los pensamientos y caminos de Israel no eran los mismos del Señor (v. 8). Las promesas gloriosas que siguen en ese capítulo eran incentivos para que los impíos dejaran sus caminos y los injustos sus pensamientos; también eran preparatorios para los mandamientos presentes. Que cumplan la justicia práctica y así llegarán a conformarse a la rectitud del carácter y trato de Dios. Y la razón por la que deben hacerlo es doble: «porque cercana estaba mi salvación para venir [la salvación expresada en las promesas precedentes], y mi justicia para manifestarse». El trato justo tiene como base la relación a la que Dios trae a su pueblo. Era una relación de pacto con Israel, incluyendo el cumplimiento de justicia de parte y parte. Dios cumplió su parte y estaba listo para manifestarlo si se volvían de sus caminos injustos y seguían los de Dios. Si tan solo se percataran de lo cerca que la salvación y sus justos tratos estaban de su manifestación, eso en sí mismo los hubiera impulsado a responder a su promesa y mandamiento.

Una bendición especial se extiende para el que guarda el mandamiento de Dios, y para el hijo del hombre «que lo abraza; que guarda el día de reposo para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal» (v. 2).

En cuanto al sabbat, lo que nos corresponde es una observancia perpetua

del mismo: «Por tanto, queda [es decir, perpetuamente continúa] un reposo para el pueblo de Dios» (Heb 4.9). Nosotros mismos podemos disfrutar este descanso solo en Cristo si guardamos nuestra mano de hacer todo mal.

El extranjero que se ha unido al Señor (y no eran pocos los que, profesando la religión de Jehová, se habían unido a su pueblo) pudiera verse tentado a temer que después de que Israel fuera restaurado a su tierra el Señor lo separaría de ellos, privándole de los privilegios que había disfrutado. El temor no tenía base, porque si ellos «abrazaban su pacto», Dios los llevaría a su monte santo, y los haría estar gozosos en su casa de oración; sus sacrificios y holocaustos serían aceptados sobre su altar; porque su casa «será llamada casa de oración para todos los pueblos». Y el que reunirá a los dispersos de Israel, reunirá a otros junto con «sus congregados» (vv. 6-8).

Había otros que tal vez podrían verse tentados a la desesperanza, considerando su condición y todo lo que estaba teniendo lugar. Estaban los eunucos, respecto a los cuales se dio una prohibición en Deuteronomio 23.1. Pero incluso a ellos se les da una promesa de «un memorial [RVR, “lugar”] y nombre mejor que el de hijos e hijas», y un nombre eterno que nunca perecerá (vv. 4, 5), a condición de que se abstengan de profanar el sabbat y se aferren al pacto del Señor. Se derribaría la muralla divisoria que separaba a los eunucos de la comunión con la congregación de Israel. Todas las barreras que la humanidad erigió contra la comunión están destinadas a ser eliminadas en el día venidero.

El versículo 9, que RVR marca como principio de un nuevo párrafo, probablemente comienza un nuevo tema y forma el principio del capítulo 57. El atalaya y los pastores de Israel habían dado paso al egoísmo y a la vida disoluta. Habían abandonado sus responsabilidades con el pueblo de Dios y, en lugar de advertir, estaban ciegos al peligro inminente. Eran «perros comilones», incapaces de ladrar. En lugar de vigilar estaban «soñolientos, echados, aman el dormir». En consecuencia, el Señor extiende una invitación a las bestias del campo y de los bosques, que metafóricamente representan a las potencias gentiles, para que vengan y devoren (vv. 9-12).

Todos aquellos a quienes el Señor hace responsables de actuar como pastores sobre su rebaño necesitan guardarse de la declinación gradual de su deber y de señorearse sobre lo que tienen a su cargo, o de dejarse llevar por objetivos sórdidos por afán de lucro (1 P 5.2, 3).

En contraste con los atalayas, pastores y gobernantes perversos, que se dedicaban a la vida disoluta y a la autoindulgencia, estaban los justos, que se destacan de manera notable por el hecho de que se les aparta del mal venidero, es decir, de los castigos divinos inminentes. Se les saca de una manera que pasa inadvertida. Se les caracteriza como «misericordiosos» (o, más bien,

piadosos, RVR). Él «entrará en la paz; descansarán en sus lechos todos los que andan delante de Dios» (o «rectos delante de él», [cap. 57] vv. 1, 2). Aunque los piadosos sufren por la opresión, y por la angustia de lo que está sucediendo a su alrededor, no pierden su bendición a la vista de Dios o su recompensa en el más allá. Mueren en fe y van a disfrutar de la paz eterna de los espíritus de los justos hechos perfectos (Heb 12.23).

Mucho mejor es sufrir la muerte por causa de la justicia que esforzarse por disfrutar la comodidad y libertad de los problemas haciendo acomodados con el mundo.

A continuación se ve un cambio impresionante en las proclamaciones del profeta. Primero hay una advertencia a los malhechores para acercarse y escuchar la voz de Dios (v. 3). En las Escrituras se suele indicar el carácter moral de un hombre haciendo referencia a su padre (2 R 6.32) o a su madre (1 S 20.30), o a ambos progenitores (Job 30.8). En consecuencia, a los que estaban en cautiverio y continuaban en la idolatría que había acarreado sobre sus padres el castigo de su derrota ante los caldeos, se les llama «hijos de la hechicera, generación del adúltero y de la fornicaria».

Todo lo que sigue, en los versículos 4 al 11, se dirige a los que habían ido al cautiverio. La referencia a los robles y árboles frondosos (v. 5) señala formas de adoración por las cuales diferentes árboles se consideran moradas especiales de diversas deidades. Había orgías abominables asociadas con eso. La matanza de los niños «en los valles y debajo de las peñas y las rocas» no era la que se realizaba en sacrificio a Moloc en el valle de Hinom, sino la conectada con la adoración a Baal (Jer 19.5; Ez 16.21). En el versículo 6 se hace referencia a la adoración a las piedras, poniendo fin a las libaciones que se vertían encima. En los versículos 7 al 9 se describe más la adoración idolátrica en la fraseología metafórica del adulterio, en su infidelidad a Dios.

Toda esa perversidad significaba mucho sufrimiento y angustia (v. 10); y, sin embargo, el pueblo había ido tan lejos en su alienación del Señor que en lugar de darse cuenta de la desesperanza de su condición hallaron «nuevo vigor en tu mano» (RVR), y continuaron haciendo alianzas con los paganos. La misericordia de Dios no produjo arrepentimiento, pero su silencio a manera de ayuda a sus fieles no sería pospuesto indefinidamente.

Hay peligros al formar asociaciones con los que no se adhieren a la Palabra de Dios, bajo el pretexto de ser considerados como caritativos y, por otro lado, como resultado del urgente consejo de que todos debemos hacer causa común contra poderosas fuerzas adversas. La fidelidad al Señor exige que mantengamos el honor de su nombre cueste lo que cueste. Y así como el Señor vino para ayudar a sus fieles en el cautiverio, así también lo hará en estos tiempos de lenidad y apostasía.

Las alianzas que el pueblo estaba haciendo eran resultado del temor. Se refugiaron en mentiras y no se acordaron de Dios; tampoco lo pusieron en su corazón (v. 11). Olvidar a Dios y una conciencia cauterizada son cosas que van juntas. El hecho de que Dios no intervenga mediante el castigo lleva al corazón endurecido a vaciarse del temor del Señor: «¿No he guardado silencio desde tiempos antiguos, y nunca me has temido?»

En el versículo 12, la declaración «yo publicaré tu justicia» no indica que aquellos a quienes Dios ha reprendido eran justos en sí mismos. Todo lo contrario. Se trataba de lo que Israel en su ciega condición consideraba como justicia propia. Era una justicia mentirosa y su verdadero carácter sería declarado, es decir, el Señor lo expondría y castigaría. Esto se confirma con lo que sigue: «y tus obras, que no te aprovecharán. Cuando clames, que te libren tus ídolos; pero a todos ellos llevará el viento, un soplo los arrebatará» (v. 13).

El Señor ahora se dirige a sus fieles entre su pueblo en el cautiverio, y les da seguridad: «mas el que en mí confía tendrá la tierra por heredad, y poseerá mi santo monte». El camino se hace para el retorno de los cautivos, y el mensaje que se da es: «Allanad, allanad; barred el camino, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo». Esto se aclara más en 62.10, que mira a la reunión final de Israel de entre las naciones (cp. 40.3, 4). Los tropiezos se refieren a toda obstrucción que se interpone en el camino de regreso (v. 14).

En el último párrafo del capítulo, el Señor da un mensaje de gloria y gracia combinadas, respecto a su morada doble, el lugar alto y santo en el cielo, y el espíritu contrito y humilde en la tierra. Esto último será la condición de su pueblo terrenal después de la restauración.

Si nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios (1 P 5.6), Él nos exaltará o, como dice aquí en Isaías, vivificará nuestro espíritu y nuestro corazón. La contrición y la humildad son como causa y efecto. Como alguien ha dicho: «El egotismo que el arrepentimiento rompe tiene su raíz en el corazón; y la conciencia propia, a cuya falsa elevación el arrepentimiento derriba, tiene su morada en el espíritu».

Si el Señor contendiera continuamente y estuviera siempre enojado, el espíritu de quienes sufren su justa ira caería ante Él, «y las almas que él ha creado» (v. 16). Aquí, significativamente, el Señor da un recordatorio de que la misma existencia del alma se debe a su poder creador, y esta es su conmovedora apelación a la contrición y humildad delante de Él. A pesar de su misericordia creadora, se le hizo necesario destruir a toda la raza humana, excepto a ocho almas, en el tiempo del diluvio. La extensión de la corrupción física consecuente a la depravación moral desenfrenada de la raza, y su persistente falta de arrepentimiento, hubieran terminado en una manera

incluso más terrible que el diluvio. La presente declaración parece tener una conexión con la promesa hecha después de que el castigo se hubo aplicado: Dios no volvería a destruir totalmente a la raza.

Tal vez en cumplimiento de esa promesa, y desde luego debido a su pacto con Abraham y su simiente, el Señor ahora le hace a Israel la promesa de que, habiéndolo castigado por su codicia (o, más bien, egoísmo) y por haberse alejado siguiendo su propio corazón, lo sanaría, lo guiaría y le restauraría el consuelo, particularmente a aquellos que se lamentaban por sus descarríos (vv. 17, 18).

El versículo 19 muestra que los efectos de los tratos de Dios dividirán en dos a la nación. Para los que se vuelven contritos y se humillan habrá «paz, paz», en toda su condición de esparcidos, los que estaban lejos o los que estaban cerca. La repetición de las palabras indica su perfección y perpetuidad, es decir, «paz perfecta», como en 26.3. Esto producirá adoración y cantos de alabanza; de aquí que el Señor introduzca la promesa de paz con la declaración: «produciré fruto de labios».

Por otro lado, habrá impenitentes, perversos, para quienes no hay paz, quienes «son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo» (vv. 20, 21).



## EL TESTIMONIO DEL BAUTISTA

*Juan el Bautista fue el último profeta de Cristo. Cuando Jesús se le acercó, Juan le llamó «el Cordero de Dios» y el «que quita el pecado del mundo». Juan no solo está vinculado proféticamente con Isaías y Elías en sus proclamaciones y severas advertencias al pueblo, sino que también es el cumplimiento de la profecía en que sería el último precursor del Mesías.*

Después de la introducción, o prólogo, viene la primera división principal del Evangelio de Juan, de 1.19 hasta el final del capítulo 12. Esto narra en especial el testimonio público de Cristo, mediante palabra y obra. La narración empieza resumiendo el testimonio de Juan el Bautista, ahora a los sacerdotes y levitas enviados por los fariseos a Betania, más allá del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Juan había, a estas alturas, atraído la atención del sanedrín. Había proclamado que se acercaba una nueva era (Mt 3.2). De ahí que envíen sacerdotes y levitas para preguntarle si él era el Mesías. Estos venían de los fariseos; los saduceos no estaban interesados, ellos eran más sumisos al poder de Roma. Para el Bautista fue un tiempo de crisis; de aquí su declaración enfática, de que no era ni el Mesías, ni Elías, ni «aquel profeta» (Dt 18.15), sino «la voz de uno que clama en el desierto [dando a entender del estado espiritual de la nación]: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías» (v. 23).

Luego vino la pregunta sobre la razón por la que bautizaba. Tiene la apariencia de tratar a los judíos como si fueran meramente prosélitos, o implicar que estaban contaminados y necesitaban purificación. La respuesta que da revela que para él el Señor Jesús es más que todas sus credenciales. No tiene tiempo para hablar de sí mismo; su respuesta es guiarlos a Cristo. «Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros [enfático] está uno a quien vosotros no conocéis. Éste es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado» (vv. 26, 27), una de las acciones más bajas de los esclavos.

## EL CORDERO DE DIOS

En el versículo 29 empieza el testimonio del Bautista al pueblo, porque Cristo en persona entra en escena al día siguiente. Y ahora, a aquel que había sido descrito como el Verbo, el Creador, el Hijo de Dios, se le señala como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». El «He aquí» es una interjección, no una orden. Sus oyentes entenderían lo que significaría la mención de un cordero, y tal vez recordarían el lenguaje de Isaías 53. Pero ellos deben saber que Él es el Cordero de Dios y que, como tal, es decir, mediante la eficacia expiatoria de su sacrificio, quita, no meramente los pecados de Israel («mi pueblo», Is 53.8), sino los pecados del mundo. Cristo iba a restaurar la relación rota del mundo con Dios. En este asunto era necesario que Dios tomara en consideración el hecho del pecado, pero el sacrificio de Cristo sería el cimiento eterno de la relación renovada.

Le correspondió a Juan el Bautista designarle por primera vez como «el Cordero de Dios». La frase no se halla en el Antiguo Testamento, aunque allí abundan indicios y predicciones típicos. La expresión más cercana está en Génesis 22.8. El verbo que se traduce «quitar» denota bien sea levantar, cargar o llevar, y aquí se pueden combinar esos sentidos, porque la palabra señala al sacrificio expiatorio de Cristo y sus efectos. Dice «el pecado del mundo»; no los pecados, sino lo que ha existido desde el tiempo de la caída, y por cuya causa Dios ha tratado con juicio al mundo; de aquí en adelante el pecado del mundo sería reemplazado por la justicia eterna.

Juan trae a colación su testimonio del día anterior (v. 15) y la razón por la que bautizaba con agua (v. 31); era Cristo el que debía manifestarse a Israel. Pero había más que eso. Lo que iba a hacer que el Bautista identificara doblemente a la persona era el Espíritu Santo que descendería sobre Él.

## SECCIÓN

3

# PROFECÍAS DE LOS TIEMPOS DEL FIN

# TESTIGOS DE LA SEGUNDA VENIDA

*Tenemos que retroceder a los mismos principios de la historia para ver el anuncio inicial de la Segunda Venida. A poco de haber entrado el pecado en el mundo, Dios pronunció la condenación del tentador; cuyas artes malignas habían producido el colapso moral del hombre. La simiente de la mujer lo heriría en la cabeza. Esa sentencia judicial incorpora la primera profecía de la Segunda Venida. Las profecías continuaron por todo el Antiguo y Nuevo Testamentos: Enoc, Job, Balaam, Moisés, Ana, David, Isaías, Jesús y sus apóstoles. Esta amplia sección ofrece un vistazo maravillosamente preparado de la Segunda Venida, que le brindará al lector un resumen profético bíblico y claro desde Génesis hasta Apocalipsis.*

## APOCALIPSIS 19.11-21

«Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

»Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.

»Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y

habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos».

## **APOCALIPSIS 11.15-18**

«El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra».

## **TESTIGOS DE LA SEGUNDA VENIDA**

En las Escrituras se muestra que la Segunda Venida de Cristo consiste de dos eventos distintos, a saber, (1) el arrebatamiento de la iglesia para encontrar al Señor en el aire (1 Ts 4.13-17), seguido de un período de retribución divina sobre la condición rebelde de la humanidad; (2) la aparición del Señor Jesús en su gloria con la iglesia y con sus ángeles, en la consumación de este período, para la destrucción del Anticristo y los que están asociados con Él, la liberación de la nación judía de sus opresores y el establecimiento del reino de justicia y paz (2 Ts 2.7-10; Ap 19.11-21). Para esos eventos ha habido una larga línea de testigos, y el número todavía no está completo.

## **EL PRIMER ANUNCIO**

Tenemos que retroceder a los mismos principios de la historia para ver el anuncio inicial de la Segunda Venida. A poco de haber entrado el pecado en el mundo, Dios pronunció la condenación del tentador, cuyas artes malignas habían producido el colapso moral del hombre. La simiente de la mujer lo

heriría en la cabeza. Esa sentencia judicial incorpora la primera profecía de la Segunda Venida. La aplastante derrota que el maligno recibió en el Calvario por parte del Redentor nacido de una virgen llevó consigo la condena inevitable por la que Cristo, cuando venga en gloria, atará y arrojará al abismo al enemigo de Dios y del hombre, y lo encerrará y sellará allí mil años, para arrojarlo después al lago de fuego (Ap 20.1-3, 10).

## **LA PROFECÍA DE ENOC**

El próximo testimonio, cronológicamente, se halla en la epístola de Judas en una declaración de un hecho que no se registra en el Antiguo Testamento. Hablando de la condenación última de los impíos, dice: «De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él» (Jud 14, 15). La palabra «vino» está en tiempo pasado, porque en hebreo el empleo del tiempo pasado es un uso idiomático para predecir el futuro, testimonio en verdad de la certeza de los eventos que se predicen. Aquí, entonces, tenemos un testigo entre los antediluvianos del hecho de que Cristo vendría para juzgar al mundo en justicia.

## **LA SEGURIDAD DE JOB**

Ahora pasamos a la época patriarcal. El peso de la evidencia señala la probabilidad de que Job viviera alrededor del tiempo de Abraham. Aprendimos por el capítulo 22 de Génesis que Uz era sobrino de Abraham (v. 21); y hay buena razón para suponer que este Uz le dio el nombre a la tierra donde Job vivía (Job 1.1). Hay un asombroso pasaje en el sexto discurso de Job en el cual sus quejas dan lugar al momento de confiada seguridad de la resurrección. Varias de estas grandes verdades fundamentales del evangelio se empacan en esta breve proclamación. Dice: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará [“se levantará triunfalmente” es el pensamiento que la palabra connota] sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro [no como extraño]» (Job 19.25-27).

La palabra «polvo» es la misma que se traduce con igual término en Génesis 2.7; 3.19. Es verdad que Cristo se pondrá en pie sobre el Monte de

los Olivos, cuando venga para librar a Sion (Zac 14.4), pero Job está aquí hablando del poder de la resurrección de su Redentor y cómo eso afectará a sus restos mortales. Describe vívidamente al Señor ocupando una posición como el Poderoso sobre su polvo, con el resultado de que, aunque su cuerpo ha sufrido la desintegración, en su carne verá a Dios. La predicción de Job constituye entonces un contundente testimonio del hecho de la Segunda Venida.

## **PREDICCIÓN DE JACOB**

Casi dos siglos después, Jacob, en su lecho de muerte, al pronunciar bendiciones proféticas sobre sus hijos, declaró que «no será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos» (Gn 49.10). Siloh significa el Pacificador, y el contexto muestra que lo que se tiene en mente no es el lugar, sino la persona, el Mesías. Abraham se regocijó por ver su día (Jn 8.56), y aquí su nieto expresa la misma expectativa. Fuera cual fuese el cumplimiento parcial de la profecía de Jacob en el pasado, el cumplimiento completo como antitipo no puede tener lugar sino cuando Cristo venga a reinar. Entonces, y no antes, la obediencia voluntaria de los pueblos le será ofrecida.

## **LA PROFECÍA DE BALAAM**

El siguiente testimonio de la Segunda Venida es la profecía de Balaam; que toma y amplía la de Jacob. El que se relaciona con el tiempo bajo consideración lo dejan en claro las palabras introductorias de Balaam a Balac: «Te indicaré lo que este pueblo ha de hacer a tu pueblo en los postreros días» (Nm 24.14). El tiempo indicado es literalmente «el fin de los días», frase que se halla en otros pasajes escatológicos, p.ej., Isaías 22.7; Daniel 10.14; Miqueas 4.1. La frase significa el tiempo cuando las promesas de la salvación hechas a Israel tendrán su cumplimiento. Señala, como muy bien se ha dicho, el cumplimiento de un anuncio profético.

Esta profecía es como sigue: «Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca; saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set. Será tomada Edom, será también tomada Seir por sus enemigos, e Israel se portará varonilmente. De Jacob saldrá el dominador, y destruirá lo que quedare de la ciudad» (Nm 24.17-19).

Esta profecía no se puede aplicar con propiedad a su primera venida. Los detalles no se relacionan con la humillación y sufrimiento de Cristo, sino con glorias que todavía están por venir. La mención de «los hijos de Set» hace referencia a la reunión de las naciones al fin de esta edad en sus esfuerzos por aplastar a los judíos. La profecía se relaciona claramente con el tiempo en que Cristo vendrá para su liberación y para establecer el gobierno de Israel en la tierra.

## EL CÁNTICO DE MOISÉS

Pasamos luego al cántico de Moisés, la profecía pronunciada justo antes de su muerte. Se registra en Deuteronomio 32, que da una historia concisa de Israel desde el tiempo anterior a su existencia real, cuando la providencia divina estaba arreglando la distribución geográfica de las varias naciones con vista al establecimiento futuro de Israel en su tierra (v. 8), hasta el derrocamiento final de sus adversarios en la Segunda Venida (vv. 40-43). La historia cubre de este modo el largo período desde la dispersión de Babel hasta la declaración de la guerra del Armagedón.

La parte principal del cántico se dedica a un historial del descarrío de Israel a pesar de las misericordias de Dios, y a una predicción de los castigos inevitables que deben en consecuencia caerle a la nación. Deben ser entregados a sus adversarios, hasta que la venganza divina haya realizado su obra necesaria. Sin embargo, vendrá la liberación final, «Porque Jehová juzgará a su pueblo, y por amor de sus siervos se arrepentirá, cuando viere que la fuerza pereció». Sus enemigos, a cuyas manos habían sufrido las aflicciones de la Gran Tribulación, serán visitados por la ira de Dios.

La terminación de la profecía, como correctamente lo traduce Reina Valera, hace una impresionante alusión a la condena del Anticristo y al rey de las naciones aliadas bajo él, lo que hace que el pasaje coincida impresionantemente con Apocalipsis 17.12-14, y otros pasajes relativos al Armagedón. El Hijo de Dios mismo derroca al enemigo, por lo que se invita a las naciones del mundo, libradas de la tiranía y dictadura de sus déspotas, a regocijarse con Israel libertado. El pueblo de Dios y su tierra serán bendecidos con paz y descanso. Con esta predicción de la intervención gloriosa del Mesías termina el cántico. Desde el versículo 39 hasta el 42 el que habla es Jehová.

Citaremos por entero las proclamaciones concluyentes que se refieren a la Segunda Venida: «Si afilare mi reluciente espada [ver Is 34.5-8 y 66.16; y Ap 19.15, 21], y echare mano del juicio, yo tomaré venganza [ver 2 Ts 1.8] de



mis enemigos, y daré la retribución a los que me aborrecen. Embriagaré de sangre mis saetas, [ver Is 34.3, 7; 63.4; Ez 39.17-20; Hab 3.11; Ap 14.20], y mi espada devorará carne; en la sangre de los muertos y de los cautivos, en las cabezas de larga cabellera del enemigo [“las cabezas” es profético del Anticristo; “la cabellera” indica a los potentados reunidos bajo él; ver especialmente Sal 110.6; Ap 17.12-14, 17; 19.19-21; Dn 7.24-27; y Hab 3.13]. Alabad, naciones [pueblos gentiles que serán bendecidos en el milenio], a su pueblo [Israel], porque él vengará la sangre de sus siervos [ver Ap 6.10; 11.17. 13.7; 19.2], y tomará venganza de sus enemigos, y hará expiación por la tierra de su pueblo» (ver Is 34.8; 63.4; Ez 39.20-22; Jl 3.16; Hab 3.16; y Salmos, *passim*).

La Septuaginta inserta: «y que todos los ángeles de Dios le alaben» después de «Alabad, naciones, a su pueblo». Esta versión de la Septuaginta se cita en Hebreos 1.6, que es una profecía de la Segunda Venida y se debe leer, como en la versión Reina Valera: «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios». El Padre introdujo a su Primogénito al mundo en su encarnación; lo hará de nuevo cuando venga en gloria.

## EL CÁNTICO DE ANA

Pasando ahora al tiempo del nacimiento del profeta Samuel, cuyo ministerio inauguró la línea de reyes de Israel, llegamos al salmo profético que elevó su madre cuando trajo a su hijo a Elí, en la casa del Señor, para que sirviera allí de por vida. Como en muchas otras proclamaciones controladas por el Espíritu, el tema pasa de las circunstancias inmediatas, en este caso relativas al nacimiento del niño, a los eventos que tienen que ver con los juicios del Señor en la tierra y el establecimiento de su reino. Las palabras concluyentes de su cántico testifican de este modo acerca de la Segunda Venida: «Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos; Jehová juzgará los confines de la tierra, dará poder a su Rey, y exaltará el poderío de su Ungido» (1 S 2.10).

Las últimas dos oraciones son claramente profecías de la bendición milenial y, puesto que las Escrituras enseñan que el milenio será precedido por el derrocamiento de los coaligados enemigos de Israel, las cláusulas precedentes pueden tomarse apropiadamente solo en su pleno significado como aplicables a ese tiempo. Podemos comparar, por ejemplo, el quebrantamiento de los que se oponen a Dios con Daniel 2.35, 44, y la predicción respecto a que Dios tronará sobre ellos con Apocalipsis 16.18.

Fueran cuales fueran las circunstancias personales que Ana tuviera en mente, estaba hablando como profetisa y sus palabras, inspiradas por Dios, tienen sin lugar a dudas una significación mucho más amplia que la que ella mismo captó.

Esta, pues, es la lista de testimonios destacados de la Segunda Venida desde el tiempo de Adán hasta la entrada de Israel en la tierra de Canaán. Consta de la declaración de Dios a Satanás y las profecías de Enoc, Job, Jacob, Balaam, Moisés y Ana. Hay otros casos, pero los que se han mencionado son proclamaciones definitivas. Las ocasiones están separadas por intervalos comparativamente prolongados; los detalles, sin embargo, se vuelven cada vez más distintivos y la profecía se amplía conforme procede la historia.

## **EL TIEMPO DE LOS REYES**

Ahora llegamos a un período en el que el testimonio es más constante; empieza con el establecimiento del reino bajo David y se extiende por el tiempo de los reyes de Judá e Israel, y por el cautiverio y la restauración, hasta el cierre del testimonio profético en la nación bajo la era de la ley.

No es nuestro propósito aquí considerar en detalle la maravillosa serie de predicciones de los Salmos y los profetas respecto al retorno del Señor en gloria. Los Salmos contienen un número elevado de referencias al mismo. Puede en verdad decirse que forman uno de los principales temas de las profecías.

## **LOS SALMOS**

En el Salmo 2, por ejemplo, que junto con el primero forma una introducción a todo el libro, se predice la intervención del Señor en persona en los asuntos del mundo. La reunión de los reyes y gobernantes de la tierra contra el Mesías, como se mencionó en las palabras de apertura, tienen solo un cumplimiento parcial en el tiempo de la muerte de Cristo. La declaración de que el Señor hablará a las naciones en su ira y las quebrantará en su agudo desagrado todavía no ha recibido cumplimiento, pero se cumplirá inmediatamente antes del establecimiento del reino de Dios sobre su «Sion, mi santo monte» al principio del milenio (vv. 5, 6).

Los Salmos se ocupan ampliamente de los sufrimientos, oraciones y preservación del remanente santo de los judíos en el tiempo de la Gran Tribulación. Las experiencias de David forman una base histórica para las

proclamaciones proféticas y vívidamente inspiradas que se relacionan con las experiencias de los judíos temerosos de Dios que al final de esta edad sufrirán a manos del Anticristo. Estos Salmos no son meramente la historia de eventos pasados. Son las proclamaciones del Espíritu de Cristo que, por medio de los salmistas, se identificaba de antemano solidariado con su pueblo oprimido, los judíos. «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía». El hecho de que el Anticristo será el instrumento humano de Satanás en su esfuerzo final por aplastar a la nación de Israel, y la verdad de que Cristo mismo vendrá para su liberación y lanzará al tirano a su condena, explican el carácter del vocabulario de los llamados Salmos imprecatorios. El que la venganza de Dios a la larga se aplicará a los adversarios de Israel ha sido profetizado desde hace mucho, como hemos visto.

## **LOS LLAMADOS «SALMOS IMPRECATORIOS»**

Los salmos en los que se respira un espíritu de venganza se escribieron, no para el uso de la iglesia, sino para el pueblo judío, y en comunión con Dios y sus consejos. Las quejas contra estos salmos de denuncia, a cuenta de su carácter vengativo, son el resultado de un mal entendimiento tanto de su espíritu como de su propósito. No fueron escritos para una edad en que la iglesia da testimonio del evangelio y se le enseña a orar por sus enemigos y los que la persiguen, ni tampoco fueron escritos respecto a Israel en el mero espíritu de aborrecimiento y venganza humanos. El tratamiento de Israel hacia sus enemigos no es cuestión de mera venganza humana. Siempre es primordialmente una vindicación de lo que Dios afirma. El que se deba denunciar y derrocar al Anticristo y a los que se asocian con él en su rebelión contra el Altísimo es congruente solo con los consejos divinos.

El Espíritu de Dios, conociendo de antemano los eventos solemnes que caracterizarán el cierre de esta edad, y el intenso sufrimiento por el cual los judíos deben pasar en ese tiempo a instigación del diablo, hicieron que se escribieran los salmos para uso de los hebreos temerosos de Dios en ese período futuro. El clamor de venganza es un grito que Dios ha determinado responder en esta Segunda Venida. Solo conforme captamos esta situación, predicha divinamente, podemos entender el pleno significado y alcance del libro de los Salmos. Si bien los salmos denuncian a las naciones rebeldes, también contienen advertencias de misericordia, como la necesidad de arrepentimiento y, aunque frecuentemente predicen la condena de los enemigos de Dios y su pueblo, también son predicciones de misericordia y

bendición finales para el mundo, por lo que este prometedor tema, que asimismo caracteriza su totalidad, nos da el solemne asunto de la serie final de cantos. La ira divina sobre el Anticristo y los enemigos de Dios reunidos será un paso preliminar necesario para el establecimiento de la paz en la tierra, y solo puede ser efectuado en la manera en que se indica, por manos del mismo Mesías.

## **LOS SALMOS E ISAÍAS**

Estos temas que discurren por todos los Salmos constituyen también una gran parte del testimonio de los profetas. El testimonio de Isaías es en gran parte paralelo al del libro de los Salmos. Compare el lector las palabras del Salmo 2: «Mi Hijo eres tú», y «Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte» y «te daré por herencia las naciones», con Isaías 9.6, 7: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro ... Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo...» Compárense, como ejemplos adicionales, los sufrimientos y glorias del Mesías en el Salmo 22 y otros salmos con los temas similares en Isaías 52.13-15 y 53; el Salmo 137 y su denuncia de Babilonia con Isaías 47; el Salmo 46.6 y pasajes similares que predicen la condena de las naciones rebeldes, con Isaías 63.1-6, etc.; los clamores por liberación en los llamados salmos imprecatorios, con pasajes tales como Isaías 64; los numerosos salmos de alabanza por liberación, p. ej., Salmos 46 y 47, con Isaías 63.7, etc.; y, por último, los salmos finales de prosperidad milenial con el cierre de las profecías de Isaías, 66.10 hasta el final. La profecía de Joel predice las circunstancias de la guerra del Armagedón, y describe la intervención del Mesías pisando el lagar de la ira de Dios, ampliando la profecía de Isaías 53.3, y prediciéndolo al final de Apocalipsis 14.

## **EL TESTIGO DURANTE EL CAUTIVERIO**

Los profetas del tiempo del cautiverio, Ezequiel y Daniel, aportan un testimonio de carácter especial. Los eventos conectados con la Segunda Venida se predicen en estas profecías con mayor precisión que en todas las precedentes. El bosquejo general que se da en registros previos se amplía aquí notablemente; muchos detalles, sin embargo, se reservan para el Nuevo Testamento. En Ezequiel, el tema se aplica más especialmente a Israel como

un todo. En Daniel, la amplitud de la profecía es menor; tiene que ver con los judíos en relación con los tiempos de los gentiles y la manera en que la Segunda Venida los llevará a su fin.

## **EL TESTIMONIO POSTERIOR AL CAUTIVERIO**

Los profetas del tiempo subsiguiente al retorno del cautiverio continúan el tema. Zacarías da detalles que no se habían suplido previamente, en cuanto a los efectos de la guerra sobre Jerusalén y a la manera en que el Señor aparecerá para la liberación.

El testimonio de los profetas del Antiguo Testamento se cierra con el de Malaquías: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos» (Mal 3.1-4). La profecía concluye con la promesa de que Elías será enviado a la nación «antes que venga el día de Jehová, grande y terrible». Aquí la voz de la profecía cesa hasta la aparición de Cristo en los días de su carne.

## **EL TESTIMONIO DE CRISTO**

El testimonio de la Segunda Venida, que el Señor vuelve a tomar, lo continuaron sus apóstoles hasta que quedó completo el ciclo de revelación. Este período se caracterizó por una continuidad del testimonio y un cumplimiento de la revelación mayores que en las eras precedentes. Nuestro Señor empieza su testimonio al mismo comienzo de su ministerio público. Justo después de su bautismo da a conocer a sus discípulos que ellos verán «el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre», obviamente una escena de la Segunda Venida (Jn 1.50). Su enseñanza sobre el tema la da tanto en público como en privado.

Cada uno de los cuatro escritores de los evangelios la anotan, con detalles

que son adecuados al alcance y diseño general de su evangelio. Mateo, Marcos y Lucas dedican secciones enteras a la predicción de los eventos y circunstancias que la acompañan. Los evangelios de Mateo y Marcos lo ven especialmente en relación con la nación judía (la higuera, Mt 24.32; Mr 13.28); el Evangelio de Lucas lo contempla como algo que afecta tanto a los judíos como a las naciones gentiles (la higuera y todos los árboles, Lc 21.28). El Evangelio de Juan da las predicciones del Señor en cuanto a la resurrección. Esto afecta en especial el testimonio que Cristo da de su deidad (Jn 5.28, 29; ver todo el pasaje desde el v. 17). En este evangelio, también, el Señor revela a sus discípulos, respecto a su retorno, más secretos que no revelan los sinópticos.

## **EL TESTIMONIO APOSTÓLICO**

Los apóstoles fueron de esta manera preparados para su testimonio posterior a Pentecostés, recibiendo el último artículo de su instrucción justo después de la ascensión, en las palabras de los dos hombres con vestiduras blancas que se pusieron junto a ellos y confirmaron la promesa del Señor, declarando que el que había sido recibido en el cielo vendría de la misma manera como ellos le habían visto irse (Hch 1.10, 11).

## **LAS EPÍSTOLAS DE PABLO**

En cuanto al testimonio apostólico, un examen del Nuevo Testamento revela el contundente hecho de que solo hay dos de sus escritos (la breve e íntimamente personal Epístola a Filemón y la Tercera Epístola de Juan) que no contienen alguna referencia a la Segunda Venida del Señor. Ella tiene un lugar prominente en cada uno de los cuatro grupos de las epístolas de Pablo.

En el primer grupo, formado por Gálatas y 1 y 2 Tesalonicenses, el tema halla una mención incidental en Gálatas, en el capítulo 6.9, y tal vez también en el capítulo 1.4; en 1 Tesalonicenses, el retorno del Señor es el tema prominente; en 2 Tesalonicenses, el apóstol muestra que el arrebatamiento de la iglesia, la parusía de Cristo y su venida en gloria con la iglesia para la destrucción del hombre de pecado, formaban temas regulares en su instrucción oral a las iglesias (ver 2 Ts 2.5).

En el segundo grupo, Romanos abunda en referencias al tema. Primera a los Corintios hace mención frecuente al mismo, desde el capítulo 1 en adelante, y le dedica la mayor parte de todo un capítulo. La segunda epístola

no contiene tantas referencias como la primera, pero el tema es prominente en el capítulo 5.

En el tercer grupo, las Epístolas a los Filipenses y a los Colosenses le dan gran importancia. Pablo no perdió el poder de la esperanza, ni su entusiasmo en su testimonio al respecto, con el paso de los años. Su encarcelamiento en Roma no apagó su fervor en cuanto al asunto.

Esto está claro, también, en las epístolas pastorales. Ante Timoteo y Tito presenta el retorno del Señor como la consumación de su servicio y testimonio. Timoteo debe guardar el mandamiento «sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ti 6.14). El sufrir aquí será reinar con Él en el más allá; negarle resultará en que también nos negará en su tribunal (2 Ti 2.12). Pablo le encarga «delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo» (2 Ti 4.1, 2). El Señor dará en ese día la corona de justicia a todos los que aman su venida (4.8). A Tito se le recuerda que la gracia de Dios nos instruye a aguardar «la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (2.13).

El tema está constantemente ante nosotros en la Epístola a los Hebreos, desde el versículo 6 del capítulo 1 en adelante (ver comentarios arriba en conexión con Dt 32). Se nos presenta de manera especial como la esperanza del creyente (6.18, 20; 10.23; 11.10); su deseo (11.16); su expectativa (9.28; 11.10); y su poder para tener paciencia y fe para hacer la voluntad de Dios (10.36-38).

## **LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO**

Santiago, en su epístola, nos exhorta a ser pacientes y a afirmar nuestros corazones, puesto que la venida del Señor está cerca. Si no debemos murmurar unos contra otros es para que no seamos juzgados, porque el Juez está a la puerta, lo que quiere decir que está listo para entrar al tribunal, manera figurada de expresar que la Segunda Venida está cerca.

## **EL APÓSTOL PEDRO**

Pedro señala la venida de Jesucristo como aquello que traerá la recompensa de la prueba de nuestra fe aquí (1.7). Debemos fijar nuestra esperanza perfectamente en la gracia que entonces se nos dará (1.13). Pedro presenta a

Cristo como el que está listo para castigar a vivos y muertos (4.5), y nos advierte que el fin de todas las cosas está cerca (es decir, el fin de todos los asuntos presentes). Si debemos regocijarnos en los sufrimientos por Cristo aquí, se debe a que nuestro gozo será desbordante en la revelación de su gloria (4.3).

La Segunda Venida del Señor es todavía más prominente en su segunda epístola. Allí se la ve como el tiempo de nuestra entrada en el reino eterno del Señor (1.11). Se la compara con el amanecer de un nuevo día y la salida del lucero de la mañana (1.19). En los días postreros, los burladores se mofarán de la idea de la venida del Señor (3.4). Y, sin embargo, la Segunda Venida introducirá el día del Señor (3.10), que será uno de castigo y destrucción para los impíos. Debemos estar esperando y deseando ardientemente este gran evento y, en vista de eso, debemos vivir en toda santidad y piedad (3.11, 12), de modo que seamos hallados en paz sin mancha y sin contaminación (3.14).

## LA PRIMERA Y SEGUNDA EPÍSTOLAS DE JUAN

El apóstol Juan suplica fervientemente a sus hijos espirituales que permanezcan en Cristo de modo que ni él ni ellos se avergüencen ante Él en su parusía (1 Jn 2.28). Aunque todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser, ciertamente seremos como Él, por lo que esta esperanza debe ser un poder purificador en nosotros (3.2, 3). El amor de Dios se perfecciona en nosotros, para que podamos estar firmes en el día del juicio (4.17).

Hay dos referencias al tema en su segunda epístola. Primero, dice que «muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo» (v. 7). El original tiene aquí el participio presente, «viene», así que las versiones que traducen «ha venido» están erradas. Esa versión parece haberse debido a la idea de que Juan estaba necesariamente refiriéndose a la encarnación.

El Anticristo negará, no el hecho bien establecido de que una persona conocida como Jesucristo vivió en el primer siglo, sino que ha sido resucitado de los muertos, y vive y «viene en carne». ¡Qué significativa es la enseñanza blasfema de la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia, conocida también como Aurora Milenial, que declara que Cristo es solo un Espíritu, y que su venida tuvo lugar como espíritu en 1914! Esto es una clara negación anticristiana de que «Cristo vino en carne».

La segunda referencia está en el siguiente versículo, donde el apóstol



desea que los convertidos se miren a sí mismos para que no pierdan las cosas que han sido obradas a su favor, de modo que puedan recibir una recompensa plena (v. 8), es decir, en el tribunal de Cristo, después de que haya venido para recibir a la iglesia (ver 1 Co 4.5).

## **LA EPÍSTOLA DE JUDAS**

Ya hemos hecho referencia antes a la cita de Judas de la profecía de Enoc sobre el castigo que se aplicará a los impíos en la Segunda Venida. La doxología conclusiva se pronuncia en vista del tiempo en que seremos establecidos ante la presencia de la gloria de Cristo sin mancha y con alegría inefable.

## **EL APOCALIPSIS**

En Apocalipsis, la Segunda Venida es prácticamente todo su tema. En sus tres partes se ve a Cristo como el juez, primero en su propia persona (cap. 1), luego de sus santos (caps. 2, 3), y luego del mundo (4.2); todo culminando en el establecimiento de su reino en la tierra.

Al revisar el testimonio que anotan las Escrituras, uno no puede dejar de asombrarse por el aumento regular en el volumen de testigos dados en los períodos previos. Hemos notado este aumento al pasar en nuestra revisión desde los tiempos antediluvianos, patriarcales y mosaicos, al período de los reyes de Judá e Israel, y de allí al cautiverio y a la restauración. La luz sobre el tema resplandece con cada vez mayor intensidad y brillo en el testimonio de nuestro Señor y sus apóstoles, alcanzándose su clímax en Apocalipsis.

## **EL TESTIMONIO POSTAPOSTÓLICO DE LA IGLESIA**

El Nuevo Testamento muestra que en todo el testimonio apostólico se dio prominencia al tema de la Segunda Venida del Señor. No podía ser de otra manera porque, siendo la esperanza del evangelio, constituye un elemento esencial en él. Imagínese que año tras año se realizara el ministerio del evangelio ignorando la esperanza del evangelio.

Los escritos postapostólicos de la historia de la iglesia inicial dejan en

claro que el tema continuó alentando los corazones de los creyentes de todo el mundo durante un tiempo considerable. Las persecuciones que experimentaron mantuvieron el resplandor de la esperanza entre ellos. Después, cuando la prosperidad reemplazó a la tribulación y la iglesia, sucumbiendo al patrocinio del mundo y sus gobernantes, logró opulencia y prestigio político, se perdió de vista la venida del Señor. El alejamiento de las enseñanzas y principios inculcados por Cristo y sus apóstoles opacó la esperanza que habían inspirado. El surgimiento del papado ahogó el testimonio. El esquema de diseño humano, de complacencia de la carne, que estableció a la iglesia como poder político sobre las naciones era radicalmente incongruente con la expectativa del arrebatamiento y la Segunda Venida.

## **LOS DOS TESTIGOS DE APOCALIPSIS 11**

Apocalipsis muestra que, con el mundo entregado al engaño bajo el poder del Anticristo y con la nación judía apóstata políticamente restaurada y bajo alianza con él, el Señor enviará dos testigos a Jerusalén, con un ministerio cuyo objeto será convertir los corazones de los judíos a Dios y a la expectativa del advenimiento de su Mesías. Su testimonio durará 1260 días, o tres años y medio (Ap 11.3).

No se dan sus nombres. Que Elías será uno es probable; porque este pasaje de Apocalipsis 11 parece estar conectado con la profecía de Malaquías: «He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres» (Mal 4.5, 6). Cristo también, aunque mostrando que Juan el Bautista cumplió la profecía de una manera preliminar, predijo que Elías vendría en su momento y restauraría todas las cosas (Mt 17.11).

La afirmación de que los dos testigos son «los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra» es sin duda una alusión a Zacarías 4, con un símbolo adecuado para la idea de dar testimonio. Serán enviados para poner en alto los derechos de Dios y vindicar su soberanía sobre la tierra, en vista de la negación satánica de esos derechos por parte del Anticristo. La ratificación de su testimonio será el establecimiento del señorío de Cristo sobre la tierra en su aparición. En el contexto parece muy claro que estos dos testigos serán personas reales.

## **EL REMANENTE JUDÍO**

Sea mediante ellos o por otros medios, un gran número de testigos se levantarán para participar dando testimonio de Cristo y su inminente venida. Una gran parte de ellos será la compañía santa de judíos llamada «el remanente» en los Salmos y otras profecías del Antiguo Testamento. Como en el caso de los dos testigos, un número considerable de ellos será masacrado por la Bestia y sus agentes (Ap 6.9). Contra ellos, Satanás manifestará su furia más feroz, pero sin éxito permanente, porque «ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte» (12.11). Hay multitudes de judíos, no obstante, preservados de la muerte, y formarán el núcleo de la nación en su condición regenerada después de que Cristo haya venido para librarla (12.14-15).

También se dará la proclamación de

## **«EL EVANGELIO ETERNO»**

que tendrá un efecto mundial convirtiendo a los hombres de su lealtad al Anticristo para esperar la Segunda Venida. Se nos dicen las palabras de este evangelio; el mensaje es: «Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (14.6, 7). «Adorar a Dios» es un evangelio eterno. Sirve para todo período. En el tiempo cuando será proclamado por toda la tierra, el mundo en general estará adorando al hombre de pecado; de aquí el mandamiento para adorar a Dios.

De este modo, el mundo será dividido, no como está ahora en tres divisiones: judíos, gentiles y la iglesia de Dios, sino en aquellos que, por un lado, adoran a Dios y están esperando la aparición de Cristo en gloria como Hijo del hombre y los que, por otra parte, adoran a la bestia, y que deben sufrir castigo en consecuencia. Las naciones gentiles, según parece, serán grandemente afectadas por el testimonio de las multitudes de judíos santos que se habrán convertido de la apostasía de la nación.

## **EL GRAN CUMPLIMIENTO**

De esta manera, la larga línea de testigos desde la predicción divina en el huerto del Edén hasta la multitud que se levantará por la verdad al fin de esta era, dando todos testimonio del gran hecho que es traer al mundo liberación del antagonismo y engaño de Satanás, quedará completa.

El Señor Jesucristo, que en su propia persona ya ha cumplido buena parte de la profecía de las Escrituras, de manera repentina y completa ratificará todo este testimonio en su gloriosa y triunfante aparición. Las ruedas del destino divinamente señalado girarán con movimiento inerrable y con curso inamovible. Toda la hostilidad combinada de las potencias de las tinieblas, todas las amalgamas contra Dios y anticristianas de la humanidad, nunca pueden frustrar los logros de los propósitos divinos.

El que ha dictado su decreto irrevocable e inalterable a favor de su Hijo, «te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra», cumplirá su palabra y confirmará al testigo que ha levantado, cuando haya «puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte»; y en la grandiosa investidura de su reino, y en el ejercicio de su poder soberano, sus santos que han dado su testimonio tendrán su parte.

Para la huida de espectros antiguos,  
que han ensombrecido con su lobreguez  
tanto el castillo como la choza,  
tanto la cuna como la tumba;  
por la esperanza de triunfos santos,  
en eras todavía por venir;  
Por la promesa a millones cautivos,  
de liberación y júbilo;  
bendito sea Dios, nuestro Dios, solo,  
nuestro Dios, el Eterno,  
que dio la palabra, ¡y se hizo!

Por la consigna de los profetas,  
de que «el justo por la fe vivirá»;  
Por el símbolo antiguo de la iglesia,  
de la vida que viene por la muerte;  
por el estandarte de los apóstoles,  
levantado en alto y desplegado a plenitud,  
liberación gozosa proclamando  
a un mundo destrozado y pisoteado;  
bendito sea Dios, nuestro Dios, solo,  
nuestro Dios, el Eterno,  
que dio la palabra, ¡y se hizo!

Por el canto de triunfo del mártir,

en la rueda o en la pira ardiente;  
por su fortaleza de resistencia mansa,  
en el potro o fuego torturador;  
por el noble que da testimonio  
al Cristo el Cordero de Dios,  
al único Sacerdocio inmutable,  
a la única sangre expiatoria:  
bendito sea Dios, nuestro Dios, solo,  
nuestro Dios, el Eterno,  
que dio la palabra, ¡y se hizo!

Por el evangelio eterno,  
que en esplendor ha salido,  
como una antorcha sobre las montañas,  
de una tierra iluminada de nuevo;  
por el templo abierto de par en par,  
a cuyas puertas el santificado desfile  
de las naciones ha estado llamando,  
pero en vano, tanto tiempo en vano:  
bendito sea Dios, nuestro Dios, solo,  
nuestro Dios, el Eterno,  
que dio la palabra, ¡y se hizo!

—Dr. Horacio Bonar

## LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR

*El adviento del Señor es su venida al mundo. En su primera venida Jesús llegó como un niño, envuelto en pañales y humildad. En contraste, en su Segunda Venida «glorificará la casa de su gloria» y «honrará el lugar de sus pies» (Is 60.7, 13). Establecerá su reino en justicia y paz. La Segunda Venida de Cristo es la esperanza del evangelio. En verdad, Jesús es «la esperanza de gloria», y los que están en su voluntad experimentarán la resurrección, el arrebatamiento y la reunión. Nos podemos referir, pues, a la Segunda Venida como el día del Señor, la parusía, la fiesta de bodas, el juicio de las naciones y el milenio.*

El retorno personal del Señor es una doctrina esencial del evangelio. La predicación que la elimina es defectuosa en uno de los elementos principales del mensaje de vida. Omitir este tema es dejar fuera «la esperanza del evangelio». Así es como las Escrituras hablan de esta parte del evangelio. Al exhortar a los santos de Colosas a continuar «fundados y firmes en la fe», el apóstol añade: «y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído ... del cual yo Pablo fui hecho ministro» (Col 1.23). Que él está refiriéndose a la Segunda Venida del Señor es evidente por el contenido de la epístola. Ya ha hablado «de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio» (1.5). Luego habla de Cristo mismo como «la esperanza de gloria» (v. 27), y menciona específicamente los hechos de la esperanza cuando dice, un poco más allá: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (3.4).

### LA ESPERANZA

La esperanza, entonces, de la cual habla el apóstol no es simplemente la perspectiva de experimentar la bendición de un estado celestial, ni es el arrebatamiento de los santos cuando el Señor venga en el aire. Desde luego que cumplirá la palabra de su promesa: «vendré y os tomaré a mí mismo», entonces los santos, tanto los que han dormido como los que «estén vivos, que hayan quedado hasta la venida del Señor», serán, como compañía unida, todos

con cuerpos glorificados, «arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Ts 4.15-17). Pero este gran acto de poder de resurrección será en sí mismo un preludio de los eventos consumadores cuando los santos se manifiesten con Él en gloria. A esto es a lo que las Escrituras se refieren como «la esperanza».

El evangelio que proclama que Cristo se encarnó, murió por nuestros pecados, resucitó de los muertos y está sentado a la diestra de Dios, «Príncipe y Salvador», también proclama su retorno. El que en su primera venida participara de carne y sangre (Heb 2.4), y en su vida de resurrección todavía es «hombre mismo, Cristo Jesús» (1 Ti 2.5), tendrá una Segunda Venida. El Padre que testificó de Él respecto a su primera venida: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy» (Heb 1.5), de nuevo introducirá «a su Primogénito al mundo» (v. 6).<sup>1</sup> El que fue «despreciado y rechazado de los hombres», vituperado y crucificado como malhechor, será glorificado donde fue crucificado; será reconocido y aclamado como Rey en el lugar donde ese título le fue asignado como escarnio. Allí donde los hombres doblaron su rodilla ante Él para burlarse, allí será adorado y glorificado. Esta es «la esperanza bienaventurada». Él va a tener sus derechos aquí, en el lugar donde fue rechazado.

## UNA DISTINCIÓN

La venida del Señor para recibirnos no es su Segunda Venida a la tierra; es preliminar a ella. La primera es en verdad una esperanza, una resplandeciente expectativa en el corazón del creyente, un poder purificador en su vida; «todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro». Pero «la esperanza del evangelio» nos lleva al evento último, al día de «la manifestación de los hijos de Dios» (Ro 8.19), el día cuando el reino de las tinieblas cederá su lugar al reino de la luz, cuando «los reinos del mundo» habrán llegado a ser «el reino de nuestro Señor, y de su Cristo» (Ap 11.15).

El adviento del Señor es su venida al mundo. En su primera venida lo hizo en forma humilde: «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho («haciéndose», DHH) semejante a los hombres» (Fil 2.7). «Nacido de mujer», fue envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Vino, no a un palacio, sino a la vivienda de un obrero; no a un trono, sino a una cruz. En su Segunda Venida, «de repente vendrá a su templo». Él «glorificará la casa de su gloria» y «honrará el lugar de sus pies» (Is 60.7, 13). En los días de su carne honró el lugar de sus pies con actos de bondad, humildad y tierna misericordia. Honró el lugar de sus pies cuando fue clavado en la cruz, en su acto consumidor de

gracia redentora. Lo hará de nuevo en su Segunda Venida cuando sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies, cuando, como Libertador de su pueblo terrenal, establezca su reino de justicia y paz.

Solo entonces se consumará la esperanza del evangelio. Esta esperanza está en el mismo corazón de Dios. Él anhela ese día. No descansará hasta que haya puesto «a su Rey sobre su monte santo de Sion» y haya hecho de Jerusalén «una alabanza en la tierra».

## LA PROPIA EXPECTATIVA DE CRISTO

Aunque las Escrituras nos presentan el retorno del Señor como la esperanza de los creyentes, se plantea también de manera especial como el objeto de la propia expectativa de Cristo. La esperanza es esencialmente su anhelo, y nosotros podemos experimentar correctamente el poder de esta expectativa solo en la medida en que la contemplemos así. Su ferviente esperanza se respira en sus palabras a los discípulos en el aposento alto: «Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis», y luego, en su oración que sigue: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo». Así, otra vez, en el libro de Apocalipsis su mensaje resuena en cuatro ocasiones: «He aquí, yo vengo pronto», primero en la carta dirigida a la iglesia de Filadelfia (3.11), y luego tres veces a la conclusión de libro (cap. 22.7, 12, 20).

Su venida a fin de recibir a la iglesia para sí mismo es, no obstante, solo el primer paso en el cumplimiento de lo que espera. Porque el arrebatamiento de la iglesia será nada más que algo preliminar a una serie de eventos que culminarán en la derrota de los enemigos de Dios y el establecimiento del reino en la tierra. Su expectativa a este respecto se destaca frecuentemente en los evangelios y en la declaración de la Epístola a los Hebreos: «se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies» (Heb 10.12-13). Él no puede estar satisfecho mientras el usurpador domine al mundo que Él vino a redimir. En su Segunda Venida desterrará de la escena a su archienemigo, tomará las riendas de la soberanía y, gobernando al mundo en justicia, abolirá por fin todo gobierno y toda autoridad y poder, y le entregará el reino al Padre (1 Co 15.24, 25). Con magnánima paciencia, espera hasta que los propósitos de Dios para la edad presente se hayan cumplido. Probablemente era esto lo que tenía en mente el apóstol al desear lo siguiente a los santos de Tesalónica: «Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo» (2



Ts 3.5), que de este modo significaría: «El Señor dirija sus corazones a amar como Dios ama, y a ser pacientes como Cristo es paciente».

## **EL «DÍA DE CRISTO»**

Una distinción clara se hace en la Palabra de Dios entre las circunstancias conectadas con la venida del Señor para recibir a la iglesia y su venida con la iglesia y con todos sus ángeles, para la ejecución de la retribución divina para los enemigos de Dios y el establecimiento de su reino en el mundo. La resurrección y el arrebatamiento de los santos introducirán «el día del Señor Jesucristo» (1 Co 1.8). Su venida a la tierra en juicio introducirá «el día del Señor» (1 Ts 5.2). Al primero también se le llama «el día de Cristo» (Fil 1.10; 2.16), «el día de Jesucristo» (Fil 1.6), «el día del Señor Jesús» (1 Co 5.5; 2 Co 1.14). Estos términos se aplican, como el contexto muestra en cada caso, al período que empieza con el arrebatamiento, cuando los santos irán a estar con el Señor, y comparecerán ante su tribunal para recibir según las cosas que hayan hecho en el cuerpo. El apóstol los exhorta, por ejemplo, a que sean «sinceros e irreprochables para el día de Cristo» (Fil 1.10). Dios, que ha empezado en ellos una buena obra, la perfeccionará «para el día de Jesucristo» (1.6). Él les asegura a los santos de Corinto la obra confirmadora de Dios en ellos, a fin de que sean «irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co 1.8). Mirando hacia adelante al mismo tiempo dice: «somos vuestra gloria, así como también vosotros la nuestra, para el día del Señor Jesús» (2 Co 1.14). Los creyentes deben vivir ahora de modo que sean «sinceros e irreprochables para el día de Cristo» (Fil 1.10).

## **LA PARUSÍA**

Una comparación de pasajes bíblicos similares muestra que el término «parusía» se aplica a la misma escena y circunstancias. Este término a veces se traduce «venida» que, sin embargo, no es una traducción adecuada. Significa literalmente «un estar con», o «presencia», y así se traduce, por ejemplo, en Fil 1.26; 2.12. Nunca leemos simplemente acerca de una parusía a personas, sino de una parusía con ellas. Que el arrebatamiento introduce la parusía del Señor con su pueblo y que en ese período se establecerá el tribunal de Cristo se ve claro por lo que sigue. Al escribir a los tesalonicenses, Pablo usa el término de una manera que hace imposible verlo como aplicable meramente al momento del descenso del Señor en el aire. Dice: «Porque ¿cuál es nuestra

esperanza, o gozo, o corona de que me glorié? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?» (1 Ts 2.19) El fruto del servicio del apóstol por ellos se verá entonces. De nuevo, él desea que el Señor obre en ellos de manera que sean «irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida [o parusía] de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (3.13). Obviamente, no se refiere a la venida del Señor en gloria con sus santos y sus ángeles para derrotar a sus enemigos, sino al período cuando los santos estarán con Cristo después del arrebatamiento. Es más, el apóstol desea que Dios los santifique por completo a fin de que sean guardados «irreprensible[s] para la venida [o parusía] de nuestro Señor Jesucristo» (5.23).

El apóstol Juan, esperando el mismo tiempo, dice: «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida [parusía] no nos alejemos de él avergonzados» (1 Jn 2.28). En otras palabras, desea que tanto él mismo como los que han sido objeto de su cuidado puedan estar firmes y no avergonzarse ante el tribunal de Cristo. De modo similar, Pablo desea que los santos de Filipos sean irreprensibles y sin mancha, y que resplandezcan como luminares en el mundo, «para que en el día de Cristo» él pueda gloriarse de no haber corrido ni trabajado en vano (Fil 2.16); porque entonces se hará manifiesta la obra de cada uno, «porque el día la declarará», es decir, el día de Cristo. Lo que permanezca recibirá recompensa. «Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (1 Co 3.13-15). Juan desea que sus hijos espirituales no pierdan estas cosas que él ha obrado, sino que reciban plena recompensa (2 Jn 8). Entonces serán también asignadas las recompensas prometidas por el Señor Jesucristo en Apocalipsis 2 y 3 a los vencedores.

## EL «DÍA DEL SEÑOR»

La frase «el día del Señor» se usa en una conexión enteramente diferente. Nunca se refiere a los eventos que hemos estado considerando, sino al juicio del Señor del mundo en su intervención personal en los asuntos del mismo, es decir, en el tiempo cuando «se manifieste el Señor Jesús ... en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio» y «para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.7-10; cp. Col 3.4). El apóstol distingue entre el día del Señor y la parusía, en 2 Tesalonicenses 2. Escribe «con respecto a [o, más bien, “en interés de”] la venida [o parusía] de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él», es decir, en el arrebatamiento. Había surgido algo de

confusión en las mentes de los convertidos entre la parusía y el día del Señor desde que él les escribió la primera epístola.<sup>2</sup> Algunos suponían que este último período ya había empezado. Él les advierte, por consiguiente, que no se dejen engañar para pensar que «el día del regreso del Señor ya llegó» (ver DHH, que da la traducción correcta). Él ha hablado del arrebatamiento y la parusía en la primera epístola (5.4, p.ej.), y también del día del Señor. Este último vendría «como ladrón en la noche» y traería «destrucción repentina» al mundo (5.2, 3). Si, entonces, como ellos suponían, el día del Señor había empezado, debían de estar realmente inquietos. Ahora les asegura que el día del Señor no vendrá hasta que hayan tenido lugar los otros eventos, es decir, «la apostasía» y la revelación del hombre de pecado. El mismo Señor pondrá fin súbito a su carrera de gobierno anticristiano, lo derrotará «con el espíritu de su boca» y lo dejará en nada «con el resplandor de su venida», literalmente «el resplandor de su parusía». Este es uno y el mismo evento que la revelación del cielo «con los ángeles de su poder, en llama de fuego» (1.7, 8). El apóstol Pablo, a quien especialmente, se debe recordar, le fue encargada la verdad del misterio relativo al arrebatamiento (1 Co 15.51), no enseña que ciertos eventos deban tener lugar antes de que eso suceda.

## LA MANIFESTACIÓN DE LA PARUSÍA

La epifanía, o resplandor, de la parusía que introduce el día del Señor, es a lo que Cristo se refería cuando dijo que «como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida [parusía] del Hijo del Hombre» (Mt 24.27). Cristo y los santos en la vida de resurrección y gloria serán entonces revelados al mundo, al cual viene a juzgar en justicia. Esta súbita manifestación de Cristo como el Hijo del Hombre pondrá fin a la feroz persecución desatada por el Anticristo, acoso principalmente dirigido contra los judíos. El Señor dice que «inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mt 24.29, 30). La expresión «la señal del Hijo del hombre» es subjetiva, lo que quiere decir que su aparición será la señal misma.

Lucas añade que antes de eso tiene que haber «angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la

tierra» (Lc 21.25, 26; cp. Hch 2.20, citado de Jl 2.30). Estos y otros pasajes dejan claro que la venida del Hijo del Hombre en poder y gran gloria dará entrada al día del Señor. Tal vez la descripción más vivida de los detalles de esta intervención se da en Apocalipsis 19. El conflicto del Armagedón reducido al silencio. La nación judía será liberada de su tirano y sus confederados, y de su largo período de incredulidad. Mirarán al que traspasaron, se lamentarán y se arrepentirán. La bestia y el falso profeta serán arrojados vivos al lago de fuego. Satanás será atado por mil años y arrojado al abismo.

## **LAS BODAS Y LA CENA DE BODAS**

Parece que después de esto habrá una celebración terrenal de la boda del Cordero, que ha tenido lugar en el cielo. Porque antes de los eventos que se acaban de mencionar se hace el anuncio en el cielo de que «han llegado<sup>3</sup> las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos» (Ap 19.8). Habrán sido recompensados por estas acciones. El que la celebración de esta unión celestial tiene lugar en la tierra se indica en varios lugares de los evangelios, en cada uno de los cuales la mayoría de versiones en español dicen correctamente «la fiesta de bodas» o frases similares, en lugar de «las bodas» o «matrimonio». Ver Mateo 22.2, 3, 4, 9. De este modo, el hombre sin vestimenta de bodas que es arrojado a las tinieblas de afuera, lo es de una escena terrenal. Ver también Mateo 25.10 y Lucas 12.36.

## **EL JUICIO DE LAS NACIONES**

Insistimos, es cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con Él, que se sentará en el trono de su gloria y las naciones del mundo se reunirán ante Él para ser juzgadas (Mt 25.32-46). El reino del mundo habrá llegado a ser «de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11.15). El pecado, no obstante, no será erradicado de la tierra durante el período milenal. Ni siquiera la presencia personal de Cristo y el establecimiento de su reino lograrán la regeneración del corazón humano. Eso solo se puede efectuar por medio de su muerte.

## EL MILENIO

Para fines del primer siglo del milenio habrá surgido una generación que conocerá solo la experiencia del milenio y, por consiguiente, estará familiarizada únicamente con las circunstancias de la paz del mundo y el gobierno absolutamente justo y firme del Rey de reyes. Al fin de ese período, por consiguiente, habrá un número mayor que rendirá pronta lealtad al maligno, cuando se le permita hacer su esfuerzo final contra Dios. Entonces, y no antes, será subyugado todo enemigo. Cristo debe reinar «hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1 Co 15.24-28).

- 
1. Es importante observar la posición y fuerza de la expresión «otra vez» en este versículo, como lo traduce apropiadamente la RVR60; aquí no se la usa para introducir una cita, como en el versículo 5. La posición de la expresión en el versículo 6 la pone en conexión inmediata con «introduce»; «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo». En tanto que en su nacimiento hubo «una multitud de los ejércitos celestiales que alababan a Dios», en ocasión de la Segunda Venida dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios». El que el versículo 6 hable de su Segunda Venida indica que el versículo 5 se refiere a su encarnación.
  2. Son períodos distintos, como las consideraciones expuestas lo muestran:
    1. «en tanto que el día del Señor es tema de las profecías del Antiguo Testamento, la parusía no lo es;»
    2. «la escena del día del Señor es en la tierra; la escena de la parusía es en el aire;»
    3. «el día del Señor, puesto que es un período de juicio y castigo, se debe esperar con temor; la parusía, puesto que es un período de reposo y recompensa, se debe esperar con gozo;»
    4. «del día del Señor los creyentes serán librados, salvados; en la parusía van a encontrar al Señor y a estar con Él;»
    5. «los ángeles son prominentes en conexión con el día del Señor; no se les menciona en conexión con la parusía.»

(Hogg y Vine, *Notes on the Epistle to the Thessalonians* [Notas sobre la

*Epístola a los Tesalonicenses]*)

3. El tiempo es aoristo o pasado, y significa que las bodas ya han tenido lugar.

## EL SACERDOTE-REY QUE VIENE

*En las Escrituras, el sacerdocio y la realeza de Jesús están entrelazados. A Cristo se le presenta como el Sacerdote-Rey, primero en Génesis, luego en Salmos, los Profetas y la Epístola a los Hebreos, y finalmente en el mismo Apocalipsis. Aquí, el escritor presenta un vistazo bíblico del sacerdocio real de Cristo, desde Génesis hasta Apocalipsis.*

**G**énesis es el libro de los comienzos; Apocalipsis es el de los cumplimientos. En este último hallamos que asuntos que se trataron en las partes previas de las Escrituras son llevados a su consumación. Es nuestro propósito ahora considerar la manera en que se presenta a Cristo como el Rey-Sacerdote, primero en Génesis, luego en Salmos, los Profetas y la Epístola a los Hebreos, y finalmente en el mismo Apocalipsis. El tema se destaca de manera notable en la Palabra de Dios en varias partes de todo el volumen. La asociación de la realeza y el sacerdocio en Cristo se indican figurada y proféticamente en el Antiguo Testamento, como antitipo en Hebreos, y de manera implícita en el libro de Apocalipsis.

### MELQUISEDEC

La primera mención en las Escrituras de la combinación de las funciones del rey y del sacerdote en la persona de Cristo se halla en el registro de Génesis sobre Melquisedec, personaje singular que se describe como «rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo» (Gn 14.18). La biografía de este rey-sacerdote es asombrosa. Se abrevia deliberadamente, como queda claro en la Epístola a los Hebreos. Aquí aprendemos que Melquisedec fue «hecho semejante al Hijo de Dios» (Heb 7.3). Es decir, la historia fue enmarcada de modo que, tanto por lo que se omite como por lo que se narra, los detalles puedan prefigurar al Hijo de Dios. La inspiración divina de la narración se ve, no solo en la misma narrativa, sino también en no exponer nada más que lo que serviría para el propósito perseguido.

El que a Melquisedec se le haya hecho semejante al Hijo de Dios es suficiente para mostrar que él no era, como algunos han supuesto, el mismo Hijo de Dios. En la biografía de Génesis se presenta «sin padre, sin madre, sin

genealogía». Nada se menciona en cuanto a la duración de su vida, ni tampoco se nos habla de su muerte. El fin de su biografía es tan asombrosamente repentino como lo fue su introducción. De este modo, la historia de este hombre representa la existencia eterna del Hijo de Dios.

## JUSTICIA Y PAZ

Pero hay más. Melquisedec fue, primero, rey de Salem. Su nombre denota «rey de justicia». Salem significa «paz». Tanto el nombre personal como el de la localidad fueron un arreglo divino, a fin de que como rey de justicia y paz pudiera prefigurar las glorias futuras del Señor Jesucristo en el día en que su poder soberano será mostrado en la tierra, y al rey de Dios se lo ponga en el monte santo de Sion. «En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado», porque Dios dice: «levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra ... y éste será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra» (Jer 23.5, 6). «La justicia y la paz se besaron», «La justicia irá delante de él», «Él establecerá a la nación de Israel: «Y sus pasos nos pondrá por camino» (Sal 85.10, 13). Entonces por toda la tierra «el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre» (Is 32.17).

## UN SACERDOCIO REAL

Pero Melquisedec no fue solo rey de Salem, sino también «sacerdote del Dios Altísimo», y tanto en su oficio como en lo que realizó por causa de Abraham prefiguró la persona y obra sacerdotal de Cristo y el carácter de realeza de su sacerdocio. Esto se nos interpreta de nuevo en el capítulo 7 de Hebreos, que tiene por objeto mostrar que el sacerdocio de Cristo no fue según el orden levítico inferior, sino según el orden real de Melquisedec. Los puntos de ese capítulo respecto a esto, después de los primeros tres versículos de introducción, son:

*Primero*, Abraham le dio los diezmos a Melquisedec, pero Abraham fue el antepasado de Leví y sus hijos, y así los levitas, representativamente, le dieron diezmos al rey-sacerdote Melquisedec en la persona de su antepasado Abraham (Heb 7.4-6).

*Segundo*, Melquisedec bendijo a Abraham. Ahora, «el menor es bendecido por el mayor». Si Abraham, a quien Dios había llevado a una relación de pacto con él y era de ese modo tan altamente privilegiado, fue



bendecido por Melquisedec, ¡cuán grande debe haber sido la posición de este último y, por tanto, cuánto más superior es la posición de Cristo a quien él prefiguraba! (v. 7).

*Tercero*, aquí recibían los diezmos hombres que morían, pero en el registro de Génesis, «uno de quien se da testimonio de que vive». La omisión del registro de la muerte de Melquisedec le puso en una posición superior respecto a esto (vv. 8, 9).

*Cuarto*, Cristo vino de la tribu real de Judá, tribu de la cual nada se dice respecto a sacerdotes. Esto fue, por consiguiente, una muestra de que su sacerdocio tendría carácter de realeza (vv. 13, 14).

*Quinto*, el sacerdocio levítico era «conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia». El de Melquisedec era «según el poder de una vida indestructible» (literalmente, una vida indisoluble) (vv. 15-17).

*Sexto*, los sacerdotes levíticos eran constituidos como tales sin ningún juramento, pero Cristo, con juramento; como el salmista dice proféticamente de Él en el Salmo 110: «Juró Jehová ... Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal 110.4). El sacerdocio de Cristo fue establecido por juramento que pronunció Jehová mismo (vv. 20, 21).

*Séptimo*, los sacerdotes levíticos eran muchos en número; la muerte les impedía continuar. Cristo, como se indica en la narración de Melquisedec, permanece para siempre y por consiguiente «tiene un sacerdocio inmutable» (vv. 23, 24).

## LA PROVISIÓN SACERDOTAL

De nuevo, la acción sacerdotal de Melquisedec, al traerle pan y vino a Abraham, prefiguró el servicio de Cristo como sumo sacerdote de su pueblo al ministrarles de sí mismo en la vida y poder de su resurrección como resultado de su muerte expiatoria. La bendición que Melquisedec pronunció fue una preparación inmediata para la victoria de Abraham al resistir la oferta tentadora que le hizo el rey de Sodoma. Así, ahora, el pueblo del Señor depende de Él para obtener fortaleza con que resistir los halagos del mundo y toda forma de tentación.

Pero la narración de Génesis señala más allá que la edad presente. La bendición que otorgó el rey-sacerdote a Abraham fue un anticipo de lo que Cristo sería para los descendientes de Abraham, la nación restaurada de Israel, en el milenio. Entonces, como veremos de manera más completa en otros pasajes bíblicos, Cristo será sacerdote sobre su trono, actuando como mediador para la nación redimida.

A este tiempo señala

## EL TÍTULO DIOS ALTÍSIMO

en la narración de Génesis 14. Es un título milenial. Se destaca en su conexión milenial por ejemplo en el Salmo 91, que consiste, proféticamente, en un diálogo entre el Señor y el remanente santo de sus fieles judíos en el tiempo de «la angustia de Jacob» al final de la edad presente. Esto será bajo su cuidado protector durante su tiempo de tribulación. Ellos, que hicieron del Altísimo su habitación, serán librados por el poder inmediato del Señor y serán puestos en alto después de la destrucción de sus enemigos. La promesa con que concluye el Salmo —«Con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación»—, se cumplirá entonces para ellos cual bendición milenial. Habiendo morado durante los terrores del reinado del Anticristo «al abrigo del Altísimo», y alojándose (que tal es el significado de la palabra que se traduce «habita») por la noche de la tribulación de la nación «bajo la sombra del Omnipotente», verán a sus enemigos destruidos y poseerán la herencia prometida a ellos en el pacto de Dios a Abraham.

Dios se dio a conocer por medio de Melquisedec a Abraham como Dueño de cielo y tierra y, como tal, Cristo será revelado y reconocido en la edad del milenio. ¡Cuán fortalecedora debe de haber sido esa bendición para el patriarca, que llevaba una vida sencilla en carpas, ocupando solo el terreno donde estaba levantado su campamento, aunque con la seguridad dada por Jehová de que poseería toda la tierra algún día! La palabra del Dios viviente por medio del rey-sacerdote fue alimento para su alma, y con esa misma palabra enfrentó al tentador, rehusando que lo enriqueciera en el más mínimo grado un monarca del mundo, y descansando únicamente en la promesa y poder de Dios. El mensaje de Melquisedec, diciendo que Dios es «creador de los cielos y de la tierra», era un eco de las propias palabras del Señor a Abraham según se anotan en el capítulo previo, cuando Dios le prometió: «toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre».

El nombramiento sacerdotal del monarca como rey de Salem fue divino, porque esta misma Salem será la sede del gobierno de Dios en la tierra cuando ponga a su rey en el santo monte de Sion. ¡Con qué placer debe de haber mirado Jehová a Melquisedec, en medio de las tinieblas y degradación de las naciones canaanitas, indicando de antemano, como lo hizo, en su persona y su posición lo que el Hijo de Dios será en el día en que se manifieste su gloria!

## **SALMO 110**

Vamos a ver cómo se lleva esto a su cumplimiento en el libro de Apocalipsis. Debemos aquí, no obstante, considerar otros pasajes que asocian la realeza y el sacerdocio del Señor. Las dos cosas se combinan impresionantemente en el Salmo mesiánico 110. Este salmo, escrito por David refiriéndose a su Señor, «el más grande descendiente de David», empieza con la ascensión de Cristo, revelándole como sacerdote «según el orden de Melquisedec», y predice el día de la ira de Dios, ejercida por medio de Él, y su subsiguiente gobierno sobre la tierra. El tema del salmo es el Sacerdote-Rey de Jehová. La primera estrofa habla de su exaltación al trono. «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de sus pies», palabras citadas por Cristo mismo a los fariseos cuando les preguntó: «¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?», indicando claramente el carácter profético del salmo, ilustrando la manera en que el Señor se declaraba como la encarnación de la profecía del Antiguo Testamento.

### **LA PACIENCIA DE CRISTO**

El primer versículo cubre toda la edad presente. Es un tiempo en el que, aunque el Señor está actuando como Sumo Sacerdote de su pueblo, y teniendo paciencia con el mundo rebelde, también con paciencia espera el día en que ejercerá su autoridad soberana al arrojar a los enemigos de Dios de su dominio legítimo y establecer su reino donde el usurpador ahora domina. Habiendo ofrecido un sacrificio por los pecados, una vez para siempre,<sup>1</sup> se sentó a la diestra de Dios, «de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies» (Heb 10.12, 13). Es a esta paciencia de Cristo a la que el apóstol Pablo se refiere cuando dice: «Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo» (2 Ts 3.5).

### **LA VARA DE SU PODER**

El salmo habla luego del tiempo cuando Él personalmente intervendrá para derrocar a sus enemigos y establecer su reino: «Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos» (v. 2). El envío de la vara aquí sugiere la subyugación de los enemigos (ver DHH, PDT y cp. Éx 7.19; 8.5,

16, 17; 14.16), simboliza el ejercicio de la fuerza todopoderosa de Dios para derrotar a sus enemigos en la tierra. En el día de la gran controversia del Señor con las naciones, el día cuando se sentará «para juzgar a todas las naciones de alrededor» (Jl 3.12), «Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel» (v. 16; cp. Am 1.2). «Jehová de los ejércitos descenderá a pelear sobre el monte de Sion, y sobre su collado» (Is 31.4). Así, al final del Salmo 110: «El Señor está a tu diestra; quebrantará a los reyes en el día de su ira. Juzgará entre las naciones, las llenará de cadáveres; quebrantará las cabezas en muchas tierras».

## EL SALMO Y EL ANTICRISTO

El individuo indicado en la última cláusula es sin duda la bestia de la que se habla en Apocalipsis, capítulos 13 y 17, con quien los diez reyes confederados recibirán autoridad por un tiempo breve (Ap 17.12). Él es a quien el Señor Jesús «matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida (o parusía)» (2 Ts 2.8). El mismo potentado es el tema de la predicción pronunciada por Moisés en su cántico de Deuteronomio 32, donde el Señor dice: «Si afilare mi reluciente espada, y echare mano del juicio, yo tomaré venganza de mis enemigos, y daré la retribución a los que me aborrecen. Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada devorará carne; en la sangre de los muertos y de los cautivos, en las cabezas de larga cabellera del enemigo» (vv. 41, 42). El tiempo a que se refiere es obviamente la conclusión de la edad presente, porque el versículo siguiente habla de la liberación de los judíos y la liberación de su tierra. Entonces, a los gentiles les invita a regocijarse con el pueblo de Dios. «Alabad, naciones, a su pueblo, porque él vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y hará expiación por la tierra de su pueblo» (v. 43). Después de la cláusula: «Alabad, naciones, a su pueblo», la Septuaginta dice: «y adórenle todos los ángeles de Dios». Esto se cita en Hebreos 1.6, y se refiere, no a la primera venida de Cristo, sino a su Segunda Venida. Dice: «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios». La palabra «otra vez» ha sido mal colocada en casi todas las versiones en español. Va con la palabra «introduce». Dios introdujo a su Hijo al mundo por primera vez en su encarnación. Le introducirá de nuevo cuando venga en gloria para reinar sobre la tierra. Entonces sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies. Es de ese tiempo del que habla el pasaje de Deuteronomio: «En las cabezas de larga cabellera del enemigo» se refiere al Anticristo.<sup>2</sup>

## SUS SANTOS COMO VOLUNTARIOS

El versículo 3 del Salmo 110 habla de los santos que vendrán con Cristo en gloria a ese tiempo, y de los fieles que han sido preservados durante el tiempo de la angustia de Jacob: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder» (literalmente: «tu pueblo son ofrendas voluntarias»). Es decir, se consagrarán como ofrendas voluntarias al Señor, disfrutando de la plenitud de la comunión con Él; se regocijarán en la consumación de la gloria de su Redentor; se alegrarán en la manifestación de su poder al liberar a los judíos de manos de los tiranos y a la tierra de sus gemidos. Se presentan a sí mismos a Él para el servicio al cual les ha designado.

Hay una impresionante coincidencia entre este versículo y 1 Crónicas 29. Al terminar sus conquistas, David hizo preparativos para el establecimiento del reino bajo Salomón. Habiendo reunido al pueblo y después de contarles sus preparativos para la casa de Dios, preguntó: «¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová? Entonces los jefes de familia, y los príncipes de las tribus de Israel, jefes de millares y de centenas, con los administradores de la hacienda del rey, ofrecieron voluntariamente ... de todo corazón ofrecieron a Jehová voluntariamente» (1 Cr 29.5-9). Todo esto prefiguraba el tiempo predicho por el salmo que estamos considerando. En el día de la humillación del Señor, sus seguidores lo abandonaron y huyeron. ¡Qué diferente de la vasta asamblea de sus relucientes y fieles ejércitos en el día venidero! «En la hermosura de la santidad, desde el seno de la aurora», Él tendrá el rocío de la juventud.

### «EL ROCÍO DE TU JUVENTUD»

La frase «en la hermosura de la santidad», se corresponde, refiriéndose al carácter, con el atavío de los sacerdotes con vestiduras santas. Los santos que estarán en el séquito de Cristo en el día de su gloria manifestada como Sacerdote-Rey, constituirán un sacerdocio real. También son, como el salmo expresa de manera figurada, el rocío de los jóvenes del Señor, fuertes y activos para rendirle servicio. Dirigiéndose a su pueblo Israel, el Señor dijo: «Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (Éx 19.6) y, de la iglesia, el apóstol Pedro dice: «Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa» (1 P 2.9). Así el apóstol Juan, en la doxología de apertura de Apocalipsis, dice: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 1.5, 6). Así, de

nuevo, en el capítulo 5.10: «y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra». Y de nuevo, al cerrar el libro: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (20.6). En la lista de los oficiales de David mencionada en 2 Samuel 8, con ocasión del establecimiento de su reino, se describe a sus hijos como sacerdotes (v. 18, DHH, PDT). Reina Valera dice «príncipes». La palabra parece prefigurar la combinación de realeza y sacerdocio a la cual se refieren los otros pasajes bíblicos que se acaban de mencionar.

## EL SENO DE LA AURORA

«El seno de la aurora» no se refiere meramente a la luz física del día. La expresión es figura del hecho de que los que estarán con Cristo en su Segunda Venida han nacido de Dios. En el capítulo 1 de Juan se describe a Cristo como la Luz que, viniendo al mundo, ilumina a todo hombre. Aunque el mundo no le conoció, y aunque los suyos no le recibieron, «a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios». Aquí, entonces, Aquel de quien se habla como la Luz es al mismo tiempo Aquel por cuya gracia y poder los hombres nacen de Dios y llegan a ser seguidores de Cristo.

Cuando la Luz del día milenial brille en el mundo y el Sol de Justicia salga con sanidad en sus alas, los hijos de Dios, sus santos redimidos, vendrán con Él. Todos ellos son «hijos de luz e hijos del día» (1 Ts 5.5), el día infinito, eterno de Dios. Una lectura al margen dice: «tu juventud es para ti como el rocío». Las gotas de rocío que relucen temprano bajo la luz del sol de primera hora de la mañana reflejan cada una la imagen completa del orbe celestial. Así cada santo resplandecerá en completa semejanza del Hijo de Dios.

Nótese también la significación del «Tienes tú». Sus jóvenes son no solo un reino de sacerdotes, ataviados con la hermosura de la santidad, sino que son «para sí un pueblo propio» (Tít 2.14; 1 P 2.9). Cada uno es una dádiva del Padre a Él (Jn 17.2, 6, 9, 11). Toda la creación los verá entonces como siendo uno con Él, así como Él es uno con el Padre (Jn 17.11, 21, 22), y de este modo el mundo sabrá que el Padre le ha amado (v. 23).

La escena a la que así se hace referencia en el salmo se describe con más detalle en Apocalipsis 19, donde al Señor se le menciona viniendo con sus huestes. «Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y

limpio, le seguían en caballos blancos» (v. 14). «El lino fino es las acciones justas de los santos» (v. 8). Estos vestidos de gloria y belleza son símbolo de las recompensas otorgadas a los fieles en servicio aquí, y no solo eso, sino que con su glorioso atavío mostrarán el carácter del mismo Señor, como lo hicieron en su vida en la tierra mediante sus actos de justicia.

## **RETRIBUCIÓN DIVINA**

El hecho de llenar lugares con cadáveres (Sal 110.6) es una retribución divina a los que en su crueldad tratarán de exterminar al pueblo terrenal de Dios. A este respecto, el vocabulario del Salmo 79 es profundamente significativo. Allí el salmista expresa en lenguaje que, aunque escrito en tiempo pasado, es profético de la persecución que el Anticristo infligirá en el futuro, cómo las naciones entraron en la heredad de Dios, mancillaron su templo santo y «Redujeron a Jerusalén a escombros». Dice: «Dieron los cuerpos de tus siervos por comida a las aves de los cielos, la carne de tus santos a las bestias de la tierra. Derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalén» (Sal 79.1-3). Ahora, en el Salmo 110, cuando dice que el Mesías a «las naciones, las llenará de cadáveres» de los enemigos de Israel, presenta una clara retribución. Debemos conectar esto con Ezequiel 39.17-21, y Apocalipsis 19.17-21, que describe a las aves de rapiña reunidas para comerse los cadáveres de los fallecidos. La oración, al final del Salmo 79, que pide venganza y los pasajes imprecatorios similares en los salmos contienen lenguaje que, en el tiempo al que se refieren, serán enteramente apropiados. Porque los santos de la nación estarán en comunión con el Señor en sus necesarios castigos sobre el Anticristo y los asociados con él en rebelión contra el Todopoderoso. En estas expresiones no se respira mera venganza y odio humanos. Es vocabulario inspirado por el Espíritu Santo con vista al tiempo cuando Dios debe juzgar al mundo en justicia. «Siempre que los escritores expresan este sentimiento en las Escrituras, el motivo esencial no es venganza contra enemigos personales, sino antagonismo contra los enemigos de Dios, enemigos sobre los cuales ya se ha dictado una sentencia divina de ira».<sup>3</sup>

## **SACERDOCIO REAL**

Toda esta primera parte del salmo es una introducción a la declaración del versículo 4: «Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre

según el orden de Melquisedec». Vamos a ver el significado de esta unión de la realeza con el sacerdocio, y su aplicación al gobierno del mundo. Aquí, en el salmo, se ve a Cristo actuando como Sacerdote mediador de su pueblo Israel y como su Rey que viene para liberarlos, para establecer su trono en medio de ellos y para asociar a la nación consigo mismo en los asuntos de su reino terrenal. Primero se sienta como rey sobre las aguas, cuando la nación pasa por su Gran Tribulación, y luego como rey en medio de ellos, dándole fuerza a su pueblo y bendiciéndolos con paz (Sal 29.10, 11).

El último versículo del salmo: «Del arroyo beberá en el camino, por lo cual levantará la cabeza», representa primero al Mesías como conquistador refrescándose después de su victoria decisiva sobre el enemigo. La tierra y sus gentes, entonces libradas del opresor, le darán refrigerio espiritual en el logro de su intervención gloriosa a favor de ellos. Él, entonces, de una manera especial «verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho». La frase levantar cabeza habla del triunfo cuando, habiendo sido destruido el reino del Anticristo, «y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo ... y todos los dominios le servirán y obedecerán» (Dn 7.27).

Apropiadamente, el poeta canta del «Hijo más grande del gran David». David fue grande porque fue el rey seleccionado y nombrado por Dios mismo, en contraste con Saúl. Como rey de Salem, fue sucesor directo de Melquisedec. Ningún rey había gobernado en Jerusalén por nombramiento divino directo desde el tiempo de Melquisedec hasta que David fue establecido en su trono. El reinado de Saúl fue resultado de la libre elección del pueblo. Pero Melquisedec mismo era superior a David en autoridad, porque combinaba sacerdocio y realeza. David no podía ocupar tal posición. El Mesías, Señor de David, aunque «de la simiente de David según la carne», es «sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec».

## PROFECÍAS DE ZACARÍAS

Hubo un período de unos mil años entre el testimonio del sacerdocio real de Cristo dado por Melquisedec y el dado por David. Unos quinientos años más tarde, el profeta Zacarías recibió un mensaje del Señor en el sentido de que el Mesías gobernará sobre Israel como Sacerdote-Rey. Ezequiel había profetizado que tanto la tiara como la corona serían quitadas. «Esto no será más así», es decir, el sacerdocio actuando en nombre de y bajo un rey, «hasta que venga aquel cuyo es el derecho» (Ez 21.25-27). Las palabras del profeta se habían convertido en realidad. La monarquía terrenal ya había cesado para



ese tiempo en la nación. Como consecuencia de la continua y prolongada apostasía y desobediencia de parte de los reyes y el pueblo, a pesar de todas las reprensiones y advertencias del Señor por medio de sus profetas, los caldeos comandados por Nabucodonosor, actuando como instrumentos del castigo de Dios, habían destruido a Jerusalén y se habían llevado al cautiverio tanto al rey como al pueblo. En el tiempo de la profecía de Zacarías, el período de setenta años de cautiverio de Judá pronosticado divinamente se acercaba a su fin. Era el año 520 A.C., segundo año de Darío (el año anterior al inicio de la historia que relata el libro de Ester), cuando el Señor le dijo a Zacarías por medio de su ángel: «Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia; en ella será edificada mi casa, dice Jehová de los ejércitos» (Zac 1.16).

La profecía respecto a Cristo como el Sacerdote-Rey venidero se registra en el capítulo 6. Ello marca la división de todo el libro de Zacarías en dos partes. Es el clímax de una serie de visiones dadas al profeta. Después de terminar el capítulo 6, donde se anota la predicción de que el Señor levantará a Uno que será un Sacerdote sobre su trono, no se relatan más visiones. El resto del libro se dedica a profecía directa.

## **Los cuatro caballos, los cuatro cuernos y los cuatro carpinteros**

La primera visión, de cuatro caballos (1.8), indica los tratos providenciales de Dios con su pueblo Israel.

La segunda visión, la de cuatro cuernos y cuatro carpinteros (1.18-21), presenta una noción de las grandes potencias gentiles, a quienes Dios permite controlar a su pueblo y su tierra, y los castigos retributivos necesarios de Dios sobre esas potencias como resultado de su tiranía y mal gobierno. El tema de su trato a esas naciones, y su tratamiento al pueblo judío, no está dentro del alcance de esta obra. Las cuatro potencias son las mismas a las que se hace referencia en el libro de Daniel.

## **El hombre con el cordel de medir**

La tercera visión es la de un hombre con un cordel de medir que va a medir a Jerusalén. Esto indica lo precioso que es Jerusalén para Dios. A pesar de toda la agresión y crueldad de las potencias gentiles, el Señor declara que

Él será para Jerusalén «muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella» (2.5). Israel será librado de las naciones que lo habían tenido cautivo. Ellas sufrirían el castigo divino por la forma en que trataron a su pueblo. «Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tras la gloria [es decir, con miras a la gloria] me enviaré él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo. Porque he aquí yo alzo mi mano sobre ellos, y serán despojo a sus siervos, y sabréis que Jehová de los ejércitos me envió». Las siguientes palabras muestran que la escena es milenial, por lo que no se refiere meramente al retorno del cautiverio de Caldea. «Canta y alégrate, hija de Sion; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová. Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti; y entonces conocerás que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti. Y Jehová poseerá a Judá su heredad en la tierra santa, y escogerá aún a Jerusalén. Calle toda carne delante de Jehová; porque él se ha levantado de su santa morada» (2.10-13).

## **Josué el sumo sacerdote**

La cuarta visión se da en el capítulo 3. Esta es una visión del sumo sacerdote Josué de pie ante el ángel del Señor, y Satanás a su mano derecha como su adversario. Ahora se nos muestra el poder del maligno, desplegado en esfuerzo para estorbar el cumplimiento de los propósitos de Dios respecto a Jerusalén. Los vestidos sucios que lleva el sumo sacerdote son símbolo de la condición mancillada de la nación. Se reprende a Satanás, la contaminación se limpia, al sacerdote se le viste con atuendos de realeza y se le pone una hermosa mitra en la cabeza. Esto es una indicación de lo que va a venir en el capítulo 6, y es un anticipo del sacerdocio regio de Cristo allí pronosticado. Aquí también, en el capítulo 6, se habla del Mesías como el Renuevo. El Renuevo es símbolo tanto de aumento como de fructificación y, en consecuencia, se da la promesa de que bajo el reinado benigno del Mesías todo hombre «convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera». Habrá abundancia para todos, y la unidad así como la generosidad caracterizarán a su pueblo.

## **El candelabro y los olivos**

La quinta visión, que se da en el capítulo cuatro, es la del candelabro de oro y dos olivos junto al mismo. Símbolos de los medios por los cuales Dios

todavía dará luz en el mundo a su pueblo terrenal. Se ha sugerido que representan la realeza y sacerdocio de Cristo, el poder del Espíritu manteniendo la luz del testimonio respecto a Él, su gobierno y cuidado de la nación. Si es así, tenemos en estos símbolos otra vislumbre anticipada de la unión de la realeza y el sacerdocio en la persona de Cristo.

De los dos árboles se ven dos ramas «que por medio de dos tubos de oro vierten de sí aceite como oro». Se interpretan las ramas como «los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra» (v. 14). Se hace referencia a ellos de nuevo en Apocalipsis 11.4, y allí se presentan como dos testigos que serán enviados a la nación durante el reinado del Anticristo, para dar testimonio respecto a la próxima venida del verdadero Mesías. La realeza y sacerdocio reales de Cristo mismo, tan a punto de ser ejercidos en su gloria manifiesta, sin que quepa duda formarán el tema de su testimonio contra el diabólico doble control del Anticristo.

La restauración efectuada bajo Zorobabel (vv. 7-10) y la colocación del cimiento de la casa que se predicen en la visión anticipan la restauración más completa en un día venidero. Los siete ojos en la piedra (v. 10) indican la mirada escrutadora del Señor de los ejércitos, bajo quien la iniquidad del pueblo, habiendo sido marcada y atendida, será quitada. Y no solo eso, sino que sus ojos observan el curso de los eventos que bajo su providencia se cumplen con ello.

## **El rollo volador y el efa**

La sexta visión, capítulo 5, es la de un rollo que vuela, seguida por la de un efa con una masa de plomo. La visión previa presentó el establecimiento del poder soberano de Dios y su adoración en medio de la nación; esta establece su juicio sobre los malos en Israel en los últimos días. El rollo contiene una maldición para los que pecan contra Dios y contra su prójimo. La masa de plomo se interpreta como una mujer que se sienta en medio del efa, descrita como «Maldad», que halla su fuente en Babilonia. Al parecer, será restablecida y expuesta en su carácter perverso en la tierra de Sinar en la hora apóstata más negra de la nación y de su asociación con el Anticristo.

## **Los cuatro carros**

La séptima visión, capítulo 6, es la de cuatro carros con caballos de diferentes colores. Se interpreta como los cuatro vientos del cielo «que salen

después de presentarse delante del Señor de toda la tierra». Sin duda, son indicativos de la disposición divina en cuanto a los asuntos del mundo. Durante los tiempos de los gentiles, Dios en gran parte le permite al hombre campo libre para su potencial. Como resultado de esto, el hombre se esfuerza por afirmar sus propios derechos, a pesar de la caída y sus efectos. El dios de este mundo, siempre disputando el derecho del Señor para gobernar la tierra, lleva a los hombres y las naciones, bajo la dirección de su razón cegada por el pecado, a tratar de establecerse en el mundo de acuerdo a los dictados de su libre albedrío. La meta de Satanás es producir una combinación universal de pueblos del mundo contra el Señor y contra su Cristo. Sin embargo, Dios sigue siendo soberano, y está determinado a afirmar a su debido tiempo sus derechos y a vindicar los derechos de su Hijo, que entrará en la escena con total poder, para asestar el golpe mortal a la autoridad humana. Esto, que se describe tan vívidamente en la visión que tuvo Nabucodonosor de la piedra que cayó sobre los pies de la imagen y destruyó toda la estructura (Dn 2), constituye uno de los principales temas de la visión y profecía de Zacarías.

## **JOSUÉ, EL SUMO SACERDOTE**

Concluidas las visiones, se abre el camino para la predicción gloriosa respecto a Cristo y el poder conjunto que ejercerá. La palabra del Señor vino a Zacarías ordenándole tomar a unos cuantos de los exiliados que volvieron y, yendo con ellos a la casa de Josías, hacer una corona de plata y oro (el plural «coronas», denota aquí los varios círculos que forman una corona), y ponerla sobre la cabeza de Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote. El profeta debía entonces decir: «Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo de Jehová. Él edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos» (Zac 6.9-13). La corona debía ser para los exiliados que volvieron un recordatorio en el templo. Sin duda, daba a entender en todo esto la entonces inminente restauración del templo y su culto, después del retorno del cautiverio; pero, posiblemente, lo que tuvo lugar entonces no puede agotar el significado del pasaje, que es claramente mesiánico y predice el tiempo, como hemos visto en otros pasajes bíblicos, en que Cristo unirá perfectamente en sí mismo los oficios de rey y sacerdote sobre el pueblo de Dios.

## EL RENUEVO

Debemos notar que primero se indica la humanidad de Cristo. Las palabras introductorias: «He aquí el varón», están en agudo contraste con el pronunciamiento similar por parte de Pilato el día de la humillación de nuestro Señor. Aquí a Cristo se lo describe simbólicamente como el Renuevo, como en el capítulo 3; solo que allí se habla de Él como «mi siervo el Renuevo». Aquí es «el varón». Todo esto se corresponde con las profecías de Isaías desde el capítulo 42.1 en adelante, donde a Cristo se le llama el Siervo de Jehová. El pasaje que empieza con el versículo 13 del capítulo 52, que es en realidad introductorio del capítulo 53, empieza con las palabras: «He aquí que mi siervo». Luego sigue la profecía de su humillación y aflicción, como varón de dolores, herido por nuestras transgresiones y molido por nuestras iniquidades. Allí, también, se le ve como «renuevo» y «como raíz de tierra seca». Así, ahora en Zacarías Él es «el varón cuyo nombre es el Renuevo», que «brotará de sus raíces». Aunque esto puede referirse al lugar de su humillación terrenal, que debe llegar a ser la escena de su poder terrenal, el lenguaje del original (literalmente, crecerá de sí mismo) sugiere que su crecimiento será por su propio poder. La Septuaginta dice «de debajo de sí mismo». De modo similar, Isaías había dicho: «En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza [o más bien, majestad] y honra, a los sobrevivientes de Israel» (Is 4.2).

En Jeremías, su fructificación como Renuevo se asocia con su realeza: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y éste será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra» (Jer 23.5, 6). Podemos notar aquí la asociación con el nombre Melquisedec, «rey de justicia». El rey de Dios es «el Renuevo justo» y también «Jehová Tzidquenú» (v. 16). En Isaías 11.1 y en el Salmo 80.5 se traduce como «Renuevo» una palabra distinta, aunque el pensamiento es el mismo.

Los varios títulos de Cristo en estos pasajes corresponden a las características distintivas del Señor en los cuatro evangelios: en Mateo, su condición de Rey (cp. Jer 23.3); en Marcos, su carácter de Siervo (cp. Zac 3.8); su humanidad en Lucas (cp. Zac 6.12); su deidad en Juan (cp. Jer 23.6).

## REINO Y SACERDOCIO

La profecía predice luego la unión de los dos principales oficios en la persona

del Mesías: «Él edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos».

## **Nimrod**

Muchos han sido los esfuerzos, por parte de los aspirantes a la monarquía absoluta, de obtener el control conjunto de la vida política y de la vida religiosa de las comunidades que gobiernan. El poder temporal es doblemente fuerte si se combina con el espiritual. Contrólase la conciencia y se controla al hombre. Nimrod fue el primero. Según la narración de Génesis, él parece haber originado el esquema de establecer un reino entre los hombres. «El principio de su reino fue Babel» (ver Gn 10.10). A partir de ahí invadió Asiria y construyó Nínive y otras ciudades. Hay evidencia histórica que muestra que él y su reina Semíramis instituyeron un sistema religioso de culto a la naturaleza, caracterizado por ritos y ceremonias complejos bajo un orden sacerdotal, del cual él era la cabeza. De este modo adquirió el liderazgo tanto político como religioso.

## **Julio César**

Mediante la misma combinación, Julio César también alcanzó el cenit de su poder. Después de convertirse en dictador de la república romana recibió del pueblo el oficio de Pontifex Maximus, es decir, pontífice principal de la pagana religión romana. Había transferido de Pérgamo a Roma todo el orden del sacerdocio caldeo, que había sido establecido allí desde que Darío expulsó de Babilonia a los sacerdotes, en el año 539 A.C. Expulsados de la ciudad oriental, se habían asentado en Pérgamo bajo el auspicio del rey de Lidia, Átalo. Los espléndidos rituales de la religión babilónica añadieron esplendor e influencia a la doble dominación del César. Desde ese tiempo en adelante se mantuvo esa unión, primero por los emperadores y luego por los papas, hasta que el papado perdió el poder temporal.

## **Constantino el Grande**

Un caso más es el de Constantino el Grande. En el siglo IV A.D., sus

aspiraciones de supremacía en el Imperio Romano, y el deseo de unir sus elementos en proceso de desintegración, le llevaron a adoptar lo que obviamente fue la política más sabia para conseguir su fin. Las iglesias para entonces habían llegado a ser influyentes en la política; olvidando la senda designada para ellas por Cristo, habían alcanzado la grandeza del mundo, y ahora eran una organización que cualquier aspirante al poder temporal debía reconocer. ¿Qué podía convenir mejor a la meta de Constantino que hacer del cristianismo, tal como ha llegado a ser, la religión estatal? Esta combinación política y religiosa se materializó en el año 325 A.D.

## **El Anticristo**

Una ilustración todavía futura y, en verdad, el último esfuerzo humano por lograr esa unión, se predice en las Escrituras refiriéndose al final gobernante mundial de esta edad, que se describe en Apocalipsis 13 como «la bestia». Ese capítulo predice su dominación en todos los ámbitos. Proclamándose a sí mismo como Dios, y respaldado por el falso profeta, la «segunda bestia», exigirá y recibirá la adoración del mundo (Ap 13.8). Con ayuda de su colega, establecerá de igual manera su soberanía sobre las cuestiones relativas al comercio (vv. 16, 17).

No obstante, en ninguno de los casos en el pasado la asociación demostró ser eficaz y duradera, ni tampoco el Anticristo logrará éxito duradero. La historia de los conflictos civiles internacionales ha sido en su mayor parte una historia de antagonismo entre la política y la religión, conflicto entre Iglesia y Estado. Una y otra vez, el poder eclesiástico ha intentado dominar al político. Muchas guerras pueden explicarse por esto. Allí donde el éxito ha acompañado a la asociación, no se ha caracterizado por condiciones pacíficas por un tiempo prolongado. La desintegración caracteriza todos los esfuerzos humanos por establecer tal unión. El elemento trastornador está dentro del hombre mismo. El Anticristo, con todos sus poderes consumados, facultado por el mismo Satanás, presenciará el colapso de su organización universal, y Cristo «lo reducirá a nada» en su Segunda Venida (2 Ts 2.8). Irremediablemente, la piedra cortada «del monte ... no con mano» destrozará su dominio mundial (Dn 2.45).

El pasaje de Ezequiel al cual ya se ha hecho referencia habla sin duda, como su cumplimiento último, del derrocamiento de la denominación religiosa y política combinada del Anticristo, y de su estableciendo permanente en la persona de Jesucristo. La versión Reina Valera da la traducción correcta: «Y tú, profano e impío príncipe de Israel, cuyo día ha

llegado ya, el tiempo de la consumación de la maldad, así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto. A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré» (Ez 21.25-27). Aunque está claro que la profecía tenía referencia inmediata a Sedequías, el Espíritu de Dios dirigió las palabras de modo que se pudieran aplicar proféticamente al Anticristo. Que esto es así se indica por el tiempo mencionado, es decir, «el tiempo de la consumación de la maldad». Quitarle la mitra indica la destrucción de su liderazgo religioso; quitarle la corona, el derrocamiento de su soberanía. La forma en que se le menciona como «tú, profano e impío príncipe» podemos compararla con la similar declaración respecto a la bestia de Apocalipsis 13.3.

Solo hay uno destinado a tener éxito en combinar el poder sacerdotal y el de realeza. El Señor Jesucristo será sacerdote en su trono. Bajo su dominio, el poder espiritual nunca estará en conflicto con el civil. «Y consejo de paz habrá entre ambos».

## APOCALIPSIS

Aunque el reinado de Cristo se destaca con claridad en el libro de Apocalipsis, su sacerdocio no se indica de manera específica. Sin embargo, está de manera tácita en varios pasajes. En cuanto a su soberanía, en el mismo comienzo del libro se le declara «el soberano de los reyes de la tierra». De él es la «gloria e imperio por los siglos de los siglos» (1.5, 6).

En la visión de apertura se revela a sí mismo en el carácter combinado de sacerdote y juez. Está «vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro» (1.13). No cabe duda de que el vestido sugiere las vestimentas del sumo sacerdote. Respecto a esto, el doctor Edersheim dice: «La túnica sacerdotal estaba tejida de una pieza. Como el manto sin costura del Salvador, su objeto debe haber sido simbólico. A decir verdad, tal vez se la consideraba la vestimenta más distintivamente sacerdotal, puesto que la llevaba solo durante la ministración real, y después se la quitaba de inmediato. En consecuencia, cuando en Apocalipsis 1.13 se ve al Salvador en medio de los candeleros con un cinto de oro ceñido alrededor de su pecho, debemos entender por eso que nuestro Sumo Sacerdote celestial está dedicado al ministerio real por nosotros. De modo similar, se describe el cinto estando alrededor del “pecho”, puesto que tanto el cinto del sacerdote ordinario como el del efod que llevaba el sumo sacerdote estaban allí, y no alrededor de los lomos. Finalmente, la expresión “cinto de oro” puede hacer



referencia a la circunstancia de que el vestido peculiar del sumo sacerdote se llamaba sus “vestimentas de oro”, en contraste con los “vestidos de lino” que llevaba el Día de la Expiación». <sup>4</sup>

Su oficio sumosacerdotal lo simboliza tal vez mejor el hecho de que tiene las siete estrellas en su mano derecha, lo que sugiere su mantenimiento del servicio y el testimonio de las iglesias. Al mismo tiempo es sacerdote sobre el trono, porque le dice a la iglesia de Laodicea: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (3.21). Por tanto, la autoridad combinada que todavía tiene que ejercer con gran gloria a favor de Israel ya la posee respecto a la iglesia.

## **EL PASTOR-SACERDOTE**

El capítulo 7 habla del ministerio de Cristo a los que atravesarán la Gran Tribulación hacia el reino milenal. «El Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida» (Ap 7.17). A veces, un sacerdote y su ministerio se representan en las Escrituras bajo la figura de un pastor y su trabajo. Jeremías habla de los sacerdotes como pastores (ver Jer 23.1-11, y compárese Ez 37.1-4). El escritor de la Epístola a los Hebreos, al indicar la gloria de Cristo como Sumo Sacerdote de su pueblo, habla de Él como el «gran Pastor de las ovejas». Quien como Cordero de Dios puso su vida por ellos ha llegado por ello a ser su pastor. Aunque será para siempre «el Cordero que está en medio del trono», ocupando así su posición y autoridad de Rey, también será el Pastor-Sacerdote para los que atraviesan la Gran Tribulación. Su poder soberano, su ministerio sacerdotal y su cuidado pastoral intervendrán a favor de ellos.

## **LAS ORACIONES DE LOS SANTOS**

El capítulo 8 le presenta de nuevo como sacerdote. El ángel que está junto al altar, «con un incensario de oro, y se le dio mucho incienso», difícilmente puede ser otro que Cristo mismo. Solo Cristo podría presentar las oraciones de los santos (v. 4). Ningún ministerio de seres creados puede hacer efectivas las oraciones. El simbolismo representa la obra mediadora entre Dios y el hombre, que solo Cristo realiza (1 Ti 2.5). «Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos».

De nuevo, se ve que se ejerce este ministerio en conexión con el trono. El

altar de oro desde donde las oraciones ascendían estaba ante el trono. Puesto que está ocupado por Cristo mismo, su ministerio sacerdotal se asocia aquí de nuevo con el ejercicio de su soberanía. La coexistencia de las dos posiciones en su caso no solo es posible, sino que está de acuerdo con las Escrituras que ya hemos considerado. Suyos son tanto la autoridad soberana como el ministerio sacerdotal hacia Dios por su pueblo.

El ángel toma el incensario, lo llena con fuego del altar y lo arroja a la tierra en respuesta a estas oraciones. Pero cabe señalar que no son las oraciones presentes de la iglesia, sino las de los santos en medio de la nación judía en el tiempo venidero de la «angustia de Jacob». Las señales que siguen de inmediato introducen el toque de las siete trompetas, y cuando el séptimo ángel toca siguen grandes voces en el cielo que dicen: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (11.15). A la iglesia no se la llama a orar por venganza contra los adversarios. Bajo la tiranía del Anticristo, el remanente fiel de los judíos temerosos de Dios asumirá con propiedad el lenguaje de los llamados salmos imprecatorios, y sus oraciones serán enteramente congruentes con los castigos retributivos de Dios que entonces han de ser ejecutados sobre el mundo. Ese será el día, no de la gracia del evangelio, sino de la ira divina. Por eso las oraciones de los santos, que ascienden desde el altar de oro, son contestadas con fuego desde allí sobre los enemigos de Dios.

El ejercicio de la venganza divina por la iniquidad no es incompatible con el cumplimiento de la función sacerdotal allí donde las circunstancias lo demandan. Finees, por ejemplo, que era del linaje sacerdotal de Israel, ejecutó la venganza retributiva de Dios cuando mató a Zimri y a Cozbi, que por su iniquidad habían causado aflicción al pueblo. Por eso su sacerdocio fue establecido permanentemente. «Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón», dijo el Señor, «ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel, llevado de celo entre ellos; por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel. Por tanto diles: He aquí yo establezco mi pacto de paz con él; y tendrá él, y su descendencia después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo, por cuanto tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel» (Nm 25.7, 13). En tal capacidad se presenta a Cristo en los capítulos de Apocalipsis que describen su intervención en los asuntos del mundo en el venidero día de la ira.

## **LA SEGUNDA VENIDA**

En el capítulo 19, donde se ve al Señor viniendo en su gloria y poder para

ejecutar venganza sobre el mundo en la consumación de su rebelión, la descripción que se da de Cristo responde a la del capítulo 1. «Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas». «Estaba vestido de una ropa teñida en sangre». Todo esto es símbolo de su poder soberano y sus rectos juicios. La sangre que tiñe su vestidura no es la de la cruz, sino la de los enemigos de su pueblo terrenal. Él viene para asumir la causa de ellos y librarlos de la opresión despiadada del Anticristo y sus compañeros que los amenazan con la extinción.

«Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES» (19.14-16). A la bestia y al falso profeta se los detiene y se los consigna a su ruina, y los reyes de la tierra y los ejércitos que estaban reunidos bajo ellos son destruidos. A esto sigue que se ata a Satanás, que debe ser arrojado al abismo por mil años. Es así como la Segunda Venida de Cristo, en gloria manifiesta, con los ángeles y con sus santos, va a tener lugar. Estos actos de recto juicio, ejercido después de un período tan largo de paciente magnanimidad y misericordia de Dios, serán los preliminares necesarios del inicio del reino milenial. Los que habían sido masacrados por la bestia y habían rehusado adorarle a él y a su imagen, y se habían negado a recibir su marca, vivirán y reinarán con Cristo mil años (20.4). Los que son entonces resucitados, y todos los que han tenido parte en la primera resurrección, van a ser «sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (v. 6).

Esta soberanía sacerdotal la ejercerán todos los que han recibido recompensas en el tribunal de Cristo. Ellos forman parte de los ejércitos del cielo que «vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos» (19.14). «El lino fino es las acciones justas de los santos». El servicio que le ofrecemos en esta breve vida de prueba está determinando día tras día el carácter de las recompensas que recibiremos en el más allá, y el lugar que vamos a ocupar en su reino eterno. Busquemos, por consiguiente, gracia para servirle fiel y lealmente mientras se nos da la oportunidad, para que podamos decir con el apóstol cuando el trabajo de nuestra vida haya terminado: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día» (2 Ti 4.7, 8). Esta va a ser dada «a todos los que aman su venida».

## EL TESTIMONIO DE JOB

Job habla de Cristo como su Redentor, refiriéndose a la resurrección del cuerpo en el más allá, cuando dice: «Yo sé que mi Redentor [hebreo *goel*, Pariente, redentor, vengador] vive, y al fin se levantará [es decir, se alzaré victorioso] sobre el polvo [es decir, el polvo de su cuerpo; no la tierra] y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios» (Job 19.25, 26).

En otro pasaje, *apolutrosis* se usa para incluir la liberación que se concederá al pueblo terrenal de Dios en la venida del Hijo del Hombre (Lc 21.28).

Del precio del rescate (*lutron*) pagado por el Señor Jesús al dar su vida por la redención del hombre (Mt 20.28; Mr 10.45) ya hablamos en el capítulo anterior.

El Antiguo Testamento, así como el Nuevo, deja clara la distinción entre el rescate y la redención. «Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir [hebreo *padaj*, libertar, librar] al hermano, ni dar a Dios su rescate [hebreo *kofet*, cubierta, precio de redención pagado] (Porque la redención [heb. *pidyom*, liberación libertadora] de su vida es de gran precio [costosa], y no se logrará jamás)» (Sal 49.7, 8).

- 
1. La expresión «para siempre» se debe tomar con lo que sigue antes que con lo que la precede. Cuando Cristo venga para recibir a la iglesia para sí, y de nuevo cuando venga en gloria revelada, todavía ocupará su posición a la diestra de Dios. Esa es su dignidad inalienable. Ningún rey está siempre sentado literalmente en su trono. Esté donde esté, siempre se puede decir que está «en el trono». «La diestra del trono», donde Cristo se ha «sentado con su Padre» (Ap 3.21) será para siempre su lugar de honor. La posición, no la postura, es lo que se tiene en mente.
  2. Con estos textos se deben asociar especialmente los siguientes pasajes bíblicos: Isaías 24.21-23; 26.20, 21; 34.1-9; 63.1-6; Daniel 2.34, 35; 7.26, 27; Joel 2.10, 11; 3.9-20; Zacarías 14.1-9; Apocalipsis 14.20; 19.12-51. Ver también Salmo 2 y otros.
  3. “The Divine Inspiration of the Bible” (del autor).
  4. Edersheim, “The Temple: Its Ministry and Services”, p. 98.

## LOS TIEMPOS DETERMINADOS

*Dios no cambia, ni tampoco sus planes; su voluntad divina es profética por naturaleza. Con Él, el futuro es tan seguro como el pasado. Jesús llegó al mundo cuando fue el momento preciso, y su muerte llegó en la plenitud del tiempo también. Vivimos en tiempos que han sido designados para el esparcimiento de las buenas noticias. La obra del evangelio depende, no de nuestros esfuerzos, sino del poder del Espíritu de Dios y nuestra obediencia voluntaria para presentarnos ante Aquel que produce en nosotros «así el querer como el hacer, por su buena voluntad».*

Los pasos dados por Dios para realizar sus planes han sido predeterminados eternamente tanto en cuanto al tiempo como a su modo de realización. Nada puede cambiarlos, nada puede impedirlos. Sus acciones son expresiones de su carácter. Su inmutabilidad resplandece en los actos de su providencia. Los diseños de Dios son tan inalterables como su naturaleza; sus modos de procedimientos varían, sus planes nunca cambian.

La variación en sus métodos no implica incongruencia en sus diseños. Si se dice que Él se arrepiente, con ello no se apoya la no consecución de sus propósitos, simplemente significa una alteración necesaria de su actitud como consecuencia de un cambio en la actitud de sus criaturas hacia Él. Cualquier alteración así de su parte es congruente con, y es exhibición de, la inmutabilidad de sus atributos.

Con Él el futuro es tan seguro como el pasado. Él mora en un presente eterno. Por eso lo que todavía es futuro a menudo se menciona en tiempo pasado. Una impresionante ilustración de esto la tenemos, por ejemplo, en el Salmo 2. Las naciones pueden rugir, los pueblos pueden imaginarse cosas vanas, los reyes pueden alzarse y los gobernantes tomar consejo entre sí contra el Señor y contra su Ungido. Todo eso está condenado al fracaso. Los propósitos de Jehová son seguros. Ni siquiera dice: «Pero yo pondré mi rey sobre Sion, mi santo monte». El acto predeterminado se caracteriza por ser bueno y por considerarse como ya realizado. En el clímax de las predicciones el lenguaje cambia del tiempo futuro al pasado. Él dice: «Pero yo he puesto mi rey».

Por tanto, lo que es verdad de todas las obras de Dios recibe un testimonio especial en las Escrituras respecto a sus acciones redentoras, como la encarnación de su Hijo cual paso preliminar para el sacrificio

expiatorio en la cruz, y de nuevo al enviar el evangelio en su misión mundial, y al final la revelación de Cristo en gloria para la liberación de la creación de su esclavitud.

El tiempo de la encarnación se indica de varias maneras, y se señala como «el cumplimiento del tiempo», «la consumación de los siglos» y «los postreros tiempos». «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gá 4.4, 5). La frase «el cumplimiento del tiempo», sugiere que todo lo que los consejos divinos habían señalado en el curso de las edades precedentes se había cumplido. Un paso tras otro se habían dado de acuerdo a la predeterminación de Dios, y exactamente en el tiempo preciso. La nación en la cual debía nacer «la simiente de la mujer» había sido formada, desarrollada, preparada y preservada. Podemos rastrear en el libro del Génesis las medidas tomadas por Dios para la formación de Israel antes de su existencia, y del libro de Éxodo en adelante todo el diseño de preparar y preservar a la nación resulta en el Antiguo Testamento con una continuidad de desarrollo que impresiona al lector con la sabiduría múltiple de Dios y la inspiración de su palabra. Para los judíos, la ley había hecho el trabajo que le estaba designado al encerrar todo bajo pecado. La situación del mundo gentil poco antes del nacimiento de Cristo da evidencia de que todo estaba maduro para ese evento.

La siguiente frase, «la consumación de los siglos», presenta el mismo hecho en otro aspecto. Esa es la que usó el escritor de la epístola a los Hebreos, y que alguna versión traduce erróneamente como «el fin del mundo». «Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Heb 9.26). Aquí, de nuevo, se considera el nacimiento de Cristo y el gran objeto por el cual vino a la tierra. La cruz, para sufrir la cual le fue preparado un cuerpo (Heb 10.5), fue el clímax de los tratos de Dios con el hombre. Todas las edades precedentes habían conducido a estas acciones coronadoras de la gracia divina. Todas las edades sucesivas mirarán hacia atrás a ellas.

De nuevo, Cristo fue «manifestado en los postreros tiempos» (1 P 1.20), es decir, en el cierre de esas edades que habían conducido a este clímax. Cp. Hebreos 1.2.

De manera similar se habla del tiempo del sacrificio expiatorio en sí mismo. Teniendo en mente la proximidad inmediata de la cruz, el Señor dijo: «Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado» (Jn 12.23). Era la gloria del Padre lo que tenía en mente cuando dijo: «Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora». ¿Qué quiere decir con «para esto»? Con certeza, significa que por

su muerte el Padre fuera glorificado. Sus próximas palabras lo sugieren: «Padre, glorifica tu nombre». Al instante viene la respuesta del Padre: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez» (vv. 27, 28). El principio del siguiente capítulo habla de este tiempo como «su hora»; «Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre ... se levantó de la cena» (13.1-4). De nuevo, en la noche de la traición, empieza su oración con la declaración: «Padre, la hora ha llegado». Esta era la hora para la que había venido al mundo, la hora del acto consumador de su obediencia al Padre, la hora de culminar la obra que el Padre le había dado que hiciera.

Con la obra del evangelio ocurre como en la encarnación y la expiación. Pablo alude al tiempo especial designado para el mismo en su Primera Epístola a Timoteo: Cristo «se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo» (1 Ti 2. 6). Así como las afirmaciones respecto a la encarnación señalaban a la cruz como el propósito propuesto, esta declaración de los tiempos señalados para el evangelio apunta hacia atrás a la cruz como la base del testimonio que hay que dar.

La palabra que es traducida como «tiempo» se podría transcribir más apropiadamente como «estación». Una estación temporal sugiere que un rasgo particular caracteriza al período indicado. La obra del evangelio es lo que señala la era presente. El plan divino de este testimonio fue indicado de manera sucinta por Jacobo en la reunión de los apóstoles y ancianos de Jerusalén, según se registra en Hechos 15. Dios está visitando a los gentiles «para tomar de ellos pueblo para su nombre» (v. 14); es decir, un pueblo que debe poseer la autoridad de Dios y representar su carácter.

«Un pueblo para su nombre» es una descripción de la iglesia. La iglesia debe exhibir eternamente, en unión con Cristo y bajo Él como cabeza, todo lo que el nombre del Señor significa. El evangelio, aunque provisionalmente universal en su alcance, no es universal en sus efectos, ni está destinado para serlo. Es el instrumento de la gracia divina con los hombres, proclamando salvación por la muerte de su Hijo, pero su propósito es la formación de la iglesia, que en sí misma será eternamente la exhibición de «las abundantes riquezas de su gracia» (Ef 2.7). Durante la era presente, la iglesia está siendo tomada de entre las naciones, cada individuo que cree es dado «del mundo» al Hijo, por el Padre (Jn 17.6). En la Segunda Venida de Cristo la iglesia será sacada físicamente del mundo y llevada a la vida de resurrección, a su hogar y esfera celestiales a los que está destinada, siendo resucitados los muertos en Cristo y transfigurados los creyentes que vivan (1 Ts 4.15-17; Fil 3.20, 21).

Este diseño y alcance del evangelio estaba incorporado en la enseñanza del Señor antes de su ascensión. Le contemplamos en medio de sus

discípulos, lograda su obra redentora, con los sentimientos de su corazón volcados a favor de la humanidad, por quienes se había dado a sí mismo. «Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28.18-20).

Pero eso no es todo. Solo podían ir en el tiempo señalado, un tiempo que sería marcado por Dios mediante un acto por el cual daría paso a la nueva era del evangelio. El evangelio había sido provisto por la muerte y resurrección de su Hijo, la obra misma debía ser realizada por la presencia y poder del Espíritu. Nada se podía hacer hasta que Él fuera enviado. Antes de llevar a los discípulos al lugar de la ascensión, el Señor, habiéndoles abierto el entendimiento para que pudieran entender las Escrituras, les dijo: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto».

El lugar y carácter de esta misión del Espíritu Santo en el plan divino exige una mayor consideración. Baste aquí decir que el cumplimiento de nuestras responsabilidades en la obra del evangelio depende, no de nuestros propios esfuerzos, sino del poder del Espíritu de Dios y de nuestra obediencia dispuesta para presentarnos a Aquel que produce en nosotros «así el querer como el hacer, por su buena voluntad».



## LA EXPECTATIVA DE CRISTO

*Los creyentes esperan el retorno de su Señor; la expectativa paciente es una característica de la esperanza cristiana. La actitud de Jesús respecto al futuro también se describe como de expectativa. El objetivo que tiene en mente es su triunfo sobre todo lo que se opone a la voluntad de Dios mediante el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra.*

*«A Dios le encanta que se le anhele, anhela que se le busque,  
Porque Él mismo nos buscó con tal anhelo y amor;  
Murió por su deseo de nosotros, ¡pensamiento maravilloso!  
Y anhela que nosotros ahora estemos con Él allá».*

Cuando los hombres se permiten contemplar el futuro, cuando proyectan sus pensamientos más allá de la tumba, la tendencia natural de la mente es ensombrecerse por el temor. El temor deriva su fuerza de lo desconocido, y lo acentúa la conciencia de fracaso y la responsabilidad de rendir cuentas. El temor desmoraliza a los hombres, les priva del valor y de la esperanza, y los empuja a nuevas profundidades de maldad. El temor, presagiando el veredicto adverso del día del juicio, causa sufrimiento incluso aquí y ahora; «el temor lleva en sí castigo». Hay solo una manera de tratar con el temor, este inquilino natural de la mente humana; al temor hay que expulsarlo. Pero, ¿cómo? Solo el amor está a la altura de esa tarea. «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor». «Amor perfecto», es el amor manifestado en la muerte del Señor Jesucristo. Solo conociendo el propósito de su muerte puede el creyente pensar sin temor en el día del juicio, porque «como él es, así somos nosotros en este mundo» (1 Jn 4.17, 18).

Hay que prestar especial atención a los tiempos aquí. El apóstol no dice que seremos como Él es, ni como fue así somos nosotros. Afirma con claridad, añadiendo la inequívoca expresión «en el mundo», que así como Él es ahora a la diestra de la Majestad en las alturas, así somos nosotros aquí y en este tiempo presente. ¿Cuál es entonces su lugar o condición allí que se corresponde con nuestro estado presente? Con toda certeza es que Él, después de que hubo llevado nuestros pecados en su cuerpo en el madero, experimentando allí esa separación de Dios que es la consecuencia del pecado, fue resucitado de entre los muertos y exaltado al trono de Dios. Él

está de este modo al otro lado del juicio, por así decirlo; habiendo sufrido en la carne por el pecado, ahora ha dejado atrás toda relación con el pecado, es decir, ya no es el que lleva el pecado (1 P 4.1).

Y como Él es, así son todos los que han puesto su confianza en Él. El creyente no es un hombre que contempla el día del juicio con sentimientos mezclados: esperando que será exculpado gracias a la muerte de Cristo, y a la vez todavía temiendo que tal vez no. Más bien, el creyente está en la condición de no ir al juicio de ese día en absoluto («no vendrá a condenación», Jn 5.24), puesto que sabe que ya está justificado por Cristo y aceptado en Cristo, sentado con y en Él en los lugares celestiales (Ef 2.6). Esto es lo que el amor perfecto de Dios ha logrado para él, y la seguridad de esto le ha hecho libre del temor.

## LA PROMESA DEL HIJO

La declaración de Juan es un caso particular de un principio general; la aplicación del principio mismo puede ser amplia. De este modo, si se pregunta por qué las Escrituras insisten tanto en la actitud de espera del creyente, que está siempre en vela por la venida del Señor, la respuesta segura es que esa es la actitud del mismo Señor hacia el futuro, y que así como Él está en este sentido, así también estamos nosotros. O, para expresar lo mismo de otra manera, Dios nos ha llamado «a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Co 1.9). Pero comunión significa por lo menos esto, que los que están en comunión unos como otros participan los unos de las esperanzas de los otros, tienen una perspectiva común, sus corazones están fijos en los mismos fines. Si es verdad, como Juan declara, que «nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1.3), entonces esta comunión debe extenderse al propósito del Padre para el Hijo y a la expectativa del mismo Hijo. No es concebible que la esperanza del creyente pudiera ser de alguna fuerza, que pudiera tener algo de realidad, que incluso pudiera existir, si no fuera primordialmente la esperanza del mismo Señor.

Ahora, esta sencilla deducción de los hechos conocidos es plenamente confirmada por el testimonio de las Escrituras. El propósito del Padre para el Hijo se declara en palabras como las del Salmo 110.1, 2:

Jehová dijo a mi Señor:  
Siéntate a mi diestra,  
Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder;  
Domina en medio de tus enemigos.

En el Salmo 2 el Padre se dirige al Hijo:

Pídeme, y te daré por herencia las naciones,  
Y como posesión tuya los confines de la tierra.

En completa correspondencia con estas palabras, el escritor de la Epístola a los Hebreos declara respecto a Cristo que «habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies» (Heb 10.12, 13) (ver H-J en el diagrama, p. 185).

Tener la mente fija en esa consumación, rechazar los planes de gobierno permanente del mundo, a favor de los planes de Dios en cuanto al reino universal y eterno de Cristo, es estar hasta ese punto en comunión «con el Padre y con su Hijo Jesucristo». Ignorar el propósito declarado de Dios es ponerse uno mismo fuera de esa comunión en lo que a ese propósito se refiere, y, como consecuencia inevitable, no apreciar los caminos de Dios para los hombres en el pasado, el presente y el futuro.

## **LOS COMPONENTES DE LA ESPERANZA**

La actitud de Cristo respecto al futuro se describe aquí como de expectativa, y el objetivo que tiene ante su mente es su triunfo sobre todo lo que se opone a la voluntad de Dios, mediante el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra. Y aquel de entre los hombres que está en comunión con Cristo tendrá su corazón fijo también en esa consumación.

Hacia el fin de su carta, escrita a los creyentes de Tesalónica para corregir algunos errores respecto a su enseñanza sobre la venida del Señor, el apóstol ora por ellos: «Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo» (2 Ts 3.5). Es decir, que, por encima del nivel del amor meramente natural, el amor de afinidad de propósito y gusto, ellos deben aprender a amarse unos a otros, y a todos los hombres, conforme al patrón y la medida del amor de Dios. Igualmente les dice que puedan aprender a ser pacientes en su esperanza, así como Cristo es paciente hasta que la plenitud del tiempo de su retorno llegue. Parece claro que el apóstol está pensando en la paciencia del Señor resucitado en su situación presente sentado en los cielos. Por un lado, porque el lenguaje sugiere una condición mental presente

en lugar de una experiencia pasada, y por otro porque el título «Cristo» es apropiado para Él en su exaltación al trono de Dios, en tanto que el nombre «Jesús» trae a la mente los años que precedieron a la cruz, como en Hebreos 12.2: «puestos los ojos en Jesús ... el cual ... sufrió la cruz». «Este Jesús» ha sido hecho, en su resurrección, «Cristo» (Hechos 2.36).

## LA PALABRA DE MI PACIENCIA

El apóstol Juan habla de la parte que él y aquellos a quienes escribía tenían «en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo» (Ap 1.9). Esta impactante frase sugiere cuán profundamente impresionado había quedado «el discípulo al que Jesús amaba» por la paciencia de su Maestro en los días en que su propia lentitud para creer, y la de sus compañeros, y su consecuente lentitud para entender, hacían constante y exigente demanda de dicha paciencia. Pero la paciencia del Señor no era una virtud que simplemente sirviese a su propósito y terminara al cesar las ocasiones para ser paciente que provocaba la vida entre hombres caídos. Su paciencia se sigue ejerciendo en tanto que contempla las aflicciones de su pueblo en el mundo y el reinado de la iniquidad, al que solo se puede poner fin cuando su reino sea establecido en la tierra.

Su identificación con los suyos, cuyas aflicciones le tocan con una intensidad emocional superior a nuestra experiencia, y su compasión por las multitudes «desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9.36) siguen ocupando su lugar de siempre como carga sobre su corazón. Y si nos encarga que «tenga la paciencia su obra perfecta» es porque la paciencia está obrando perfectamente en Él. Si debemos esperar la hora de nuestra liberación es porque Él, también, está esperando «el cumplimiento del tiempo» que le traerá del cielo de nuevo para ser nuestro Salvador y Libertador de toda la creación (Fil 3.20; Ro 8.21).

El Señor está listo para anotar la respuesta del alma a su mensaje. «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra» (Ap 3.10). «Mi paciencia», dice el Señor, porque la suya es la fuente de la nuestra, y la nuestra puede ser solo en razón de que es suya primero, y nosotros participamos en ella por el ministerio del Espíritu. «Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia».<sup>1</sup> La gracia de nuestra paciencia es evocada por, y en respuesta a, la gracia de su paciencia.

En la tierra los arcos rotos;

En el cielo, un círculo perfecto.

Las dos palabras que se traducen «esperar» en 1 Tesalonicenses 1.10 y Hebreos 9.28 se escogen cuidadosamente para que reflejen la condición espiritual de los lectores en cada caso. En el primer pasaje, el término empleado sugiere el pensamiento de permanecer tranquilamente, porque los tesalonicenses necesitaban tranquilizarse y que se les recordara aquello que les había sido enseñado desde el principio.<sup>2</sup> Por otro lado, la fe menguante, la esperanza de los hebreos que se desvanecía, es estimulada por el término que sugiere el estar de puntillas, el cuello estirado, de la expectativa deliberada.<sup>3</sup> Las ideas se combinan en Romanos 8.25: «Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos [expectantemente]».<sup>4</sup>

## LAS SALVAGUARDAS DE LA ESPERANZA

La expectativa paciente es de este modo el elemento característico de la esperanza cristiana. La idea de incertidumbre, inseparable de la palabra en su uso ordinario respecto a los asuntos humanos, se elimina de ella en los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de la venida del Señor. En esta esperanza no hay ni el más mínimo rastro de posibilidad de una contingencia imprevista, ni de un obstáculo insuperable, ni de un plan cambiado, como para que perturbe los cálculos del más previsior de los hombres. Podemos decir, en verdad, que el mismo Señor participa de esta esperanza o, más bien, que su propósito es nuestra esperanza; y como lo primero está garantizado por su poder para subyugar a sí mismo al universo, así lo segundo «no avergüenza» a los que la atesoran en comunión con Él (Fil 3.20; Ro 5.5).

De la esperanza es posible abusar; con el anhelo ferviente hay una tendencia a relajar la disciplina y descuidar el deber, como en Tesalónica, porque esta condición se refleja en las epístolas a la iglesia allí, y particularmente en la segunda. O la paciencia puede degenerar en letargo e indiferencia, como parece haber sido el caso de aquellos a quienes el apóstol Pedro dirigió su segunda epístola. La esperanza cristiana es el semblante feliz; es una paciencia expectante, una expectativa paciente. El creyente levanta su cabeza para mirar su salvación que se acerca. Mira hacia el cielo «como estirando el cuello» esperando el regreso de su Señor. Pero no deja de «trabajar» diligentemente con esa «mina» del Señor hasta que a Él le plazca regresar (Lc 19.13; 21.28). Esta es la paradoja de la vida cristiana: trabajando espera, y esperando trabaja.

«La noche en que fue entregado», el Señor Jesús mencionó, por primera

vez en lo que toca a los registros, su propósito de volver en persona por «los suyos que están en el mundo». Ellos ya le habían oído hablar de la resurrección de ellos en respuesta a la voz de Él, y vez tras vez le habían oído hablar públicamente de su venida en las glorias del cielo para poner a sus enemigos en confusión (Jn 6.39; Mt 16.27; 24.30). Pero ahora, en la santa privacidad del aposento alto, y en vísperas de su partida, con la fría sombra de la cruz ya caída en su corazón, se preocupa por consolar a los hombres que pronto deben conocer la tristeza desoladora de una aflicción cuya posibilidad ni siquiera había entrado hasta ese momento en sus mentes. Pero la separación de aquellos que habían «estado con él en sus pruebas», y cuya solidaridad para Él no tenía precio, significaba algo también para su propio corazón.

## EL SECRETO DEL SEÑOR

Porque su identificación con los hombres es el complemento de su deseo de que ellos también se identifiquen con Él. Dios creó al hombre con instintos sociales; no fue hecho para la soledad; el compañerismo y comunión son ley de la vida. Por consiguiente, en esto como en todas las cosas, «debía ser en todo semejante a sus hermanos», y por esta razón, antes que nada, fueron hechos semejantes a Él (Heb 2.17; Gn 1.26, 27). De aquí que el deseo de los redimidos de estar con el Redentor sea el reflejo, y el fruto, del deseo del Señor de contar con la presencia de ellos.

Ahora este sentimiento personal parece audible en las palabras que les dijo para su consuelo, como si hallara en ellos un consuelo propio. «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros», dijo, «Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Jn 14.2, 3). Nunca antes había usado el pronombre de primera persona al hablar de su retorno; en el círculo más amplio de su ministerio público y a sus opositores, por lo general, les hablaba de la venida del Hijo del Hombre. En este discurso hay un sentido directo penetrante, el de la intimidad y la preocupación personal inmediata. Es el «secreto del Señor», y es para «los que le temen». Fue su secreto, ahora es también de ellos, porque Él se lo hace saber, porque los ama «hasta el fin». ¿Cómo sabrá el secreto de ellos el mundo que no lo conoce ni a Él ni a ellos? (1 Jn 3.1). Y, de nuevo, ¿cómo es que el gozo de ellos en ese secreto superará al propio? Si es para alegrar el corazón de ellos, solo puede ser porque primero alegró el del Señor.

El lenguaje del apóstol Pablo sugiere el mismo deseo del Señor por la presencia de sus redimidos con Él. «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí

mismo por ella ... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha». Es hacia este fin, y debido a su propio interés en su cumplimiento y perfección, que se dice que «la sustenta y la cuida». En el tiempo designado, tendrá el gozo de dar a la iglesia la bienvenida a la casa de su Padre, de hacerla estar consigo mismo, participando de su santidad y sirviéndole de compañía e instrumento en su reino universal (Ef 5.25-29) (ver F en el diagrama, p. 185).

Pero el pensamiento primario del pasaje no es el consuelo y gloria de la iglesia en ese día, sino más bien lo que ese día le dará a Él en la consecución de un propósito que supuso un sacrificio tan costoso, y en la consecución de aquello para lo que su amor le sostuvo hasta el final de su esfuerzo.

## LA MEMORIA DEL SEÑOR

En la última de la serie de cinco impresiones de la gloria y sufrimientos de Cristo —en este orden— que ocupan Isaías 52.13—53.12, el profeta declara acerca del Mesías que «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho» (v. 11). La perfección de la humanidad del Señor Jesús consiste en la perfección de todos los elementos esenciales de la humanidad, entre los cuales la memoria ocupa un lugar, así como la empatía. La memoria es la facultad de la mente de reproducir el pasado en su forma y color originales, de traer al presente las experiencias del pasado sin pérdida de realidad. En los hombres, la memoria falla; las impresiones nunca pueden renovarse en su pleno valor; las alturas de los viejos gozos nunca se pueden alcanzar de nuevo; nunca podemos hundirnos de nuevo en las profundidades de una tristeza antigua. De este modo, los defectos de la memoria significan pérdida, pero no pérdida sin compensación. Si nuestras aflicciones continuaran, o si pudieran ser renovadas en su primera intensidad, el corazón del hombre colapsaría y la vida se haría intolerable. La debilitación de la memoria por efecto del tiempo apacigua la aflicción bajo la mano misericordiosa de Dios.

Pero no podemos concebir que sea así con el Señor. Para Él el pasado no puede haber perdido nada. Ningún dolor aguantado se olvida. El precio pagado no ha perdido su valor porque haya pasado mucho tiempo desde que se pagó.

«...de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la hiel;  
Lo tendré aún en memoria...» (Lm 3.19, 20).

Y en ese día en que diga: «He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado», no habrá lamento. Reflexionando en el pasado, dándose plena cuenta de todo

el costo de nuestra redención, ¡declara que ha valido la pena!

## COMPENSACIÓN

Cuando ciertos creyentes hebreos mostraron señales de flaquear en su confianza bajo los ataques (a veces feroces, a veces sutiles) de sus cada vez más abundantes adversarios, se les recordó el poder oculto que había sostenido a los héroes de su raza bajo las aflicciones más agudas y que los había impulsado a muy buenos logros. Habían soportado como viendo al Dios invisible; habían puesto su confianza en Aquel que a su tiempo los recompensaría en la ciudad a la cual les había enseñado que miraran, y de la cual es arquitecto y constructor. Y sin embargo, aunque aquellos fueron brillantes ejemplos del poder de la fe, incluso los más grandes habían fallado, y fallado en aquello mismo de lo cual ellos, en el tenor general de sus vidas, y en muchas situaciones críticas, fueron ejemplos relucientes. Los hombres siempre fallan en su punto fuerte; hay algo actuando que prohíbe la perfección en los hijos de Adán. Estos testigos de la fidelidad de Dios se deben recordar, desde luego, pero debe el creyente por encima de todo correr su carrera «puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de fe».<sup>5</sup> Ellos fueron líderes de los fieles; Él es el líder principal. Ellos fueron ejemplos de la forma y poder de la fe; Él es su consumidor. Él confió en Dios desde su nacimiento; vivió en el temor de Dios; murió con las palabras de fe en sus labios (Sal 22.9; Is 11.3; Lc 23.46). Y, en todo, su pensamiento sustentador es «por el gozo puesto delante de él»; debido a eso «él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio» (Heb 12.1, 2).

De este modo, la visión profética es reproducida históricamente; pero el punto de vista es necesariamente distinto. Aquí, el precio todavía está por pagarse; el camino áspero y espinoso aún no ha sido recorrido; la agonía de la cruz todavía está en el futuro; la copa le espera. Y el gozo que tiene delante lo sostiene «hasta el fin». Por el contrario, en la visión de Isaías la jornada ya se ha completado; el objetivo se ha alcanzado; la vergüenza y la agonía se han agotado; la copa se ha escanciado. La retrospectiva confirma la perspectiva: el gozo alcanzado no defrauda al que se esperaba. El premio no es en posesión menos de lo que parecía en perspectiva. La compensación por la aflicción de la muerte en soledad es la alegría de la comunión en la resurrección.

Es más, este gozo no es meramente el del Hijo; es el gozo del Padre también y el del Espíritu Santo. El gozo del pastor por la oveja hallada, o el de la mujer por la moneda encontrada, se declara con fuerza como el reflejo del gozo que hay en el cielo por un pecador restaurado a Dios. Vale la pena notar



que este gozo en el cielo no se dice que es el de los ángeles, sino «gozo en la presencia de los ángeles». Las palabras parecen haberse escogido para sugerir el gozo de Dios. Porque así como los ángeles están en su presencia, así también él está en la presencia de los ángeles. Y este gozo por el alma arrepentida incluso aquí y ahora, se convierte en «gozo superabundante» en ese día, cuando el Hijo presente las huestes de los redimidos a su Padre, diciendo: «He aquí, yo y los hijos que Dios me dio» (Lc 15.7, 10, 22-24; Heb 2.13).

## A LA PUERTA DE NAÍN

Hay un incidente en la vida del Señor Jesús, anotado en Lucas 7, que presenta un cuadro en el cual se pueden discernir los gozos de ese día. Al acercarse a la puerta de Naín, le encuentra una procesión funeraria en la que llevaban a enterrar al hijo de una viuda. Movido a compasión por la afligida mujer, le dice que se seque las lágrimas. Pero se necesita más que palabras para contener el torrente de aflicción. La aturdida multitud le oye dirigirse a la figura en el féretro: «Joven, a ti te digo, levántate». ¡La palabra del Príncipe de la vida penetra en el ámbito de los muertos! El muchacho se sienta y empieza a hablar. Pero el Señor no solo arrebató la presa del hombre fuerte. Vende los corazones rotos y limpia las lágrimas de todas las caras. Así «lo dio a su madre» e hizo efectiva su orden de «No llores». El hijo no solo es traído de regreso de las puertas de la tumba, sino que es restaurado a ella como dádiva del Señor.

Así que, en esa tarde, la aflicción se convirtió en gozo. Los que presenciaron la escena se regocijaron porque el Señor había visitado a su pueblo. El muchacho se alegró al ver la luz del sol de nuevo y estar con su madre viuda. La madre se alegró —¡cuánto más!— por recibir a su hijo vivo de entre los muertos. Y, con toda certeza, el más gozoso de todos fue el mismo Señor al saborear así de antemano la victoria de la cruz.

Hay grados de alegría, entre un corazón y otro hay diferencias en cuanto al poder de disfrutar. Es la experiencia de la aflicción lo que da capacidad para el gozo. Los espectadores no estaban involucrados en la tragedia; independientemente de cómo el inesperado asunto pudiera haberlos afectado, no era para ellos algo vital. El muchacho, sean cuales fueran las aflicciones que hubiera conocido, era joven, y la aflicción no echa raíces profundas en el corazón de la juventud. Por consiguiente, su capacidad para el gozo era pequeña en comparación con aquellos cuyos años han sido muchos más sobre la tierra, pero el Señor le encontró y satisfizo su gozo en la situación en que

se encontraba. Sin embargo, en cuanto a la madre, los años le habían dado más amargura que dulzura. En dolor y angustia había dado a luz a su hijo (Jn 16.21) y ahora había cerrado sus ojos en la muerte. Esposo, familia, todo había desaparecido; ¡qué experiencia dolorosa había sido la suya! ¡Qué capacidad de gozo se le había dado a su corazón! Esto también lo satisfizo el Señor a plenitud. Y, ¿qué del Señor mismo? «Varón de dolores, experimentado en quebranto», ¡qué experiencias con la aflicción, reales y anticipadas, fueron las suyas! A las puertas de Naín ese día podemos estar seguros de que el corazón más contento fue el suyo.

Así será en ese otro día al otro lado de las puertas del cielo. Los sepulcros de los niños y los jóvenes serán abiertos y a los que están dormidos allí se les hará alegrarse en la medida de su capacidad para el gozo. Y a los que vivieron más tiempo y se afligieron más también se les hará alegrarse, cada uno según su medida. Pero el «gozo superabundante» es el de Dios. Es el gozo del Padre que entregó a su Hijo a la muerte para que ese día pudiera ocurrir. Es el gozo del Hijo que «llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores», «que llevó sobre su cuerpo nuestros pecados en el madero» para que Él pueda tener consigo para siempre a aquellos por quienes murió, y Aquel que dijo:

«Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo,  
Con óleo de alegría más que a tus compañeros» (Hebreos 1.9).

Es el gozo del Espíritu Santo que le llevó a la cruz y por medio de quien «se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (Heb 9.14) y cuyo ministerio presente permite al creyente «regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios».

- 
1. En lo que toca a las proclamaciones del Señor Jesús que se registran, Él mismo no usó la palabra «esperanza», excepto en Lucas 6.34: «Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir», y Juan 5.45: «Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza». Ninguno de estos pasajes tiene que ver con la esperanza cristiana. Tampoco ninguno de los escritores del Nuevo Testamento habla de la «esperanza» del Señor, lo que espera que suceda, sino de su propósito, lo que él «hará».
  2. *anti* = «respondiendo a», Juan 1.16.
  3. *anameno*.
  4. *apekdecomai*.
  5. No hay ni artículo ni pronombre en el original. La referencia no es a «la fe

que ha sido una vez dada a los santos», ni a ninguna operación dentro del creyente por la cual la fe se engendra y fortalece, sino como el contexto exige, a la vida de dependencia consciente e ininterrumpida del Señor en los días de su carne.

# LA RESURRECCIÓN Y EL ARREBATAMIENTO

*En medio de su enseñanza, Jesús se refirió a la resurrección de los muertos, particularmente a la de los que creen en Él. Aquí se toman en orden y se explican las palabras del Señor sobre este tema, partiendo de su respuesta a los fariseos y saduceos, y a sus discípulos que llevan sus palabras a la iglesia. El lector recibirá una perspectiva profética panorámica de algunos temas clave como la muerte de Cristo, la resurrección, el arrebatamiento, un nuevo cuerpo y el hogar eterno del creyente.*

## LA ENSEÑANZA DEL SEÑOR

Cuando el Señor Jesús apareció entre los judíos como Maestro público, llevaban mucho tiempo divididos en dos partidos religiosos principales: saduceos y fariseos. Los primeros, aunque menos en número, eran más acomodados, y social y políticamente los más poderosos; los otros eran el partido más popular. La diferencia doctrinal entre ellos la define Lucas de este modo: «Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas» (Hch 23.8). Para los saduceos, la resurrección era un cuento irracional; para los fariseos era una esperanza. Los saduceos no rechazaban las Escrituras del Antiguo Testamento, pero no descubrieron allí la esperanza de la resurrección, como sí lo hicieron los fariseos.

Así pues, si los muertos resucitarían o no era una cuestión discutible entre los judíos. Es cierto que hay poco en el Antiguo Testamento respecto a la resurrección o una vida futura, pero la doctrina está presente. De aquí que el Señor, en su respuesta a un interlocutor saduceo, declarase que el error de su escuela procedía de ignorar las Escrituras y el poder de Dios, justificando así a los fariseos en su esperanza (Lc 20.27-40).

## RAZONAMIENTO DE LAS ESCRITURAS

En esta ocasión, el Señor dedujo de las palabras de Moisés en Éxodo 3.15, «el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob», que en tanto y en cuanto

Dios era todavía Dios de ellos pese a estar muertos, ellos seguían siendo personas vivas; porque, si morir significara dejar de existir, Él sería el Dios del no existente, conclusión claramente absurda. Por consiguiente, los muertos, es decir, aquellos cuyos cuerpos habían visto corrupción, continuaban viviendo, porque sus espíritus todavía estaban en comunión con Dios. Y el corolario inevitable a esto es que un día serán resucitados.

Las otras referencias registradas del Señor en cuanto a la resurrección, y particularmente la de los que creen en Él, conforman el tema de este capítulo. Sus proclamaciones se tomarán en el orden en que fueron dichas, en la medida en que se puede confirmar. Procuraremos aprender de su pensamiento conforme Él mismo lo desplegó ante aquellos que, aunque creían que los muertos en última instancia serían resucitados, no tenían conocimiento cierto del alcance de la resurrección; no sabían si todos los hombres, judíos y gentiles, participarían en ella, o solo los judíos; o cómo, o cuándo, esa resurrección tendría lugar. Debemos olvidarnos, por el momento, de todo lo que se reveló después sobre el tema y, en lo posible, ponernos nosotros mismos en el lugar de aquellos a quienes el Señor habló originalmente.

Las comunicaciones subsiguientes del Espíritu Santo, hechas por medio de los apóstoles, para complementar las palabras del Señor y completar la revelación, formarán el tema de otros capítulos.

## **EL SANTUARIO INTERIOR: SU CUERPO**

El primer pasaje que nos interesa aquí es Juan 2.19-22, donde se refiere, bajo una figura, a su propia resurrección. «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré», dijo. Aludía a su propio cuerpo, aunque en ese momento ninguno de sus oyentes advirtió su significado. De aquí que esas palabras proporcionaran a sus enemigos una de las acusaciones con las que a fin de cuentas consiguieron su muerte, y Juan anota que los mismos discípulos solo entendieron su significado después de su resurrección de entre los muertos (Mt 26.61).

Después de que Juan el Bautista fue encarcelado, y el Señor Jesús había empezado a atraer la atención general, los discípulos del primero vinieron a preguntarle sobre sus propósitos y afirmaciones. El Señor dirigió su atención a las obras que estaba haciendo, en las cuales el poder estaba al servicio de la beneficencia; y en su recapitulación de estas obras incluyó la resurrección de los muertos. Los dos evangelistas que anotaron las palabras no colocan el incidente en la misma relación de eventos del ministerio del Señor. Lucas inserta la visita de estos discípulos en su relato entre la revivificación del hijo

de la viuda de Naín y la de la hija de Jairo. Mateo, que no incluye el incidente de Naín, la pone después de la resucitación de la muchacha. (Ver Lc 7.11-17, 22; 8.49-56 y Mt 9.23-26; 11.5.) Parece probable que, por lo menos aquí, el de Mateo es el orden cronológico. Desde luego, las palabras «los muertos son resucitados» parecen sugerir que más de una persona había, en ese momento, sido restaurada a la vida.

Todo esto tenía el propósito de familiarizar las mentes de los discípulos, y las de sus oyentes en general, con la idea de la resurrección, y mostrarles la posibilidad de volver a la vida a los muertos. Es la manera de Dios para guiar la mente creyente a la luz en etapas fáciles, y proveerle ayudas para una fe que entienda. Estos eran los primeros pasos hacia el pensamiento más grande que estaba a punto de desplegar ante ellos.

El siguiente pasaje que cabe destacar es el párrafo sobre la hospitalidad de Lucas 14.12-14, con las palabras de conclusión: «te será recompensado en la resurrección de los justos».<sup>1</sup> La referencia a la resurrección aquí es solo incidental; el Señor no está exponiendo la doctrina, ni está añadiendo nada a modo de nueva revelación. Alude a ella como algo que sus oyentes entenderían sin más explicación (ver Hch 24.15). Dos cosas son claras en esta declaración: que debe haber una resurrección de una clase de personas descrita como «los justos», y que ellos son en el más allá recompensados por la bondad mostrada en esta vida a los necesitados.

El resto de la enseñanza del Señor sobre el tema se halla en el Evangelio de Juan, lo que simplifica el asunto desde el punto de vista cronológico. Ahora solo tenemos que tomar las palabras que dijo en el orden en que se anotaron, y la más temprana de ellas se halla en el capítulo 5, versículos 28 y 29.<sup>2</sup>

## **EL HIJO, CREADOR Y RESUCITADOR**

El Señor había sanado un caso prolongado de debilidad física; para escándalo de los judíos, lo hizo en el sabbat. A sus reproches les replicó con palabras que incluyen una afirmación de igualdad con Dios. Esto intensificó su odio y fortaleció su determinación de matarlo. No solo no repudió la implicación que ellos atribuyeron a sus palabras, sino que la confirmó, y la amplió a la aseveración de una relación única con Dios, a quien no llamó «nuestro», sino «mi Padre». Y para que no hubiera lugar a dudas, el Padre, declaró, le había entregado a Él la dispensación de todo juicio, de modo que negar al Hijo el honor debido al Padre, sea como Salvador o como Juez, es deshonar a Dios.

Además, así como el Padre es la fuente de la vida, también lo es el Hijo; el honor debido a Dios el Creador es suyo también. Por eso todos los que

creen en Él llegan a ser partícipes de la vida, aquí y ahora. Y no solo eso, sino que los que oyen su voz serán resucitados; el resto quedarán igual, continuarán en su estado natural de «ajenos de la vida de Dios» (Ef 4.18). Pero «vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación». Así de absoluta es la jurisdicción del Hijo sobre los destinos de todos los hombres, en la vida y la muerte, en el tiempo y la eternidad, así de inmediato es su control, así de imperativa su palabra.

Esta declaración del Señor amplía el alcance de la resurrección, y confirma a los fariseos en su lectura de las Escrituras (Hch 24.15); porque en tanto que Lucas 14.14 habla solo de «la resurrección de los justos», este pasaje lo hace respecto de la resurrección de todos los hombres. La clase allá descrita en cuanto a su carácter, «los justos», aquí se describe en referencia a su conducta: «hicieron lo bueno». Allá, de los muertos se dice que serán resucitados a retribución, porque sus obras están en cuestión. Aquí se dice que serán resucitados a vida, porque el propósito del Señor es declarar que la afirmación de su deidad será en su momento vindicada en el acto de la resurrección.

La siguiente proclamación del Señor que tiene que ver con el tema se halla en Juan 6, donde se describe más a los que van a ser resucitados. Hay que entender que se considera a las mismas personas, presentando con cada descripción separada una característica común a todos los que participan en «la resurrección de vida». Puede ser conveniente tabular estas descripciones aquí. Son:

Los justos	Lc 14.14
Los que han hecho lo bueno	Jn 5.29
Los que el Padre le ha dado al Hijo	Jn 6.39
Los que han visto al Hijo y creen en Él	Jn 6.40
Los que el Padre trae al Hijo	Jn 6.44
Los que comen de la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre	Jn 6.54

«Mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre [literalmente, saliendo de] los muertos ... y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección» (Lc 20.35, 36).

El tiempo de la resurrección se declara ahora. Debe tener lugar «en el día postrero», frase que aparece una vez más en la enseñanza registrada del Señor.<sup>3</sup>

## **MUERTE Y RESURRECCIÓN EN BETANIA**

Lázaro llevaba cuatro días muerto en Betania, y el Señor no había dado ni señal. No había venido a él en respuesta al mensaje de que su amigo estaba enfermo, ni había llegado ningún mensaje suyo a las hermanas para aliviarles la ansiedad; o, en todo caso, solo llegó el mensaje: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn 11.4). Y estas palabras solo podían significar para ellas que Lázaro no moriría de la enfermedad que lo había afectado. Sin embargo, falleció. Así pues, la fe de ellas fue agudamente probada.

Las hermanas habían esperado ayuda; ahora deseaban consuelo. «Si él hubiera estado aquí, Lázaro no hubiera muerto», era su dicho lastimero mientras daban vueltas a su tristeza y el silencio del Señor seguía intacto. Por lo menos este era el pensamiento principal en la mente de cada una de ellas cuando vieron al Señor. A Marta, que lo encontró primero, Él le respondió: «Tu hermano resucitará». Marta, mujer atareada como era, y preocupada por el cuidado de la casa y sus invitados (Lc 10.40), con todo, está en contacto con el Maestro; ella tiene fresco en su mente lo último que le había dicho en cuanto a la resurrección. Ella podía, además, identificar a su hermano como uno de aquellos a quienes el Señor describió cuando habló de su propósito de levantar a algunos de entre los muertos. Por tanto, responde con auténtico espíritu de discípula: «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero». Pero el Señor no había dicho nada en cuanto al día postrero cuando habló de resucitar a Lázaro. Había una gran ayuda inmediata para el hogar en Betania. Con todo, la nueva y más cercana promesa no abrogaba la anterior y más remota. Sigue siendo cierto que Lázaro resucitará de nuevo en el día postrero. Esta es una ilustración significativa de los caminos del Señor. Las bendiciones definitivas y finales a menudo se prometen primero; promesas subsiguientes pueden tener cumplimientos previos, pero estos no cancelan los dados anteriormente. Tampoco las confirmaciones anteriores de las bendiciones definitivas previenen que el Señor revele sus propósitos de hacer incluso otras cosas mientras estas todavía esperan.

## **LA FE DE MARTA**



Para volver a Marta, fue a esta mujer atareada en los quehaceres domésticos a quien el Señor escogió llevar la revelación de su propósito un largo paso más adelante. Le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?» Las palabras son al parecer incongruentes; la segunda cláusula parece ser un enunciado absoluto que no admite excepción, en tanto que la primera provee una excepción. Marta no las entendió, y era demasiado sincera como para fingir que las entendía. Pero la suya no fue solo una percepción inteligente de la enseñanza del Señor; al conocimiento espiritual, ella añadió entendimiento espiritual. «El dicho de Jehová le probó», como probó a José cuando estuvo abandonado en la cárcel (Sal 105.19), y prueba a toda alma fiel que se somete a ejercitarse bajo la palabra. La fe triunfa. Marta apela a la palabra, cuyo significado ella no advierte, al Señor que la dijo y en quien había aprendido a confiar. «Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo». Ningún reproche sale de sus labios. ¿Por qué habría de hacerlo? Él habla según nosotros podemos recibir su palabra, y este dicho tenía que permanecer sin explicación por muchos años, veinte por lo menos, hasta que llegara el tiempo de que se descubriera su significado oculto.

Es necesario ahora notar un rasgo común en todos los pasajes que hasta aquí se han citado en este capítulo. En ninguno de ellos es indispensable la presencia del Señor para la consecución de su propósito. No es necesario que el Señor vuelva a esta tierra a fin de resucitar a los muertos. Todo lo que Él se ha propuesto hacer, pudiera hacerlo desde el cielo. El poder de la voz del Hijo de Dios no disminuye por la distancia. El que en Caná pudo sanar al hijo del noble en Capernaúm, como a treinta y cinco kilómetros de distancia por montañas y valles, puede, si quisiera hacerlo, vaciar las tumbas de la tierra sin dejar el trono de su Padre (Jn 4.46-50).

Poco después de la revivificación de Lázaro vino la última comida del Señor con sus discípulos. Durante la conversación que siguió les dijo: «Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo», y con estas palabras dio a entender por primera vez su propósito de venir en persona por los suyos. Pero estas palabras en sí mismas no sugieren si su promesa de recibir a su pueblo debe ser redimida antes de la aparición gloriosa de la cual había hablado en público (Mt 24.30, p. ej.), o simultáneamente con ella, o subsiguientemente a ella. Todo esto lo dejó para un día posterior.

## LA ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (I)

La propia enseñanza del Señor respecto a la resurrección ... se puede resumir así. Los que se niegan a reconocer su afirmación de autoridad completa sobre las vidas y destinos de todos los hombres, y particularmente los suyos, que descuidan su enseñanza respecto al camino de vida y la forma de vivir, que persiguen medios y fines indignos,<sup>4</sup> que niegan sus derechos a Dios y a los hombres, estos van a ser resucitados para juicio ante el gran trono blanco<sup>5</sup> (Jn 12.48; 5.29; Ap 20.11-15).

Los que, siendo dados por el Padre, y habiendo sido traídos por el Padre al Hijo, viven gracias a que se entregaron a y dependen de Él, que procuran rendir lo debido a Dios y a los hombres, que hacen las cosas que son buenas, estos serán resucitados a vida y recompensa (Jn 6.39, 40, 44, 54; Lc 14.14; Jn 5.29).

Hay que observar que en ningún caso estas son descripciones de diferentes clases de hombres. Las características mencionadas son complementarias unas de otras, y todas marcan a los que pertenecen a esa clase particular. Porque los que son traídos a Cristo y creen en Él aprenden de Él lo que es la vida cristiana, y reciben de Él el poder para vivirla. En tanto que los que rechazan a Cristo rehúsan su consejo y su fuerza, y de este modo, por decisión propia, son dejados a sus propios recursos. El cristiano está tan unido a Cristo que el Hijo de Dios ha llegado a ser para él a la vez el Salvador viviente y una esperanza viva.

Todavía más, el mismo Señor vendrá para reunir a los redimidos consigo cuando llegue la hora para el cumplimiento de sus propósitos. Todo esto hay que aprenderlo de las propias palabras del Señor, pero hasta donde dicen los registros, Él mismo no llevó más adelante la revelación, ni siquiera después de su resurrección, aunque su presencia entre sus discípulos bajo tales condiciones debe haber iluminado la palabra para ellos, como lo hace con nosotros.

Las palabras a Marta no se incluyen en este sumario. Parecen haber sido dejadas por el Señor en una prediseñada oscuridad hasta que madure el tiempo de exhibir el consejo de Dios que está oculto en ellas.

## **HECHOS Y LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO**

Después de la ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo, los apóstoles y los discípulos llevaron el evangelio por todas partes. Un registro selecto de sus actividades lo tenemos en Hechos de los Apóstoles, pero las referencias a la resurrección que se hallan allí son o bien testimonios apostólicos de la resurrección de Cristo (4.33) dirigidas a los judíos (13.34) o a gentiles

(17.31), o bien nuevos enunciados de las creencias de los fariseos (23.3), creencias que, como hemos visto, el Señor confirmó. Pero ni Lucas mismo, ni ninguno de los que hablan y cuyas palabras se registran, lleva la doctrina un paso más allá del punto en que el Señor Jesús la dejó.

La siguiente que cabe señalar es la epístola de Santiago, puesto que bien puede ser el más temprano de los escritos del Nuevo Testamento. No nos detenemos en ella, sin embargo, porque no contiene ninguna referencia específica a la resurrección, y solo una a la venida del Señor (5.7, 8), donde se exhorta al lector a ser paciente en vista de la inminencia de la parusía del Señor, que se dice que está «cerca». Pero tampoco Santiago añade a lo que ya ha sido revelado.

## **LAS EPÍSTOLAS DE PABLO**

Las siguientes en tiempo son las epístolas de Pablo, y de estas las más tempranas son bien sea Gálatas, o las escritas a los Tesalonicenses. En la primera, sin embargo, hay solo dos referencias a la venida del Señor, o tal vez tres (1.4; 5.5, 21), y más que enunciados de doctrina, son más bien alusiones a cuestiones de conocimiento común entre el escritor y sus lectores. Por tanto, ninguna aporta nada al fin que se tiene en mente.

### **La enseñanza de Pablo en Tesalónica**

Las epístolas a los Tesalonicenses ofrecen una mina de riqueza al que estudia la profecía y, como veremos, llevan la revelación de la manera en que se cumple el propósito del Señor una considerable etapa más adelante que cualquier proclamación que las precedió. De la apertura de la primera aprendemos que durante su breve estadía en Tesalónica, el apóstol les había enseñado a los convertidos a «esperar de los cielos a su Hijo [de Dios], al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1.10).

«“La ira venidera” se debe entender como las calamidades con las que Dios visitará a los hombres sobre la tierra cuando concluya el presente período de gracia»<sup>6</sup> (ver H-J en el diagrama, p. 185). Las palabras de RVR: «quien nos libra», parecen hacer que la referencia sea a la liberación del creyente de la condenación que Cristo logró en la cruz. El tiempo del verbo es presente; sin embargo, y en verdad la palabra es un título: «nuestro Libertador»; pero la liberación contemplada no es pasada sino futura; y es una liberación que puede lograr únicamente el que ha sido resucitado de entre los

muestrados.

El apóstol no parece haber declarado cómo va a ser efectuada esa liberación. En realidad, no hay evidencia de que él mismo hubiera hasta ese tiempo recibido revelación alguna sobre el tema. Su estadía entre estos nuevos convertidos había sido muy breve y, en el intervalo entre su súbita partida de la ciudad y la redacción de esta carta, había oído que algunos de entre ellos habían muerto. Estos fallecimientos no solo los hundieron en la tristeza; estaban perplejos, inseguros en cuanto a las consecuencias de su cumplimiento de la promesa del Señor en cuanto a venir a librarlos de la amenazante calamidad. Y esta perplejidad sería mayor si, como era posible, las muertes fueron resultado de la persecución. ¿Acaso eso no podría significar que habían sido víctimas de la misma catástrofe —el día del Señor— de la cual se les había prometido liberación?

## La Carta de Pablo a Tesalónica

Por eso tenemos esta carta, y particularmente la sección que empieza en el capítulo 4, versículo 13. El apóstol declara primero que «así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él». Es decir, cuando Dios «introduce al Primogénito en el mundo» otra vez (Heb 1.6), también, y por medio de la persona que murió por ellos, traerá consigo a los que han dormido. La referencia alude al evento al que el mismo Señor se había referido primero en Cesarea de Filipos: «el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles» (Mt 16.27), y del cual habló muchas veces de allí en adelante. Porque hasta el tiempo de la redacción de la epístola no había sido revelado nada anterior a esta aparición del Señor (ver H-J en el diagrama, p. 185).

Pero, ¿cómo? Ya habían muerto; sus cuerpos entregados a la corrupción. ¿Cómo, entonces, podrían ellos venir con el Señor cuando él aparezca en gloria? El versículo 15 se ocupa de esta dificultad. Hay una palabra del Señor para darles seguridad. Ahora, esta «palabra» está claro que no es una cita del Antiguo Testamento; no hay nada parecido allí. Tampoco es una proclamación del Señor Jesús durante su ministerio en la tierra. No hay parecido a estas palabras en los evangelios. Lo que el apóstol está a punto de escribirles es una revelación reciente. El Espíritu de Dios está cumpliendo por medio de él la promesa del Señor Jesús a sus discípulos: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad... os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16.13). Las cosas que el mismo Señor se abstuvo de decir, debido a que el tiempo no era maduro, ni había corazones preparados, el Espíritu Santo las iba a revelar. Y en particular las palabras del Señor a Marta (Jn 11.25, 26) que tanto tiempo

habían esperado explicación, ahora se hacen claras. Cuando el Señor venga, según se describe en estas palabras, los que han creído en Él serán divididos en dos clases: «nosotros que vivimos» y «los muertos en Cristo». No hay ninguna declaración en ninguna otra parte de las Escrituras de que alguno vaya a ser sacado de esta tierra antes de este tiempo. Y todos los de ambas clases quedan incluidos en estas palabras: «resucitarán» y «seremos arrebatados». No hay espacio en una declaración tan incluyente para otra clase, vivos o muertos, que sean dejados atrás cuando sean llevados aquellos<sup>7</sup> (ver G-F en el diagrama, p. 185).

Las palabras del Señor se corresponden con las del apóstol, y el significado de la proclamación previa se aclara con la última. «El que cree en mí, aunque esté muerto [es decir, aun cuando muera], vivirá», se coteja con «los muertos en Cristo resucitarán primero». «Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» lo explica «nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida [parusía] del Señor». Las dos clases tenían sus representantes típicos en Betania. Lázaro, que había muerto, y Marta y María, que esperaban al Señor en vida. Así ha sido siempre, y así debe ser hasta el fin. Y en tanto y en cuanto el tiempo del descenso del Señor es desconocido, debido a que no ha sido revelado, a los creyentes vivos se les describe como «nosotros que vivimos, que habremos quedado».<sup>8</sup> No que ellos sean por eso culpables de la necesidad de aseverar que el Señor con seguridad volverá durante la vida de algún creyente en particular, sino debido a que la palabra del Señor les ordena a los creyentes la actitud apropiada: «Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad» (Mr 13.37).

## EL ARREBATAMIENTO

La Segunda Epístola a los Tesalonicenses no presenta la doctrina que estamos considerando. Pero antes de dejarla podemos notar dos cosas. Lo que en el Antiguo Testamento y en los evangelios es la esperanza de resurrección, se convierte, desde el momento en que se escribe la carta a la iglesia de los tesalonicenses, en la esperanza de resurrección y el arrebatamiento. Esta palabra, que se define como «el acto de llevar a una persona de un lugar a otro», es traducción de una palabra griega que se traduce «arrebatar» en Juan 10.12, 28, 29 y en Hechos 8.39. De este modo, el arrebatamiento de los santos, o «de la iglesia», es una expresión enteramente bíblica, y describe vívidamente la remoción instantánea de los que están en Cristo, sea vivos o muertos, por la palabra del Señor que vuelve.<sup>9</sup>

El otro asunto que cabe señalar es que, en la medida de la revelación dada

hasta este punto, no hay nada que indique que sucederá algún cambio en los cuerpos de los muertos en Cristo o de los creyentes vivos.

## LA ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (II)

La siguiente en orden cronológico es la Primera Epístola a los Corintios, en la cual la doctrina de la morada del Espíritu Santo en el cuerpo de creyentes se enuncia por primera vez con las palabras: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios?» (6.19). Esta morada tiene algo muy importante que ver con el arrebatamiento de aquellos en quienes Él ha hecho su morada, como veremos un poco más adelante.

En el capítulo 15, el apóstol trata de la resurrección con cierta amplitud. Ahora, aunque es muy cierto que las palabras «resurrección del cuerpo» no aparecen en las Escrituras, también lo es que en las Escrituras la palabra resurrección se usa exclusivamente refiriéndose al cuerpo, nunca al alma o al espíritu.<sup>10</sup>

De aquí que, cuando el apóstol habla de «la resurrección de los muertos», versículo 42, tiene en mente los cuerpos de los muertos, porque este es el tema del que está tratando y, por supuesto, solo el cuerpo muere.<sup>11</sup> El «resucitará» que sigue solo puede, por consiguiente, referirse al cuerpo. Pero va a haber un cambio, y esto se sugiere de una manera general en la serie de contrastes que siguen. Este cambio se va a realizar por el poder de resurrección de «el postrer Adán», y sus efectos serán transformar el cuerpo del creyente de la conformidad con lo terrenal a la conformidad con el tipo celestial; es decir, su cuerpo nuevo, o de resurrección, será congruente con, o apropiado para, el ambiente celestial al cual está destinado.

Pero ha de haber cambio porque, como el apóstol afirma, «la carne y la sangre» es decir, «nosotros que vivimos, que hayamos sido dejados hasta la presencia del Señor», mientras estemos en esa condición, condición, «no pueden heredar el reino de Dios»; y en cuanto a los muertos en Cristo, «ni la corrupción hereda la incorrupción» (v. 51). Esta es la primera vez que se plantea la necesidad de tal cambio; ninguna palabra anterior, hablada o escrita, lo sugiere. La revelación respecto al arrebatamiento y la resurrección había afectado las mentes de los creyentes que tenían problemas para formarse un cuadro mental de acuerdo a las palabras del apóstol. Esta dificultad halló expresión en la pregunta de versículo 35: «¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?» La naturaleza señalaba el camino a una solución a su perplejidad; hasta donde la naturaleza podía llevarlos, por consiguiente,

debían seguir a la naturaleza. Pero la naturaleza sin ayuda no basta. Cuando la naturaleza falla, Dios habla.

«He aquí», prosigue el apóstol, «os digo un misterio», es decir, un secreto, algo que no podía ser descubierto, o de otra manera aprendido, excepto según Dios mismo se agrada en revelarlo. Y este misterio es, no que «no todos dormiremos», porque eso ya se había dado a conocer en la Carta a los Tesalonicenses, sino que «todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta;<sup>12</sup> porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.<sup>13</sup> Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria» (ver G-F en el diagrama, p. 185).

«Entonces», no antes, cuando el Señor venga, puesto que esta victoria completa y final es «por nuestro Señor Jesucristo», el «Espíritu que da vida», «el Hijo», dará «vida a los que quiere» (v. 45; Jn 5.21).

## EL CREYENTE Y LA MUERTE

En esta Segunda Carta a los Corintios, el apóstol, trabajando bajo un sentimiento de debilidad física y de las adversidades que había soportado por causa del evangelio, contempla la posibilidad de que su cuerpo físico tal vez no aguante la presión. El que la «morada terrestre, este tabernáculo», vivienda temporal en cualquier caso, «se deshiciere» no le resta la seguridad de la resurrección; «sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Co 4.14; 5.1).

En contraste con 1 Tesalonicenses 4.15, donde se asocia con los que van a estar vivos y sobre la tierra cuando el Señor descienda para encontrarnos en el aire, aquí se asocia con los que ya han dormido o que, por consiguiente, no estarán entre los mortales, sino entre los corruptibles, antes de que ese evento tenga lugar. Parece estar bastante claro que él no está en ningún lugar pronosticando lo que piensa que le espera a sí mismo o a sus contemporáneos. En ninguna parte de sus escritos se compromete el apóstol con la creencia de que el Señor volverá durante su vida.<sup>14</sup> Sin embargo, no descarta la posibilidad; más bien está listo para ella, y la recibe con gozo, y quiere que todos los creyentes se regocijen con él. Quien unas pocas frases antes ha hablado de su esperanza confiada de la resurrección, aquí declara que en este cuerpo

«gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial ... para que lo mortal sea absorbido por la vida» (5.2-4). Es decir, como ya lo ha expresado, que «esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Co 15.53).

Por muy profunda que fuera su impresión de la posibilidad de que la muerte pusiera fin a su servicio, su deseo ardiente era que el Señor pudiera venir a llamarlo para encontrarlo en el aire. No le tenía miedo a la muerte; si fuera esa la voluntad de Dios para él, él podía mirar a la muerte cara a cara, porque había aprendido a decir: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» Así que ahora declara que «vivimos confiados siempre» en vista de la posibilidad de que el espíritu se separe del cuerpo; y reitera con énfasis: «nosotros» (es privilegio normal del creyente y debe ser la experiencia normal del creyente) «confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor». Porque la muerte misma, aun siendo indudable enemiga, lo que hace es escoltar al creyente a la presencia de su Señor.

## LA RESURRECCIÓN Y LA MORADA ETERNA

El capítulo 15 de la Primera Epístola a los Corintios, y la primera parte del capítulo 5 de la Segunda, no son contradictorios, sino complementarios entre sí. El primero establece la continuidad de lo espiritual con el cuerpo natural, «se siembra ... resucitará». El segundo establece lo apropiado del cuerpo cambiado para las nuevas condiciones a las cuales está destinado: «tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos». Las palabras cambio y resurrección implican esta continuidad, pero eso no quiere decir que el cuerpo futuro vaya a ser idéntico, en cuanto a las partículas de materia que lo componen, al cuerpo actual. «Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir.... Así también es la resurrección de los muertos» (1 Co 15.37, 42).

Y, sin embargo, cuando se siembra el trigo, lo que se cosecha es también trigo; pero no ese grano en particular de trigo que se puso en la tierra. En esta característica de la naturaleza el apóstol halla una analogía con el cuerpo en la muerte y la resurrección. La ilustración no se debe estirar demasiado. De un grano de trigo crece una abundancia. Esta es la gloria del grano; muere y, gracias a que muere, no queda solo. La gloria del cuerpo de resurrección es diferente: sembrado en corrupción, deshonor y debilidad, es resucitado en incorrupción, gloria y poder.



## «¿CON QUÉ CUERPO VENDRÁN?»

Es fácil ir aquí más allá de lo que está escrito. El apóstol Juan nos advierte que todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser (1 Jn 3.2), y el lenguaje de Pablo implica lo mismo. Allí donde las Escrituras son reticentes, no podemos pretender ser explícitos. La identidad del cuerpo no depende en absoluto de las partículas que lo componen, porque estas vienen y van a cada momento. Mientras vive, el cuerpo se encuentra en un estado de flujo, recibiendo nuevas provisiones de material alimenticio y aire para reemplazar lo que se ha vuelto decadente o débil. El cuerpo del hombre es el mismo del niño desarrollado; toda su vida se le ve como el mismo cuerpo, y se le llama sin condiciones «mi cuerpo». Con todo, no hay ninguna partícula de materia que haya permanecido en ese cuerpo durante su crecimiento de la niñez a la edad adulta.

La cicatriz permanece en el cuerpo todos los años de la vida del hombre, aunque las partículas reales de materia que recibieron la lesión han dejado de pertenecerle mucho tiempo atrás. Lo mismo con la resurrección de los muertos. «¿Con qué cuerpo vendrán?» Cada uno con el suyo, que Dios le ha dado, aunque ninguna partícula en él debe haber tenido un lugar en aquello que vistió al espíritu aquí. El cuerpo no por eso deja de ser el mismo, así como tampoco el cuerpo del hombre es un cuerpo distinto del que tenía el niño a causa del intercambio de partículas materiales en el proceso de nutrición, crecimiento y otros arreglos.

## EL ESPÍRITU QUE MORA

Se ha señalado ya que la mención anterior de que el Espíritu Santo mora en el cuerpo del creyente se halla en la epístola que trata extensamente la resurrección de ese cuerpo. En 2 Corintios hay dos referencias a este morar, una en el capítulo 1, versículo 22: «Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones», y la otra en el capítulo 5, versículo 5: «Mas el que nos hizo para esto mismo [el cambio de la mortalidad a la inmortalidad] es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu». Esto es, prosigue el apóstol, lo que le da al creyente valor frente a la muerte, porque el morar del Espíritu es también la promesa de Dios, o su garantía, de que los que morirán, cuyos cuerpos vean corrupción, serán resucitados de los muertos en cuerpos incorruptibles.

Al concluir la argumentación del capítulo 7 de la Epístola a los Romanos, que sigue a 2 Corintios en orden de tiempo, el apóstol describió la presente habitación del espíritu del creyente como «este cuerpo de muerte», palabras

que por sí mismas se pudieran tomar como tolerando la doctrina pagana del mal inherente de la materia (v. 24). Contra este concepto errado, sin embargo, Pablo argumenta en breve. En el capítulo 8, versículo 11, lo llama, como en la Carta a los Corintios, el cuerpo mortal, o cuerpo capaz de, o susceptible de, muerte. Y en armonía con la enseñanza de sus cartas anteriores, declara que este cuerpo mortal va a ser vivificado,<sup>15</sup> es decir, va a ser «absorbido por la vida». El que vivifica es Dios, «que levantó de los muertos a Jesús», y la base por la que el cuerpo mortal va a ser vivificado es que aquí y ahora ya es morada del Espíritu Santo, «por su Espíritu que mora en vosotros», según la bien respaldada lectura de la RVR.<sup>16</sup>

En 1 Corintios capítulo 6, versículo 19, la mención de la morada del Espíritu Santo tiene en mente un fin inmediatamente práctico. El cuerpo en el que Él ha hecho su morada debe mantenerse santo. Pero, ¿no tiene el cuerpo que ha sido de esta manera honrado algún otro futuro que ser descartado como una cosa mala e irreclamable? Esta errónea deducción queda inmediatamente repudiada; puesto que es el templo del Espíritu de Dios también tiene un glorioso futuro, por más «cuerpo de muerte» que sea.

## REDENCIÓN, PASADA Y FUTURA

El argumento se repite en el versículo 23: «también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo». Redención tiene un doble uso en el Nuevo Testamento. En una serie de pasajes se refiere a la cruz, donde se pagó el precio, como en Efesios capítulo 1, versículo 7; en otra se refiere a la venida del Señor cuando tome posesión de lo que ha comprado (ver E-G en el diagrama, p. 185). «Este cuerpo de muerte» ha sido redimido de su esclavitud, y cuando Él venga será librado a libertad gloriosa, que es la herencia que le consiguió la ofrenda del cuerpo de Jesús de una vez por todas, y que se nos asegura por la gracia del Espíritu al establecer su morada allí (Heb 10.10).

En una de sus cartas posteriores, el apóstol vuelve a traer las dos cosas a la misma relación. «Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida» (Ef 1.14; ver también 4.30). Cuando el hombre se volvió a Dios en Cristo, fue sellado para Dios (marca de finalidad y seguridad) para ser suyo para siempre, y el Espíritu vino para hacer su morada en el cuerpo de ese hombre, para ser la garantía del propósito de Dios de que ese cuerpo, siendo propiedad adquirida por Dios en virtud de la acción redentora

de la cruz, debe, a la venida del Señor, ser para alabanza de la gloria de Dios, exhibiendo su poder para redimir del poder de la muerte y la tumba lo que es mortal y corruptible. De este modo, el cuerpo en el cual ahora se manifiesta el poder del pecado, tanto en la vida como en la muerte, tan abundantemente que incluso se le llama «este cuerpo de muerte», llega a ser «posesión adquirida por Dios mismo». En él, la salvación de Dios se hace evidente, tanto en la vida como en la muerte, lo cual encuentra su poder y garantía en el Espíritu Santo que mora allí.

## CONFORMIDAD AL TIPO: CRISTO

Volviendo a Romanos 8, en un versículo en medio de 11 y 23, en los que ya nos hemos detenido, es decir, el versículo 19, se da un indicio del clímax de la revelación respecto a la resurrección y al arrebatamiento del creyente. «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios». La referencia a «los hijos de Dios», donde cabría esperar «el Hijo de Dios», es algo sorprendente. Más adelante, el apóstol explica: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (v. 29). En 1 Corintios capítulo 15, versículos 47-49, hay un indicio similar pero, como se pudiera esperar de la analogía del método progresivo de la revelación, es uno más ligero. Y en lo que fue probablemente su última comunicación a cualquier iglesia, al menos en lo que nos ha llegado, el propósito de Dios respecto a esto se indica categóricamente: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Fil 3.20, 21). De esta manera se contesta a la pregunta inevitable. Ser cambiado, pero, ¿a semejanza de qué? A semejanza de nuestro Señor, y esto no solo moralmente; el cuerpo espiritual que debe reemplazar al natural ha de llevar la imagen con que Él mismo se mostró en el monte de la transfiguración, con que se apareció a Juan en Patmos, y con que aparecerá cuando venga para establecer el gobierno de Dios sobre la tierra.

Y, ¿por quién o por qué poder se va a realizar esto? Las palabras del Señor fueron: «yo le resucitaré en el día postrero»; «todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la voz del Hijo de Dios]; y saldrán»; y «vendré otra vez y los tomaré a mí mismo». Dios resucitará a los muertos en Cristo tanto «por Jesús» como «con él», cuando venga a reinar. Cristo mismo es, entonces, quien va a «transformar» este cuerpo de pecado y de dolor «por el poder con

el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas». <sup>17</sup>

## LOS LÍMITES DE LA REVELACIÓN

Hasta aquí nos llevan las Escrituras. No se ha contestado toda pregunta. Todavía hay muchas cosas imposibles de decir u oír. Imposible que Dios nos las diga, porque la tierra no tiene vocabulario con el cual describir esas cosas celestiales. Imposibles para que las oigamos, porque hasta aquí no tenemos ninguna experiencia que nos permita salvar la brecha, penetrar tras el velo, que separa el mundo material del espiritual. Y esto afirma el apóstol Juan cuando escribe que «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser». Pero aunque, mientras tanto, se le niega satisfacción al intelecto, permanece por lo menos el consuelo del corazón, porque «sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él» (1 Jn 3.2). Es suficiente para el discípulo ser como su maestro, para el criado ser como su señor; no anhela mayor ambición. Y esta ambición se realizará plenamente «cuando le veremos tal como él es».

- 
1. No es posible en todo caso determinar el orden en que ocurrieron los incidentes de los evangelios, ni fijar con precisión el tiempo en el cual ciertas palabras fueron dichas. Es imposible decir que Lucas 14.14 es en realidad la primera referencia a la resurrección en la enseñanza del Señor. El que se la coloque antes o después del discurso de Juan 5, no obstante, es indiferente a este respecto.
  2. Ver apéndice, [nota A](#).
  3. Juan 12.48, ver apéndice, [nota B](#).
  4. *Faulós*, «enfermo»; la misma palabra se usa en Jn 3.20.
  5. Juicio no es aquí equivalente a prueba; es la ratificación de la condenación bajo la cual los hombres vivieron mientras estaban en la tierra y de la cual rehusaron escapar cuando Dios proveyó un camino mediante la cruz. Ver Juan 3.18.
  6. De una nota sobre el pasaje en *The Epistles to the Thessalonians, With Notes Exegetical and Expository*, de los mismos autores.
  7. Ver apéndice, [nota C](#).
  8. Ver apéndice, [nota D](#).
  9. Ver apéndice, [nota E](#).
  10. Filipenses 3.11 no es una excepción a esta regla. Allí se usa una forma excepcional de la palabra, *exanastasis*, y la intención del apóstol parece

ser afirmar su deseo de andar «en vida nueva» (Ro 6.4). *Anastasis* tiene también otro rango de significado en el Nuevo Testamento; la declaración del texto se refiere, por supuesto, solo a aquellos pasajes en que se tiene en mente la resurrección.

11. Ver apéndice, [nota F](#).
12. Ver apéndice, [nota G](#).
13. Ver apéndice, [nota H](#).
14. Ver apéndice, [nota D](#).
15. Ver apéndice, [nota I](#).
16. Del Espíritu Santo no se dice que haya resucitado al Señor Jesús. Tampoco se dice en ninguna otra parte que resucite al creyente. Es improbable que este pasaje sea la excepción a la regla.
17. Tal poder es esencialmente divino. No es concebible un poder más alto; ni tampoco es concebible que el que esgrima tal poder sea otro que Dios.

## LA PARUSÍA DEL SEÑOR

*Sus palabras fueron inequívocas; su contundencia y sencillez prohíben que se las soslaye mediante una interpretación espiritualizadora. Él se iba de ellos en presencia corporal; en presencia corporal volvería y los recibiría a sí mismo. Jesús les explicó muchas veces a sus discípulos respecto a su partida y «pronto retorno»; aquí se destacan estos eventos, junto con las distinciones entre el arrebatamiento y el día del Señor.*

*«La medianoche ha pasado, el brillante Lucero de la Mañana*

*Pronto aparecerá;*

*Pronto el último cardo, pronto la última espina,*

*Pronto la última lágrima.*

*¡Amante celestial, ven pronto! ¡Oh, ven!*

*Nunca más los que compraste con tu sangre vagarán en este desierto;*

*El grito despertador del alma que los reunirá en su hogar*

*Están esperando oír».*

*De The Story of the Glory [El relato de la gloria]—Boyd*

El discurso de nuestro Señor a sus discípulos la noche en que fue entregado lo diseñó no solo para consolarlos en la tristeza que experimentarían después de su partida, y fortalecerlos para que soportasen la prueba y la oposición, sino también, conformando su fe en Él durante su ausencia de ellos, para dirigir sus corazones a la perspectiva de su retorno. Espiritualmente presente con todos sus seguidores en toda la edad que entonces estaba a punto de comenzar, a su tiempo volvería, pero no meramente en un sentido espiritual. «Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis»; y más adelante: «Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis» (Jn 14.2, 3; 16.16). Tal lenguaje no puede indicar una venida espiritual. Sus palabras fueron inequívocas. Su contundencia y sencillez prohíben que se las haga a un lado mediante una interpretación espiritualizadora. Él se iba de ellos en presencia corporal; en presencia corporal volvería y los recibiría a sí mismo. En su

cuerpo de resurrección «después de haber padecido, se presentó vivo ... apareciéndoseles ... estando juntos». En su ascensión no se levantó de en medio de ellos ninguna forma fantasmagórica. Con ese mismo cuerpo tangible «fue llevado», y acto seguido fue renovada la promesa mediante la confirmación dada por los mensajeros celestiales: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch 1.3, 11) (ver H-J en el diagrama, p. 185).

## UN EVENTO TODAVÍA FUTURO

Aunque han pasado diecinueve siglos, su venida prometida todavía no ha sucedido. El fin de la edad para la cual les aseguró a sus seguidores su presencia espiritual con ellos todavía no ha llegado. El descenso del Espíritu Santo en Pentecostés no fue «la Segunda Venida», y tampoco la promesa de su retorno se ha cumplido ni en las experiencias espirituales de los creyentes ni en su partida para estar con Él cuando mueren. Tales ideas quedan descartadas al instante por las palabras del apóstol Pablo de que «el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4.16, 17). Claramente, aquí no se significa ninguna venida espiritual. Tampoco ha tenido esta predicción su cumplimiento en alguna ocasión de la historia pasada; porque el objeto de la venida aquí indicada es nada menos que la remoción instantánea de la iglesia completa por el Señor en persona. Los cristianos todavía duermen y esperan la resurrección, y miles esperan el día del arrebatamiento (ver E-G en el diagrama, p. 185).

Igualmente clara es la declaración del apóstol en su Primera Epístola a los Corintios: «No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Co 15.51-53). El mismo evento se describe en 1 Tesalonicenses 4; sin embargo, aquí se tiene en mente principalmente el efecto de la resurrección, en tanto que allá lo prominente es la acción del Señor.

## EL SIGNIFICADO DE «PARUSÍA»

La resurrección y el arrebatamiento de los santos que se predicen en estos pasajes constituyen el evento inicial de lo que el Nuevo Testamento llama «la parusía del Señor». Pablo usa la expresión en el pasaje de 1 Tesalonicenses al que nos acabamos de referir. «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en [o, por medio de] él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida [la parusía] del Señor, no precederemos a los que durmieron» (1 Ts 4.14, 15) (ver F-H en el diagrama, p. 185).

Ahora, la palabra «parusía» es una transliteración de la palabra griega que con frecuencia se traduce «venida», traducción que, sin embargo, es inadecuada. «Venida», en verdad, conduce al error, y es responsable de un considerable malentendido y variedad de criterio. En verdad no hay en inglés o español un término que se ajuste exactamente al significado. De aquí el valor de la añadidura a nuestro vocabulario de la palabra transliterada. «Parusía» literalmente significa «un estar con», «una presencia». No es infrecuente que se la traduzca así. De este modo denota un estado, no una acción. Nunca leemos de una parusía *a*, siempre de una parusía *con*. Pablo les habla a los convertidos filipenses de su confianza de que estará con ellos «para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros». Es más, les exhorta que así como han sido obedientes durante su presencia, su parusía, mucho más en su ausencia, su *apusía*, que se ocupen esforzadamente en su salvación con temor y temblor (Fil 1.26; 2.12). En un documento griego de casi el mismo período de aquel en el que el Nuevo Testamento fue escrito, una persona dice que la atención a su propiedad necesita su parusía en cierta ciudad. Estos ejemplos bastan para mostrar que, en tanto que por supuesto el acto inicial de llegada es esencial a una parusía, la palabra significa el período más o menos prolongado después de la llegada.<sup>1</sup>

Tomamos un ejemplo más del Nuevo Testamento para mostrar que varios pasajes en los que la palabra se traduce «venida» reciben su verdadera explicación solo cuando se da debida consideración al período extenso que se acaba de señalar. De este modo, cuando Pedro dice: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida [parusía] de nuestro Señor Jesucristo ... como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad» (2 P 1.16), está refiriéndose, no a una manifestación repentina y momentánea del Señor, ni tampoco a su venida futura, sino al período de su transfiguración delante de sus discípulos. «Pues», dice el apóstol, «cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo» (vv. 17.18). El



poder y la gloria de la parusía del Señor en el monte de la transfiguración fueron sin duda un anticipo de su futura parusía con sus santos, pero el pasaje se refiere directamente al pasado, no al futuro. La importancia de la palabra en este pasaje, no obstante, está no solo en la ilustración que da del significado «presencia» antes que «venida», sino en su indicación de un período de tiempo fijo marcado por límites bien definidos. Esto tiene que ver en especial con un aspecto de la Segunda Venida del Señor, que requiere más consideración.

## LA ENSEÑANZA DE 1 TESALONICENSES

Al escribir a los tesalonicenses, Pablo hace uso constante del término en una manera que impide verla como aplicable meramente al momento del descenso del Señor en el aire. Al lamentarse de su obligada ausencia de ellos, y mirando con gozo hacia la certeza de la reunión, cuando los obstáculos de Satanás sean cosa del pasado y el Señor haya reunido a su pueblo consigo, dice: «Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida [literalmente, parusía]? Vosotros sois nuestra gloria y gozo» (1 Ts 2.19, 20). Obviamente, el apóstol está pensando en el tiempo y circunstancias que siguen de inmediato al arrebatamiento de los santos más que en el momento del arrebatamiento mismo. Entonces se verá el fruto de su servicio a favor de los convertidos, tanto en su presencia ante el Señor como en el elogio y recompensa que recibirá de Él en el tribunal de Cristo. Eso será compensación abundante por todas las pruebas y aflicciones que sufrió en su trabajo por el evangelio. Los convertidos mismos constituían su esperanza, que alcanzará su culminación en el tiempo de pasar revista; ellos también eran su gozo, un gozo presente, que se consumará en ese tiempo; ellos eran su corona de gloria, amplia recompensa para él por el cumplimiento del trabajo que le fue encargado, aparte de la corona que él mismo recibirá de manos del gran Otorgador de premios (ver F-H en el diagrama, p. 185).

Refiriéndose de nuevo al mismo período, dice: «Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida [la parusía] de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (3.12-13). La palabra «venida» es claramente inapropiada aquí. Hace que el versículo parezca indicar la venida del Señor con sus santos. Eso tendrá lugar a final de la parusía; en su comienzo Él vendrá por ellos, y en este pasaje el apóstol dirige nuestros pensamientos a las circunstancias de ese período intermedio.

Su deseo a favor de los convertidos es que su carácter cristiano pueda desarrollarse y perfeccionarse en esta vida a tal punto que en el tribunal en la parusía del Señor puedan estar libres de toda posible acusación en su contra. La sustitución de «parusía» por «venida» pone el pasaje en su verdadera perspectiva, y es apropiado para las palabras que siguen. Podemos observar aquí que la parusía es estar con «todos los santos»; ningún santo estará ausente, ninguno habrá sido dejado atrás en el arrebatamiento.

El período de la parusía se ve de nuevo al final de esta primera epístola, donde el apóstol, como clímax a una serie de exhortaciones finales, expresa por los convertidos deseos similares a los que acabamos de considerar, y desea: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para [literalmente, en] la venida de nuestro Señor Jesucristo» (5.23). Ellos eran santos, o santificados, en virtud de su llamamiento. Él desea que su vida diaria se corresponda con esto, de modo que, dedicada en la práctica a Dios y guardada por su poder en cada parte de su ser, puedan ser hallados intachables en la presencia del Señor cuando revise las obras de ellos.

## LA ENSEÑANZA DEL APÓSTOL JUAN

Considerando de manera anticipada ese tiempo, el apóstol Juan manifiesta la misma atención ferviente por el bienestar espiritual de los que fueron objeto de sus pasados trabajos. Dice: «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida [parusía] no nos alejemos de él avergonzados» (1 Jn 2.28). De nuevo, lo que considera son los asuntos de la vida presente según se verán en el tribunal de Cristo. Que en las palabras «cuando se manifieste» el apóstol se refiere a la venida del Señor por su iglesia es obvio por el contexto que sigue, donde, usando la misma frase, dice: «sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». La hipótesis no es expresión de duda en cuanto a si el Señor se manifestará; denota una advertencia a los santos para que mantengan en perspectiva la posibilidad del evento en cualquier instante. La manifestación del Señor a sus santos y su arrebatamiento serán simultáneos (ver E-G en el diagrama, p. 185).

Las aspiraciones expresadas al final de versículo van más allá del inicial evento de la parusía hacia las circunstancias del tribunal de Cristo. El apóstol desea que en ese tiempo tanto él, que se ha preocupado de los convertidos a quienes está escribiendo, como los que han sido objeto de su cuidado, puedan tener confianza y no avergonzarse ante el Señor. Eso dependerá de la

condición espiritual actual de ellos. ¿Van a permanecer en Cristo y «permitir que permanezca en ellos lo que había oído desde el principio»? O, ¿van a retroceder y prestar atención a los que están tratando de descarriarlos? Por esto se determinará su recompensa o su pérdida de ella en la parusía. El asunto tampoco los afectará solo a ellos; Juan, que los había pastoreado en persona, se interesaba en las consecuencias. El fruto del cuidado pastoral visto en la firmeza de los creyentes conduciría a gozo y firmeza en esa solemne escena; por su parte, en la recompensa que les será concedida y, por parte del apóstol, en ver que su trabajo no ha sido en vano. Por otro lado, la falta de fidelidad conducirá a la vergüenza de no obtener una recompensa.

Así pues, el apóstol no les está advirtiendo en contra de la posibilidad de que cuando el Señor venga ellos se avergonzarán ante Él por razón del fracaso, y que serán dejados en la tierra mientras otros que hayan sido fieles son llevados. La escena es celestial, y las circunstancias son las del tribunal de Cristo. La enseñanza de Juan está en entera armonía con la de Pablo en los pasajes que se consideran arriba.

El apóstol Pedro, también, al exhortar a los ancianos a un cumplimiento fiel de sus responsabilidades pastorales con el rebaño de Dios, se refiere de modo similar a la manifestación de Cristo como el término de tal servicio, y les señala el tiempo de recompensa de dicho servicio, que sigue de inmediato. Dice: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1 P 5.2-4). La manifestación de Cristo para sacar de la tierra a los santos, de este modo, también en este pasaje, se muestra como algo previo a su evaluación del servicio terrenal cuando comparezcan ante su tribunal.

## **OTRAS DESCRIPCIONES DEL MISMO PERÍODO**

La parusía, pues, no es un acontecimiento momentáneo, sino un período durante el cual Cristo estará presente con sus santos después de venir en el aire para recibirlos consigo y para probar sus obras como siervos en vista a recompensarlas. El período se describe de esta manera por las siguientes expresiones: «el día de Cristo» (Fil 1.10; 2.16), «el día de Jesucristo» (Fil 1.6), «el día del Señor Jesús» (1 Co 5.5; 2 Co 1.14) y «el día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co 1.8). Se observará que en cada una de estas designaciones se

usa uno o ambos títulos: «Jesús» y «Cristo». Un examen de los pasajes mostrará que en cada caso la referencia es al tiempo de la parusía, y que este grupo de expresiones se debe distinguir de «el día del Señor», que más tarde se refiere a un período de un carácter enteramente diferente. Tomaremos primero los pasajes de la Epístola a los Filipenses.

Anotando su gozo por la comunión constante de los convertidos filipenses en el avance del evangelio, Pablo afirma su confianza en que Dios «que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil 1.6). Es decir, mediante el poder de Dios la firmeza de ellos continuaría todo el tiempo de su servicio terrenal, de modo que Cristo la estimará en su verdadero valor en el día en que comparezcan ante su tribunal. De nuevo, tal como él había orado por los convertidos tesalonicenses pensando en la parusía, que ellos puedan andar en amor y ser hallados irreprochables en ese momento, así ruega ahora por los de Filipos: «que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo» (1.9, 10), clara identificación de ese período con la parusía. De modo similar, así como consideró a los tesalonicenses como su esperanza, gozo y corona de gloria ante el Señor en su parusía, viendo que la fidelidad y firmeza de ellos eran fruto de su trabajo, así ahora exhorta a los filipenses: «para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado» (2.15.16). De este modo, una vez más, el pensamiento y lenguaje respecto a ese día son idénticos a los que se refieren a la parusía.

Así, al mismo comienzo de su epístola a la iglesia de Corinto expresa la certeza de que el Señor los confirmará hasta el fin, es decir, el fin de su curso en la tierra, de modo que sean «irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo», y les recuerda la fidelidad de Dios para encargarse de dicha confirmación, puesto que él los había llamado a la comunión con su Hijo (1 Co 1.8, 9). Paralela, otra vez, a los sentimientos de las otras epístolas mencionadas arriba es la expresión, en la Segunda Epístola a los Corintios, de su gozo por los convertidos teniendo en perspectiva ese día. «Somos vuestra gloria, así como también vosotros la nuestra, para el día del Señor Jesús», dice (2 Co 1.14).

La añadidura de la primera cláusula de este versículo es una apelación contra los esfuerzos e influencia de los enemigos que estaban procurando despreciar el carácter y servicio del apóstol a los ojos de la iglesia de Corinto, y de este modo socavar su trabajo. ¿No les había llevado él el evangelio? ¿No se debían a su ministerio las bendiciones que ellos habían recibido? No es

solo que iban a ser su gozo en el día venidero como fruto de su trabajo, sino que ellos entonces se regocijarían al verle recompensado por su ministerio y testimonio fiel a favor de ellos.

Otra vez, al dar instrucción en cuanto a la disciplina de un culpable de inmoralidad, el apóstol ve las circunstancias a la luz del mismo período de juicio. La disciplina era necesaria no solo para el bienestar presente de la iglesia, sino para beneficio último del individuo errado. Les dice: «el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús» (1 Co 5.5). La palabra «día» se asocia constantemente con juicio, puesto que el día, en contraste con la noche, revela las cosas en su verdadero carácter. De esta manera, Pablo dice respecto a su propio servicio: «Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano [literalmente, día del hombre]; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios» (1 Co 4.3-5).

El día del hombre es un tiempo en que el hombre juzga las cosas. El día de nuestro Señor Jesucristo será el tiempo en que Él dicte juicio sobre el servicio de sus santos. «La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará [es decir, el día en que Cristo juzga la obra manifestará su verdadero carácter], pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (3.13-15).

## **EL «DÍA DEL SEÑOR»: UNA DISTINCIÓN**

Está claro que todos estos pasajes se refieren al tiempo y circunstancias de la parusía de Cristo con sus santos. Por otro lado, «el día del Señor» nunca se usa en referencia a estos eventos; siempre se relaciona con el juicio del mundo por parte del Señor y su intervención personal en sus asuntos; tema que requiere consideración más detallada en otro capítulo.

En este sentido, no obstante, es importante observar la lectura correcta de 2 Tesalonicenses 2.2, donde las versiones en español dicen con exactitud: «el día del Señor», en lugar de «el día de Cristo» como la Versión Autorizada (en inglés). Puesto que el pasaje se conecta con la parusía, debemos considerarlo con algún detalle.

En el capítulo 1, Pablo ha hablado de la revelación futura del Señor Jesús desde el cielo, «con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo». En ese tiempo, sus santos, habiendo estado con Él en su parusía, le acompañarán en gloria manifiesta; «cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.7-10). «Cuando Cristo ... se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col 3.4). La retribución divina entonces ejercida dará paso al día del Señor, y el apóstol habla del mismo a fin de prepararse para corregir una impresión errónea que tenían los convertidos tesalonicenses respecto a ese día. Algunos les estaban diciendo que el día del Señor ya había empezado y, en consecuencia, sus mentes estaban perturbadas con respecto al arrebatamiento y la parusía. Pablo mismo les había escrito que Cristo vendría y reuniría a sí mismo en el poder de la resurrección tanto a los que habían partido y habían dormido como a los que estuvieran vivos junto con ellos, y que ciertos eventos estaban destinados a suceder en el mundo antes del principio del día del Señor. Si, entonces, este último ya había empezado, ellos harían bien en estar perplejos y atribulados respecto a su venida prometida para recibirlos.

En consecuencia, debe escribirles de nuevo para corregir sus ideas respecto a ambos acontecimientos y mostrar la distinción entre la parusía y el día del Señor. Al recordarles las condiciones que inevitablemente deben darse en el mundo para que ese día empiece, al mismo tiempo estaría regulando su concepto de la parusía. Es lo que hace al comienzo del capítulo 2, como sigue:

«Pero con respecto [la preposición griega *júper* es, literalmente, a causa de, es decir, en vista a corregir sus pensamientos respecto] a la venida [literalmente, la parusía] de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él [es decir, en el arrebatamiento de los santos, según se menciona en 1 Ts 4.17], os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar [es decir, no se vuelvan inestables en sus convicciones y en los propósitos firmes consecuentes], ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra [esto es, una carta supuestamente de Pablo], en el sentido de que el día del Señor está cerca [o sea, ya ha comenzado]. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá [es decir, el día del Señor no empezará] sin que antes venga la apostasía [apostasía de Dios y su verdad], y se manifieste el hombre de pecado».

De este modo, una comprensión de las condiciones que necesariamente deben preceder al día del Señor tranquilizaría sus mentes respecto a la parusía. El apóstol les muestra que el Señor derrotará al hombre de pecado «con el resplandor de su venida» (v. 8). Literalmente, la frase es «en la epifanía de su parusía» o «el resplandor de su presencia». Este hecho coincide con «la

revelación del Señor Jesús» mencionada en 1.7, y marca la conclusión de la parusía (ver H-J en el diagrama, p. 185).

## LA PARUSÍA REVISADA

Resumiendo brevemente, la parusía es un período que comenzará con la venida de Cristo en el aire para resucitar a los santos fallecidos, transformar a los vivos y reunirlos consigo mismo a todos. Ellos darán cuenta de su mayordomía ante el tribunal de Cristo, recibiendo recompensas o sufriendo pérdida de acuerdo a la medida de su fidelidad. En las Escrituras no se sugiere de modo definido el tiempo de duración de la parusía. Celestial en su carácter, se levanta en contraste con las circunstancias del mundo que, después de la remoción de la iglesia, quedará bajo los juicios de Dios. A la conclusión de la parusía, el Señor vendrá con sus ángeles y con sus santos en gloria manifiesta para derrotar a sus enemigos; acontecimiento que se describe como «la manifestación de su parusía».<sup>2</sup>

---

1. Cremer, *Biblical Theological Lexicon of New Testament Greek*, p. 238, dice: «Es solo ... sin darle a la palabra su plena fuerza que podemos aplicar el nombre de *parusía* a la Segunda Venida. No es fácil explicar cómo el término llegó a usarse en este sentido». La dificultad se elimina cuando se reconoce que *parusía* en las Escrituras siempre se usa en su sentido primario («un estar presente, presencia», Liddell y Scott), y que nunca es un nombre alternativo para lo que ordinariamente se llama la Segunda Venida, es decir, «la aparición de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo». En cada caso en que aparece con referencia al Señor, el margen de la Versión Revisada en inglés dice «gr., presencia». Esta no es una traducción alterna a la que se da en el texto, sino el significado literal de la palabra. Es de lamentar que «presencia» no aparezca en el texto en sus veinticuatro instancias.

Cremer cita algunas sugerentes palabras de Ewald en el sentido de que la parusía de Cristo se corresponde perfectamente con la *shequiná* de Dios en el Antiguo Testamento. Para él también la doctrina de la venida de Cristo queda oscurecida porque la palabra debería regular la teología, no la teología prescribir el significado de la palabra. Sin embargo, el abandono de la sencilla ley de la exégesis es responsable por lo menos de algo de la confusión en la que se ha sumido la esperanza del evangelio en la mente de muchos cristianos.

2. El inicio de la parusía de Cristo se destaca en 1 Co 15.23; 1 Ts 4.15; 5.23; 2 Ts 2.1; Stg 5.7, 8; y 2 P 3.4; su curso en 1 Ts 2.19; 3. 13; Mt 24.3, 37, 39; y 1 Jn 2.28; su conclusión en Mt 24.27; y 2 Ts 2.8. De *Notes on the Thessalonians*, del escritor.



## EL TRIBUNAL DE CRISTO

*El tribunal de Cristo es para los creyentes. Todo el que comparezca ante ese tribunal estará allí porque ha llegado a ser hijo de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, porque ha sido redimido por su sangre y ha recibido el perdón de sus pecados. El propósito de este juicio es recompensar la conducta de cada uno. Esto quita el temor y el entendimiento erróneo de esta necesaria tarea de Dios.*

El período descrito en el Nuevo Testamento como la parusía y el día de Cristo son de particular interés para el creyente, porque allí el curso de su vida será revisado a fin de que se le pueda recompensar por todo lo que ha hecho y sufrido durante el tiempo de su responsabilidad en este mundo. Ahora bien, este juicio hay que distinguirlo claramente del juicio a las naciones descrito en Mateo 25.31-46, porque este último debe ocurrir después de la manifestación del Señor en gloria, y su lugar es la tierra, en tanto que el juicio del que hablamos ahora sucede «en el aire» y entre el arrebatamiento y la Segunda Venida. En aquel, a algunos se les declara malditos y se les envía al castigo eterno, en tanto que en el que nos ocupa no hay condenación posible, como muestran con claridad las condiciones bajo las cuales se realiza. Por otro lado, también hay que distinguirlo con igual claridad del juicio ante el gran trono blanco, que ha de suceder después de que la catástrofe final ha caído sobre Satanás y sus ejércitos al final del milenio (Ap 20.11-15). Los términos en que se describen estos tres juicios descartan toda posibilidad de confundirlos. Es esencial, sin embargo, que se admita que los diferentes escritores sabían lo que querían decir, y dijeron lo que querían decir. Es demasiado fácil dar por sentado que queriendo decir una cosa dijeron otra, o que, sin tener en cuenta la diferencia con que lo describieron, todos, y siempre, se refieren al mismo juicio general. No se puede, desde luego, hacer que las Escrituras señalen que el mundo se precipita a una conflagración final, seguida de un juicio universal. Las palabras en las que el Espíritu Santo ha hablado no son responsables de la ampliamente extendida confusión sobre el tema. Más bien, es el resultado de la lectura descuidada, o de no atribuir a los escritores de la Biblia una inteligencia y sinceridad normales.

Hay varios pasajes en los que se describe el tribunal de Cristo; el principal de los cuales nos toca ahora considerar.

La palabra traducida como tribunal es *bema*, en tanto que el término que se usa en cada uno de los otros casos (Mt 25.31; Ap 21.11) es *tronos*, de

donde procede la palabra trono en español. Esta última se reserva en el Nuevo Testamento para el símbolo de autoridad en los lugares celestiales, sea buena o mala, incluyendo la de Dios mismo. La única excepción a esta regla es el trono de David (Lc 1.32), al que se hace referencia, de manera suficientemente significativa, solo en una profecía respecto al gobierno sobre Israel de «el gran descendiente de David». Incluso al trono del César imperial se le llama *bema*, y también a aquel ante el cual el Señor Jesús fue condenado a muerte por Pilato (Hch 18.12; Jn 19.13). Se verá, por consiguiente, que a la palabra no le falta nada en dignidad como símbolo de la autoridad competente. Los conceptos asociados son del carácter más impresionante. Solemnes, en verdad, deben ser los asuntos que atañen a todos los que comparecen ante un tribunal tan encumbrado.

El tiempo del tribunal de Cristo se debe descubrir en el vocabulario del Señor, anotado en Lucas 14.14: «te será recompensado en la resurrección de los justos».

El tribunal se menciona dos veces, uno como «de Dios» (DHH, NVI), y una vez como «de Cristo» (Ro 14.10; 2 Co 5.10). Sin embargo, estos no son dos, sino uno, «Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre ... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre» (Jn 5.22, 23, 27). Que hay solo un juicio también se ve claro en 1 Corintios 4.5: «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios». La referencia a su venida deja en evidencia que al decir «el Señor» el apóstol aquí quiere decir el Señor Jesús, aunque dice que la alabanza se recibe de Dios. Las palabras del apóstol están de este modo en armonía con las del mismo Señor.

## SOLO HABRÁ CRISTIANOS ALLÍ

Muchos pasajes bíblicos testifican acerca de las personas que van a comparecer ante este tribunal. Los pasajes de la Primera Epístola a los Corintios (3.10—4.5) contemplan a los creyentes de Corinto: «ustedes son de Cristo», dice el apóstol, «ustedes son templo de Dios». Ellos habían sido edificados, y ellos mismos estaban edificando, sobre el cimiento, el Señor Jesucristo. El pasaje de Romanos 14.1-12 es igualmente explícito. Un hombre puede ser débil en la fe, desde luego, pero esa es una descripción que solo puede aplicarse al que está en Cristo. Dios le ha recibido; es siervo de Dios. Estos son hermanos que pecan contra hermanos, pero todavía «son del Señor».

En otro pasaje principal (2 Co 5.1-10) también está contemplando a creyentes, y como los demás, solo a creyentes. Es a «la iglesia de Dios ... con todos los santos» a la que se dirige (1.1). A veces el apóstol les habla directamente: «ustedes», «su», como en 4.14, 15, por ejemplo; a veces los asocia consigo mismo, como en cada uno de los versículos del 1 al 9 del capítulo 5. Es muy difícil resistir la conclusión de que en el versículo 10 también «nosotros» se refiere a creyentes, y solo a creyentes. No hay ningún indicio de que el escritor amplíe el alcance de sus palabras al pasar de un enunciado a otro. El «nosotros» que andamos por fe, no por vista, cuya ambición es agradar a Dios, que han recibido el Espíritu de Dios, que esperan la venida del Señor, y que deben tener valentía frente a la muerte, son los «nosotros» de los que se dice que «es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo».

Esto se deduce también del hecho de que este juicio tiene lugar durante la parusía, y nada se dice respecto a otros sino creyentes en conexión con eso. Nadie excepto los que pertenecen a Cristo, vivos o muertos, participan en el arrebatamiento que nos llevará a la presencia del Señor cuando descienda en el aire.

Aquí hay que recordar otra cosa. Cuando los creyentes sean llevados para estar con el Señor Jesús serán transformados, «el cuerpo de la humillación nuestra» será transformado «para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Fil 3.20). Es claro, entonces, que el juicio del que estamos tratando ahora no tiene que ver con la inocencia o culpabilidad de los que comparecen allí. La cuestión de pecado y salvación quedó resuelta, para ellos, mucho tiempo atrás. En el tribunal de Cristo no se cuestiona su derecho a participar en la salvación que los lleva a la parusía. Están allí porque han llegado a ser hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque han sido redimidos por su sangre, y han recibido el perdón de sus pecados. El propósito de este juicio va por completo en otra dirección. Podemos aprender cuál es ese propósito a partir de una breve consideración de los pasajes bíblicos ya mencionados.

## SALVACIÓN Y JUICIO

El amplio principio que subyace en todo el trato de Dios con los hombres es que la salvación siempre es por gracia, y que el juicio siempre es de acuerdo a las obras. Para esta regla no hay excepción. Nadie jamás fue ni será salvado porque se merezca la salvación. Nadie jamás será condenado sino porque el carácter de sus caminos exige que sea castigado. Nadie jamás será recompensado sino porque en sus caminos y acciones se haya ganado la

recompensa. Estos son los caminos rectos de Dios; su justicia está más allá de toda disputa.<sup>1</sup>

El apóstol había oído noticias de Corinto que exigían un trato firme pero afectuoso a aquellos a quienes con razón consideraba sus hijos en el evangelio. Él había puesto el cimiento de la iglesia allí, y ese cimiento era Cristo. Ahora ellos estaban edificando encima. ¿Qué tipo de edificio iba a ser? Pablo no parece estar dirigiéndose a alguna clase en particular en la iglesia. Todos son constructores, cada uno en su medida está añadiendo algo a la estructura; puede ser «oro, plata, piedras preciosas», pero también pudiera ser «madera, heno, hojarasca». Uno y otro deben estar edificándolo. Nadie puede ser miembro de una iglesia sin modificar su carácter de buena o mala manera; sin añadir a su trama bien cosas nobles y dignas o cosas viles e inútiles. Que cada persona (no solo los hombres, porque no se expresa ningún sustantivo), «mire cómo sobreedifica». ¿Por qué? Porque «la obra de cada uno [cada persona] se hará manifiesta; porque el día la declarará»; es decir, el día de Cristo, como ya hemos visto. Para la obra digna habrá recompensa, porque dice: «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno [cada persona] según sea su obra» (Ap 22.12). Si, por otro lado, el edificio ha sido de carácter vil, indigno, entonces esa persona «sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo [llevado en el rapto], aunque así como por fuego». Así pues, se le presenta al creyente la posibilidad de que en ese juicio pueda quedarse sin ninguna palabra de elogio y sin la corona que Dios se agrada en darle a toda alma fiel.

## EL CREYENTE Y LA IGLESIA

Es en conexión inmediata con la vida de la iglesia que el apóstol está hablando. La que se tiene en mente aquí, sin embargo, no es «la iglesia que es el cuerpo de Cristo», sino la reunión en cualquier lugar de aquellos que invocan el nombre de Cristo y en cuyo medio está Él. Todo el pasaje tiene el propósito de elevar nuestro concepto de responsabilidad en cuanto a la membresía en tal iglesia, y enseñarnos que el Señor de esta espera que cada uno contribuya con su parte a la vida corporativa, en vista del día cuando cada uno debe rendirle cuentas. Los pensamientos de Dios respecto a tales iglesias se desprenden fácilmente del lenguaje que emplea al respecto en Corinto: «¿No sabéis que sois templo [o santuario] de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en [entre] vosotros?» ¿Qué se deduce, entonces, si Dios no mora en una casa hecha de manos, sino en medio de sus redimidos? Esto se concluye, que lo que un hombre le hace a la iglesia, eso le hará Dios a él. «Si alguno destruyere el

templo de Dios, Dios le destruirá a él»; a la inversa, si algún hombre edifica, elogia, anima, fortalece, mediante palabra o ejemplo, el santuario de Dios, Dios con toda certeza le recompensará (1 Co 3.10-17).

En la segunda epístola, el apóstol aborda el tema siguiendo una línea diferente. Aquí no es directamente la iglesia lo que se considera, sino el creyente en toda la esfera de su vida. Por supuesto que el resultado es el mismo, porque los hombres no viven en compartimientos herméticos, y lo que un hombre es en su andar y conversación diarios afecta a la iglesia de la cual es miembro. Los domingos será el mismo hombre, no uno diferente, que todos los demás días de la semana. El apóstol está pensando en la certeza, y desde luego en la proximidad, del fin de las oportunidades para servir. Pero sea que venga por muerte, o por el vestirse inmediato del cuerpo nuevo y celestial, por lo menos se asegura una cosa: que todos y cada uno «comparezcamos ante el tribunal de Cristo» (2 Co 5.10). La expresión «comparezcamos» manifiesta una exhibición franca. Es el resumen de las demás palabras de 1 Corintios 4.5: «el Señor ... aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones».

El propósito de las palabras es claro. No debemos ni hacer ni permitir ahora aquello de lo que sabemos que nos avergonzaremos entonces. Pensar en el tribunal de Cristo disuade de cualquier palabra y acción incongruente con el nombre del Señor, y es un estímulo para el anhelo de manifestar toda la gracia que manifestó en sus caminos cuando moró entre los hombres. Es cierto que nuestra conciencia de pecado (Heb 10.2) hace que nos cohibamos ante las revelaciones de ese día. Pero necesitamos corregir nuestros pensamientos mediante por lo menos dos consideraciones. Entonces, con el pecado eliminado, detestaremos el pecado como pecado, y como debemos detestarlo ahora. Nos regocijaremos en lo completo de la victoria del Señor sobre el pecado en nosotros. El amor a lo verdadero será tan real que no tendremos más deseo de parecer otra cosa que lo que somos, como los hombres se han esforzado por parecer desde el día en que Adán y Eva intentaron esconderse del ojo de Dios entre los árboles.

No debemos temer nada que al Señor le parezca sabio y correcto; de otra manera bien se podría hacer la pregunta: ¿Dónde está tu fe? Todavía más, ¿acaso nuestros delitos y fracasos, en una palabra, nuestros pecados, no ofenden el nombre del Señor y hacen que sea blasfemado? En ese día su Nombre quedará limpio. Lo que le pertenece a Él en nosotros, el fruto de su Espíritu, permanecerá para su alabanza, gloria y honor (1 P 1.7). El resto pasará; esa será pérdida nuestra, por supuesto, pero, ¿preferiríamos que fuera de otra manera? La pérdida no será de material inútil edificado en la vida, porque al «quemarse» eso será nuestra liberación, y en sí ganancia, no pérdida. La pérdida será de la gloria de Dios y de la recompensa que pudiera haber sido

nuestra si hubiéramos vivido de acuerdo a su palabra.

«Conociendo, pues, el temor del Señor», prosigue el apóstol. No «el terror», según traduce la Versión Autorizada en inglés, como si pensara en el juicio de Dios a los impíos, advirtiéndoles que huyan de la ira venidera. Más bien está pensando en el carácter del Señor, su santidad y justicia; de lo que le es debido, y lo que él exige de, e inspira en, nosotros. Está pensando también en su responsabilidad para responder por su propia vida y servicio, e instando a los creyentes de Corinto, y a nosotros en nuestro día también, a cuidar nuestro andar y conversación, y a cumplir el servicio que se nos ha encargado, como los que deben dar cuenta de eso al Señor.

## SIEMBRA Y COSECHA

Es «el Señor, juez justo» (2 Ti 4.8), ante quien debemos comparecer. El principio sobre el cual juzga se declara así: «todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gá 6.7). De aquí la repetición de la palabra «destruye» en 1 Corintios 3.17, a la cual ya se ha llamado la atención. De aquí, también, las palabras de 2 Corintios 5.10: «para que cada uno reciba según lo que haya hecho [literalmente, practicado] mientras estaba en [mediante] el cuerpo, sea bueno o sea malo». El cuerpo presente es el instrumento mediante el cual se realiza la voluntad del hombre; en el cuerpo de resurrección se recibirá la recompensa de su conducta; si buena, en algún feliz reconocimiento que la sabiduría del Señor prescribirá; si mala, en la pérdida de aquello que el Señor se hubiera complacido en darle.

Las palabras de Colosenses 3.23-25 armonizan también con este principio. «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere [literalmente, ha hecho], porque no hay acepción de personas». El significado de las palabras se destaca por su contexto; aparecen en medio de una serie de exhortaciones dirigidas a las esposas, esposos, hijos, criados y amos. De este modo, y no de otra manera, deben vivir la vida quienes, sea cual sea su estación en la vida, tienen en reverencia el Nombre y la Palabra del Señor.

«Recibirá de nuevo la injusticia hecha». Puede ser difícil para nosotros concebir cómo cumplirá Dios esta palabra en los que ya estén en cuerpos de gloria, participando del gozo de los redimidos en la salvación consumada en espíritu, alma y cuerpo. Sin embargo, podemos estar seguros de que la operación de esta ley no será suspendida ni siquiera en su caso. El que «sabe

... librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio» (2 P 2.9), sabe igualmente cómo dirigir y usar el efecto de su ley de siembra y cosecha también en el caso de sus hijos. El esfuerzo por restarle al texto algo de su peso, sugiriendo que la ley opera solo en esta vida, fracasa, porque no hay nada en el texto o el contexto que lleve al lector a pensar otra cosa que en que, aunque la siembra se realiza aquí, la cosecha es en el más allá. Está claro que si no fuera por esta supuesta dificultad de referirse las palabras al creyente en la condición en que, según se sabe por otros pasajes bíblicos, comparecerá ante el tribunal de Cristo, no se suscitara la cuestión de si la referencia alude a ese tiempo y lugar.

El pasaje paralelo de Efesios 6.8 varía en una dirección que lleva consuelo y da ánimo al creyente para que sea «celoso de buenas obras». Dice así: «sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor».

## RESPECTO A LAS CORONAS

La recompensa es cierta, al igual que la pérdida; no obstante, también se escribe respecto a los que no tienen corona en ese día diciendo que serán salvados, aunque así como por fuego (1 Co 3.15). Porque las coronas de las que las Escrituras hablan son recompensas que se deben ganar; no son herencia común de los santos, que les correspondan por operación de la gracia y sin relación con las obras. Una corona no es sinónimo de salvación; es un aliciente que se ofrece a los que han confiado en el Señor para que manifiesten su fe en obediencia. Es la recompensa de la carrera y lucha que ellos deben librar, en esfuerzo legítimo, para poder obtenerla. En las palabras a los creyentes de Corinto, el apóstol no se preocupa en cuanto a su salvación, si les va a ser quitada o no a los que «son de Cristo» en su parusía. Para él eso es asunto finiquitado cuando fue librado del poder de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios, desde el momento en que fue reconocido entre los redimidos, entre aquellos que obtuvieron el perdón de sus pecados «por la sangre de la cruz de Cristo» (Col 1.13). Lo que le preocupaba era que, habiendo instado a otros a correr con propósito, que él mismo pudiera, por disminuir su vigilancia y esfuerzo, no llegar a ganar la corona inmarcesible.<sup>2</sup>

Años después, cuando el fin de su servicio parecía muy cercano, el apóstol les escribió a los filipenses que tenía solo otra ambición, que pudiera «ganar a Cristo ... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos», a fin de poder llegar «a ser semejante a él en su muerte». «Si en alguna manera», continúa, «llegase a la resurrección de entre los muertos» (3.8-13). La palabra *exanastasis* no se usa en ninguna

otra parte del Nuevo Testamento. ¿Está ahora inseguro en cuanto a si tendrá parte en la resurrección y el arrebatamiento de los que pertenecen a Cristo, algo sobre lo que Dios se agradó en darle certeza muchos años antes (1 Ts 4.17), y a tantos otros mediante su voz y su pluma? Una vez más, Pablo no está preocupado aquí en cuanto a su salvación, porque sobre eso ya se le había asegurado mucho tiempo atrás, y durante mucho tiempo se había regocijado en su salvación; por el contrario, esto que ahora le ocupa declara que todavía no está en su posesión. Obviamente no, si está pensando de la resurrección de la cual escribió en 1 Corintios 15. ¿Por qué tiene que hacer una pausa para afirmar dos veces lo que es tan evidente? Además, pocas frases más adelante declara estar entre los que esperan al Señor del cielo (v. 20).

¿Es posible que piense en una resurrección anterior a aquella de la cual había escrito previamente? A esta solución hay por lo menos dos objeciones. En ninguna otra parte se refiere a un evento tal. Además, el deseo de la resurrección incluiría el deseo de morir, y el apóstol en ninguna otra parte se expresó en este sentido. A la muerte, como ya se ha visto en un capítulo anterior, no le tenía miedo; pero tampoco la deseaba. Pablo mira, incluso anhela, la venida del Señor. Y si, anteriormente, en su Carta a los Filipenses (1.23) habla de la perspectiva de la muerte como algo feliz, es solo en comparación con sus esfuerzos y sufrimientos aquí y, en la certeza de que su partida significa estar con Cristo, «haber muerto es ganancia».<sup>3</sup>

La «resurrección de entre los muertos» a la que el apóstol aspira tan ardientemente aquí es la que describe en Romanos 6.4 como «andar en vida nueva». Ha instado a otros a considerarse «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (v. 11), y estas palabras a los filipenses revelan la misma ambición de su alma. Habiendo predicado a otros, no quiere quedarse sin alcanzar el premio que espera a los que viven como deben vivir los bautizados. La diferencia en la forma de expresión se explica por el propósito y métodos diferentes de las dos epístolas. En Romanos, tratado más o menos formal, escrito a una iglesia con la cual no había tenido una relación personal directa, está exponiendo e imponiendo una doctrina. En Filipenses, una carta que en cada frase transpira el calor del interés y emoción personales, debido a que está dirigida a personas que conocía y amaba como a hijos en la fe, revela la ambición de su propio corazón. En una él es el maestro, exponiendo con autoridad la doctrina del evangelio. En la otra es un ejemplo vivo de las cosas que enseña. El «premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fil 3.14) es la «corona incorruptible», «la corona de justicia», de 1 Corintios 9.25 y 2 Timoteo 4.8.<sup>4</sup> Es probable que se pudiera concebir que estas recompensas son las que se sugieren en las parábolas de los talentos: «Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre



mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mt 25.21). Porque el cielo no es un lugar de inactividad feliz, de «holganza con dignidad», ¡como si la juventud eterna pudiera ser feliz, o incluso contenta, en la ociosidad! Ni tampoco será ese estado uno en el que la energía se gasta egoístamente o sin propósito; porque está escrito que «sus siervos le servirán» allí (Ap 22.3).

- 
1. *Mistós*, palabra por lo general traducida «recompensa», se traduce «paga» en Romanos 6.23, y «salario» en 1 Timoteo 5.18. Es decir, se refiere a algo que se ha ganado, no que meramente se concede.
  2. Las coronas, en el Nuevo Testamento, se prometen al creyente como recompensa por la paciencia perseverante o servicio fiel. Cp.: «Una corona incorruptible», descripción general aplicable a todas las recompensas prometidas a los que comparecen aprobados ante el tribunal de Cristo (1 Co 9.25). «La corona de justicia», que describe el carácter de recompensa en correspondencia con el carácter del Dador (2 Ti 4.8). «La corona de vida», que describe la naturaleza permanente de la recompensa en contraste con la experiencia transitoria de prueba en la cual se gana, y en correspondencia con la naturaleza del Dios viviente que la da (Stg 1.12; Ap 2.10). «La corona incorruptible de gloria», que describe la recompensa de los que se entregan a sí mismos sin ostentación, y sin esperanza de ganancia, a cuidar el rebaño en ausencia del Pastor principal (1 P 5.4). —De *Notes on the Thessalonians*.
  3. Filipenses 1.21. «El tiempo denota no el acto de morir, sino las consecuencias de ello, el estado posterior a la muerte», *Lightfoot*. Y así lo que el apóstol contempla después de que el espíritu deja el cuerpo no es quiescencia, sueño, olvido, sino una sensación más cercana de la presencia de Cristo y una comunión más íntima con él que lo que es posible ahora. Ver apéndice, [nota F](#).
  4. La palabra griega *ano*, que aquí se traduce «supremo» aparece también en Colosenses 3.1, 2, en donde se traduce «de arriba». Esto parece fijar el significado de la palabra aquí. El apóstol que insta a los Colosenses: «buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios», y «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra», declara que esto también es su propia meta. «El premio del supremo llamamiento» y «las cosas de arriba» parecen ser expresiones alternas de la misma idea.

## LA EPIFANÍA DE LA PARUSÍA

*Muchos piensan que la raza humana es capaz de elevarse por encima de toda forma de miseria, produciendo una edad dorada de paz mundial. La redención de la humanidad de los males que la dividen debe venir por intervención directa del Hijo de Dios, que ya ha puesto su cimiento en su sacrificio expiatorio en el Calvario. Él mismo introducirá la bendición milenial en el mundo, no viniendo a un escenario preparado para Él por esfuerzo humano, sino por la súbita derrota de las poderosas fuerzas del mal, humanas y sobrehumanas, que continuarán su oposición implacable hasta el fin de la edad presente.*

*¡La visión se acerca,  
El Juez y el Trono!  
La voz del ángel  
Proclama: «Terminado está».  
En el rugir de la tempestad  
Su Gobernante vendrá  
Y el resplandor de su gloria  
Brillará desde su ruina.*

Vamos a ocuparnos en este capítulo de lo que las Escrituras dicen respecto a las escenas finales de la dispensación actual. El testimonio de la página sagrada desalienta toda esperanza de que la liberación de la humanidad en general de sus desdichas y aflicciones se logre por esfuerzo humano, o por algún proceso evolutivo de mejora, o incluso por la predicación del evangelio. Pero no es que la Palabra de Dios no presente esperanza de liberación futura de la raza humana. La creencia de que la Edad de Oro cantada por poetas y pintada por idealistas amanecerá un día se confirma en todas partes del libro. Para la introducción de esta era milenial, Dios tiene sus propios planes. Respecto a esto, los escritores bíblicos están en pleno acuerdo. Las agencias para el desarrollo no tienen lugar en el esquema divino para la redención del mundo. Las empresas más sabias y más poderosas del hombre no pueden expulsar la causa del mal que se interpone en el camino de la liberación.

Que se entienda muy claramente que no estamos menospreciando los esfuerzos humanos para el alivio del sufrimiento y la desdicha. No sería

propio de los que profesan ser seguidores de Cristo hacerlo así. Él mismo siempre tuvo un corazón compasivo por los afligidos y desvalidos, y espera que los que le reconocen como Maestro y Señor participen de su simpatía y estén listos para toda buena obra. ¿Acaso no envió a sus discípulos, no solo a predicar el evangelio, sino también a sanar a los enfermos? Procuramos mostrar en otro capítulo que la expectativa del retorno del Señor, lejos de ser incompatible con un cristianismo tan práctico, está diseñada para estimular a los creyentes a participar en ello. El no hacerlo, de parte de cualquiera que profesa esperar su aparición, es solo para vergüenza suya. Cada uno de nosotros tiene su parte en cuanto a tratar de disminuir la suma de la miseria humana. ¡Que no se pronuncie ni una sola palabra para subestimar o desalentar esquemas de mejora filantrópica, social, económica o política! Sin embargo, no debemos dejar de destacar que la raíz de los males sociales y nacionales es demasiado profunda como para que estas agencias la erradiquen.

El pecado no viene meramente por ignorancia, por consiguiente, no puede eliminarlo el conocimiento. El pecado no viene meramente por el medio ambiente; por consiguiente, no pueden expulsarlo las mejoras en las circunstancias. El pecado no viene meramente por la pobreza; por consiguiente, no se puede aniquilar mediante cambios económicos. La redención de la raza en cuanto a la causa de los males que la dividen, y obran en ella males y desdicha, debe venir por la intervención directa del Hijo de Dios, que ya ha puesto la base de esta redención con su sacrificio expiatorio en el Calvario. Él mismo introducirá la bendición milenial en el mundo, no viniendo a un escenario ya preparado para Él por esfuerzo humano, sino por la súbita derrota de las poderosas fuerzas del mal, humanas y sobrehumanas, que continuarán su oposición implacable hasta el fin de esta dispensación.

## **EL FIN DE ESTA EDAD**

La Palabra de Dios presenta un negro cuadro acerca de la condición del mundo al fin de la edad presente. El apóstol Pablo afirma: «En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella» (2 Ti 3.1-5). Ciertamente, no hay nada en las condiciones del día de hoy que indique que las predicciones del apóstol quedarán anuladas, ni tampoco su pronóstico futuro, de que «los malos

hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (v. 13).

De nuevo, el Señor estableció un paralelismo entre el estado de la humanidad al cierre de esta era y el que prevalecía en los días de Noé inmediatamente antes del diluvio y, además, con el de las ciudades de la llanura en tiempos de Lot. Jesús dice: «Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste» (Lc 17.26-30). No debe entenderse que estas actividades fueran malas en sí mismas. El pecado radica en excluir a Dios de sus pensamientos, mientras intervienen en ocupaciones legítimas. Esta es la condición que el Señor señala como característica de la humanidad al fin de la era actual. El resultado moral de «no tener en cuenta a Dios» se registra en la historia del Antiguo Testamento sobre los tiempos de Noé y Lot, y en el capítulo primero de la Epístola de Pablo a los Romanos.

## UNA LIGA DE NACIONES

De nuevo, los hombres esperan paz universal y seguridad mediante la futura abolición del militarismo como codiciada arma de conquista y supremacía, y por el establecimiento de una unidad internacional y democrática. Cristo, que ha demostrado ser preciso en su predicción de que durante esta dispensación «Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias», también expresó que, en lugar de reposo y seguridad al final de la edad, «habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas» (Lc 21.10, 11, 25, 20). En prueba de que aquí vislumbra el tiempo del fin dijo a continuación: «Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria», acontecimiento que introducirá la edad siguiente. Debe ser claro, entonces, que la estrategia política del hombre no puede lograr el éxito universal.

Tal Liga de las Naciones, por ejemplo, como se propone hoy a modo de panacea para los males nacionales, no solo se predice en las Escrituras que sea el último recurso de la política internacional, sino que también se predice su

fracaso. Al profeta Daniel se le mostraron los diversos imperios gentiles que habrían de tener dominio de carácter más o menos mundial. Se le presentaron simbolizados por bestias. La cuarta y última bestia, es decir, la figura final de gobierno gentil, se le mostró con diez cuernos. La interpretación de la visión es como sigue: «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos ... y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes» (Dn 7.23, 24). En la parte precedente del capítulo se personifica a la bestia (v. 17) y el símbolo indica tanto la cabeza imperial como su dominio. El apóstol Juan recibió una visión que se correspondía con aquella. Él también vio una bestia con diez cuernos, y de nuevo se explica el simbolismo, pero en mayor detalle: «Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Éstos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia» (Ap 17.12, 13). Obviamente, estos diez reinos son contemporáneos. Los potentados que gobiernan sobre ellos acuerdan ciertas políticas para entregarle la autoridad a un gobernante superior. Todavía no ha existido en la historia humana una liga así.

Es manifiesto, también, partiendo de este pasaje bíblico, que la existencia de la liga proveerá la oportunidad para que un hombre suficientemente fuerte domine la situación. Respecto a este hombre, y de la manera en que él y su confederación y poder llegarán a su fin mediante la revelación del Hijo de Dios en juicio contra ellos, examinaremos más en breve. Su derrota es suficientemente clara por las palabras que siguen: «Pelearán [es decir, la bestia y sus reyes confederados] contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles» (v. 14).

Esta intervención personal de Cristo en los asuntos del mundo marca el fin de su parusía con sus santos en el aire, el tema del capítulo previo. También constituye por ello, como veremos, el evento introductorio del día del Señor, que Pablo describe como «el resplandor de su venida [literalmente, la epifanía de su parusía]» (2 Ts 2.8); y que el Señor mismo mencionó como sigue: «Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida [literalmente, parusía] del Hijo del Hombre» (Mt 24.27). La del Hijo del Hombre es la parusía vista desde el punto de vista terrenal. Su parusía con sus santos en los lugares celestiales se dará a conocer a los hombres solo cuando se revele. Desde el punto de vista puramente celestial, como sincronizándose con «el día de Cristo», o el período de su tribunal para evaluación del servicio de los santos, la parusía termina entonces. Después vendrá con ellos en gloria manifiesta, y el día del Señor empezará.

## COSAS QUE DIFIEREN

Ciertos eventos, tales como la Gran Tribulación, señales y castigos del cielo, y gran angustia en la tierra, están destinados a preceder al día del Señor, y de este modo hay que distinguirlos del mismo. Esto se ve claro en una comparación de la profecía de Joel, citada por el apóstol Pedro, con las palabras del Señor respecto al tiempo de la Gran Tribulación. La profecía de Joel es: «Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová» (Jl 2.30, 31). Pedro habla de ello como «el día del Señor, grande y manifiesto» (Hch 2.20).

El mismo Señor, hablando de la tribulación, dice: «E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mt 24.29, 30).

La Gran Tribulación es «el tiempo de la angustia de Jacob», es decir, la feroz persecución de los judíos por parte del Anticristo (ver G-J en el diagrama, p. 185). El día del Señor es el momento del ejercicio personal de la autoridad de Cristo en el mundo, y empezará con su aparición en gloria (J-B, p. 185). Del día del Señor nunca se habla en las Escrituras como refiriéndose a la Gran Tribulación. Esta última también hay que distinguirla de los castigos divinos que se manifestarán inmediatamente antes del día del Señor, las señales en el cielo y la tierra mencionadas en el pasaje de Joel que se acaba de mencionar.

Tenemos, entonces, que se predice un orden fijo. Primero, la Gran Tribulación; segundo, señales en el sol, la luna y las estrellas (Lucas añade «y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas», Lucas 21.25, 26); y tercero, la revelación del Hijo del Hombre. Joel y Pedro muestran que las señales en los cielos preceden inmediatamente al día del Señor; Cristo mostró que vienen inmediatamente después de la Gran Tribulación, que preceden inmediatamente a su manifestación como Hijo del Hombre. Por tanto, su revelación en poder y gran gloria coincidirá con el comienzo del día del Señor (H-J, p. 185).

El que los judíos serán los que sufran en la Gran Tribulación se ve claro a partir de los siguientes pasajes bíblicos. Jeremías profetizó que ningún

período de tribulación igualará al de la «angustia de Jacob», esto es, de la nación judía (Jer 30.7). A Daniel se le dijo anticipadamente respecto a su pueblo, los judíos, que habrá un tiempo de tribulación «cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces» (Dn 12.1). El Señor dijo acerca de la Gran Tribulación que será «cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mt 24.21). Dondequiera que estén los judíos en ese tiempo, sufrirán en este trastorno mundial. Porque, aunque antes de esto habrán sido restaurados como nación en Palestina, no todos residirán allí; cantidades considerables todavía vivirán en otros países. En consecuencia, de los que han sido matados en la tribulación y se ven en la visión apocalíptica «que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero», se dice que han venido «de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas» (Ap 7.9, 14).

«La señal del Hijo del Hombre», probablemente se debe entender como algo subjetivo. Va a haber señales precedentes en los cielos, inmediatamente después de la Gran Tribulación, pero la señal del Hijo del Hombre no se debe clasificar con esas. Él será su propia señal. Es decir, las palabras se deben entender como «la señal que es el Hijo del Hombre», y no como indicando una señal que pregone su aparición. Esto se confirma, tal vez, por el orden de eventos que se da en Apocalipsis 6, que corresponden a los de Mateo 24. Primero están los juicios preliminares, guerra, hambruna y pestilencia (vv. 1-8), luego las señales en los cielos (vv. 12, 13), y finalmente la aparición del Señor en persona, en «el resplandor de su parusía». Esa es la señal del Hijo del Hombre. El efecto de esto es que «los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (vv. 15-17).

## EL HOMBRE DE PECADO

Las Escrituras no solo hablan de una manera general, como en los pasajes ya citados, de las condiciones que caracterizarán al mundo al final de la edad; también se dan detalles específicos. Algunos de estos reclaman ahora nuestra consideración, dado que conducen al día del Señor.

Hemos visto, en el capítulo sobre la parusía, que en la Segunda Epístola a los Tesalonicenses Pablo estaba corrigiendo la idea de que el día del Señor ya había empezado. En contraposición a su enseñanza respecto a la venida del Señor por los santos, como si fuera lo próximo que hay que esperar, mostró

que ciertos hechos deben preceder al día del Señor. «No vendrá», dice, «sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Ts 2.3-5). Aquí se predicen dos eventos claramente definidos que han de preceder al día del Señor: (1) la apostasía, el alejarse de o el rechazo a la verdad divina a la que anteriormente se adherían, y (2) la revelación del hombre de pecado, a quien en el versículo 8 se le llama «aquel inicuo».

De nuevo, esta última revelación va a ser precedida por otro evento. La iniquidad, dice el apóstol, ya estaba obrando en el primer siglo, como un misterio, o sea, como algo no reconocido en su verdadero carácter por el mundo en general, pero dado a conocer por revelación. Un cierto principio estaba, sin embargo, obrando, impidiendo la manifestación del inicuo hasta el tiempo señalado para él. Este principio se describe como «lo que lo detiene» (v. 6). Eso halla expresión concreta en una persona representativamente descrita como «quien al presente lo detiene» (v. 7). Este freno contra la iniquidad será ejercido hasta que el que lo detiene «sea quitado».<sup>1</sup> Cuando esto tenga lugar, ese hombre mismo, la encarnación de la iniquidad, será revelado.

Pero, ¿y en cuanto al poder y política de este gobernante mundial? Esto se detalla en otros pasajes bíblicos. En 2 Tesalonicenses Pablo, que está señalando al día del Señor, pasa sobre el intervalo del gobierno del hombre de pecado, excepto por una breve mención de su poder satánico e influencia engañadora, y habla al instante de su ruina, declarando que «a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (v. 8). La palabra que se traduce «resplandor» es literalmente «epifanía». Esta epifanía marca el cierre de la parusía, habiendo estado los santos con el Señor ocultos del mundo desde el arrebatamiento (ver F-H en el diagrama, p. 185).

El mundo mismo a estas alturas habrá alcanzado el clímax de su iniquidad, con los hombres más endurecidos en sus corazones contra Dios en razón de los juicios premonitorios de la ruina inminente. «Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ... y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos» (Ap 9.20, 21). «Y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria ... y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras» (16.9, 11). ¡Qué cuadro del antagonismo del corazón natural contra Dios! ¡Qué testigo de la impotencia humana para erradicar el mal, para eliminar la maldición de la tierra! El testimonio de las Escrituras es suficientemente claro respecto a que las



tinieblas y el mal van a prevalecer hasta el cierre de esta dispensación del «día del hombre». No puede ser de otra manera, puesto que se nos muestra que la humanidad en general se negará a pesar de todo a ver el pecado de acuerdo a la consideración divina, y a aceptar el perdón y la gracia que Dios ofrece por el sacrificio de su Hijo.

A su tiempo, con la rebelión humana habiendo alcanzado su consumación bajo el hombre de pecado, el Hijo del Hombre aparece en persona para ejecutar su ira contra él y contra todos los que le prestaron lealtad. Él se manifestará «desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts 1.7, 8). Una de las profecías más antiguas anotadas en la Palabra de Dios predijo este solemne acontecimiento, usando el tiempo pasado con significación profética, como es frecuente en las Escrituras: «De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él» (Jud 14, 15). El día del hombre habrá terminado; el día del Señor empezará.

## EVENTOS FINALES

Ahora podemos enumerar brevemente algunos de los acontecimientos mundiales que conducirán a esta intervención divina.<sup>2</sup> La Palabra de Dios predice que el hombre de pecado obtendrá dominio mundial como resultado de una confederación de naciones, cuyos gobernantes, consintiendo a una, le entregarán su poder y autoridad (Ap 17.13 con 13.8); que, habiendo primero respaldado y después expulsado a los sistemas religiosos combinados del mundo con la ayuda de estos potentados (Ap 17.7, 16), «se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto», y clamando así su deidad, exigirá, y recibirá adoración universal (2 Ts 2.4 con Ap 13.8); que será respaldado en esto por otro potentado descrito primero como «otra bestia», y después como «el falso profeta» (Ap 13.11-15 con 19.20); y que establecerá un sistema comercial mundial, prohibiendo comprar o vender a los que no usen la marca oficialmente designada (13.16, 17). Con los judíos, que habrán sido restablecidos como nación en Palestina, primero entrará en un pacto, que luego romperá, volviéndose contra la nación con el propósito de aniquilarla (Dn 9.27). De este modo empezará el «tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado» (Jer 30.7). Temporalmente exitoso en sus otras empresas, el

hombre de pecado fracasará en su campaña antisemita; fracasará por la intervención del Señor Jesús, que lo destruirá (ver H-J en el diagrama, p. 185).

Las Escrituras proféticas a las que se ha hecho referencia sirven, tal vez, para arrojar luz sobre algunos de los movimientos mundiales que están sucediendo en el presente. Desde luego, la tendencia de los eventos presentes no va en dirección contraria a lo que las Escrituras han pronosticado.

## ARMAGEDÓN

Debemos detenernos mucho más en la manera en que los judíos serán librados, puesto que su liberación coincide con la manifestación de la parusía y con el comienzo del día del Señor (H-J, p. 185).

El esfuerzo por destruir a la nación judía forjará el clímax de la agresión del Anticristo contra Dios, y constituirá una guerra librada contra el Hijo de Dios, el Mesías de los judíos. Los ejércitos de las potencias gentiles, puestas a disposición de su gran líder, se reunirán «contra el Señor, y contra su Ungido». Habiéndole, por consentimiento mutuo, dado su poder y autoridad a «la bestia», estos reyes de la tierra, con su supremo jefe de guerra, «pelearán contra el Cordero» (Ap 17.13, 14). «Y vi», dice el que recibe la visión inspirada, «a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército» (Ap 19.19). Se le había permitido al archiopresor prevalecer contra los judíos en la Gran Tribulación, de la cual él fue el instrumento; sin embargo, no prevalecerá contra el Hijo de Dios; su éxito es solo «hasta que vino el Anciano de días» (Dn 7.21, 22).

Lo que está en juego diferenciará esta guerra de todas las que la han precedido; todas ellas se libraron por supremacía dinástica, territorial o comercial; este conflicto se libra para decidir si el dominio mundial queda en manos de Satanás o de Cristo. Esta es la batalla del Armagedón, «la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso», que introducirá el día del Señor. Es de Satanás el poder supremo que facultará a sus instrumentos humanos para forzar una decisión: «Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta [una trinidad maligna], tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso ... Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón» (Ap 16.13-16).

## **LAS FUERZAS DEL VENCEDOR**

Esta es, entonces, por un lado, la descripción de las fuerzas masivas del mal, de la humanidad apartada de Dios, coligada en rebelión impía contra el Altísimo, y satánicamente engañada por el «gran poder y señales y prodigios mentirosos» del hombre de pecado; engañados «por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos», seducidos a creer la mentira, porque «no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia» (2 Ts 2.9-12).

Ahora, en cuanto a las fuerzas de justicia, los ejércitos del Rey de reyes, que viene para establecer paz derrotando al militarismo, quien

Viene para romper la opresión  
Poner en libertad a los cautivos;  
Quitar la transgresión,  
Y gobernar en equidad.

Terribles en su grandiosidad, son la vívida descripción del Señor y sus ejércitos: «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes ... Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos».

Así será reducido a nada el hombre de pecado por la manifestación de la parusía del Señor Jesús. De este modo el Hijo del Hombre, viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria, dará paso al día del Señor, día terrible

en su comienzo, bendito en su continuación, cuando al derramamiento de la ira justificada seguirá una paz ideal, bajo la soberanía del Rey de reyes. Podemos compararlo con la profecía de Joel: «Y Jehová dará su orden delante de su ejército [contundente asociación con las palabras de Pablo: «el espíritu de su boca», 2 Ts 2.8; y con la visión de Juan en cuanto a que de la boca del Señor sale una espada]; porque muy grande es su campamento; fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?» (Jl 2.10, 11).

Comparando los dos pasajes ya mencionados, es decir, Apocalipsis 19.19-21 y 2 Tesalonicenses 2.8, cada uno de los cuales se refiere de diferente manera a la derrota del hombre de pecado y sus fuerzas, el texto de 2 Tesalonicenses da el efecto, y el de Apocalipsis el proceso; el proceso es breve y contundente, pero el efecto es decisivo. Más luz arroja sobre los dos la profecía de Zacarías: «Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos ... y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos» (Zac 14.3-5).

El día del Señor, que revelará a la iglesia en los lugares celestiales, majestuosa con la gloria de Cristo, traerá al mismo tiempo liberación a su pueblo terrenal, los judíos. La escena se predice en el último capítulo de Joel como sigue: «Proclamad esto entre las naciones, proclamad guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad espadas de vuestros azadones, lanzas de vuestras hoces; diga el débil: Fuerte soy. Juntaos y venid, naciones todas de alrededor, y congregaos; haz venir allí, oh Jehová, a tus fuertes. Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor. Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos. Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión. El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella».

La manifestación de la parusía y la introducción del día del Señor constituyen, pues, la etapa final de la Segunda Venida del Cristo (ver H-J en el diagrama, p. 185).

1. Una traducción más literal, y no improbable, es: «cuando ello, es decir, la iniquidad, se llegue a quitarse de en medio», es decir, llegar a desarrollarse y manifestarse por completo. Ver *Notes on Thessalonians*.
2. Para una explicación más detallada, ver “The Roman Empire in the Light of Prophecy”, por W. E. Vine, M. A.

## **EL GOBERNANTE MUNDIAL GENTIL FINAL Y SU DOMINIO**

*El apóstol Pablo habla de él como «el hombre de pecado, el hijo de perdición», y «aquel inicuo» (2 Ts 2.3, 8). El suyo será el intento final de monopolizar el poder mundial, y su dominio será diferente en carácter a todos los que lo precedieron. Esto será proféticamente el surgimiento del Anticristo.*

La influencia del «príncipe que ha de venir» (Dn 9.26) sobre el destino de la raza humana es de un carácter tan determinante que se requiere más que la breve referencia a su poder y su política que incluimos en el capítulo previo. El suyo será el intento final de monopolizar el poder mundial, y su dominio será de carácter diferente a todo lo que lo ha precedido. Felizmente, la Palabra de Dios nos provee revelación lo suficientemente clara respecto al drama final del poder gentil como para permitirnos tanto dar un amplio vistazo a la tendencia y destino de los asuntos de las naciones como para comprender la forma en que el reino de justicia será universalmente establecido en la tierra.

A fin de entender el carácter del último dominio mundial gentil y su cabeza imperial, debemos primero referirnos a los pasajes bíblicos que indican el curso del gobierno gentil sobre la tierra de Palestina. Es necesario recordar que las Escrituras proféticas relativas a los gobiernos nacionales tienen que ver siempre directamente con la tierra de los judíos. Palestina es el centro de los tratos divinos con las naciones; el eje sobre el cual giran esos tratos. «Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel» (Dt 32.8). Toda la historia de las Escrituras respecto al poder gentil es completamente congruente con esa declaración. La tierra fue ordenada de antemano por Dios como la sede final del reino del Mesías.

### **LA VISIÓN DE LA IMAGEN**

El capítulo 2 de Daniel describe una visión de una gran imagen que vio Nabucodonosor, monarca caldeo, el primer potentado gentil que ejerció dominio sobre toda Palestina después de que esa región le fue dada a Israel en

posesión. La subyugación que Nabucodonosor impuso sobre la tierra empezó el largo período que posteriormente el Señor llamaría «los tiempos de los gentiles» (Lc 21.24), es decir, el período durante el cual las naciones gentiles gobernarían el país. Casi inmediatamente después de que Nabucodonosor se hubo anexo a la tierra y llevado al pueblo en cautiverio, fue dada una revelación divina del programa del gobierno gentil sobre ellos y del carácter de las varias formas de ese gobierno. La visión a la que se acaba de hacer referencia fue el medio de esta revelación en el primer caso.

La imagen estaba dividida en cuatro partes que se interpretaron simbólicamente como cuatro reinos. Se identificó de inmediato a Nabucodonosor como el primero. «Tú, oh rey», dijo el profeta, «eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino ... tú eres aquella cabeza de oro» (vv. 37, 38). El segundo y el tercero, correspondiendo respectivamente al pecho y los brazos, de plata, y el vientre y los muslos de bronce, se muestran a continuación como los reinos medopersa y griego o macedónico. Así, la predicción del profeta a Nabucodonosor, «después de ti se levantará otro reino» (v. 39), halla su cumplimiento en el registro histórico. «La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino» (5.30, 31). La interpretación de una visión posterior, que vio Daniel, de un conflicto entre un carnero y un macho cabrío, identifica al tercer reino con Grecia. «En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío [que se vio que destruye al carnero, v. 7] es el rey de Grecia» (8.20, 21; cp. 10.20).

## EL CUARTO REINO

El cuarto reino está simbolizado por las piernas de hierro y los pies en parte de hierro y en parte de barro o, más bien, barro cocido (2.33). Este reino sería fuerte como hierro, pero dado que los pies y los dedos de los pies de la imagen eran en parte hierro y en parte barro, el reino existiría en una condición dividida. Es más, aunque siempre tendría la fuerza del hierro, la mezcla de barro haría con el tiempo del reino algo parcialmente fuerte y parcialmente quebradizo (vv. 40-42; no «destrozado», sino susceptible de romperse). Esta característica se menciona especialmente en cuanto al período correspondiente a los dedos de los pies (v. 42). Así pues, la forma gubernamental del cuarto reino pasaría por ciertas etapas.

Este cuarto reino no se menciona específicamente en el libro de Daniel, pero su identificación no es difícil. La historia de la derrota del Imperio Griego por parte de los romanos es bien conocida. El poder romano, además,

se indica en el capítulo 9 de Daniel donde, después de las profecías de que se le quitaría la vida al Mesías, está la predicción de que «un príncipe que ha de venir», destruiría «la ciudad y el santuario» (v. 26). Esto lo realizaron los romanos en el 70 A.D.

## **LA VISIÓN DE LAS CUATRO BESTIAS**

Una revelación adicional del curso del gobierno gentil sobre los judíos, dada por el mismo Daniel, se registra en el capítulo 7. En esa visión se representan cuatro poderes como bestias salvajes, símbolos apropiados para una revelación a un judío, en contraste con los de la visión al monarca gentil, e indicadores del tratamiento que el pueblo de Daniel recibiría de los gobernantes gentiles.

La similitud de la descripción de la cuarta bestia con la de la cuarta parte de la imagen deja claro que se tiene en mente a la misma potencia en cada caso. «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará» (7.23); representación acertada del poder romano.

Hay que señalar que en cada interpretación se predice acerca del cuarto reino como el último poder gentil, y que recibe su derrota de manos de Dios, que entonces establecerá un reino eterno. «Y en los días de estos reyes [es decir, de los potentados representados por los dedos de los pies de la estatua] el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (2.44). Así, de la cabeza final del imperio, representada por la cuarta bestia, se dice: «Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán» (7.26, 27). Está claro, entonces, que ningún poder imperial mundial va a gobernar entre el reino romano, en su etapa final, y el de Cristo (ver H-J en el diagrama, p. 185).

## **¿SON LOS ÚLTIMOS LOS ROMANOS?**

Se puede suscitar la pregunta acerca de cómo el poder romano puede ser el último de los imperios gentiles que gobiernan sobre los judíos como nación, considerando que el Imperio Romano fue derrotado en los siglos quinto y



sucesivos de la era presente. Es más, ¿qué pasa con el dominio turco?

El libro de Apocalipsis nos da luz en cuanto a la primera pregunta. Aquí se nos lleva mucho más allá en detalle, igual que el capítulo 8 de Daniel da información más completa que el capítulo 2. Esto concuerda con el carácter progresivo de la profecía. Se nos muestra, en el capítulo 17 de Apocalipsis, que el poder simbolizado por la bestia, después de un lapso temporal, sería resucitado. El apóstol Juan recibió una visión de una bestia con siete cabezas y diez cuernos, que llevaba a una mujer. La identificación de esta bestia con la cuarta de la visión de Daniel se establece por el hecho de que cada una tenía diez cuernos y de que cada una llega a ser objeto de castigo divino en la manifestación del Hijo de Dios para establecer su reino (H-J, p. 185). Los tres períodos relativos al poder de la bestia se indican de este modo: «La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo»; y de nuevo, «era y no es, y será» (Ap 17.8). Esto no quiere decir que existía antes del tiempo de Juan y después no existía. El lenguaje es profético antes que histórico y, simplemente, implica (1) una existencia, (2) una interrupción, (3) una reaparición.

## UNA APLICACIÓN DOBLE

Debemos subrayar que el símbolo de la bestia representa tanto al reino como a su gobernante final. Este es el caso tanto en Daniel 7 como en Apocalipsis 17. En aquel capítulo la interpretación es como sigue: «Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes ... La cuarta bestia será un cuarto reino» (Dn 7.17, 23). En Apocalipsis se ve a la bestia con siete cabezas y diez cuernos (v. 3). Aquí se denomina bestia a todo el animal. En los versículos 9-11, sin embargo, se identifica simbólicamente a la bestia, no con todo el animal, sino con una de sus cabezas. Es más, se describen las siete cabezas primero topográficamente y después personalmente: «Las siete cabezas son siete montes ... y son siete reyes ... La bestia ... es también el octavo; y es de entre los siete». Claramente, la bestia representa de nuevo dos cosas distintas y, sin embargo, estrechamente asociadas. En los primeros ocho versículos del capítulo el lenguaje indica dominio. Luego, el alcance del símbolo se estrecha y el gobernante individual entra en escena. De este modo, el animal entero representa, no meramente el gobernante, sino su reino, como en Daniel 7.23.

El cuarto imperio, o romano, desde el punto de vista histórico, existió en la parte final de la dispensación pasada y en los primeros siglos de la presente, es decir, antes y después del punto C del gráfico. Durante muchos siglos no ha existido como imperio, es decir, está ahora en la etapa de «no es».

## **LOS TURCOS**

Los turcos, que derrotaron a la parte oriental del imperio en el siglo XV, ocuparon Palestina hasta 1917, pero nunca gobernaron sobre los judíos como nación, es decir, como los poseedores nacionalmente reconocidos de Palestina. Su relación con los judíos difiere fundamentalmente de la de los caldeos, medopersas, griegos y romanos. Los judíos habían sido esparcidos de su tierra antes de que los turcos tomaran posesión de ella. La dominación turca, por consiguiente, no se señala en las Escrituras que hemos considerado.

## **LA FORMA FINAL**

En las Escrituras se da a entender la forma en la cual será resucitado el cuarto reino, posiblemente durante el período representado por G-J en el gráfico. En cuanto a los diez cuernos de la cuarta bestia de la visión de Daniel se dijo: «Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes» (Dn 7.24). Y acerca de los diez cuernos de la bestia de Apocalipsis: «Y los diez cuernos... son diez reyes, que aún no han recibido reino» (Ap 17.12). Es obvio que son contemporáneos y confederados, porque se dice que tienen el mismo propósito y acuerdan entregar su reino a una cabeza federal (vv. 13, 17). Es más, a las naciones sobre las que gobiernan no se las menciona como reinos, sino como un reino, indicando comunidad de intereses tanto como de unidad territorial.

Se ve claro, por consiguiente, que lo que se contempla es una liga de naciones, y evidentemente esta será la nueva forma del viejo imperio. Su condición reformada hará que parezca «diferente de todos los otros reinos», es decir, de los tres imperios precedentes (Dn 7.23).

## **CONSIDERACIONES TERRITORIALES**

En cuanto a los territorios de este cuarto imperio reconstruido, no tenemos indicación definitiva en las Escrituras, aunque hay conjeturas de que abarcarán por lo menos la región que ocuparon todas las cuatro potencias: caldeos, medopersas, griegos y romanos. Cuando en la visión la piedra golpeó a la estatua en sus pies, toda la estatua se despedazó (Dn 2.34, 35; ver H-J en el diagrama, p. 185). Cuando fue destruida la cuarta bestia, el dominio de las demás bestias fue quitado (7.12). Probablemente habrá una expansión del

territorio más allá de los antiguos límites. Desde luego, todo el mundo reconocerá la autoridad de la cabeza final del imperio (Ap 13.7).

Varios cambios territoriales que han ocurrido durante los últimos siglos —es decir, en el período de «no es»— y especialmente en tiempos recientes, han mostrado un retorno asombroso a la configuración de los dominios romanos antiguos. Todo el territorio de África del Norte que estaba dentro del imperio antiguo, pero que más adelante fue subyugado por Turquía, ha vuelto gradualmente a estar bajo el gobierno de países que pertenecieron al Imperio Romano. España gobierna Marruecos; Francia gobierna Argelia y Túnez, Italia gobierna Libia, y Gran Bretaña gobierna Egipto. De nuevo, Alsacia y Lorena y otros territorios al oeste del Rin, anteriormente en la provincia romana de Italia, están ahora en Francia. Italia ha recuperado la provincia de Trento. El territorio de Austria, que en el Imperio Romano estaba confinado al distrito occidental y al sur del Danubio, está de nuevo reducido a ese límite. Siria, Palestina y Mesopotamia han sido recuperadas de los turcos y ahora están bajo la influencia de naciones que pertenecieron al mundo romano.<sup>1</sup> Es más, los países que han sido libertados del control turco han retomado instituciones y organizaciones civiles occidentales, que siempre fueron romanas en cuanto a su carácter. Parece probable que habrá otros cambios territoriales en Europa que acercarán más las fronteras a las delineaciones antiguas.

No tenemos justificación, sin embargo, para concluir que los territorios de la Liga de las Naciones, indicados por los pasajes relativos a los diez cuernos de la bestia, necesariamente estarán confinados al área que se acaba de considerar. Cualquiera que pueda ser el arreglo, la existencia de la Liga de las Naciones preparará el camino para el gobierno del déspota controlador absoluto final.

Esto se predice en las Escrituras como sigue: «De aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros» (Dn 7.24). «[Los] diez reyes ... por una hora [es decir, por un breve período] recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia» (Ap 17.12, 13, 17).

## **EL HIERRO Y EL BARRO**

Ahora se indica el carácter del poder de los diez reyes por la constitución de los dedos de los pies de la estatua que vio Nabucodonosor en su visión. Estos estaban formados por una mezcla de hierro y barro cocido (Dn 2.42). Puesto que los metales diferentes de la imagen obviamente representan el carácter de

los respectivos gobiernos, el hierro es muy adecuado como símbolo del militarismo. El barro cocido es quebradizo; del cuarto reino, así, se predice que será «parcialmente fuerte y parcialmente quebradizo». Esto sugiere una forma inestable de gobierno. Es en extremo improbable que se considere a la democracia. Muchas repúblicas han evidenciado una sólida estabilidad. Por otro lado, las fuerzas revolucionarias como la del comunismo, la anarquía, el bolchevismo, etc., siempre han sido susceptibles de una veloz desintegración. Es más, las revoluciones instigadas por tales fuerzas casi siempre dan lugar al despotismo, como en el caso de la Revolución Francesa.

De nuevo, el militarismo es esencialmente tan diferente en carácter de la asociación a la que se refiere que, como la profecía dice, no puede mantenerse unido, así como tampoco pueden hacerlo el hierro y el barro. Es posible que puedan mezclarse por un tiempo, sobre todo si la voluntad del pueblo está detrás de la combinación. Esto se indica tal vez en las palabras «se mezclarán por medio de alianzas humanas» (v. 43). Podemos concebir, por consiguiente, que en el inicio de una revolución tan extendida en el reino confederado de los diez potentados,<sup>2</sup> junto con la condición del empobrecimiento que resulta de la guerra, ellos entreguen voluntariamente su poder en manos de un hombre de consumada capacidad que pudiera estar listo para la ocasión.<sup>3</sup>

## **EL EMPERADOR FINAL**

Respecto a este emperador gentil final, las Escrituras tienen mucho que decir, más de lo que pudiéramos mencionar en el presente volumen.<sup>4</sup>

El apóstol Pablo habla de él como «el hombre de pecado, el hijo de perdición», y «aquel inicuo» (2 Ts 2.3, 8). Él tendrá su parusía (v. 9), un período que se inicia con su manifestación, durante el cual ejercerá su poder sobre todo el mundo. Su parusía, al parecer como imitación de la de Cristo, será «por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad». En palabras de Apocalipsis: «Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad» (Ap. 13.2). De aquí la rapidez de su subida al poder y del reconocimiento universal de su gobierno. «Su estupendo poder y brillantes capacidades, la evidencia de su origen sobrehumano, su fenomenal capacidad de organización, y la consolidación del imperio bajo su absoluto control, harán que el mundo entero se maraville ante él».<sup>5</sup>

## Su derrocamiento

Exaltándose a sí mismo en impío orgullo y blasfemia contra todo lo que se llama Dios, y reclamando y recibiendo adoración universal, él y sus seguidores harán guerra contra el Hijo de Dios. «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá» (Ap 17.14). Esa victoria, simultánea con la Segunda Venida, el inicio del Día del Señor (ver H-J en el diagrama, p. 185), se describe de varias maneras en la Palabra de Dios. El derrocamiento de la bestia es la caída de la piedra en los pies de la estatua de la visión de Nabucodonosor, la aniquilación de todo gobierno gentil. Aquel que en los días de su carne rehusó aceptar los reinos del mundo de mano de Satanás, y no quiso evitarse los sufrimientos del Calvario, entonces, en virtud de esos sufrimientos, y por su victoria sobre su archiadversario, vendrá para librar a la tierra de sus opresores y de todo gobierno injusto en todas sus formas.

Las dos circunstancias contrastantes, la cruz y la gloria, las describe vívidamente Isaías: «Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído» (Is 52.14, 15). El asombro de los hombres que contemplaron sus sufrimientos tendrá su contraparte en el asombro con que su Segunda Venida trastornará el existente orden de cosas e introducirá la gloria de su reino.

## EL GOBIERNO DEL REY DE REYES

Entonces se cumplirá el dicho que está escrito: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos». Entonces ascenderá el canto de alabanza en el cielo. «Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra» (Ap 11.15-18).

«Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra». La interpretación de esto hay que hallarla, no en la universalidad imaginaria del éxito del evangelio en la presente dispensación, sino en profecías como las de Isaías cuando dice: «Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus

lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra ... La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y sólo Jehová será exaltado en aquel día» (Is 2.3, 4, 17). El Siervo de Jehová, el Mesías de Israel, «traerá justicia a las naciones ... No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley» (42.1, 4). «La tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (11.9).

Todos los reinos llegarán a ser  
De Aquel cuya frente imperial con la corona de espinas  
Los hombres de guerra en burla adornaron.  
La paz prevalecerá, y toda tierra tendrá  
El dominio correcto, y postrados ante su trono  
Se inclinará y adorarán; los ángeles allí se arrodillarán.  
El alma del vasto universo sentirá  
El toque vivificante de su Cabeza que da vida,  
Y prorrumperá en canto. Los cielos derramarán  
En el regazo de la tierra gozos inmortales,  
Y toda cosa viva, con voz agradecida,  
Elevará dulcemente el salmo universal  
De gloria a Dios y al Cordero.

—Boyd

- 
1. Vine, *The Roman Empire in Prophecy*, 1915.
  2. La palabra que se traduce «rey» no necesariamente denota un monarca constitucional; sino más bien representa la cabeza de cualquier estado, del tipo que sea.
  3. Ver *The Roman Empire in Prophecy*.
  4. Para un breve bosquejo de su carrera, ver *The Roman Empire in Prophecy*. Ver también *The Mystery of Iniquity*, de C. F. Hogg.
  5. *The Roman Empire in Prophecy*.

## EL EFECTO DE LA ESPERANZA

*El apóstol Pedro habla de la Segunda Venida como «la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero», y luego describe el poder de esa perspectiva para inspirar gozo en el creyente en medio de la prueba. Los creyentes a través de los siglos han hallado valor en medio de la persecución, consuelo en la aflicción, y razón para la diligencia en el hecho de que Jesús ofreció una «mejor resurrección». Una recompensa proporcional a su fidelidad espera a los que perseveran. El darse cuenta de lo que va a suceder en su parusía es un incentivo para purificar el corazón y la vida.*

*«Oh guárdanos, Jesús, Señor, hasta ese día,  
Andando con los lomos ceñidos, aparte de todos  
Esos sabores de este mundo que a ti te rechaza,  
Hasta que vengas con grito y trompeta, y nosotros  
Te contemplemos como eres y seamos como tú eres».*

De *The Story of the Glory*

—Boyd

La expectativa del creyente en cuanto a la venida del Señor es una esperanza cierta: «un ancla del alma, firme y segura», una esperanza «establecida en los cielos»; «el que viene vendrá, y no tardará». Pero más que esto, es una esperanza práctica, que incluye toda la vida, dándole fuerza y purificándola. Forma, en verdad, una parte esencial de esa vida nueva impartida al creyente por el Espíritu de Dios. El que nace del Espíritu es dirigido por él a la expectativa constante del retorno de Cristo que murió por él y resucitó. Con otros creyentes espera de «los cielos... al Salvador, al Señor Jesucristo» (Fil 3.20). Es tanto un instinto espiritual para el ser regenerado aferrarse a la esperanza puesta delante de él como uno natural para el recién nacido aferrarse a algo material. Nadie vive a la altura de sus privilegios, nadie vive a la plena luz y poder de la verdad del evangelio, si su corazón no disfruta de la perspectiva de la Segunda Venida del Señor. Tampoco puede un predicador del evangelio ser fiel a su ministerio si omite del mismo aquello que constituye su esperanza. Tal vez sea útil si consideramos algunos de los efectos de esta esperanza en la vida cristiana.

## UN INCENTIVO A LA DILIGENCIA EN EL SERVICIO

La expectativa de la Segunda Venida del Señor no es una indulgencia para un mero lujo espiritual, ni tiende la expectativa de su retorno a hacer que los cristianos dejen de ser prácticos. La expectativa se puede pervertir en teorías especulativas no bíblicas; pero la perversión de lo bueno ni refuta su bondad esencial, ni provee argumento en contra de su uso apropiado. Una de las comunidades más activamente evangélicas en el primer siglo fue la iglesia de los tesalonicenses. El apóstol dice: «Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido» (1 Ts 1.8). Sin embargo, es de estos cristianos de quienes escribe que se habían convertido de los ídolos a Dios, no sólo para servirle, sino también para «esperar de los cielos a su Hijo» (vv. 9, 10). Evidentemente, ellos no hallaron que esperar al Señor fuera incompatible con el servicio a Dios. Su expectativa no sofocó su ardor ni reprimió su celo por la extensión del evangelio ni por otras formas de cristianismo práctico. No se quedaron contemplando las estrellas. Pablo habla de «la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor»; y esto fue estimulado solo por «vuestra constancia en la esperanza» (v. 3). La iglesia de Corinto, de igual manera, no tenía falta de «ningún don», pero al mismo tiempo esperaba «la manifestación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co 1.7).

El mismo Pablo, a quien por cierto nunca se podría acusar de cristianismo sin esfuerzo, testificó del efecto constantemente práctico de esa perspectiva sobre su vida. En su defensa ante el gobernador Félix declaró con denuedo su esperanza en Dios de que habrá una resurrección, y dijo que «por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres» (Hch 24.16). Se ha dicho de él que hacia el fin de su vida su expectativa acerca de la Segunda Venida disminuyó. Sin embargo, en su carta a Tito, la última que tenemos bajo su nombre en el Nuevo Testamento, escrita poco antes de su muerte, habla de aguardar «la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» y considera la esperanza como parte de una vida sobria, justa y santa (Tit 2.12, 13).

¿Cómo puede el conocimiento del regreso de Cristo estorbar el trabajo de la iglesia, o paralizar su esfuerzo? Los que, como los tesalonicenses de la antigüedad, esperan del cielo al Hijo de Dios, hallan en la expectativa del acontecimiento un incentivo a una mayor devoción en el servicio a su Maestro. El noble de la parábola del Señor, que les confió a sus criados el dinero, les ordenó: «Negociad entre tanto que vengo» (Lc 19.12, 13). El que dijo la parábola presenta de este modo su venida como la meta hacia la cual



debían dirigirse las energías de sus siervos.

Las iglesias por cierto no fueron más agresivas en su actividad cristiana durante aquellos siglos de la era presente en que la esperanza del retorno del Señor prácticamente se había perdido, que lo que lo han sido desde que se reavivó esa esperanza ya hace más de un siglo. Simultáneamente con un renacimiento del interés en su Segunda Venida, y con un mayor entendimiento del testimonio de las Escrituras al respecto, ha habido un avivamiento de intensos esfuerzos por el esparcimiento del evangelio, y por la evangelización de las naciones que todavía están en tinieblas.

## **FORTALEZA PARA RESISTIR**

El apóstol Pedro habla de la Segunda Venida como «la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero», y luego describe el poder de esa perspectiva para inspirar gozo en el creyente en medio de la prueba. En esta salvación, dice: «vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (1 P 1.5-8). Dos puntos se pueden observar aquí.

Primero, las pruebas son «por un poco de tiempo». La frase sugiere la expectativa del retorno del Señor. Era frecuente en los labios del mismo Cristo: «Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis» (Jn 16.16, 17, 19; ver también 7.33; 12.35; 13.33; 14.19). Las palabras se quedaron en Pedro, y hallan eco en su epístola, tanto en el pasaje citado arriba como más adelante cuando dice: «Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca» (1 P 5.10). Diecinueve siglos han pasado y el Señor todavía no ha regresado. No obstante, la perspectiva siempre está próxima para el creyente. Todavía es «por un poco de tiempo». El escritor de la Carta a los Hebreos ve este tiempo incluso más brevemente: «Porque aún un poquito [literalmente, todavía un poquito más, ¡qué poquito! ¡qué poquito!], y el que ha de venir vendrá, y no tardará» (10.37). La manera más breve de todas es como Pablo lo dice en la Segunda Epístola a los Corintios: «esta leve tribulación momentánea» (2 Co 4.17).

En segundo lugar, hay un «es necesario». Tal vez aquí siga siendo un misterio por qué haya de ser así. Pero la fe, que en sí misma está pasando la prueba, puede descansar en la certeza de un corazón amante y una sabiduría

inerrable que planeó la prueba, y la perspectiva del día de Cristo, cuando el Señor dé a conocer a plenitud el valor que puso en la perseverancia paciente de la prueba, y muestre cómo todo ha redundado en «su alabanza, honor y gloria».

El sufrimiento por causa de Cristo es matizado por la gloria más allá. «Somos», dice Pablo, «también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro 8.17, 18). El apóstol está aquí mirando no solo a la manifestación de la parusía, cuando el Señor «venga en aquel día para ser glorificado en sus santos» (2 Ts 1.10). La gloria no es meramente aquello que les será revelado a ellos: «en nosotros» conlleva la idea más abarcadora de la revelación de su gloria primero a ellos, y luego en y por medio de ellos. De esto habla como «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Ro 8.21).

Acerca de los efectos de la perspectiva en cuanto a los sufrimientos que resultan del testimonio cristiano, Pedro tiene más que decir. Aquellos a quienes les escribía eran objeto de feroz persecución; «fuego de prueba», la llama. Ellos no debían, no obstante, considerar eso como algo extraño. Recibieron tres incentivos para regocijarse en ello, pasado, futuro y presente. En cuanto al pasado, debían regocijarse porque estaban participando de los sufrimientos de Cristo; eso miraba hacia atrás, al Calvario. En cuanto al futuro, estaba delante de ellos «la revelación de su gloria»; entonces ellos se regocijarían «con gran alegría». En cuanto al presente, «Si sois vituperados», dice «por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (1 P 4.12-14). El poder de soportar aquel vituperio por causa de Cristo viene del Espíritu Santo. Él es «el glorioso Espíritu» porque él mismo es la garantía de la gloria venidera. La presente bienaventuranza del vituperio por causa de Cristo es un anticipo de la recompensa que será concedida en el más allá por tal sufrimiento. «Si sufrimos con él, también reinaremos con él».

Esta paciente perseverancia en vista de la gloria de la resurrección fue lo que caracterizó a los fieles en la edad anterior. Vieron las promesas y las saludaron desde lejos y, confesando que eran extranjeros y peregrinos en la tierra, buscaron la patria celestial. Algunos «fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección»; no una clase diferente de resurrección en sí que de la de los demás santos, sino una resurrección que traería consigo una recompensa proporcional a su fidelidad al soportar la adversidad y los sufrimientos en lugar de tratar de escapar de ella mediante el acomodo de la verdad y el coqueteo con el mal (Heb 11.13, 35). Esperaban el cálculo inspirado dado en una edad posterior por uno de

igual sentir que ellos, considerando liviana su aflicción momentánea, reconociendo que estaba obrando en ellos un peso cada vez más excelente de gloria eterna, y mirando, no a las cosas que se ven, lo temporal, sino a las cosas que no se ven, las eternas.

En consecuencia, el escritor a los Hebreos, pasando de estos fieles al autor y consumidor de la fe; recordándoles cómo por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz; todavía más, cómo y por qué, «padeció fuera de la puerta»; les exhorta a ir a él, cargando con su mismo oprobio (Heb 12.2; 13.12, 13). ¿Y el aliciente? El Señor mismo: «a él». Él debe ser siempre la gran atracción. Nada tiene significado aparte de él. Pero con él hay un aliciente adicional, es decir, glorias futuras, de las cuales él será el centro. Con ellas en mente, el apóstol habla de la Jerusalén celestial: «porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir». La gloria de esta ciudad toma su luz de la cruz, y la refleja, en todo su esplendor que fortalece el espíritu, sobre los sufrimientos de este breve momento.

La cruz es todo tu esplendor,  
El crucificado tu alabanza;  
Su loor y bendición  
Tu pueblo redimido eleva.  
Sobre la Roca de los siglos  
Ellos levantan tu torre santa;  
Tuyo es el laurel del Vencedor,  
Y el brillo de la herencia dorada.

## UN ESTÍMULO EN EL CONFLICTO

Cuando Pablo exhorta a Timoteo: «Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo», advirtiéndole que no se enrede en los asuntos de esta vida, le señala la recompensa en el más allá, añadiendo la metáfora de la corona recibida por el vencedor en las competencias deportivas. Para ganar la corona debe contender legítimamente. La referencia a la Segunda Venida de Cristo es indirecta y, sin embargo, real, porque solo cuando el Señor venga llegará el día de las coronas. La ilustración de ceñirse al reglamento de una competición nos enseña las lecciones de fidelidad y obediencia a Cristo con miras a la recompensa, a pesar de los esfuerzos de los enemigos espirituales para oponerse y derrotarnos, y a pesar de todo acicate interno para desistir de la lucha con el pecado y pese a las huestes de maldad espiritual externas. La expectativa de la corona genera fuerza para el conflicto.

Y Pablo no solo exhorta, presenta el ejemplo de su propia vida: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Ti 4.7, 8).

Es verdad, el apóstol se daba cuenta de que tal vez estaba cerca del fin de su carrera terrenal: «el tiempo de mi partida está cercano», dice. Pero eso no resta en él el poder de la esperanza. Claramente, también, implica que, mirando hacia atrás a su vida cristiana, tiene el gozo de contarse entre los que aman la manifestación del Señor. Este amor es más que un deseo de que el gran suceso ocurra. Es evidente que Pablo da a entender que eso incluye pelear la buena batalla, terminar la carrera y guardar la fe. Todo esto había sido así en su caso, teniendo en mente la venida del Señor y la corona de justicia. El amor de su venida le impartió valor en el conflicto, firmeza en la carrera y fidelidad para ceñirse a la verdad. Su propio ejemplo, entonces, fue diseñado para ser un estímulo de manera que todo creyente de modo similar concentre el afecto de su corazón en la aparición del Señor. No se podía dar evidencia más contundente del poder de la esperanza para afectar la vida cristiana. El tiempo perfecto mira hacia atrás desde el tribunal de Cristo, donde se evaluará la conducta pasada de todo creyente. En consecuencia, según se vea que cada uno haya vivido su vida y terminado su carrera bajo la influencia y estímulo del retorno del Señor, así será su recompensa.

Que el Señor vigila constantemente, y con vista a su recompensa, el conflicto espiritual en el cual sus siervos participan se evidencia de una manera especial en las cartas a las siete iglesias de Asia, en las cuales se dirige al que vence, recordándole el momento en que su fidelidad recibirá la recompensa de sus manos. La presente oposición es sutil, implacable y variada, pero las promesas son ciertas: «al que venciere yo le daré...» La que parece ser la recompensa mayor es para el vencedor de la iglesia de Laodicea, la baja condición espiritual de la cual demanda la más solemne reprensión; la iglesia que era tibia, rica en este mundo, pero desdichada y miserable, pobre, ciega y desnuda espiritualmente. En esta iglesia «al que venciere», dice el Señor, «le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap 3.21). Esta es una identificación especial consigo mismo como el gran Vencedor, y la recompensa consiste en la más alta autoridad en las glorias futuras de su reino.

Pero, ¿qué quiere decir ser vencedor? El término implica la existencia de obstáculos al ejercicio de la fe y dificultades en la senda de la fidelidad. En cada carta, los obstáculos y dificultades se indican claramente en la mención de los varios males en las iglesias, y las pruebas a las cuales estaban sujetas. El vencedor es aquel que, en lealtad a su Señor y apoyándose en su poder, supera

las dificultades, triunfa sobre los obstáculos y permanece firme en medio del declive.

Definitivamente, la perspectiva de un pronto retorno del Señor se da a la iglesia de Filadelfia: «He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona». Pero, ¿qué hay para el vencedor? Aquí, de nuevo, se nos dirige a la gloria de la ciudad futura. «Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo» (Ap 3.12).

Allí está el trono de David  
Y allí, de cuidados librados,  
El canto de los que triunfan,  
El grito de los que celebran la fiesta;  
Y aquellos que con su líder  
Han vencido en la batalla,  
Para siempre jamás  
Están vestidos en vestiduras blancas.

## UN CONSUELO EN LA TRISTEZA

Esto lo indica distintivamente Pablo tanto al principio como en la conclusión del pasaje relativo al tema en el capítulo 4 de 1 Tesalonicenses. Como prefacio a la seguridad dada por Dios de que los que han dormido tendrán parte en la resurrección y el arrebatamiento cuando el Señor regrese, indica que su objeto es evitar una tristeza innecesaria. «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza». Luego, habiendo mostrado cómo todos vamos a reunirnos cuando ocurra el suceso prometido, y cómo todos seremos arrebatados para encontrar al Señor, dice: «Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras».

Esta esperanza se nos da, entonces, no para excluir la tristeza, sino para mitigarla.

«La aflicción por la pérdida de amigos es común para todos, y no es incongruente con la aceptación de la voluntad de Dios, ni tampoco niega la esperanza del creyente. El mismo Señor Jesús lloró identificándose con los afligidos junto a la tumba de Lázaro (Jn 11.33-35). Pablo, también, tenía miedo a la tristeza en que se habría hundido si la enfermedad de Epafrodito hubiera resultado letal (Fil 2.27). Los convertidos de Tesalónica se afligían no

meramente por sus propias pérdidas, sino también por la que habían tenido, según pensaban los que seguían vivos, aquellos de entre ellos que habían dormido. Para ahorrarles la aflicción de ese pensamiento, el apóstol les escribió mostrándoles que sus temores no tenían base ... Puesto que, para el creyente, vivir es Cristo, y el morir no es pérdida, sino ganancia (Fil 1.21), se excluye por entero la tristeza por los santos que han partido. Por nuestra pérdida nos entristecemos, por la ganancia de ellos nos regocijamos».<sup>1</sup>

El conocimiento de que nuestros seres queridos que han dormido están «en casa con el Señor» debería ser suficiente para satisfacernos por completo en cuanto a su felicidad presente. Estar en casa con el que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, es estar disfrutando de una felicidad que puede superarla solo la reunión en la resurrección y el arrebatamiento con todos los redimidos, y la participación en las glorias que seguirán. Para los que se afligen por la pérdida de sus seres queridos, el Señor a la vez modera el rocío de la tristeza con su amor, y quiere que la gloria de su retorno prometido arroje su luz reconfortante en las tinieblas de nuestra aflicción, y que el gozo de ese día suavice la tristeza de la separación.

¡Aprisa, tú, gloriosa mañana! Da la bienvenida al día sin  
sombras,  
Espantando con tu luz del sol todas nuestras lágrimas;  
Aprisa, oh momento maravilloso, cuando entre cielos radiantes  
Santos dormidos y vivos por su Palabra se levanten.

## UN MEDIO PARA MOLDEAR EL CARÁCTER

Los hombres se vuelven como los objetos que adoran. El carácter del ídola recibe una impresión de la naturaleza de su ídolo. «Los que los hacen son como ellos». «Si piensas en Buda, y rezas a Buda», dice el proverbio oriental, «llegarás a ser como Buda». Los que ponen el afecto de su corazón en Cristo, inevitablemente llegan a conformarse a su carácter. «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos [literalmente, estamos siendo] transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Co 3.18). Primero está la visión a cara descubierta, indicando la ocupación del corazón en Cristo; luego la transformación a su semejanza. Cuanto más aprendamos del Señor mediante el espejo de las Escrituras, cuanto más permitamos que la visión de su gloria opere en nosotros, más conformados a su semejanza llegamos a ser.

Pero tal devoción al Señor se asocia en las Escrituras con la perspectiva

de su retorno, y esto sin duda se indica mediante la conformidad a su carácter. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». No habrá defecto en la imagen cuando el grito de la resurrección haya realizado su obra. Mientras tanto, la transformación del carácter es gradual: «Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Jn 3.2, 3). El «en él» de algunas versiones es ambiguo y se presta a la idea de que la esperanza está dentro del creyente. Esto, por supuesto, es verdad, pero no en este versículo. Es a Cristo a que se dirige. La esperanza no es meramente que el acontecimiento sucederá, es una esperanza fija en él. Al resultado inmediato del corazón se une la expectativa gozosa de lo que seremos cuando le veamos tal cómo él es, y participemos en la gloria de su resurrección. «Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza» (Sal 17.15).

El percatarnos de lo que va a ocurrir en su parusía es un incentivo para la pureza de corazón y vida. Si recordamos que en la medida en que nos purificamos, nos abstenemos de, o descartamos, todo lo que le desagrada, así mismo será nuestra capacidad de servirle en la edad venidera; de modo que tenemos suficiente para inspirarnos a descartar toda forma de mal y dedicar nuestras vidas y energías a él en obediencia leal. Y el estándar de pureza es su propio carácter inmaculado: «así como él es puro». Cuanto más efectivamente obre en nosotros el poder de la esperanza, más seremos como el Señor.

Pedro da de igual manera testimonio del poder de la esperanza para moldear el carácter. «Por tanto», dice, «ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado» (1 P 1.13). El tiempo que emplea es el presente inmediato: «está siendo traído a ustedes»; como para hacer real de inmediato el evento futuro. Entonces, presentando el mismo patrón de santidad que Juan, continúa: «como hijos obedientes», dice, sugiriendo la semejanza entre padre e hijo, «... no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo». Fijar la esperanza de uno perfectamente en la Segunda Venida del Señor de este modo produce conformidad a su santidad en una vida de obediencia, con el consiguiente moldeado de un carácter que es reflejo del de él.

En la segunda epístola, también, señala el día del Señor y el consiguiente pasar de los cielos, la disolución de los elementos, la destrucción de la tierra y sus obras por fuego, y nos exhorta, en vista de ese día, a vivir en toda santidad y bondad, y esperar y desear anhelantemente «la parusía del día de Dios». Con esta perspectiva ante nosotros debemos procurar «con diligencia

ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz» (2 P 3.10-14).

Al escribirle a Tito, Pablo habla de dos manifestaciones, una pasada, la manifestación de la gracia, que ha traído la salvación a todos los hombres, y la otra futura, la manifestación de gloria: «la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo». La gracia nos instruye a negar la impiedad y los deseos del mundo, y a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo, pero siempre con el ojo en la gloria que será revelada en la Segunda Venida del Señor. Esa esperanza, entonces, debe influirnos en todas las condiciones y relaciones de la vida, produciendo sobriedad en nuestra experiencia individual, justicia hacia nuestros semejantes y santidad hacia Dios (Tit 2.11-13).

Y cuando el mismo Señor, en la declaración final en las Escrituras Sagradas, predice su pronto retorno, da una admonición solemne en cuanto a los efectos de su venida sobre el carácter, y señala la recompensa que administrará en persona: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad» (Ap 22.11-14).

---

1. De *Notes on the Epistles to the Thessalonians*.



## UNA SINOPSIS DE LA DOCTRINA BÍBLICA DE LA SEGUNDA VENIDA

*Esta es una descripción sencilla, sistemática, de los eventos profetizados respecto a la Segunda Venida de Jesucristo, empezando con su función presente en el cielo y terminando con el juicio ante el gran trono blanco.*



A-B = El mundo, la raza humana en el tiempo y sobre la tierra.

C-D = La ascensión del Señor Jesucristo

D-E = El Señor sentado en el trono de su Padre.

C-G = El período concurrente en la tierra.

E-F = El descenso del Señor en el aire.

G-F = El arrebatamiento de los redimidos.

F-H = La parusía del Señor con sus redimidos.

H-J = La manifestación de la parusía al mundo, la Segunda Venida.

**E**l diagrama tiene el propósito de presentar a la mente, a través de la vista, el camino del Señor Jesús desde su ascensión hasta que sus pies se posen de nuevo sobre el Monte de los Olivos, según se predice por medio de Zacarías, capítulo 14, versículo 4.

La línea base A-B representa el mundo, o el tiempo, o la historia de la raza humana en el uno y el otro. El primer evento marcado allí, C, es la ascensión del Señor, que en el Nuevo Testamento se describe con términos como: «fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos»; «fue llevado arriba al cielo»; «traspasó los cielos»; «subió por encima de todos los cielos»; «entró Cristo ... en el cielo mismo», en donde está sentado «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero»; con su «Padre en su trono»; «a la

diestra del trono de la Majestad en los cielos» (Hch 1.9; Lc 24.51; Heb 4.14; Ef 4.10; Heb 9.24; Ef 1.21; Ap 3.21; Heb 8.1).

Es significativo, sin embargo, que cuando el apóstol tiene ocasión de hablar de la ascensión de Cristo sin ninguna referencia previa a su origen celestial, se cuida de añadir que antes de ascender, descendió; es decir, se preocupa por precaver en contra de la deducción errada de sus palabras, como si el Señor tuviera su principio aquí. Él, en verdad, nació en Belén de Judea, pero «sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad»; él salió de Dios (Miq 5.2; Jn 17.8).

## CRISTO EN EL CIELO

La ocupación de Cristo durante su situación presente sentado en el cielo, D-E, se describe de varias maneras: «donde Jesús entró por nosotros como precursor»; para «preparar lugar para» nosotros (Heb 6.20; 9.24; Jn 14.2). Él es «un gran sacerdote sobre la casa de Dios», «la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza»; él «también intercede por nosotros»; «y si alguno hubiere pecado», él es nuestro abogado que «tenemos para con el Padre» y, como ya se ha anotado en un capítulo anterior, también está «esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies» (Heb 10.21; 3.6; Ro 8.34; 1 Jn 2.1; Heb 10.13).

El fin de este período en que el Señor está sentado en el trono de su Padre lo describe de este modo el apóstol Pablo: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo» (1 Ts 4.16; E-F). Pero la duración del período D-E no ha sido revelado; de aquí que en el diagrama la línea está interrumpida en la mitad, para sugerir la limitación de nuestro conocimiento al respecto.

Conjuntamente con el período del Señor sentado en el cielo en esta edad de predicación del evangelio, ocurre el «ministerio del espíritu» (2 Co 3.8). Empezó con el derramamiento del Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo (Hch 2.33). Es la edad durante la cual «la iglesia que es su cuerpo [de Cristo]» está siendo formada (Ef 1.22, 23). La forma de este fin ha sido revelada en estas palabras del apóstol: «el Señor mismo ... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4.17; G-F). Pero respecto a la duración de la edad de la iglesia, C-G, nada ha sido revelado, de aquí que la línea también está interrumpida.

## **SE PROHÍBE FIJAR FECHAS**

Se han hecho reiterados intentos por suplir esta falta de revelación mediante cálculos basados en datos bíblicos y otros, en fenómenos astronómicos y similares, o por deducciones derivadas de analogías que se supone que son discernibles en ellos. Que tales intentos son vanos es de sobras evidente por el fracaso en que invariablemente han resultado. Su único fruto ha sido desacreditar la profecía y dar mala fama a su estudio. Estos esfuerzos, además, no solo son vanos, sino que son un error, puesto que los prohíben las mismas Escrituras que proporcionan el material en el cual se supone que se basan tales cálculos.

El principio que sostiene todas las comunicaciones de la voluntad divina fue enunciado de este modo por Moisés: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre» (Dt 29.29). El Señor les dijo a sus discípulos: «Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre» (Mt 24.36). Las palabras «día» y «hora» aquí parecen ser equivalentes a «tiempo» en su sentido más amplio, tanto como en el más específico. Es decir, el tiempo era desconocido, sea en cuanto al año o el mes, el día o la hora. Tampoco fue revelado después. En verdad, las palabras que usó el Señor después de su resurrección y que aparecen anotadas en Hechos 1.7, «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad», parecen indicar que se ha privado a sus hijos de este conocimiento a propósito y con intención, y se supone que debe permanecer así hasta que los eventos sucedan. La prohibición es lo suficientemente clara; intentar algo que de este modo se ha prohibido es desobediencia, ni más ni menos, por más especiosamente que se quiera disfrazar o excusar.

## **EN ESTADO DE VIGILANCIA**

Las palabras de 1 Tesalonicenses 5.1-2, «Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche», se pudieran parafrasear de este modo: «Ustedes bien saben que nada más se puede saber en cuanto a la fecha del advenimiento salvo que el Señor vendrá cuando menos se lo espera». El apóstol sigue hablando la verdad: «que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina ... Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón». La diferencia entre el creyente y el impío, no

obstante, no es que el primero sepa el tiempo de la venida, porque no lo sabe; sino que está vigilando al respecto en todo momento. Con él es lo mismo que con el señor de la casa en la parábola que, si hubiera sabido a qué hora iba a venir el ladrón, habría estado alerta alrededor de esa hora. Pero al creyente se le asegura que su Señor viene y, como ignora el momento de su venida, debe estar alerta todo el tiempo mientras dure la noche. En toda edad, su siempre apropiada palabra a su pueblo es: «Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá» (Lc 12.37-40).

Dos razones se pueden sugerir para este silencio en cuanto a la fecha de la venida. En primer lugar se deja sin revelarse a fin de inducir en el creyente un espíritu siempre vigilante. Si se supiera el día de esta aparición del Señor, este incentivo para estar listo al instante se perdería. Es cierto que el creyente no debería necesitar tal ayuda para la lealtad, pero ese no es el punto aquí. A Dios le ha placido, en su sabiduría, proveer el incentivo, y lo que necesita darnos. «Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo ... Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá ... Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad» (Mr 13.33-37). Todo ese vocabulario, y hay mucho de eso en el Nuevo Testamento, presupone nuestra ignorancia acerca del tiempo de la vuelta del Señor. Si se supiera eso, el poder santificador de la esperanza desaparecería. Es más, si se hubiera revelado ese tiempo tras emplear estas palabras y otras de tenor similar, la fuerza de la frecuentemente repetida exhortación de vigilar se hubiera disipado.

No fue, entonces, una conveniencia temporal de que esta hora se desconozca por un tiempo; tampoco se dejó oculta de tal manera que el diligente, o el ingenioso, pudiera descubrirla. Desde nuestro punto de vista, ha quedado sin revelarse para que nosotros podamos ser «semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese» (Lc 12.36). Y todavía puede haber una razón aún más profunda.

## LA SOBERANÍA DEL DIOS VIVIENTE

Debemos cuidarnos de la presuposición totalmente carente de garantía que subyace bajo mucho de lo que se ha dicho hasta este punto, de que los actos del Señor están fijados en el almanaque humano, que sus propósitos son medibles por calendarios humanos. No es el tictac del reloj, sino la madurez de las condiciones lo que mueve la mano de Dios. Debemos resistir la tendencia a pensar de él como si estuviera limitado por una actividad meramente mecánica; como si, cual monarca medopersa, fuera esclavo de sus propias leyes. El estado de la cosecha prescribe el tiempo de la siega. Él

esperó a que la iniquidad de los amorreos llegara al máximo (Gn 15.10). Nínive se arrepintió, así que el día cuarenta no vio la destrucción de la ciudad, aunque eso fue lo que proclamó Jonás por orden de Dios. Por causa de los elegidos, los días de la calamidad son acortados, en tanto que la misericordia de Dios alarga el día de la salvación. Sin embargo, estos días no son dos, sino uno (Mt 24.22; 2 P 3.9). La misma paciencia de Dios que recaba del santo el clamor «Oh señor, ¿hasta cuándo?» pone los nuevos cantos de alabanza por la salvación en la boca de muchos pecadores.

Es difícil, más bien imposible, para nosotros conocer el ejercicio pleno y sin embargo armonioso de todos los atributos de Dios. Para nosotros parece que hay algún antagonismo necesario entre la omnisciencia, que debe saber el fin desde el principio, así como también todos los pasos del camino de aquí hasta allá, y la dependencia de cualquier acción de Dios en cuanto al curso y conducta de los hombres. Así que también debemos preguntar cómo es posible que se resista a Dios si es omnipotente. Debemos recordar las limitaciones inevitables de nuestro poder para captar lo que es ser Dios. Dios es omnisciente y omnipotente; no podemos concebirle como algo menos. Pero Dios también es una persona viva y libre, y es prerrogativa de todas las personas vivas y libres adaptarse a las condiciones cambiantes con las cuales tienen que lidiar. ¿Vamos a negarle a él aquello que reclamamos para nosotros mismos? Es vano que razonemos que Dios no puede ser esto si es lo de más allá, que no puede ser lo uno si es lo otro, cuando las mismas condiciones de nuestra constitución hacen inevitable que le adscribamos aquello que, debido a una notoria incongruencia o antagonismo, sería inconcebible en nosotros. Es más, la venida del Señor es un tema apropiado para la oración. El Señor les enseñó a sus discípulos a decir «Venga tu reino».<sup>1</sup> A Juan le dijo: «He aquí yo vengo pronto»; y allí Juan respondió: «Amén; ven, Señor Jesús». «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven» (Mt 6.10; Ap 22.17, 20). De este modo el Espíritu impulsa al creyente, e incluso exclama él mismo, la misma petición que el Señor Jesús les enseñó a sus discípulos a presentar ante Dios. Y si la venida del Señor es un tema apropiado para la oración, no es posible que concibamos que esa hora ya se ha fijado. Hay que notar, también, que cuando el Señor declaró que esa hora no estaba dentro de su conocimiento, habló, no como si aunque hubiera sido fijada por el Padre no le fue revelada a él, sino expresando que el Padre ha reservado este asunto dentro de su propia autoridad. ¿No sugiere esto, por lo menos, que fijar la hora le pertenece al Padre cuando, en su sabiduría, considere que el tiempo es preciso?

Nuestra comprensión de la perfección de la deidad es débil todavía. Nuestro conocimiento de Dios no es sino parcial y, como tal, puede presentar

problemas insolubles a nuestra mente. Debemos contentarnos con esperar la capacidad mayor y el conocimiento aumentado que tendremos cuando venga el Señor.

## LA REUNIÓN EN EL AIRE

Volviendo al tema: en un tiempo no revelado y, por tanto, indescifrable, «los que son de Cristo» van a ser arrebatados «para encontrar al Señor en el aire»; o, como las palabras dicen literalmente «a una reunión con» (F). El término que usa aquí es *apantesis*, que aparece solo en Mateo 25.1, 6 y Hechos 28.15. Los hermanos que fueron a recibir al apóstol en las Tres Tabernas volvieron con él a Roma; en la parábola, las vírgenes volvieron con el esposo al lugar desde donde habían salido. Según esta analogía, los que son arrebatados para esta reunión con el Señor en el aire van a volver con él a la tierra, porque sabemos que la tierra es el término señalado hacia el cual él se dirigirá cuando esa reunión ocurra.

No hay nada en la Palabra de Dios, ni tampoco en el contexto, que indique que el retorno a la tierra debe seguir inmediatamente después de la reunión en el aire. O, para expresar lo mismo desde otro punto de vista, el descenso del Señor del cielo a la tierra no es por necesidad continuo. En realidad, hay razones contundentes para la conclusión de que el descenso será interrumpido por un intervalo medible en el punto de encontrarse con sus redimidos.

## LA PARUSÍA

Cuando el Señor Jesús descienda del cielo con la palabra vivificadora que va a obrar en los cuerpos de todos los suyos, vivos y muertos, el cambio a la condición nueva y celestial, ellos van a ser llevados para encontrarse con él en su parusía (F). Es una desgracia que las versiones en español hayan adoptado, o mantenido, «venida» como una traducción de la palabra griega *parusía*; habría sido clara ganancia si se hubiera hecho con ella como con la palabra griega *baptisma*, que se ha transliterado en lugar de traducirla. «Venida» no conlleva todo el significado de la palabra original. La diferencia es que en tanto que «venida» es el nombre de un acto y equivalente a «llegada» o «advenimiento», *parusía* es el nombre de un estado y es equivalente a «presencia» que es, en realidad, su significado literal, como lo indican las notas a pie de página en algunas versiones. «Venida» se representa apropiadamente por una línea perpendicular, así |; *parusía*, por una línea horizontal, así: —. «Venida» es el

acto de llegar y por eso no denota duración, en tanto que *parusía* invariablemente sí lo denota. Será fácil probar estas afirmaciones con referencia a las veces en que aparece la palabra en el Nuevo Testamento. El efecto de esta confusión es evidente en 1 Tesalonicenses 3.12, 13, por ejemplo: «Y el Señor os haga crecer ... para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida [*parusía*] de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos». Esto parece referirse a la Segunda Venida, «la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo», «con sus santas decenas de millares» (Tit 2.13; Jud 14). Y así lo entienden los comentaristas clásicos; ver Alford, Ellicott, Lightfoot, entre otros. Pero esta conclusión solo es posible, como Cremer señala con cierta ingenuidad, cuando se hace que la *parusía* signifique lo que, en efecto, no significa. Es esencial para una comprensión de la mente del Espíritu, y de la del apóstol, que se preserve el significado característico de la palabra. Venir con, o estar presente con, son obviamente ideas diferentes, y nunca se confundirían en las páginas de ningún escrito secular. ¿Por qué se supone que deban ser sinónimos en las Escrituras?

## EL TRIBUNAL DE CRISTO

El término empleado en esta conexión, entonces, exige que concibamos una interrupción en el descenso del Señor Jesús a la tierra por un período apreciable de tiempo, durante el cual sus redimidos estarán con él en el lugar de reunión. No ha sido revelado cuánto tiempo ocupará la *parusía*, de aquí que la línea F-H, que representan este período de tiempo del Señor con sus redimidos en el lugar de reunión, también está interrumpida. Al parecer, es durante ese período cuando ocurre el tribunal de Dios, o de Cristo; se usan ambas expresiones (Ro 14.10; 2 Co 5.10). Esta parece ser la deducción inevitable de buen número de pasajes. La resurrección de los justos es el tiempo de la recompensa por el servicio fiel (Lc 14.14). Y esta resurrección de los justos da lugar a la apertura de la *parusía* (1 Co 15.23, etc.). El apóstol esperaba encontrar en la *parusía* del Señor a sus convertidos que ya estarían en su gloria. Y esos convertidos estarían presentes allí, para la evaluación de la vida y el servicio (1 Ts 2.19; 3.13).

El apóstol Juan también esperaba encontrar en la *parusía* a aquellos a quienes escribía, y su lenguaje sugiere que ese sería un tiempo de revisión de la vida, tanto para él mismo como para ellos (1 Jn 2.28).<sup>2</sup>

## EL FIN DE LOS TIEMPOS DE LOS GENTILES

Concurrente con la parusía del Señor con sus redimidos en el aire es el período que se representa por la línea G-J en el diagrama. También es de una duración no revelada, por eso aparece interrumpida. Es el período del surgimiento y desarrollo de la forma final del gobierno gentil según se describe en Apocalipsis 13 y otros pasajes. Incluye la Gran Tribulación, «el tiempo de angustia de Jacob», bajo el poder perseguidor de la monarquía del Anticristo, sea que se le llame rey o presidente, o con algún otro título que se haya desarrollado para él más de acuerdo a las tendencias de la edad.

Los «tiempos de los gentiles» terminan solo cuando un judío asuma el poder soberano en Jerusalén. Es decir, cuando el Señor Jesús mismo aparezca para derrocar al monarca mundial y su imperio. Esta catástrofe será el efecto de la manifestación de la parusía; el velo que oculta los ejércitos del aire se retira de repente, se manifiesta la presencia del Señor con sus redimidos, «Los reinos del mundo» llegan «a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11.15).<sup>3</sup> Esto lo representa H-J.

Durante el período G-J, como en toda era precedente, habrá un testimonio para Dios en el mundo, un evangelio predicado por el cual los hombres pueden ser salvados. Aun cuando la «iglesia que es su cuerpo [de Cristo]» ya ha sido completada y arrebatada para encontrarse con él, la salvación de los que entonces respondan al evangelio no lleva consigo membresía en ese cuerpo (ver Ap 7; 11; 14.15; 15.1, 2; 20.4). El evangelio entonces, como ahora, tendrá como centro el Cordero que una vez fue inmolado, y ahora vive, y recibirá su eficacia del Espíritu Santo, tanto entre judíos como gentiles.<sup>4</sup>

No es difícil concebir cómo este testimonio de Dios pueda ser llevado a cabo en las nuevas circunstancias, cuando todos los que pertenecen a Cristo ya han sido arrebatados. Para sugerir las posibilidades de la situación basta mencionar las multitudes que por lo menos conocerán los hechos del evangelio, la Biblia y la literatura cristiana en general. Que las personas van a ser salvadas, y en números elevados, durante el período entre el arrebatamiento de la iglesia y el día del Señor, G-J, se ve claro en los pasajes de Apocalipsis a que se ha hecho referencia arriba. Es más, en la visión previa de Joel del tiempo en que es inminente «el día grande y espantoso de Jehová», él concluye con estas palabras: «Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo». Es digno notar que «todo aquel» es la expresión característica que describe el alcance del evangelio de la gracia de Dios en la era presente. No será menos en la era que viene luego. La línea de demarcación entre el día de la gracia y el día del juicio se traza con claridad. Cuando el Señor Jesús se revela en fuego «para dar retribución [“justa



retribución” es lo que la palabra significa] a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo», entonces es cuando «el padre de familia» se habrá «levantado y cerrado la puerta» (2 Ts 1.8; Lc 13.25). Hasta esa hora (H-J) la gracia reina, y «todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo».

Las condiciones durante el período G-J, sin embargo, no serán más favorables, sino menos, para invocar el nombre del Señor, que en este período. El espíritu de satisfacción con el progreso de la humanidad y la esperanza por la aceleración de dicho progreso aumentarán. No habrá tolerancia para los santos, en tanto que para los que rehúsan la verdad habrá un fuerte engaño, y una consecuente disposición a creer en la mentira de que el Anticristo gobernante, la primera bestia de Apocalipsis 13, es el hombre del destino, que su dominio será imperio universal, garantía de paz establecida y prosperidad ininterrumpida (ver 2 Ts 2.8-12).

## DESPUÉS DE LA VENIDA

El diagrama no se ocupa de los eventos posteriores a la Segunda Venida (H-J) del Señor Jesús. El juicio de las naciones entonces existentes en la tierra ya no se postergará, porque la escena se introduce de una manera que fija su relación en el tiempo con la venida. «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones» (Mt 25.31ss.). Esto sucede, evidentemente, al comienzo del reino milenial. La característica de este reino se puede aprender del símbolo «vara de hierro» que se usa para describirlo (Ap 12.5). Esto quiere decir que el gobierno del Príncipe de paz y Rey de justicia será garantizado por la fuerza adecuada, porque en ninguna edad es posible ningún otro gobierno sobre hombres no regenerados.

Esta va a ser la prueba final del hombre. Como en todas las eras previas, también en esta. Inmunes a la tentación de afuera, porque durante este período Satanás está confinado en el abismo, los hombres se someterán a la fuerza, ahora felizmente a disposición de la justicia; pero cuando el archienemigo esté libre de nuevo para practicar sus engaños, ellos de buena gana responderán a sus seducciones y una vez más se alzarán contra Dios y el Ungido de Dios. El evento es la derrota final de Satanás y su ruina.

Luego sigue la resurrección «de los demás muertos» y su juicio ante el gran trono blanco, donde el Juez es el Salvador rechazado (Ap. 20.11ss.; Jn 5.22, 27). «De delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos». Ellos dan lugar a «cielos nuevos y tierra nueva, en los

cuales mora la justicia» (2 P 3.13).

---

1. Esta palabra, «venir», a veces se toma con el significado de «crecer», «aumentar», «extender», como si el reino fuera a ser establecido por la predicación del evangelio. El reino de Dios viene cuando su Rey viene; no antes ni de otra manera. La piedra del sueño de Nabucodonosor solo empezó a crecer después de haber destruido la estatua (Dn 2.35). Correctamente entendida, la oración es de lo más apropiada al tiempo ahora presente y al corazón y labios del creyente. Orar «venga tu reino» es orar «Amén; ven, Señor Jesús». Orar por la venida del Rey es orar por la venida del reino.
2. Este pasaje y 1 Tesalonicenses 2.19 dan a entender con suficiente claridad que los apóstoles esperaban reconocer a aquellos con quienes habían tenido contacto en esta vida, y que ellos los reconocieran.
3. La expulsión de los turcos de Palestina no alivió a la tierra de la dominación gentil. Los británicos también son gentiles. Sin duda, el cambio del férreo yugo de los turcos al gobierno más blando de los británicos es en general mejor. Pero eso no altera el hecho indicado.
4. No parece haber base adecuada para identificar a «el que lo detiene» de 2 Tesalonicenses 2.7 con el Espíritu Santo, o para la declaración de que él va a dejar la tierra cuando la iglesia quede completa. En realidad, es en estos «últimos días» cuando Dios va a derramar su Espíritu sobre toda carne (Jl 2.28-30). Ver *Notes on Thessalonians*.

# LA IGLESIA Y LA TRIBULACIÓN

*A fin de captar una comprensión apropiada de la iglesia y la tribulación, se dedica tiempo para establecer una explicación cuidadosa del término «iglesia» y cómo aplicarlo correctamente a una explicación de los eventos futuros. La Gran Tribulación sucederá cuando «la abominación desoladora de la cual habló el profeta Daniel» se vea «en el lugar santo». Este evento desata la serie de sucesos que a la larga conducirá a la Segunda Venida de Cristo.*

## PARTE 1: SIGNIFICADO DE LA PALABRA «IGLESIA»

Con frecuencia se hace la pregunta: «¿Atravesará la iglesia la Gran Tribulación?» Esto suscita al instante la pregunta previa en cuanto al uso y significado de la palabra iglesia en las Escrituras. Una idea ampliamente sostenida acerca de la palabra es que representa toda la compañía de creyentes que viven en la tierra en un momento dado. Tal interpretación, sin embargo, no tiene el respaldo de ninguna parte del Nuevo Testamento.

## APLICACIÓN DOBLE DEL TÉRMINO

Aparte de la aplicación a la comunidad de Israel, en Hechos 7.38 y Hebreos 2.12, el término *ekklesia* (iglesia) se usa en dos sentidos. Uno denota la compañía corporativa completa de los santos de los que se habla como el «cuerpo» de Cristo, compuesta por todos los redimidos de entre judíos y gentiles durante la era o edad presente. Cristo es la Cabeza de ese cuerpo (Ef 1.22, 23; 4.15; 5.23, 25; Col 1.18, 24). Esta es la compañía a la que el Señor se refirió en Mateo 16.18: «edificaré mi iglesia». Consiste tanto de los que han dormido en Cristo, 1 Corintios 15.18, como de los santos que están vivos en el mundo, y de los que todavía sean añadidos por el evangelio antes del arrebatamiento. Lo que se dice de esta compañía en las epístolas a los Efesios y Colosenses abarca a todos ellos. Los santos en el cielo siguen siendo del «cuerpo de Cristo» y de «la casa de Dios». No están desmembrados porque estén de momento en estado de espíritu. Cuando el cuerpo quede completo, el

Señor «con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Ts 4.16, 17). Expresiones figuradas tales como nutrirla, cuidarla y edificarla, según se usan en Efesios, afectan en su alcance a la compañía completa que el Señor en última instancia se presentará a sí mismo.

La noción de que el término «la iglesia» también se usa para abarcar a todos los santos del mundo en un momento dado no se deduce de la enseñanza de Cristo y sus apóstoles. De tales creyentes no se pudiera hablar ni como «un cuerpo» ni como «el cuerpo» de Cristo. Al inicio del período presente solo una pequeña fracción de la iglesia, el cuerpo de Cristo, existía en realidad; desde entonces, los que han dormido no cesan de formar parte de la compañía corporativa completa. El uso de la frase «la iglesia en la tierra» contraviene la enseñanza de la Biblia sobre el tema.

## UNA IGLESIA DE DIOS

El otro sentido en el que se usa ekklesia es el de la iglesia local; es decir, una compañía de creyentes que actúan juntos en una función y responsabilidad locales. De tal comunidad habló el Señor en Mateo 18.17. A cada compañía se la describe como una iglesia de Dios, o como la iglesia de Dios en un lugar determinado, p.ej., 1 Corintios 1.2. En el plural, a tales compañías se las denomina de manera similar «iglesias de Dios» (1 Co 11.16; 1 Ts 2.14; 2 Ts 1.4).

Los pasajes que algunos consideran como apoyo a la idea de que el término «iglesia» se puede interpretar como formado por los creyentes que viven en todas partes del mundo en realidad enseñan lo contrario, cuando se los considera a la luz del contexto inmediato o de la enseñanza de la epístola en la cual aparece la palabra. Por ejemplo, los pasajes en los que el apóstol Pablo habla de perseguir a la iglesia, es decir, 1 Corintios 15.9; Gálatas 1.13, Filipenses 3.3, no se refieren a todos los creyentes de Palestina y el resto del mundo en ese tiempo, sino a la iglesia local de Jerusalén. Es de esa asamblea de la que se dice en Hechos 8.3: «Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel». El versículo que sigue muestra que muchos de esa asamblea fueron esparcidos por todas partes y fueron predicando la palabra. Por algún tiempo su trabajo consistiría en testificar, y no hay evidencia de formación inmediata de otras iglesias, aunque esto sucedió poco después. Algunos de los que fueron

esparcidos llegaron hasta Damasco y Saulo, en su celo, fue allá con la determinación de traerlos a Jerusalén para encarcelarlos. Es significativo, de paso, que en lugar de mencionar una asamblea en Damasco, Pablo se quedó con «ciertos discípulos». Que los perseguidos pertenecían a Jerusalén se confirma por la pregunta que se hace en Hechos 9.21: «¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre?»

Es cierto que en los pasajes a que se ha hecho referencia el apóstol no menciona la ciudad de Jerusalén, pero eso no es indicativo de que estuviera usando el término en otro sentido que no fuera el local. No había necesidad de que mencionase la localidad. En 1 Corintios 15.9 acababa de hablar de Jerusalén y de las apariciones del Señor allí después de haber resucitado. En Gálatas 1.13 sería evidente para sus lectores que se refería a la iglesia de Jerusalén; además, es significativo que en el versículo 22, con referencia a los que no lo conocían en persona, él habla de «las iglesias [no «la iglesia»] de Judea». En Filipenses 3.6, la descripción que da de las circunstancias de sus días previos a su conversión se centran en Jerusalén.

En Hechos 9.31, donde se usa el singular, el contexto indica que la palabra todavía tiene el sentido local. Los santos habían sido esparcidos de Jerusalén por toda Judea, Samaria y Galilea. Eran ellos los que componían la iglesia de Jerusalén, desde el tiempo de Pentecostés hasta que surgió la persecución. La formación de otras iglesias no recibe mención hasta ese momento.

## **LA IGLESIA EN LA TIERRA: FRASE NO BÍBLICA**

Todavía más, ni aquí ni en los demás pasajes se pudiera haber dicho que ellos constituyen «la iglesia en la tierra». Estos santos perseguidos y esparcidos no eran los únicos creyentes vivos en ese tiempo, como se ve claro por la mención de algunos en Damasco.

Es cierto que cuando Pablo estaba desolando a la iglesia, el Señor, en su divina interposición, dijo: «¿Por qué me persigues?» Pero esto no da base para la inferencia de que había una entidad tal como «la iglesia en la tierra». Esta identificación de él mismo con sus santos perseguidos se pudiera aplicar a cualquier compañía de creyentes en cualquier tiempo que estuviera sufriendo de esta manera, o a un creyente individual; y no procede que se la conciba como «la iglesia en la tierra».

Tampoco puede tal idea derivarse de ningún uso del término «iglesia» en la Primera Epístola a los Corintios. En 1 Corintios 12.28, el contexto muestra que la referencia es a la iglesia local en Corinto y no a una aplicación más

amplia del término. En el versículo previo, el apóstol habla de ella como «un cuerpo de Cristo» (no hay artículo definido en el original), una compañía corporativa cuyos miembros deben tener el mismo cuidado unos por otros (v. 25). Esto no se pudiera decir de los creyentes constituyendo una asamblea que incluya a los que vivían en otra tierra. Lo que aquí se insta es a percatarse de la parte de cada miembro de una iglesia local en cuanto a la necesidad de buscar el bienestar de los otros miembros de esa iglesia. ¿Cómo se podría eso aplicar a los que estaban en una región distante?

Todos los dones espirituales mencionados en el versículo 28 existían en la iglesia de Corinto (la palabra «apóstoles» se usa en su sentido más amplio, como en 1 Ts 2.6; Ro 16.7; 2 Co 8.23). Sin embargo, cualquiera que sea la opinión que se tome en cuanto al significado de este versículo, no se la podría aplicar a lo que se llama «la iglesia en la tierra», frase no bíblica en su uso, y subversiva en su implicación; porque la posición, establecimiento y destino de la iglesia están en el cielo. Constituye «la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos» (Heb 12.23).

En 1 Timoteo 3.15 es la iglesia local en Éfeso la que se menciona como «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad», y no todas las iglesias del mundo como una entidad amalgamada. La aplicación de manera distintiva local es evidente por toda la epístola, cuyo objeto es dar instrucción sobre «cómo deben los hombres conducirse [RVR da una traducción errada aquí] en la casa de Dios». La aplicación local es de nuevo clara, por ejemplo, en el versículo 15. Cada asamblea es «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente». No hay artículo definido en las frases del original. El pasaje no tiene ninguna referencia a una compañía tal como «la iglesia en la tierra».

## UN EVENTO IMPOSIBLE

Hablar, entonces, de la iglesia destinada a pasar por la Gran Tribulación, es usar fraseología que no recibe ningún respaldo de las Escrituras, y que da pie a entender mal el término. Algunos podrían decir que el uso que hacen de la palabra a este respecto es simplemente un modo conveniente de expresión para abarcar a todos los verdaderos creyentes que estarán vivos durante el tiempo de la Gran Tribulación, y que considerar que quien usa el término de esta manera tiene un punto de vista erróneo es convertir a esa persona en ofensora por una palabra.

Sin embargo, hablar de que la iglesia atraviesa la Gran Tribulación incluye la imposibilidad de que los que ya están con el Señor (que todavía forman

parte de la iglesia) van a descender del cielo para sufrir con sus hermanos santos en la tierra los ayes de la Gran Tribulación.

Si los que mantienen este punto de vista adoptaran fraseología bíblica y enseñaran que los creyentes individuales, o los creyentes reunidos como iglesias o asambleas locales, atravesarán los sufrimientos del período así descrito, podríamos entender su significado. Incluso allí hay que considerar que los creyentes individuales y compañías locales no podrían soportar aflicciones más horribles que las que otros creyentes de vez en cuando han soportado en tiempos de persecución del pasado, y que ni siquiera los ayes de la Gran Tribulación superarán la amplia variedad de torturas y privaciones que han sido la suerte de los creyentes en siglos pasados. Se mantiene la pregunta de si los miembros vivos de la iglesia están destinados a participar con los judíos en su tribulación sin precedentes.

# **LA GRAN TRIBULACIÓN Y LA IRA DE DIOS**

**V**eamos, entonces, lo que las Escrituras tienen que decir respecto a las circunstancias de ese tiempo. En el discurso del Señor a sus discípulos registrado en Mateo 24, predijo que habría «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (v. 21). Indicó tanto el tiempo en que ocurriría como el de su terminación.

## **INDICATIVOS TEMPORALES PARA LA TRIBULACIÓN**

Ocurrirá cuando «la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel» esté en «el lugar santo» (v. 5). Inmediatamente después de la tribulación «el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (vv. 29, 30). Obviamente, estos eventos todavía no han ocurrido.

## **LAS PROFECÍAS DE DANIEL Y MATEO**

El mismo período y circunstancias se predicen en Daniel 12.1, 2: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua» (Dn 12:1, 2). La frase «En aquel tiempo» se refiere a lo que acaba de mencionar en el capítulo 11, que predice una guerra destinada a suceder en Palestina. La tribulación sin precedentes no puede, por consiguiente, considerarse como que se extiende durante la era presente desde el 70 A.D.



En Mateo 24 se nos dan detalles más completos: «Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados» (vv. 15-22).

Tres pasajes del libro de Daniel hablan de esta «abominación desoladora». Su contexto indica con claridad que el tiempo a que se refiere es futuro y precederá de inmediato a la intervención personal de Cristo para el derrocamiento del desolador y el establecimiento del reino milenial, «para traer la justicia perdurable». El primer pasaje indica que el Anticristo hará un pacto con los judíos por un período de «una semana» (o *hebdomadario*), que a mitad de este período él romperá el pacto y marca la inversión de su actitud hacia los judíos mediante la instalación de la abominación desoladora: «Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador» (9.27).

Se debe notar la palabra «desolador», porque es sobre él y sus asociados que se ejecutará la ira divina. Los judíos mismos, es decir, el remanente santo, objeto de la furia del Anticristo, serán, como nación, los sujetos de la liberación divina (Jer 30.7); los de la nación que siguen apóstatas y adoran a la imagen de la bestia estarán sujetos a la ira de Dios como todos los demás que lo hacen (Ap 14.9).

El segundo pasaje predice de manera similar la ruptura del pacto por parte del Anticristo: «y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto. Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora» (11.30, 31). El último pasaje es 12.11, que establece la duración del período de tribulación en mil doscientos noventa días, desde el tiempo en que se suprime el holocausto y se establece la abominación desoladora.

## «TIEMPO DE ANGUSTIA PARA JACOB»

Jeremías 30.7 define el carácter del período en lo que tiene que ver con la nación: «tiempo de angustia para Jacob». Luego sigue la confirmación de que la nación, como tal (que es obviamente el significado del nombre Jacob, como metonimia de sus descendientes), «de ella será librado». El contexto subsiguiente muestra que la liberación dará entrada al período milenal de paz y reposo. Los extranjeros ya no se servirán del pueblo, y se aplicará el castigo a las naciones que los han oprimido (v. 11). Este mismo pasaje indica que el Señor, en tanto que salvará a su propio pueblo terrenal, destruirá «a todas las naciones entre las cuales te esparcí».

Los esfuerzos de las potencias gentiles coaligadas bajo el hombre de pecado para destruir a los judíos y que dejen ser nación, para eliminar su misma existencia de la tierra (porque este va a ser el objeto de su feroz hostilidad en el período de desolación que sigue a la ruptura del pacto previamente convenido por el hombre de pecado), recibirán respuesta inmediata mediante una serie de castigos retributivos, no meramente punitivos o remediadores, sino retributivos, por los cuales la ira de Dios se derramará sobre el enemigo, y sobre todos aquellos (incluyendo los judíos persistentemente apóstatas) que le han rendido lealtad al hombre de pecado.

Esta ira divina, en sus múltiples castigos, será la respuesta de Dios al total rechazo de sus reclamos y la negación de su propia existencia, su respuesta a la lealtad y adoración que los hombres le rinden a la bestia (Ap 13.3-8), y a su maltrato sin precedentes a su pueblo terrenal. Su ira afectará al mundo, es decir, «los que moran en la tierra» (Ap 8.13; 12.12; 13.8, 14).

## **LA IRA DIVINA SE EXTIENDE POR UN PERÍODO**

En Apocalipsis, capítulos 6 al 19, se deja claro que la ira de Dios se extenderá por un período, no estará confinada a un solo castigo final en la revelación de Cristo con los ángeles de su poder. En el capítulo 15.1, respecto a las siete últimas plagas, se dice que «en ellas se consumaba la ira de Dios». El verbo en el original significa «llevar a su fin», «completar», «terminar», no «llenar». La misma palabra se usa, por ejemplo, en 10.7 («consumará») y en 11.17. Corresponde al sustantivo *telos*, un fin. La palabra «consumar» deja claro que los castigos derramados en conexión con las siete copas o cálices no constituyen toda la ira divina que se ejercerá. Los eventos sucesivos que forman las acciones consumidoras de esta ira divina se dan en detalle en el capítulo 16, y estos son previos al advenimiento personal de Cristo en juicio según se describe en 19.11-21. Además, que estos siete juicios en sí mismos

cubren un cierto período se ve claro por lo que se dice, por ejemplo, del sexto, en el cual las potencias de las tinieblas instigan a los reyes de todo el mundo a reunirse para presentar «la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso» (16.14).

Dado que los eventos que ocurren en la ejecución de la ira de Dios bajo el derramamiento de las siete últimas plagas, que figuradamente se describen como «siete copas», constituyen la terminación de su ira, se deduce que los hechos similares precedentes descritos en capítulos anteriores hay que considerarlos también pertenecientes al mismo período.

## **UNA DISTINCIÓN IMPORTANTE**

Esta serie de castigos en conexión con la ira de Dios, la inmediata retribución de Dios sobre las naciones, no se debe identificar con «la angustia para Jacob», aunque los eventos serán concurrentes. El castigo sobre la nación judía como tal, por el rechazo a su Mesías y su persistente negativa a aceptar sus afirmaciones, ha consistido y consistirá en amarga persecución a manos de las potencias gentiles, alcanzando su culminación en la masacre satánicamente instigada infligida por la bestia (Ap 12.13). En el tiempo cuando el apóstol le escribió a la iglesia de los tesalonicenses la ira ya había empezado a descargarse sobre los judíos y procedería «hasta el extremo» (1 Ts 2.16). Ya eran un pueblo dispersado. Su tierra estaba bajo tiranos, su templo y su ciudad estaban a punto de ser destruidos; fuertes aflicciones les sobrevendrían, y, como el Señor mismo lo predijo, sería así antes de que venga la liberación final (Mt 24.15-28). Pero la ira del Señor sobre su pueblo terrenal, alcanzando su clímax en las acciones del hombre de pecado en «el tiempo de angustia para Jacob» es una cosa; la ira de Dios que se derramará simultáneamente sobre ese déspota y su reino y todos sus asociados, judíos o gentiles, es otra. Las dos circunstancias coinciden, pero hay que distinguir las.

## **DOS EVENTOS CONTEMPORÁNEOS**

Esto se indica con claridad en Apocalipsis, así como en otros pasajes bíblicos. El tiempo de la «angustia para Jacob» y los juicios de la ira de Dios empieza cuando se establezca «la abominación desoladora». Los castigos que se aplican a los que adoran a la bestia no se detienen hasta que se acabe la Gran Tribulación. Dios dejará de mantener su actitud de misericordia, esperando que los hombres vengan al arrepentimiento. El endurecimiento retributivo del

corazón que caracterizará a los que se adhieren al hombre de pecado determinará su ruina irremediable. La «venida» de aquel «inicuo» (su *parusía*, obviamente su presencia en el mundo y no meramente su ascenso a la prominencia) será «por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia» (2 Ts 2.9-12).

Una gran distinción entre «la angustia de Jacob» y la ira de Dios sobre la bestia y su reino, es que no habrá liberación para la bestia y los que le rinden homenaje; la ira de Dios sobre ellos resultará en su total remoción de la tierra consignándolos a su tormento señalado (Ap 14.9-11). La liberación, por el contrario, se asegura a los judíos temerosos de Dios como nación; porque la tribulación que sufrirán a manos del hombre no resultará en su exterminio, sino en la preservación de este «remanente» convertido y fiel, núcleo de la nación principal de la tierra en el milenio. «Y acontecerá en toda la tierra, dice Jehová, que las dos terceras partes serán cortadas en ella, y se perderán; mas la tercera quedará en ella. Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios. He aquí, el día de Jehová viene, y en medio de ti serán repartidos tus despojos. Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad. Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur. Y huiréis al valle de los montes, porque el valle de los montes llegará hasta Azal; huiréis de la manera que huisteis por causa del terremoto en los días de Uzías rey de Judá; y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos. Y acontecerá que en ese día no habrá luz clara, ni oscura. Será un día, el cual es conocido de Jehová, que no será ni día ni noche; pero sucederá que al caer la tarde habrá luz. Acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia el mar occidental, en verano y en invierno. Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre» (Zac 13.8—14.9). El hombre rompe y romperá sus pactos, pero el pacto de Dios con Abraham permanecerá para siempre.

## **APOCALIPSIS, CAPÍTULOS 6 AL 19**

Antes de que volvamos a este punto del tema, es necesario continuar considerando las operaciones divinas de castigo en el período venidero que hacen que sea el tiempo de la ira de Dios sobre el mundo, así como también el tiempo de aflicción de Israel. Porque hay una verdad fundamental conectada con esto, que tiene que ver directamente con la cuestión de si alguno de los santos que pertenecen a la iglesia, el cuerpo de Cristo, está destinado a pasar por este período.

Previa al derramamiento de las siete copas hay una serie de castigos que se ejecutarán al toque de siete trompetas. Los eventos que se describen en conexión con estos constituyen obviamente medidas de ira divina sobre «los que moran en la tierra» (ver capítulo 8, versículo 7, hasta el capítulo 11, final). La misma naturaleza es visitada por el desastre, así como también las circunstancias y acciones de los hombres. Después del toque de la cuarta trompeta se oye una voz pronunciando un triple quejido: «¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!» (8.13). El capítulo 9 describe estas visitas divinas adicionales que, conforme ascienden a un clímax de retribución, son recibidas de parte de los hombres con la negativa a arrepentirse de sus malas obras. Después del toque de la séptima trompeta, hay primero una declaración expectante en el cielo respecto al establecimiento del reino de Cristo sobre la tierra, y una declaración en retrospectiva que mira a lo que ha sucedido, como la furia de las naciones y la caída de la ira divina sobre ellas: «Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido» (11.18).

Siguiendo un poco más hacia atrás los eventos caracterizados por la ira, observamos que antes del toque de las siete trompetas hay castigos que se aplican al abrir los sellos. Esto se describe en el capítulo 6, y tienen los mismos rasgos de retribución divina que los predichos en los capítulos posteriores con referencia al toque de las trompetas y el derramamiento del contenido de las siete copas. Todo el período cubierto por los capítulos 6 al 19 se ve de este modo como el de la ira de Dios sobre las naciones confederadas y todos sus asociados, por su rechazo de Dios y de Jesucristo y su antagonismo a su pueblo terrenal.

### **UNA DIFERENCIA ESENCIAL**

Ahora consideramos lo que para muchos parece obvio, que este período final será esencialmente contrario en carácter al del tiempo presente de la

misericordia divina y de la predicación del evangelio de su gracia, y que este último no continuará en el período de la ira, y que sin embargo el mismo hecho del derramamiento de la ira de Dios tan claramente indicado en estos capítulos, se debe considerar a la luz de las declaraciones específicas respecto a la liberación previa de los creyentes que forman parte de la iglesia, el cuerpo de Cristo (no, insistimos, la iglesia en la tierra).

En 1 Tesalonicenses 5.9, las Escrituras declaran que «no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo». El versículo previo deja claro que la salvación a que se refiere no es la liberación de la perdición en el infierno (tema muy diferente de la salvación), sino la liberación que se nos trae con la venida del Señor para recibirnos. De ese evento trata el pasaje de 4.13 a 5.11. Por tanto, la ira de la cual van a ser librados es la que desciende sobre «los que moran en la tierra», bajo el gobierno maligno del hombre de pecado.

Esta seguridad dada en 5.9 arroja luz sobre la declaración del versículo 10 del capítulo 1 de la epístola, donde al Señor Jesús se le describe, primero, como objeto de la expectativa de los santos y, en segundo lugar, como «quien nos libra de la ira venidera». Este es el significado claro del original. La versión en español usa con propiedad el tiempo presente del verbo («nos libra»). La traducción «que nos libró», es mala y equívoca; y ha sido responsable de dar una impresión errada en cuanto a la liberación a que se refiere. La construcción es la del artículo definido con el participio presente del verbo: literalmente, «el que libra», construcción comúnmente usada como título; por ejemplo, en Romanos 11.26 la misma frase se traduce «el Libertador».

## ***EK Y APÓ***

Se ha dicho que, puesto que la preposición que se traduce «de», *ek*, frecuentemente quiere decir «fuera de» o «de en medio de», esta liberación está destinada a venir mientras la ira se está ejerciendo, y que a los creyentes se los librarán de en medio de esos castigos. También se ha aducido que si la liberación estuviera destinada a suceder antes de que descienda la ira, se habría usado la preposición *apó*, «alejándose de». En contra de tal idea, en primer lugar, la preposición *ek* tiene una variedad de significados más amplia que la que se acaba de presentar. No siempre se la usa de la manera indicada. En 2 Corintios 1.10 se usa en la declaración «el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librarán, de tan gran muerte». Aquí *ek* claramente equivale a *apó*, «fuera de», porque la muerte no era una experiencia vivida,

sino algo que los amenazaba. En Mateo 17.9 se usa para descender de una montaña, no de en medio de la montaña, porque, como A. T. Robertson dice: «No debemos suponer que habían estado en alguna cueva»; es más, en el pasaje paralelo en Lucas 9.37, la preposición equivalente es *apó*. *Ek* se usa de manera similar en Hechos 12.7: «Y las cadenas se le cayeron de las manos». Compare *ek* en Hechos 28.4, acerca de la serpiente que colgaba de su mano. Ilustraciones del uso elástico de esta preposición respecto a las circunstancias de lugar, condición o estado, se pueden obtener en cualquier diccionario completo.

Cuando, por consiguiente, es necesario decidir si esta preposición, en su uso en 1 Tesalonicenses 1.10, significa «fuera de en medio de», o «de aquello que es inminente», la cuestión se debe determinar por una declaración de las Escrituras sobre el tema respecto a la cual no haya ambigüedad posible, y, como hemos señalado, tal declaración se provee en el capítulo 5, versículo 9: «no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación». Siendo así, los creyentes que pertenecen a la iglesia no pueden estar aquí para atravesar la ira, porque a la negación le sigue una confirmación positiva de salvación, y el contexto explica su modo.

Se apela a Apocalipsis 3.10: «yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra». Aquí, de nuevo, carece de base insistir en que *ek* significa *fuera de* («la hora»); todavía más, el verbo usado en la promesa es *guardar de*, no rescatar o incluso librar, sino guardar de la misma. No es una promesa de ser guardado al atravesarla, sino de una exención de ella. Ni aunque este mensaje, dado a la asamblea en Filadelfia, fuese de cumplimiento futuro en general, se tendría ninguna base para suponer que algún miembro de la iglesia esté condenado a pasarla.

## UNA DECLARACIÓN ESPECÍFICA DE LIBERACIÓN

La declaración de 1 Tesalonicenses 5.9 se presenta tan claramente conectada con el retorno del Señor para recibirnos, como liberación de las calamidades inminentes que sufrirá el mundo bajo la justa ira de Dios en el fin de esta edad, que debemos considerar esta seguridad como una parte fundamental de la doctrina del evangelio relativa al retorno de Cristo. Obtener salvación de esta ira y, pese a ello, atravesarla son ideas claramente incompatibles. Y como la «ira» y la «tribulación» son contemporáneas, estar exentos de la ira de Dios implica la exención de la «angustia para Jacob».

## UNA RECAPITULACIÓN

Recapitulando el tema que se ha tratado hasta aquí, hemos procurado mostrar, primero, que hablar de la iglesia atravesando la tribulación es usar terminología no bíblica y dar la idea de algo que en realidad es imposible; en segundo lugar, que el tiempo de la Gran Tribulación se indica claramente como algo que precede inmediatamente a la Segunda Venida, es decir, la manifestación del Señor para derrotar a sus enemigos, librar a Israel y establecer su reino; en tercer lugar, que las características especiales de esa tribulación serán el sufrimiento sin precedentes que padecerán los judíos a manos de las naciones confederadas bajo los déspotas humanos mencionados como la bestia y el falso profeta, seguido del establecimiento de «la abominación desoladora»; en cuarto lugar, que en tanto los sufrimientos de los judíos a manos del hombre serán la culminación de la ira divina sobre su pueblo terrenal en castigo por su rechazo de Cristo, y que tal ira les habrá caído «hasta el extremo», hay que hacer una distinción entre este castigo remedador y la ira retributiva de Dios derramada sobre las naciones gentiles y sobre los judíos que siguen en apostasía, retribución divina debida a que han adorado a la bestia y han aceptado las afirmaciones de la misma.

Es importante dejar muy clara esta distinción, aunque eso implique algo de repetición. El disgusto divino contra la nación será punitivo y purgativo; el que hay en contra de las potencias gentiles será puramente retributivo. La ira de Dios sobre su pueblo terrenal, ejercida valiéndose de los gentiles, bajo el hombre de pecado, será por ello mediata; la ira derramada sobre las potencias gentiles y sobre los apóstatas judíos será inmediata.

Las Escrituras también dejan en claro que estos dos conjuntos de circunstancias estarán sincronizados. Porque, como hemos visto, la serie de castigos contra las naciones gentiles, también llamadas «los que moran en la tierra» (castigos que constituyen la ira de Dios), cubren un período considerable, desarrollado en los capítulos 6 al 19 de Apocalipsis, que culmina con el azote a las naciones mediante la intervención personal de Cristo; al mismo tiempo, la furia de los gentiles se desata contra Israel (ver especialmente cap. 12.13-17). Esto está de acuerdo con las Escrituras del Antiguo Testamento, p.ej., Salmo 2; Isaías 42.13, con versículo 45, y 43.2; Joel 3.

Entretanto, entonces, como «el tiempo de angustia para Jacob», infligido sobre Israel por medio de las naciones bajo el hombre de pecado, será al mismo tiempo un período en el cual la ira de Dios se derrama directamente sobre las mismas potencias gentiles, y va a ser un período del cual van a ser librados, según declaraciones específicas de 1 Tesalonicenses 1.10 y 5.9, los



creyentes que vivan hasta el arrebatamiento, los miembros de la iglesia, el cuerpo de Cristo.

## **EL MODO DE LIBERACIÓN**

La forma en que esta liberación va a venir se predice en el capítulo 4 de 1 Tesalonicenses, versículos 16, 17, que describen lo que apropiadamente se ha llamado el arrebatamiento, palabra que expresa la declaración: «los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire». No se habla de un rapto secreto. No hay palabra alguna que describa su carácter. Lo que sí se da, sin embargo, es una clara declaración de hechos. Lo que algunos infieren, que este arrebatamiento va a suceder precisamente en el momento cuando el Señor se manifieste en la culminación del castigo divino para destruir a la bestia, para librar a Israel y establecer el reino, no es solo una deducción sin respaldo de las Escrituras, sino que se opone directamente a lo que las Escrituras dicen de la manera más explícita.

Deducir, además, de tal inferencia, que el juicio solemne y augusto del tribunal de Cristo va a ocurrir simultáneamente con el arrebatamiento y la intervención personal del Señor en juicio sobre el mundo es absolutamente incompatible con las doctrinas de la Escritura respecto al arrebatamiento mismo y a la parusía del Señor con los santos, y con lo que la Escritura testifica en cuanto al carácter del tribunal de Cristo.

## **BARRO FRÁGIL: UNA DISTINCIÓN**

Respecto a la nación de Israel, en tanto que los muchos, o la masa, hacen liga con el Anticristo, y, como «el barro» (arcilla frágil), será molido hasta el polvo cuando «la piedra» pulverice a las potencias gentiles, un remanente considerable de la nación le negará lealtad a la bestia, y, siendo preservados mediante el cuidado protector del Señor en medio de la Gran Tribulación, constituirá el pueblo terrenal de Dios cuando el reino se establezca. Una cantidad de judíos será preparada para esta liberación mediante el testimonio especial dado por el profeta Elías y otros, mediante lo cual esos judíos se convertirán de su estado apóstata, y se volverán al Señor en arrepentimiento (Mr 9.12, con Mal 4.6; cp. Ap 11.3).

En cuanto a la preservación de los judíos santos, ver Mateo 24.16; Apocalipsis 12.14-16; y Daniel 12.1: «En aquel tiempo será libertado tu

pueblo [el de Daniel], todos los que se hallen escritos en el libro». El Señor siempre ha tenido un remanente de fieles entre su pueblo terrenal. Así como fue en los días de Elías, y como sucedió en el tiempo de la primera venida del Señor, así todavía en mayor medida será en el tiempo del fin. Al contrario, los judíos que siguen apóstatas están destinados a participar de la ira de Dios aplicada a las naciones gentiles, pero esa ira, como hemos procurado mostrar, hay que diferenciarla, en su ineludible retribución, de la que Dios aplica mediante instrumentos humanos, constituyendo «el tiempo de angustia para Jacob», el horno de fuego por el cual, y del cual, el remanente del pueblo judío, convertido a su Mesías, será librado en la Segunda Venida.

## LA SEGUNDA VENIDA

Las circunstancias de esta Segunda Venida (muy distintas en carácter y tiempo al arrebatamiento de la iglesia) se describen en muchas partes de las Escrituras.<sup>1</sup> El Señor Jesús se revelará «desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Ts 1.7-9). Esa revelación de Cristo constituye la epifanía (o resplandor) de su *parusía* (v. 8), que previamente tendrá su inicio en el arrebatamiento (1 Ts 4.15-17).

---

1. Muchas de ellas se enumeran en el libro del autor, «*The Roman Empire, Its Revival and End*».

## EL ARREBATAMIENTO Y LA GRAN TRIBULACIÓN

*El fin de la edad estará marcado por la ira de Dios. En el pasado, Dios ha castigado a su pueblo por su desobediencia, atrayendo a muchos al arrepentimiento; pero las Escrituras muestran que los castigos aplicados en este período serán puramente retributivos, y culminarán «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo». La liberación para la iglesia llega cuando el Señor viene en el aire (1 Ts 4.17); la liberación para la nación judía ocurre cuando el Señor viene a la tierra (Zac 14.4, 11).*

En su discurso a los discípulos, según se registra en Mateo 24, el Señor predijo que un cierto tiempo habría de «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (v. 21). Indicó tanto el inicio como el final de este suceso. Ocurriría cuando «la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel» se halle en «el lugar santo» (v. 15); e inmediatamente después de eso, él dijo: «el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (vv. 29, 30). Está claro que estos últimos eventos todavía no se han cumplido.

Pasando ahora al libro de Daniel hallamos una predicción del mismo período, con similares indicaciones de tiempo. El capítulo final, cuyo tema corre consecutivamente con el del capítulo 11, empieza con la declaración: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces». En cuanto a la terminación del período, la profecía declara: «pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para [más literalmente, éstos serán para] vida eterna, y otros para [aquellos serán para] vergüenza y confusión perpetua». Estos últimos se ven en contraste los anteriores. «Estos» son los «muchos», que van a levantarse en ese tiempo; «aquellos» son otros que no participan en

esa resurrección, pero esperan un destino diferente. Es tiempo de liberación para los judíos, y se da a entender que la resurrección será la porción de muchos. Esta liberación todavía no ha sucedido.

En cuanto a las circunstancias que van a mostrarse cuando ocurra esta Gran Tribulación, las palabras iniciales del capítulo, «En aquel tiempo», señalan a lo que se acaba de decir en el capítulo 11, que predice una guerra que sucederá en Palestina. La tribulación sin precedentes no puede, por consiguiente, ser vista como algo que se extiende por los siglos de la presente era desde el 70 A.D. Puesto que el tiempo de angustia se conecta con una gran guerra y con el derrocamiento de un tirano, por un lado, y termina con la liberación y resurrección, por el otro, el período todavía debe estar en el futuro. De nuevo, en el pasaje del Evangelio de Mateo, la indicación similar del tiempo, que dice de la abominación desoladora que estará en el lugar santo, no se refiere a algo que ocurrió en el 70 A.D. No ha habido ninguna guerra que haya continuado por todos estos siglos. Ninguna abominación, estatua ni nada parecido, se puso en el lugar santo cuando los ejércitos romanos de Tito asediaron Jerusalén y destruyeron el templo.

La profecía del libro de Daniel, respecto a la abominación a la cual Cristo se refirió, es como sigue: «Después con la muchedumbre [o «pináculo»] de las abominaciones vendrá [o «será»] el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador» (9.27; la traducción de la versión Reina Valera es sin ninguna duda precisa aquí). Nada de lo que se menciona en ese pasaje, en cuanto a un pacto con los judíos y el derramamiento de la ira divina sobre el desolador, se cumplió en el caso del poder romano en el siglo primero.

Esta predicción que pronunció el Señor: «cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel», tenía referencia a otros aparte de los apóstoles, como indica el paréntesis de Mateo: «(el que lee, entienda)». Con una expresión similar, Cristo les dijo poco después a Caifás y a los escribas y ancianos: «desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (26.65). Caifás y sus compañeros no estarían personalmente allí para ver el evento. Las palabras del Señor hacían referencia al pueblo judío que lo vería, y que estaba representado en el sumo sacerdote y los otros la noche de su traición. Los discípulos no estuvieron necesariamente allí en persona para ver la abominación o huir a las montañas, ni tampoco hay evidencia alguna de que hayan estado en Jerusalén en el 70 A.D., y que huyeron de allí en ese tiempo. Han habido ocasiones de gran tribulación en la historia pasada, pero a lo que se refieren las profecías del libro de Daniel y las pronunciadas por el Señor era claramente a un período bien definido, sin precedente en su severidad, y comparativamente de breve duración. Jeremías habla del mismo tiempo

cuando dice: «¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado» (Jer 30.7). Todo el mundo estará en realidad involucrado en la Gran Tribulación, pero lo que Jeremías dice marca un rasgo distintivo del mismo.

Por consiguiente, dos cosas se destacan con claridad, que la Gran Tribulación está destinada a suceder al fin de la presente edad y que quedará terminada por la manifestación de Cristo en gloria para la liberación de su pueblo terrenal, los judíos.

## EVENTOS SIMULTÁNEOS

### Un período de ira divina

El período final de la edad también se marca en las Escrituras como un tiempo de la ira de Dios sobre el mundo. Los castigos de Dios han sido remediadores, y han llevado a los hombres al arrepentimiento; pero las Escrituras muestran que los castigos aplicados en el período que se está considerando serán puramente retributivos, y culminarán «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts 1.7-8).<sup>1</sup>

El que la retribución divina se extenderá por un período, y que ese período ha de ser distinto del tiempo presente de la gracia benevolente y misericordiosa de Dios se demuestra indefectiblemente como sigue. El capítulo 19 de Apocalipsis describe la acción culminante de este período final, es decir, la venida de Cristo desde el cielo para castigar a los enemigos de Dios (vv. 11-21), evento que de otra manera se menciona en el pasaje de 2 Tesalonicenses 1, al que ya se ha hecho referencia. Los capítulos 15 y 16 de Apocalipsis describen siete juicios o castigos que precederán a ese evento, y la declaración de apertura respecto a estos es que «en ellas *se consumaba* la ira de Dios» (15.1). Estos castigos mismos se extienden por un período, incluyendo la ejecución de la retribución de Dios sobre «la gran Babilonia», que recibe «el cáliz del vino del ardor de su ira» (16.19).

Claramente, la serie de castigos mencionados en el capítulo 16 va a caer sobre el mundo antes de la Segunda Venida, que se describe en el capítulo 19.11 hasta 20.3. Porque, bajo el quinto de esa serie, el reino de la bestia todavía está en existencia (v. 10); bajo el sexto, la bestia y el falso profeta todavía están activos y dedicados a los preparativos para «la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso» (v. 14). Estos pasajes muestran, por

consiguiente, que este período de ira precederá a la aparición de Cristo en gloria en su Segunda Venida, porque es entonces cuando el Anticristo será destruido por el Señor mismo (2 Ts 2.8).

Las calamidades que serán infligidas en este período no están confinadas a la bestia y sus confederados, tal como se indica en los capítulos precedentes, porque los ayes se pronuncian sobre «los que moran sobre la tierra» (8.13).

Los capítulos precedentes también describen circunstancias similares de retribución divina sobre el mundo (cp. por ejemplo, 14.9, 10). En el capítulo 11.18 la traducción correcta es: «Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido [más literalmente, «vino»]». Las circunstancias en estos capítulos no son las que exhiben la misericordia de Dios. Se indica un período distinto, caracterizado por la ira de Dios.<sup>2</sup>

## Un aseguramiento distintivo

Así pues, las Escrituras que hemos considerado indican, primero, que la Gran Tribulación ocupará el período final de esta edad y, en segundo lugar, que también el mundo de ese tiempo caerá bajo la ira de Dios. Las dos situaciones van a ser simultáneas.

## LIBERACIÓN DE LA IRA VENIDERA

Al escribir a la iglesia de Tesalónica, el apóstol Pablo les recuerda «cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (literalmente, «la ira que viene») (1 Ts 1.9-10). La frase «quien nos libra» consiste en el original, del artículo y el participio presente. Hay versiones que la han traducido incorrectamente con el tiempo pasado. La frase es, literalmente, «Aquel que libra», y es equivalente a un título: «el Libertador». En realidad así se traduce la misma construcción de la misma palabra en Romanos 11.26, correctamente. La traducción precisa, entonces, es «y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, nuestro Libertador de la ira venidera». La ira a que se refiere es, por consiguiente, no la que permanece ahora sobre el no creyente, como en Juan 3.36; tampoco se puede tomar la frase como referencia al castigo de los perdidos en el otro mundo. Que el apóstol esté tratando el tema de esperar del cielo al Hijo de Dios es en sí mismo una indicación de que su venida significará la liberación de la iglesia de la ira venidera. Sabemos por la

epístola misma que Pablo había instruido oralmente a la iglesia de Tesalónica en cuestiones relativas a la Segunda Venida y a los castigos destinados a precederla (ver cap. 5). La frase «la ira venidera», sería, por consiguiente, familiar para ellos.

En cuanto a la cuestión de si la iglesia va a pasar al período de ira y ser librada de en medio del mismo, se arroja luz sobre ello conforme la epístola avanza. Se da una declaración categórica en el capítulo 5. Allí el apóstol dice que «no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (v. 9). Aquí, de nuevo, el tema es la venida del Señor. Nosotros que somos «del día» debemos ponernos como casco «la esperanza de la salvación», y por esto, «no nos ha puesto Dios para ira». El apóstol muestra que nuestra liberación se basa en la muerte de Cristo; no depende de nuestra condición espiritual del momento. Él «murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él». La liberación a que se refiere es la consumación de nuestra salvación; «la redención de nuestro cuerpo».

En este pasaje, como en el capítulo 1, la ira obviamente no es la mencionada en Juan 3.36. Tampoco es una referencia a lo que pasará en el otro mundo. Aun si fuera posible concebir tal referencia, el enunciado es categórico en cuanto a que los santos de la iglesia no están destinados para la ira en ningún momento, y que consecuentemente no están destinados a la ira que será derramada sobre el mundo al cierre del período de la presente edad. Ellos van a obtener la salvación cuando Cristo venga para recibirlos. Esa salvación será la consumación de la salvación presente que ellos disfrutaban por la obra redentora de la cruz.

Este pasaje, con el de capítulo 1.10, ilumina bien el tema. La liberación no es de en medio de la ira, sino antes de que se la derrame. Esta verdad se confirma en la segunda epístola, al final del capítulo 2, donde el apóstol dice: «Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación» (2 Ts 2.13). Ese «pero» pone la liberación de los santos en contraste con el estado del mundo que se acaba de describir en el mismo capítulo como bajo el poder del hombre de pecado, estado que recibe retribución divina.

Aunque estas epístolas fueron dirigidas a la iglesia de Tesalónica, es necesario tener presente que fueron dadas por el Espíritu de Dios como parte de las Escrituras inspiradas, y por consiguiente tenían el propósito de ser registros permanentes para instrucción de las iglesias en todas partes. Fueron diseñadas para permanecer como verdad para la iluminación y edificación de los santos en toda esta edad. Para este tiempo, con mucho, la mayor parte de la

iglesia ya está con el Señor. Para los que permanecen en la tierra, sea ahora o después, y hasta el arrebatamiento, Dios ha provisto estas Escrituras, para que, inspirados por su esperanza estimuladora, los santos puedan mantenerse en un espíritu de expectativa, y que, como los santos tesalonicenses de la antigüedad, ellos puedan «esperar de los cielos a su Hijo».

En respaldo a la noción de que parte de la iglesia está presente durante la Gran Tribulación, se razona que, si bien no hay sufrimiento penal para los creyentes, todo azote disciplinario sobre Israel o las naciones antes de que Cristo venga tiene, al menos en parte, un carácter correctivo, que debe guiar al arrepentimiento, y que la última tribulación, pese a su carácter especial, no es una excepción de ello. Esta línea de enseñanza, sin embargo, no considera adecuadamente el hecho de que la Gran Tribulación viene en un período marcado distintivamente como de la ira de Dios. Tampoco reconoce los aseguramientos dados a la iglesia en los pasajes que acabamos de considerar.

Se plantea la pregunta de por qué habría que considerar una promesa de liberación de la ira venidera como diseñada para la iglesia, cuando hay otros santos a quienes se les ha dado la seguridad de preservación a través del período de la Gran Tribulación, y que en ese caso estarían presentes en el mundo en el período de la ira. En respuesta a esto, las Escrituras hacen una distinción que cabe observar. La promesa dada en la Primera Epístola a los Tesalonicenses muestra que, para la iglesia, la liberación de la ira venidera será mediante el arrebatamiento (expresión muy bíblica; ver 1 Ts 4.17), por el poder del Señor, en la resurrección de los que han dormido y la transformación de los que estén vivos. Esa seguridad se le da a la iglesia. La liberación de los fieles que son preservados en el período que sigue vendrá de una manera diferente. El suyo es un destino terrenal, y serán guardados bajo el cuidado protector divino de una manera especial. La nación judía, como tal, será preservada para la paz y poder terrenales en el milenio. Los pueblos gentiles también continuarán, porque deben disfrutar de las condiciones mileniales. Ninguno de los que han adorado a la bestia o que hayan recibido su marca serán guardados así (Ap 14.9-11). Se sigue que los judíos y gentiles que pasen por la Gran Tribulación al reino milenal de Cristo son los que no han adorado a la bestia y han sido preservados de la muerte.

Es importante, entonces, distinguir entre la enseñanza dada, por un lado, respecto a la iglesia, su carácter, su destino y su liberación y, por otro lado, respeto al pueblo terrenal de Dios, los judíos, un número elevado de los cuales tiene asegurada la preservación. Un remanente de gentiles también escapará de la muerte durante el tiempo de la ira, y participará en la bienaventuranza del reinado terrenal del Mesías.

En cuanto a aquellos que son masacrados por su fidelidad, y disfrutarán de



la gloria de la resurrección, Dios tiene su propia manera de tratar con la gente. A nosotros nos corresponde aceptar lo que está expresado en las Escrituras y dejar a un lado los razonamientos en cuanto a por qué ciertas personas deben recibir un trato y otras otro; por qué debe ser la suerte de algunos formar parte de la iglesia y ser sacados de la tierra en el arrebatamiento, y otros después compartirán suerte con esa parte de la nación judía que es guardada para la bendición milenial; y por qué ciertas personas deben atravesar las calamidades de ese tiempo, e incluso sufrir la muerte, disfrutar de la vida de resurrección, aparte de la incorporación real a la iglesia. Estas cosas quedan con los determinados consejos de Dios. La liberación para la iglesia llega cuando el Señor venga en el aire (1 Ts 4.17); la liberación para la nación judía ha de suceder cuando el Señor venga a la tierra (Zac 14.4, 11).

## EL INTERVALO

Las Escrituras ya anotadas indican, aparte de varias consideraciones similares que el período de «la ira de Dios» marca un intervalo entre el arrebatamiento de los santos y la Segunda Venida de Cristo a la tierra para derrotar a los enemigos de Dios y la liberación de la nación judía de su tiempo de angustia. La existencia de tal intervalo es del todo congruente con el significado de la palabra *parusía* (literalmente, «estar con»), que significa no solo una venida, sino una presencia con. Este punto exige atención adicional.

La enseñanza de la Palabra de Dios siempre es coherente. El claro significado de esos pasajes bíblicos que hemos estado considerando en las páginas precedentes no contradice otros pasajes. Por el contrario, lo confirman.

- 
1. Que este pasaje se refiere a un evento premilenial se indica por el hecho de que la venganza se aplica a aquellos que «no obedecen *al evangelio de nuestro Señor Jesucristo*». Una descripción más completa de las circunstancias se da en Apocalipsis 19.11-21, donde se ve al Señor viniendo con sus ejércitos celestiales para castigar a las naciones y pisar «el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso» (v. 15).
  2. «Esta ira hay que entenderla, entonces, a partir de las calamidades con las que Dios visitará a los hombres sobre la tierra cuando el presente período de gracia se termine, y que caerá primero sobre los judíos, luego sobre los gentiles (Ro 2.2, 9). A las calamidades de los judíos se hace referencia en Jeremías 42.7; Zacarías 14.2; Mateo 24.15-21, y a las de los gentiles en

Zacarías 14.3; Mateo 24.30; Lucas 21.25-29, entre muchos otros pasajes. Al creyente se le asegura la liberación de ambos por el Señor Jesucristo (cp. 5.9; Ro 5.9)». Tomado de *Notes on The Epistles to the Thessalonians*, por C. F. Hogg y el escritor.

## OBJECIONES

*Aquí el autor se centra en las objeciones y preguntas clave que muchos han planteado con el correr de los años. Se dedica tiempo para reconocer y contestar diferentes puntos de vista respecto a la cronología del arrebatamiento y la tribulación.*

Nos proponemos ahora señalar algunos de los principales argumentos aducidos a favor de la idea de que el Señor no sacará a la iglesia sino después de la tribulación.

**(1) Se nos dice que puesto que Jehová le ha dicho a Cristo: «Siéntate a mi diestra, Hasta ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Sal 110.1; Mt 22.24), el Señor Jesús no podría venir para recibir a los santos a sí mismo, como en 1 Tesalonicenses 4.16, 17, sino hasta el tiempo de la derrota de sus enemigos, que no sucederá sino después de la Gran Tribulación.**

Esta argumentación presupone que cuando Cristo venga a recibir a la iglesia, dejará de estar a la derecha de Dios. Esta es una inferencia injustificada. El Señor no dejará de ocupar esa posición cuando descienda del cielo para el arrebatamiento de los santos. La expresión significa una posición de autoridad y poder más que una actitud física. Un rey no deja de ocupar el trono de su país cuando va a visitar otra parte. El hecho de que ocupe el trono no depende de que esté continuamente sentado en la misma silla del estado. Es más, el mártir Esteban vio al Señor de pie «a la diestra de Dios» (Hch 7.56) y sin embargo no se habían quebrantado las Escrituras que dicen: «Siéntate a mi diestra». Un intervalo entre el descenso de Cristo en el aire para el arrebatamiento de los santos y su Segunda Venida para el derrocamiento de sus enemigos no podría significar ningún cambio en su autoridad.

**(2) Se dice que la palabra *apantesis*, «recibir» en 1 Tesalonicenses 4.17 significa que los que van para recibir a una persona vuelven a su lugar inicial con él y que, por consiguiente, cuando el Señor venga por la iglesia volverá de inmediato con ella a la tierra.**

Esta idea impone sobre la palabra un significado que de ninguna manera está obligada a admitir. Es cierto que la palabra sugiere por lo general que los que salen a recibir a una persona tienen el propósito de volver, en su compañía, al lugar desde donde partieron, pero el retorno no es necesariamente inmediato. Si una persona deja Liverpool para ir a Londres, con el propósito de recibir a un amigo que viene de París, y volver con él a

Liverpool, no inmediatamente, sino después de una estadía más o menos prolongada con él en Londres, la palabra *apantesis* sería tan aplicable para describir la reunión como si el retorno fuera inmediato. Es más, la forma *apantao*, «recibir», tiene un significado de variación amplia. Se usa para el encuentro de una persona en una discusión, o para el encuentro de reyes en batalla. Por tanto, no es seguro basar una doctrina en una aplicación particular la palabra. Sabemos que los santos van a ser arrebatados para encontrar al Señor, y que vuelven con él en su gloria y poder para lidiar con los reinos de este mundo, pero decir que este último evento debe seguir de inmediato al primero, debido a un significado especial de *apantesis*, es insostenible.

**(3) El apóstol Pedro testificó en cuanto a Cristo que los cielos deben recibirle «hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas» dichas por los profetas (Hch 3.21). De esto se deduce que Cristo no puede venir hasta que el Anticristo haya terminado su tarea; cabe preguntarse: ¿podría el ascenso y poder del más horrible opositor de Dios ser «los tiempos de la restauración»?**

Antes de considerar la frase en sí, será bueno comentar que no hemos dicho que Cristo vendrá incluso antes que el surgimiento del Anticristo. De nuevo, es necesario distinguir entre el arrebatamiento y la Segunda Venida. La venida de Cristo significa su regreso al mundo. En su primera venida nació en Belén; en la segunda vendrá al Monte de los Olivos (Zac 14.4). En «la venida [o parusía] del Señor» (1 Ts 4.15) para el arrebatamiento de los santos descenderá en el aire (v. 17). La parusía no es lo mismo que la Segunda Venida. En ninguna parte dicen las Escrituras que al arrebatamiento le deba seguir de inmediato la Segunda Venida.

En cuanto a «la restauración de todas las cosas», adquiere significado el hecho de que no dice «a quien los cielos deben recibir hasta la restauración de todas las cosas dichas por los profetas». «Los tiempos de la restauración» cubren un período. Los eventos que preceden de inmediato a la restauración se incluyen naturalmente en el tiempo relativo al mismo. La ira de Dios mediante la cual el mundo sufre retribución por su rechazo de Cristo y por haber recibido y adorado al Anticristo, y que culminará en la destrucción de los enemigos de Dios, es un preliminar necesario para el establecimiento del reino. Ese período de ira, por consiguiente, tiene su lugar en los tiempos de restauración. En la restauración de un edificio dilapidado, con frecuencia hay que retirar del paso muchos escombros como acto previo necesario al propósito en mente. Del arrebatamiento de los santos, como algo que viene previamente a este período de ira, sería coherente decir que da paso a «los tiempos de la restauración».

Claramente, no se puede desarrollar una doctrina en este pasaje, como la

de que al arrebatamiento de los santos deba seguirle en sucesión inmediata la venida del Señor con los santos y con sus ángeles.

**(4) Se dice que, como el hombre de pecado va a ser destruido por la «venida» del Señor, según 2 Tesalonicenses 2.8, esto indica que su venida en el arrebatamiento y la destrucción del hombre de pecado deben ser simultáneas.**

Una consideración cuidadosa de lo que en realidad se dice en este versículo mostrará que la inferencia no tiene fundamento. Lo que dice es esto: «Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida». La palabra que se traduce «resplandor» es *epifaneia*, y es literalmente «un brillar». La palabra que se traduce «venida» es *parusía*, y, como ya se ha señalado, esta (literalmente, «un estar con») significa la presencia de una persona con otras. Su uso en Filipenses 2.12, por ejemplo, es suficiente ilustración, donde Pablo habla de su *parusía*, su «presencia» en Filipos, en contraste con su *apusía*, su ausencia de esa ciudad. *Parusía* siempre se refiere a un período de tiempo, aunque pueda contemplarse especialmente algún evento en particular en el período. Lo que aquí se tiene en mente, entonces, es el evento, conectado con la *parusía* del Señor con sus santos, que verá la destrucción del inicuo. Se le llama la manifestación, o resplandor, de su *parusía*, porque, en compañía de sus santos (que previamente han estado con él desde el tiempo del arrebatamiento, cuando empieza su *parusía*), irrumpirá en la escena de las actividades del hombre de pecado, y será allí y entonces cuando reducirá al tirano a la nada, consumiéndole con el espíritu de su boca. Esto dará paso al reinado milenial de justicia. «El resplandor de su venida» confirma contundentemente, entonces, la enseñanza de que habrá un intervalo entre el arrebatamiento y la Segunda Venida.

Será bueno citar aquí un párrafo o dos sobre el tema de la *parusía*, de las notas sobre la Primera Epístola a los Tesalonicenses de C. F. Hogg y este autor. La nota se toma del comentario sobre las palabras de 1 Tesalonicenses 2.19: «¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?».

«Parusía, aquí traducida “venida”, es un sustantivo formado del verbo *pareimi*: estar presente, como en Lc 13:1; Jn 11:28; Hch 10:33, etc., y de aquí “un estar presente con”. En un documento en papiro se usa de una visita real a un cierto distrito; en otro, una persona dice que el cuidado de su propiedad exige su “presencia” en cierta ciudad ... La traducción habitual es equívoca, porque “venida” es más apropiada para otras palabras, tales como *ercomai*, Lc 12:45; 19:23; *eleusis*, Hch 7:52; *eisodos*, 13:24; siendo la diferencia que, en tanto que estas palabras dirigen la atención al

desplazamiento a, y la llegada a, un lugar, *parusía* la dirige a la estadía que sigue a la llegada allá. Sería preferible, por consiguiente, transliterar la palabra antes que traducirla, es decir, usar “*parusía*”, antes que “*venida*”, en dondequiera que la referencia sea al Señor Jesús.

»Donde *parusía* se emplea referida al Señor Jesús, se refiere a un período definido. De este modo, en 2 Pedro 1.17 describe, no la compañía diaria y general del Señor con sus discípulos entre el pueblo, sino ese período limitado durante el cual él se transfiguró delante de ellos, Mateo 17.1-8. Donde se la usa proféticamente, *parusía* se refiere a un período que empezó con el descenso del Señor del cielo, al aire, 1 Tesalonicenses 4.16, 17, y termina con su revelación y manifestación al mundo.

»Durante la *parusía* del Señor en el aire con su pueblo, Pablo esperaba dar cuenta de su mayordomía ante el tribunal de Cristo, 1 Corintios 4.1-5; 2 Corintios 5.10; la presencia allí de los convertidos tesalonicenses y su elogio por parte del Señor, sería recompensa a los evangelistas que habían sido los medios de su conversión y a los pastores y maestros que habían trabajado entre ellos. Para un pensamiento similar, ver 1 Juan 2.28, cp. 1 Pedro 5.4. Allí, también, todos serían abundantemente compensados por sus aflicciones que estaban atravesando.

»La *parusía* del Señor Jesús es de este modo un período con un principio, un transcurso y una conclusión. El principio destaca en 4.15; 5.23; 2 Tesalonicenses 2.1; 1 Corintios 15.23; Santiago 5.7, 8; 2 Pedro 3.4; el transcurso, aquí y en 3.13; Mateo 24.2, 37, 39; 1 Juan 2.28; la conclusión, en 2 Tesalonicenses 2.8; Mateo 24.27».

De nuevo, el pasaje de Mateo 24.37-39 indica claramente un período. El Señor dice que «Mas como en los días de Noé, así será la *venida* del Hijo del Hombre». Así como los días de Noé terminaron con la *venida* del diluvio, el período *venidero* terminará con la intervención de Cristo, en el resplandor, manifestación, de su *parusía*, como en 2 Tesalonicenses 2.8. En ese evento vendrá acompañado, no de sus ángeles, sino de sus santos. Entonces viene «para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.10). Que sus santos vendrán con él se confirma en Apocalipsis 19, que describe el mismo evento, porque se ve que los ejércitos de los cielos le siguen en caballos blancos, «vestidos de lino finísimo, blanco y limpio» (v. 14). El lino fino se define en el versículo 8 como «las acciones justas de los santos». Las bodas del Cordero para ese tiempo ya han ocurrido en el cielo, y su esposa se ha preparado para venir con él.

Como ilustración adicional del hecho de que la *parusía* es un período, y no algo momentáneo, el pasaje de 2 Tesalonicenses 2 pasa a hablar de la *parusía* del hombre de pecado mismo. La *parusía* de este déspota será «por obra de

Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad». Obviamente, con tal descripción no se pretende indicar meramente la ocasión de su ascenso a la supremacía, sino a su período de supremacía. Estas cosas caracterizarán su presencia, su *parusía*, en el mundo.

Puesto que la *parusía* de Cristo es un período, la idea de que el resplandor o manifestación de esa *parusía*, para la destrucción del hombre de pecado, es lo mismo que su descenso en el aire por sus santos queda, por no decir más, sin demostrar.

**(5) En su Segunda Epístola a los Tesalonicenses, el apóstol dice: «Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts 1.6-8). Se concluye de esto que la iglesia no puede obtener reposo hasta que Cristo venga para aplicar esta venganza y, por consiguiente, al arrebatamiento debe inmediatamente seguirle la Segunda Venida.**

No hay base válida en este pasaje para la inferencia de que la Segunda Venida, o la venida del Señor Jesús para aplicar venganza, deba ser precedida inmediatamente por el arrebatamiento. La siguiente acotación procede de *Notes on the Epistle to the Thessalonians* de C. F. Hogg y este autor.

«El tema que está directamente considerando el apóstol no es el reposo de los santos, sino la retribución de parte de Dios a sus perseguidores. Por tanto, las palabras “y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros” son una extensión incidental de la idea acerca de la recompensa, y se debe leer parentéticamente, permitiendo que las palabras que siguen se conecten directamente con el cierre de versículo 6, de esta manera: “pagar con tribulación a los que os atribulan (y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros), cuando se manifieste el Señor Jesús”. El tiempo indicado no es aquel en el cual los santos serán librados de la persecución, sino aquel en el cual sus perseguidores serán castigados. El tiempo de alivio para los santos se ha indicado en la carta anterior, 4.15-17; aquí, todo lo que se necesitaba era una referencia de paso a un hecho que ya conocían los lectores. Tales extensiones de pensamiento no son raras en los escritos epistolares; cp. v. 10, 1 Tesalonicenses 1.6; 2.15, 16.

»Puesto que, entonces, el reposo de los santos empieza con el descenso del Señor en el aire, que marca también la inauguración de la *parusía*, la *parusía* misma intervendrá antes de que empiece a ser ejecutada la venganza de Dios. La cuestión aquí no es si el período así designado será de mayor duración, digamos, extendiéndose años, o más breve, digamos, limitado a

horas o incluso minutos».

**(6) Al partir el Señor dio a los discípulos la promesa de que estaría con ellos «todos los días hasta el fin del mundo [edad]». Esto se toma como señal de que la iglesia debe estar aquí hasta la finalización del gobierno del Anticristo y, por consiguiente, también de la Gran Tribulación.**

La palabra traducida «fin» no es *telos*, que pudiera significar «una terminación», sino *sunteleia*, «una consumación»; tal como se debería traducir para ser más precisos. Lo que se tiene en mente, por tanto, no es la finalización en sí, sino el inicio de los eventos que están destinados a ocurrir al final de la edad. En los cinco lugares en este evangelio en donde se halla la palabra se da a entender un período. El Señor prometió estar con sus seguidores hasta cuando quiera que sea el tiempo en que los asuntos del mundo deban llegar a tal consumación. Los eventos pueden en cualquier momento estar acercándose a tal crisis. La remoción de la iglesia la iniciaría al instante. Este pasaje no ofrece ninguna prueba de que alguna parte de la iglesia deba estar aquí hasta el último día de la edad. Otros eventos posteriores estarían incluidos en «la consumación». Es más, la ausencia de la iglesia no anularía la presencia del Señor con cualquiera que llegue a ser fiel durante el período que sigue.

**(7) En la primera epístola a los Corintios, el apóstol dice que la resurrección de los santos que han dormido, y la transformación de los santos vivos, han de ocurrir «a la final trompeta» (1 Co 15.52). Se sugiere que esta es la última de la serie de trompetas mencionadas en Apocalipsis 11.15, que inicia una escena final antes del establecimiento del reino milenal.**

Pablo escribió a la iglesia de Corinto mucho antes de que el apóstol Juan escribiera Apocalipsis. Los lectores de la Primera Epístola a los Corintios, que eran griegos, estaban muy familiarizados con la metáfora de la última trompeta. Para ellos era una metáfora militar, y sencillamente indicaba la señal dada para que el ejército empezara a moverse. La frase dirigía la mente no tanto a la serie de sonidos, sino al hecho de que un ejército se ponía en movimiento. No hay razón válida para suponer una conexión entre el uso que Pablo hace de la frase y la serie de trompetas descritas más tarde en el libro de Apocalipsis. Además, no hay similitud entre los eventos de los que habla Pablo y los que introduce la serie de trompetas en Apocalipsis. La inferencia de que Pablo se refiere a lo que más adelante se le reveló a Juan es, por consiguiente, insostenible.

**(8) El apóstol dice en Romanos 11.25 «que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los**



**gentiles». Se aduce que, suponiendo que «la plenitud de los gentiles» es la iglesia, Israel, será salvado inmediatamente después de que la iglesia quede completa. La inferencia de esto es que serán traídas personas a la iglesia justo hasta el tiempo en que Israel va a ser librado y que, por tanto, algunos miembros de la iglesia estarán aquí durante la tribulación.**

Aunque «la plenitud de los gentiles» fuera coincidente con la iglesia, no necesariamente se desprendería de las palabras del apóstol que la salvación de Israel será inmediatamente sucesiva a la compleción de la iglesia. En verdad, lo uno está condicionado a la realización de lo otro; pero la predicción se cumpliría de sobras aun con un intervalo entre la venida de la plenitud de los gentiles y la liberación de Israel. No es necesario para el significado de las palabras del apóstol que en el momento en que la plenitud haya llegado, el endurecimiento de Israel cese. Lo que dice es que una circunstancia debe preceder a la otra, y que esta última no puede suceder mientras no se haya logrado la anterior.

Pero es una interpretación cuestionable la que explica la venida de la plenitud de los gentiles por la compleción de la iglesia. El tema del apóstol aquí no es la iglesia, sino los tratos dispensacionales de Dios con judíos y gentiles, su severidad judicial con los primeros y su bondad con los segundos. Pablo ya ha usado la palabra «plenitud» para significar la bendición prometida a la nación de Israel (v. 12), y ha mostrado cómo la misericordia de Dios dio salvación a los gentiles. De nuevo, en este capítulo distingue entre gentiles y judíos que han recibido a Cristo y, por consiguiente, han llegado a ser parte de la iglesia; porque los judíos convertidos, miembros de la iglesia, constituyen el «remanente» judío espiritual al cual el mismo apóstol pertenece (eso siendo cierto también que en Cristo no hay ni judío ni gentil). La frase «la plenitud de los gentiles» parecería, por tanto, abarcar a todos los gentiles, como tales, que de alguna manera recibirán liberación y bendición previamente a la restauración nacional de Israel al principio del milenio.

**(9) Se dice que la palabra epifaneia, «aparición», significa la manifestación de Cristo en gloria en su Segunda Venida para el derrocamiento de los inicuos y el establecimiento de su reino y que, en consecuencia, los pasajes donde la palabra aparece relativa al tema no se pueden referir a un arrebatación que tenga lugar con antelación.**

Limitar así la aplicación de esta palabra es una presuposición sin base. *Epifaneia* se usaba entre los griegos en diversos sentidos como, por ejemplo, para la aparición de un enemigo ante el ejército en el campo, o de uno de los dioses paganos a los hombres, etc. En las Escrituras se usa refiriéndose a la manifestación del poder de Dios para ayudar a su pueblo Israel contra los

canaanitas (2 S 7.23), y a la aparición del pueblo ante él (Am 5.22). En el Nuevo Testamento se usa para el advenimiento del Salvador en su encarnación (2 Ti 1.10).

Cuando el apóstol exhorta a Timoteo a guardar el mandamiento «sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ti 6.14), es una interpretación insostenible la que hace necesario suponer que se refiere a la manifestación de Cristo con sus santos y ángeles en llama de fuego. El contexto indica que alude al descenso del Señor Jesús en el aire para encontrar a los santos, como en 1 Tesalonicenses 4.15-17. Ese evento, por supuesto, constituye una *epifaneia*, una aparición, de Cristo a sus santos.

Un pasaje similar es 2 Timoteo 4.1, que una traducción con mayor precisión diría: «Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos, y por su manifestación y su reino». (Esto ha sido traducido erróneamente en algunas versiones que parecen indicar que el juicio de los vivos y los muertos será simultáneo). Lo que se ha dicho arriba se aplica aquí, que no hay base para la presuposición que obliga a la idea de que la aparición y el reino son simultáneos o inmediatamente sucesivos. «La manifestación» es muy posiblemente el descenso de Cristo para el arrebatamiento de los santos, y «el reino» el establecimiento a continuación del gobierno terrenal de Cristo cuando venga con sus santos.

Es cierto que «*epifaneia*» se usa con referencia a este último evento. Esto se ve claro en Mateo 24.27, que habla del resplandor de la gloria del Señor Jesús «como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente», pero que es inmediatamente posterior a la revelación (*apocalupsis*) de su parusía con sus santos. Así, de nuevo, en 2 Tesalonicenses 2.8, el hombre de pecado será reducido a nada «con el resplandor [*epifaneia*] de su venida [*parusía*]»; y de nuevo en Tito 2.13: «aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo». (De esto hablaremos más, más adelante). Pero, que se emplee *epifaneia* en estos tres pasajes refiriéndose al evento posterior, no da base para limitar toda ocurrencia de la palabra respecto al futuro, a ese evento. Además, esta última *epifaneia*, o aparición, de Cristo será con los santos y no como de su venida para llevarlos al aire para encontrarse consigo.

Es necesario cuidarse para no poner una limitación indebida a la aplicación de las palabras en las Escrituras, especialmente cuando tales palabras muestran una variedad en su uso. El verbo correspondiente, *epifaino*, se usa referido a las estrellas (Hch 27.20), y a la gracia, y a la misericordia y amor de Dios manifestados en la venida de su Hijo para la salvación de los hombres (Tit 2.11; 3.4).<sup>1</sup>

Lo que se ha dicho arriba se aplica de igual manera a la palabra *apocalupsis*, un descubrir, develar. Se usa en el Nuevo Testamento con toda una serie de diferentes aplicaciones. Respecto a la futura revelación de Cristo, la misma variante que se acaba de mencionar prohíbe que se la restrinja a un solo evento. En 2 Tesalonicenses 1.7, que habla de «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego», la referencia es claramente a la Segunda Venida en castigo sobre el mundo. Pero esto no justifica la conclusión de que la palabra se refiera a ese evento en todo pasaje relativo al tema.

Por ejemplo, el elogio del apóstol a la iglesia de Corinto de que no se quedaban atrás en ningún don, «esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo», puede bien señalar al tiempo del arrebatamiento; porque, cuando el Señor viene para resucitar a los santos muertos y transformar a los vivos, su acto incluye con certeza un develar su persona a ellos, y esto es muy distinto de su revelación de sí mismo en su Segunda Venida, para la derrota de sus enemigos.

Respecto a la prueba de nuestra fe, que debe ser hallada «en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo», a la que se refiere aquí, algunos la asocian con el tiempo de establecer el reino terrenal, y otros a lo que los santos van a disfrutar cuando el Señor venga para recibirlos. Así también respecto a sus sufrimientos, en los cuales ellos deben regocijarse, como participantes de los sufrimientos de Cristo, «para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría» (1 P 4.13).

Aun siendo correcta la idea de que esta alegría se cumple en la Segunda Venida, cuando el Señor venga para tratar con su castigo al mundo y establecer su reino, no se provee ninguna base aquí para deducir que no haya un período entre el arrebatamiento y la Segunda Venida, entre la remoción de sus santos para encontrar al Señor en el aire, y su venida con ellos. Porque, como se ha señalado, este último evento es la consumación de la esperanza de los santos, «la esperanza bienaventurada», y este sería el tiempo de «gran alegría» y de «alabanza, honra y gloria».

El uso de la palabra *apocalupsis* nos da otro caso en que es necesario no limitar el significado y aplicación de las expresiones de las Escrituras.

**(10) De la parábola de la cizaña se deduce que, puesto que la cizaña y el trigo crecen «juntamente lo uno y lo otro hasta la siega», y la cizaña es atada en manojos para ser quemada, y el trigo reunido en el granero, la iglesia no puede ser reunida sino hasta el mismo fin de la edad, cuando ocurra la separación, y los justos brillen en el reino.**

Esta conclusión se apoya en la presuposición de que el trigo representa, y es coextensivo con, la iglesia. La presuposición no aguanta, sin embargo, la

prueba de las Escrituras que hablan del arrebatamiento de los santos. Es más, no hay ninguna implicación directa, ni en esta parábola ni en la interpretación que nuestro Señor hizo de ella, de que esté hablando de la iglesia en contraposición con los impíos. La parábola y su interpretación muestran que los segadores son los ángeles, y que a ellos se les encargará la tarea no solo de atar la cizaña en manojos, sino también de reunir el trigo en el granero (v. 30). Ahora bien, no hay ningún pasaje bíblico que muestre que los ángeles actúen en el arrebatamiento de los santos. Por el contrario, los pasajes que dan detalles de ese evento indican específicamente que el Señor Jesús realizará el arrebatamiento por su propio poder. «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Ts 4.16, 17). Los detalles de esta descripción, según se dan en el original, se aplican solo a Cristo mismo. El artículo está ausente tanto de «voz» como de «arcángel», y esto expresa la calidad del grito, su majestad y autoridad, caracterizándolo como pronunciado por Cristo mismo, no como acción de algún arcángel. En otras palabras, la frase es prácticamente equivalente a «con voz arcangélica». Esto se confirma por la preposición *en* (literalmente, «en», traducida «con»), que indica, no el acompañamiento de otro ser, sino el carácter de la voz misma. Lo mismo con la frase «con» (literalmente, «en») la trompeta de Dios. Estas consideraciones indican que la descripción triple se refiere a una gran señal.

Aun si un arcángel pronunció la voz en ese momento, no hay nada en el pasaje que se corresponda con la recogida del trigo por parte de los ángeles, según se menciona en la parábola, ni que muestre que los ángeles toman tal parte en el arrebatamiento.

Por otro lado si, como hemos procurado mostrar, las Escrituras en otras partes enseñan que va a haber un período entre el arrebatamiento de los santos y la Segunda Venida de Cristo «con los ángeles de su poder», entonces la acción de los ángeles mencionados en la parábola de la cizaña (que ocurre en la Segunda Venida de Cristo a la tierra) se refiere a la separación de los malvados de entre la multitud de justos que durante ese período se habrán disociado del mal de esos tiempos y habrán esperado el retorno del Mesías y su reino.

Hay otro punto en la parábola, y en su interpretación, que sugiere una distinción entre el evento y lo que se dice del arrebatamiento. Los ángeles segadores primero deben reunir la cizaña y atarla en manojos para quemarla. El Señor interpreta esto como sacar de su reino todas las cosas que causan tropiezo y a los que hacen iniquidad, y arrojarlos al horno de fuego (vv. 41, 43). Lo que sucede inmediatamente después de eso es el resplandor de los

justos como el sol en el reino de su Padre (v. 43). Así que, de nuevo, en la interpretación de la otra parábola de la red, «saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos» (v. 49). En el arrebatamiento, los justos serán separados de los malos. No hay nada que muestre que los dos eventos sean similares o simultáneos. Hay mucho que indica lo contrario.

**(11) Se aduce que los apóstoles Pedro y Pablo esperaban que sucedieran ciertos eventos antes del arrebatamiento; Pablo sabía que él debería comparecer ante César (Hch 27.4), que sufriría la muerte (2 Ti 4.6), que ciertos sucesos debían ocurrir en Éfeso (Hch 20.29, 30), que «en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe» (1 Ti 4.1), y que vendría el tiempo cuando ciertos creyentes no soportarían la sana doctrina y se apartarían de la verdad (2 Ti 4.3, 4); Pedro sabía que viviría hasta envejecer y moriría por su Señor (Jn 21.18); de nuevo, la iglesia de Sardis sabía que iba a tener tribulación por diez días (Ap 3.10); en consecuencia, en contraste con la idea de que Cristo puede volver en cualquier momento, dado que ciertos eventos están destinados a suceder antes de ese hecho, es de esperar que el arrebatamiento de la iglesia ocurra después de la Gran Tribulación.**

Hay que notar, primero, que en ninguna parte hemos expresado que algún apóstol esperara que el Señor viniera durante su vida, o que enseñaran a las iglesias a esperar el cumplimiento de ese evento antes de lo que ellos habían declarado que debería suceder en su tiempo o después. Obviamente, no lo hicieron. Todas estas cosas se cumplieron hace mucho. Es también cierto que la expectativa de que estas circunstancias ocurrieran no debilitó su esperanza. En estas páginas no se ha expresado ningún concepto de la venida de Cristo para la reunión de los santos con él en el aire que sea incongruente con la expectativa, por parte de los apóstoles y las iglesias, de los hechos mencionados en conexión con sus vidas.

Lo que hemos procurado señalar partiendo de las Escrituras es que la Gran Tribulación está señalada para el fin de esta edad, que simultáneamente con esto debe haber un período de ira divina sobre el mundo, que la iglesia va a ser librada de la ira de Dios y que, por consiguiente, ninguna parte de la iglesia estará aquí durante la Gran Tribulación, y que esto incluye un intervalo entre el arrebatamiento y la Segunda Venida, y que a dicho intervalo se le llama reiteradamente en las Escrituras la parusía de nuestro Señor con sus santos. Nada respecto a los sucesos que fueron profetizados para ocurrir durante la vida del apóstol y después es contrario a esto, ni se puede concebir cómo podría serlo. Lo que el Señor le dio a conocer a un apóstol o a una iglesia, o lo que los apóstoles dieron a conocer a las iglesias, como sucesos seguros, no afecta de ninguna manera a la enseñanza relativa al arrebatamiento destinado a

sucedan antes de la Gran Tribulación. Lo que es claro es que este último evento no ocurriría en el tiempo del apóstol, ni hasta después de los eventos que las iglesias iban a atravesar.

En cuanto a la perspectiva del apóstol Pablo, algunos han supuesto que, si bien al principio había esperado el retorno del Señor, en sus días finales el conocimiento de su inminente muerte alteró esa expectativa. Por el contrario, su epístola final, dirigida a Timoteo, indica con claridad que Pablo estaba listo no solo para la muerte, sino también para el arrebatamiento, y para el invierno también (2 Ti 4.6, 8, 21).

**(12) Se ha aducido que, puesto que el título «Anticristo» significa «contra Cristo» y, además, puesto que la iglesia que es su cuerpo es Cristo místico («así también Cristo», 1 Co 12.12), el título Anticristo debe indicar un antagonismo de su parte contra la iglesia; y que, puesto que sus persecuciones ocurren durante la tribulación, la iglesia (o parte de ella), debe estar aquí en ese tiempo.**

Tal argumentación es un razonamiento un tanto especial. Lo que se enseña respecto al Anticristo muestra que él niega al Padre y al Hijo, y las verdades relativas a él (1 Jn 2.22; 4.3), y que se erigirá a sí mismo contra la causa de Dios y el reino de Cristo (ver Ap 13, etc.). Estos hechos son suficientes para explicar su título de «Anticristo». No es en absoluto necesario suponer que su nombre incluya la presencia en el mundo de alguna parte de la iglesia durante sus actividades satánicas. No hay ningún pasaje bíblico que lo muestre. Si está contra el Padre y el Hijo, está por ello contra Cristo.

Una idea conectada con esta inferencia es que, puesto que el apóstol Juan enseñó a sus lectores (miembros de la iglesia) respecto a la venida y actividades del Anticristo, esto, al ser una verdad para las iglesias, indica que estas estarán allí cuando se desarrollen esas actividades.

Esto, de nuevo, es una presuposición gratuita e infundada. El que un apóstol predijera, al escribirle a una iglesia, que cierto evento va a ocurrir no da base para suponer que las iglesias van a estar en la tierra cuando eso suceda. Pedro, por ejemplo, les dice a sus lectores que los cielos van a desaparecer con gran estruendo, y que los elementos van a ser disueltos por fuego ardiente, que la tierra y sus obras van a ser quemadas, y hace de estos sucesos la base para una exhortación a los santos a una vida de firmeza y santidad, y a estar «fervientemente anhelando» la venida del día de Dios, en el cual estos aterradores eventos van a producirse. Pero eso no puede dar ninguna base para suponer que alguna parte de la iglesia estará aquí durante esos acontecimientos. Así tampoco las predicciones respecto al Anticristo sientan base para la conclusión de que los santos de la iglesia estarán aquí bajo su tiranía.

**(13) Pablo y Bernabé enseñaron a las iglesias que «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hch 14.22). Puesto que, entonces, la iglesia va a pasar por muchas tribulaciones, se deriva la conclusión de que ella pasará por «la Gran Tribulación»; y se ha sugerido que «muchas tribulaciones» es prácticamente lo mismo que «la Gran Tribulación».**

Esto es confundir cosas que difieren. Desde luego, la tribulación es algo que toca experimentar a los fieles seguidores de Cristo en esta vida, pero lo que se dice acerca de la Gran Tribulación muestra que es de un carácter distinto y especial, y que afecta a las naciones gentiles tanto como a la nación judía, que vendrá como un azote sobre «todos los que moran sobre la faz de la tierra» (Lc 21.35); y que va a ser «el tiempo de angustia para Jacob», y que es para «probar a todos los que moran sobre la tierra».

Suponer que las palabras del Señor: «E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días ... aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo ... y verán al Hijo del Hombre viniendo ... con poder y gran gloria» (Mt 24.29, 30), se refieren a las «muchas tribulaciones» por las que Pablo dijo que las iglesias deben pasar, es una inferencia totalmente infundada. Porque el Señor especifica la tribulación de la que estaba hablando como destinada para un período distinto en los tiempos del fin. Es una tribulación de carácter sin precedentes, y los días serán tales que, a menos que sean acortados, ninguna carne será salvada.

**(14) Se ha aducido que lo que el Señor les dijo a sus discípulos en el Monte de los Olivos, se lo dijo como a miembros de su cuerpo, la iglesia, y que en consecuencia los miembros de la iglesia estarán aquí para ver «la abominación desoladora», y que huirán de Judea a las montañas (Mt 24.15, 16).**

En el momento del discurso del Señor, Pedro, Andrés, Jacobo, Juan y el resto, eran sencillamente sus discípulos, judíos que se habían convertido en sus seguidores. La edificación de la iglesia, el cuerpo de Cristo, todavía era futura. Sus palabras a ellos fueron: «Yo edificaré mi iglesia» (Mt 16.18). Es cierto que al predecir los eventos del capítulo 24 a los discípulos pensaba especialmente en aquellos a quienes sus proclamaciones serían aplicables en la edad en que estas se cumplirían. Pero deducir que los que entonces estaban vivos serán miembros de la iglesia, es dar por sentado algo que exige ser probado.

Tomando los hechos según se presentan en el registro de los evangelios, estos discípulos estaban en ese tiempo en la misma posición y categoría en que estarán en el tiempo venidero los judíos justos, los judíos que creen en Cristo y aguardan la esperanza de su reino. Como ya hemos señalado, el

«ustedes» les fue aplicado a ellos representativamente de esta manera, tal como les fue dicho a Caifás y sus compañeros como representantes de aquellos que sí verían al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo. La secuencia de los eventos, según se menciona en los versículos 21, 29, 30, marca un tiempo al fin de la edad y por tanto, no en vida de los apóstoles.

**(15) Las Escrituras que hablan de la Segunda Venida como la esperanza de los santos, se mencionan demostrando que el arrebatamiento debe ocurrir en el tiempo de la Segunda Venida y que, por consiguiente, no puede haber un período intermedio.**

Esta idea presupone que el arrebatamiento se considera «la esperanza» de los santos. Ahora bien, es cierto que algunos que consideran el arrebatamiento como «la esperanza» aducen que esperar primero la Gran Tribulación debilitaría el poder de la esperanza, y se les responde con razón diciendo que el conocimiento de que ciertos eventos deben suceder primero no ha tenido este efecto debilitador. ¡Qué necesario, entonces, considerar lo que las Escrituras dicen en cuanto a la esperanza! Aunque aquello que debe pasar con el arrebatamiento se indica como una esperanza «en él» (ver 1 Jn 3.2, 3), no es la consumación de la esperanza. Esta se cumplirá solo cuando Cristo venga con sus santos en gloria manifiesta, para derrocar a los enemigos de Dios y establecer su reino. Después del arrebatamiento, que será el acto inicial de la parusía, los santos todavía estarán esperando con anhelo la Segunda Venida. Esa seguirá siendo su esperanza, hasta que se cumpla. Solo cuando Cristo sea glorificado allí donde fue crucificado, solo cuando el mundo sea el escenario de su gloria milenial, puede «la esperanza» recibir su cumplimiento completo.

En tal esperanza no hay nada incongruente o incompatible con la existencia de un período entre el arrebatamiento y la Segunda Venida. Por consiguiente, en vista de cierto malentendido, será bueno explicar esto con mayor detalle.

Cuando el apóstol indica que la gracia de Dios nos ha instruido a vivir «sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tít 2.13), no está refiriéndose al arrebatamiento. Desde luego, los creyentes esperan el arrebatamiento, pero este no es «la esperanza bienaventurada» de ese pasaje. Hay solo un artículo definido delante de las palabras «esperanza» y «manifestación», y el *kai*, «y», que los une hace que la segunda sea explicación de la primera (como suele suceder con *kai*). El *kai* es, de este modo, equivalente a nuestra frase en español, «es decir». El significado, por consiguiente, es: «La esperanza bienaventurada, es decir, la manifestación de la gloria...»

Como hemos mencionado, del arrebatamiento también se habla como una



esperanza. «Sabemos», dice el apóstol Juan, «que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Jn 3.2, 3). Esta manifestación no es la de la Segunda Venida de Cristo en gloria, sino su manifestación a sus santos en el arrebatamiento, y este es el acontecimiento del que se habla aquí como «esta esperanza». Cuando eso haya ocurrido, entonces «la esperanza bienaventurada», la consumación de la esperanza de los santos, todavía estará esperando cumplimiento.

La cuestión en cuanto a si el conocimiento de que ciertos eventos sucederán debilita la esperanza no afecta, por consiguiente, al tema así contemplado. No sabemos de nada que deba necesariamente ocurrir antes del arrebatamiento, pero sí sabemos que ciertos eventos han de pasar antes de que Cristo aparezca en gloria para librar a los judíos y establecer su reino. Por tanto, esta seguirá siendo la esperanza durante el período que hay entre el arrebatamiento y la Segunda Venida. No hay nada relativo al tema de la esperanza que obligue al concepto, o que deba llevar a la conclusión, de que el arrebatamiento va a suceder después de la tribulación, y que debe seguirle de inmediato la Segunda Venida. Decir que «no hay esperanza ante la iglesia antes de la aparición del Señor en las nubes del cielo» (es decir, cuando él venga en llama de fuego) es una declaración sin fundamento en la enseñanza de las Escrituras.

**(16) En el episodio de la ascensión de Cristo se dio a los discípulos la seguridad de que él «vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch 1.11). Del hecho de que «le recibió una nube que le ocultó de sus ojos» (v. 10) se deduce que la venida del Señor en el aire para el arrebatamiento de la iglesia debe suceder simultáneamente con su venida en juicio para establecer su reino. Porque, ¿acaso no dice la profecía de Daniel 7.13-14: «he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre ... Y le fue dado dominio, gloria y reino»? Y, ¿acaso no dice Cristo: «verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mt 24.30)? ¿Acaso no testificó él lo mismo ante Caifás (Mt 26.64)? Y, ¿acaso no dice Apocalipsis: «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él» (Ap 1.7)? Es más, los santos de la iglesia van a ser arrebatados a «las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Ts 4.17).**

Primero, no tiene solidez derivar la conclusión de que los dos eventos van a ser simultáneos del hecho de que se mencionan nubes en ambos casos; porque las nubes se asocian con otros sucesos similares; véase, por ejemplo, Ap 11.12. El que él venga en las nubes en su Segunda Venida no da base para creer que no vendrá a la región de las nubes en una ocasión previa para recibir

a los santos.

En segundo lugar, hay varios aspectos en los cuales la Segunda Venida diferirá de la venida prometida en Hechos 1.11. En su Segunda Venida, por ejemplo, él viene «en llama de fuego», «con los ángeles de su poder». Concluir que la aparición de la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y la lamentación de las tribus de la tierra cuando vean «al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo», fue la expectativa que se les recordó a los apóstoles cuando él hubo sido tomado de ellos al cielo es imponer a las Escrituras una construcción infundada. Es un esfuerzo para imponer la idea de que los eventos coinciden, cuando hay amplia evidencia bíblica para su distinción y su separación cronológica.

En tercer lugar, en el Antiguo Testamento, los Evangelios y Hechos, se dan enunciados generales amplios sobre el tema, que en las epístolas se diferencian en punto de circunstancia. Considerar esto adecuadamente evita que se confundan cosas que son distintas.

**(17) En Apocalipsis 20.4, 5 leemos acerca de «la primera resurrección». El pasaje es como sigue: «Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Ésta es la primera resurrección». Se concluye de esto que este es el tiempo cuando los santos de la iglesia que han dormido van a ser resucitados, y que por consiguiente este es el tiempo del arrebatamiento. Se ha aducido que «no puede haber resurrección de los santos hasta entonces» y, de nuevo, que «hasta que la bestia y su persecución queden destruidas por completo no puede haber primera resurrección» (Tregelles). En respaldo a esto se apela a 1 Corintios 15.22-23, que dice que «en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida».**

La afirmación «Ésta es la primera resurrección» no da base para suponer que todos los santos que tengan parte en la resurrección van a ser resucitados en ese momento. Porque en la muerte de Cristo «se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos» (Mt 27.52, 53). No se puede sostener, por consiguiente, que «no puede haber resurrección de los santos hasta la Segunda Venida».

De nuevo, respecto a la afirmación «Ésta es la primera resurrección», no hay verbo en el original; eso en sí mismo sugiere, tal como respaldan otros hechos, que la primera resurrección no es un evento sumario, sino que consiste en partes diferentes. Se pudiera entender correctamente como «Esto completa la primera resurrección».

Además, la primera resurrección empezó cuando Cristo resucitó porque, con referencia a la resurrección de los santos, el apóstol habla de Cristo como «las primicias» (1 Co 15.23). Las primicias son esencialmente una parte de la primera resurrección: «cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias». La cláusula que sigue, «luego los que son de Cristo, en su venida [parusía]», se refiere al acto del Señor en el arrebatamiento, que introduce su parusía con sus santos, y no a la Segunda Venida. Hay, por ejemplo, otra resurrección de la que se habla en el caso de los dos testigos (Ap 11.11).

Parece claro, entonces, que la primera resurrección se compone de varios eventos, empezando con la resurrección de Cristo. Ningún pasaje lo describe del todo. Apocalipsis 20.4, 5 da su compleción. El apóstol Juan está presentando allí en detalle, no toda la escena de la primera resurrección, sino el estado de bienaventuranza para los que, en el acto final, tengan parte de la resurrección.

Respecto a las varias compañías que se mencionan en este pasaje, Apocalipsis 20, no constituyen la totalidad de los santos que van a disfrutar de la resurrección y participar en el reino de Cristo, porque hay una multitud de otros de los santos que ya están en gloria y que van a participar del reino de Cristo, y a quienes no se aplican las declaraciones respecto a la bestia y a su imagen. Es más, el indefinido «[ellos] se sentaron», al principio del versículo, en la declaración «Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos», no se aplica necesariamente a la compañía de los mencionados al final del versículo.

**(18) «Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria» (1 Co 15.54). Esta es una cita de Isaías 25.8 y, puesto que ese pasaje predice las bendiciones de Israel restaurado (v. 7) y el reino del Señor «en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso» (24.23), se aduce que solo en el tiempo de la restauración de Israel sucederá la resurrección de los que son de Cristo. Porque cuando él destruya «en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones» es cuando la muerte será sorbida en victoria. Por consiguiente, «no puede haber venida del Señor (mucho menos una venida secreta) hasta que él se manifieste para el cumplimiento de sus promesas a su antiguo pueblo de Israel»**

**(Tregelles).**

Cabe señalar que una traducción más precisa sería: «él ha sorbido la muerte». La precisión de este tiempo pasado se confirma por la cita de este pasaje en 1 Corintios. De nuevo, es un principio bien conocido en el método de cita de los apóstoles que los pasajes en los cuales el Antiguo Testamento se refiere primordialmente a Israel se aplican a la iglesia, a menudo con una ligera variación de significado. Ver, por ejemplo, Romanos 10.6-11 y los pasajes del Antiguo Testamento de los cuales se toman las citas. Así también con el pasaje de Isaías 25.7-8, cuando Israel haya sido restaurado y el velo consecuentemente quitado de las naciones, la muerte será sorbida en victoria. La aplicación del apóstol de estas palabras a la resurrección y transformación de los santos en el tiempo del arrebatamiento no implica de ninguna manera que este evento vaya a ocurrir «en el tiempo de la bendición restaurada a Israel». Decir que «cualquier esperanza de una resurrección previa se debe basar, no en la enseñanza de las Escrituras, sino en algunos pensamientos que se han formado en contraposición con la verdad revelada» está muy fuera del blanco. Las Escrituras no hablan, dicho sea de paso, de ningún «arrebatamiento secreto».

**(19) «Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos» (Ap 7.9-17).**

Se aduce que aquellos a quienes así se describe saliendo de la Gran Tribulación forman parte de iglesia y, por consiguiente, el arrebatamiento debe suceder después de la tribulación.

Esta interpretación es, de nuevo, una presuposición antojadiza. No hay ninguna prueba real de que esta gran multitud esté formada por personas que han sido resucitadas. Sea así o no, sus bendiciones son peculiarmente mileniales. Su servicio es «de día y de noche» (no condiciones celestiales). La promesa final es que «Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos». Esta es una escena terrenal, a juzgar por Isaías 25.8. De nuevo, la descripción figurada de las ramas y las palmas en sus manos recibe su interpretación de pasajes que hablan de alegría terrenal (cp. Lv 23.40-42; Ez 40.16; 41.18; Jn 12.13).

Es más, hay una compañía distinta, es decir, «los ancianos» (siempre dicho en otras partes de las Escrituras refiriéndose a seres humanos), con quienes los ángeles y los seres vivientes están «alrededor del trono». Estos ancianos están también en tronos (5.4) y vestidos con ropas blancas, y tienen coronas (*estefanoi*, coronas de recompensa) sobre sus cabezas; tres hechos que indican que no son espíritus. Un espíritu no está vestido, ni coronado. Cada detalle es descriptivo de recompensa. Aquí, entonces, hay una compañía de seres humanos disfrutando de la vida de resurrección en el cielo, y muy distinta de la gran multitud gentil que sale de la Gran Tribulación (que, como se ha notado, afecta tanto a gentiles como a judíos). Los primeros son bendecidos con Cristo, estos últimos son bendecidos bajo Cristo, que «extenderá su tabernáculo sobre ellos» (7.15, que es una traducción precisa; cp. Is 4.5-6).

Si subrayamos lo que las Escrituras enseñan en cuanto al arrebatamiento, y el hecho de que en ese evento Cristo será «nuestro libertador de la ira venidera», y, otra vez, lo que enseñan en cuanto a la parusía del Señor con sus santos después del arrebatamiento, hay justificación bíblica para la idea de que esta gran multitud la forman gentiles que se han negado a adorar a la bestia durante el intervalo. No hay nada que muestre que forman parte de la iglesia.

**(20) Entre otros pasajes que se citan para apoyar la idea de que el arrebatamiento ocurrirá después de la tribulación están los siguientes:**

**Los creyentes son «guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero» (1 P 1.4, 5). Mientras tanto, sufren muchas tentaciones, para que la prueba de su fe «sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (v. 7). Ellos deben poner su esperanza de manera perfecta «en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado» (v. 13). Deben regocijarse al ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, «para que también en la revelación de su gloria» ellos se gocen «con gran alegría» (4.12, 13). De nuevo, a los ancianos fieles se les asegura: «cuando aparezca el Príncipe de los**

**pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (5.4).**

Ninguno de estos pasajes brinda evidencia alguna de que no haya intervalo entre el arrebatamiento y la Segunda Venida. Incluso si el hecho de que la salvación a la que se refiere en el capítulo 1.5, «para ser manifestada en el tiempo postrero», señalara a cuando el Señor venga en llama de fuego, eso no demostraría que el arrebatamiento no hubiera sucedido en algún tiempo previo. Porque, para cuando el Señor venga en juicio para establecer su reino, la salvación, ya disfrutada por la iglesia en la parusía de Cristo, se revelará en su gloria consumada. Todavía más, lo que ya se ha señalado respecto al sustantivo *apocalupsis*, «una revelación», es válido para el verbo correspondiente. Se podría usar con referencia a cada uno de dos eventos distintos, el arrebatamiento y la Segunda Venida. La venida del Señor para la reunión con los santos en el aire será un *apocalupsis* (o «develarse») a ellos, aunque no al mundo; de nuevo, la venida de Cristo con los ángeles de su poder en llama de fuego será un *apocalupsis* para el mundo, teniendo cada revelación un evento enteramente distintivo asociado con ella, y separada la una de la otra por un intervalo.

Algunos entienden que el versículo 7 se refiere al segundo de estos acontecimientos. Aunque ese sea el significado, no elimina la existencia de un intervalo que lo separa del momento del arrebatamiento. Cuando los santos vengan en la gloria de la resurrección con Cristo en su Segunda Venida, las pruebas que ellos atravesaron por cierto serán halladas «para alabanza, gloria y honra»; porque Cristo entonces viene «para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.10). Lo mismo en el versículo 13. Esto también se aplica a la «gran alegría» del capítulo 4.12-13.

El pasaje que habla de la recompensa de la corona de gloria que se da cuando el Príncipe de los pastores aparezca (*faneroo*), capítulo 5.4, señala al tribunal que sigue después del arrebatamiento, y no a lo que ha de suceder cuando el Señor se revele en llama de fuego, para aplicar venganza a los enemigos de Dios.

**(21) Se trae a colación una traducción de 2 Tesalonicenses 2.2-3, que hace que el apóstol diga que el día de Cristo no estaba cerca, y que no vendría antes de la apostasía y la revelación del hombre de pecado.**

Una traducción así es insostenible aquí. La traducción «el día del Señor» se confirma sobradamente por la evidencia de los manuscritos. La traducción «ya está presente» es acertada. «El día del Señor» es un período distinto al día de Cristo. Esto se ve claro al considerar todos los pasajes donde aparece la frase.

El día de Cristo empieza con el arrebatamiento. El día del Señor empieza después. Lo que el apóstol estaba enseñando era que este último período no

empezaría sino hasta después de la apostasía y la revelación del hombre de pecado.<sup>2</sup>

En la iglesia de Tesalónica, los que instruían el error estaban enseñando que el día del Señor ya había empezado. Con razón se preocupaban por la suerte de sus seres queridos fallecidos, porque el apóstol les había instruido en su primera epístola a esperar primero el arrebatamiento. Ahora escribe para confirmar su enseñanza y corregir las falsas doctrinas que estaban oyendo. Él hace su apelación «con respecto [*júper*, «en interés de»] a la venida [*parusía*] de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él» (v. 1). Cuando apela a sus lectores basándose en el arrebatamiento, la reunión de Cristo, como distinta y previa al día del Señor, que tenía que llegar para la venganza, no lo hace para corregir un error de su primera epístola (como afirman algunos que desacreditan la divina inspiración de las Escrituras), sino para confirmar lo que había escrito allí. Los tesalonicenses deben seguir esperando del cielo al Hijo de Dios, como lo habían hecho.

Este pasaje, entonces, muestra que el arrebatamiento será un evento distinto, previo y separado de la revelación de Cristo del cielo con sus ángeles para aplicar venganza a los impíos.

**(22) Al escribir a la iglesia de Tesalónica, el apóstol dice: «Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche ... Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1 Ts 5.1, 2, 4). Se ha inferido de esto que el día del Señor le caerá de súbito a la iglesia, aunque no como ladrón.**

No es necesario suponer que la declaración del apóstol sugiera que el día del Señor va a venir sobre la iglesia tanto como sobre el mundo, y que la distinción es que no sorprenderá a la iglesia como ladrón. Por el contrario, el orden de las palabras y la fraseología del original, así como también todo el contexto del pasaje, muestran que el apóstol está marcando un agudo contraste entre las circunstancias relativas al arrebatamiento de los santos (4.13-18) y las relativas al mundo, sobre el cual el día del Señor vendrá con la intervención personal de Cristo para castigo. La distinción, que lo es tanto en cuanto al tiempo como al carácter de los hechos, queda clara cuando reunimos los pasajes bíblicos que hablan del día del Señor. Aquí, en el versículo 4 el énfasis que se hace sobre el pronombre de segunda persona plural «ustedes», o «vosotros», marca el contraste entre el destino de los creyentes y el día del Señor que vendrá sobre el mundo. Tomando el orden del original, la traducción es como sigue: «Pero ustedes, hermanos, no están en tinieblas, para que el día a ustedes como ladrón deba sobrevenir». La palabra «ustedes»

es distintiva en su énfasis. La frase «como ladrón» va estrechamente con «sobrevénir», y no lleva ningún énfasis.

Si hubiera alguna duda en cuanto al significado, sería necesario entender el pasaje de acuerdo a las enseñanzas de otros pasajes bíblicos, y esta misma epístola indica con claridad lo que es el destino de la iglesia.

Lo que el apóstol quiere decir es, no que a los santos les vendrá el día, aunque no como ladrón, sino más bien que, respecto a los santos, tal es su carácter y destino que lo que le vendrá al mundo como ladrón no les vendrá a ellos para nada. Los santos son «hijos de luz» e «hijos del día». Cuando el día del Señor empieza, los que hayan sido arrebatados para encontrarse con él vendrán con él. Los santos no deben abrumarse por el arrebato, deben consolarse unos a otros en la perspectiva del mismo. El día del Señor, que le vendrá al mundo como ladrón, es enteramente distinto de esto.

Esta distinción del versículo 4, que tal vez no sea clara para el lector de la versión en nuestro idioma, se confirma, como hemos dicho, por lo que las Escrituras enseñan en relación con el día del Señor, así como también en las otras maneras en que hemos procurado destacar. Hay dos pasajes bíblicos, por ejemplo, que, si se toman juntos, muestran que el día del Señor empezará cuando el Señor Jesús venga en las nubes del cielo, con gran gloria, para derrotar a sus enemigos y establecer su reino, mientras que muchos pasajes bíblicos dejan en claro que en la venida los santos vendrán con él en gloria. La profecía de Joel declara que al día del Señor seguirá el hecho de que el sol se volverá tinieblas y la luna sangre (Jl 2.30, 31). Cristo declaró que, inmediatamente después de estas calamidades en los cielos, él mismo vendría con poder y gran gloria, y todas las tribus de la tierra lo lamentarán (Mt 24.29, 30). El día del Señor, por consiguiente, se iniciará en la venida del Señor de esta manera.

La Segunda Venida se describe de manera similar en Apocalipsis 17.14, y en mayor detalle en el capítulo 19.11-21. Cuando Cristo venga con poder y gran gloria, como predijo, derrotará a la bestia y a los que se han reunido bajo el dominio de ella. Así es como se iniciará el día del Señor. Ahora, respecto a esos enemigos de Dios, el pasaje dice: «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles» (Ap 17.14). En consecuencia, los santos están con Cristo cuando él venga en gloria, cuando los enemigos de Dios sean derrotados y empiece el día del Señor.

El día del Señor no puede haberles venido encima a ellos como lo hará con el mundo, porque ellos están entre las huestes del Señor cuando empieza. Es a los santos a quienes se hace referencia en un pasaje similar en el capítulo 19.14: «Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio,



le seguían en caballos blancos». No son los ángeles los que están vestidos de lino fino. El lino fino pertenece a los santos. El día del Señor disolverá y reemplazará la noche del mundo; los santos, en vida y gloria de la resurrección, vienen con Cristo para participar en el gran suceso. Habrán sido previamente arrebatados para encontrarse con él antes de que empiece el día del Señor.

## CONCLUSIÓN

La consideración de estas objeciones a la luz de las Escrituras sirve, entonces, para confirmar... que el período en que ocurrirá la Gran Tribulación va a ser de igual manera un período de la ira de Dios en una serie de castigos retributivos; que a la iglesia se le asegura liberación de la ira de Dios; y que esta liberación consiste, no en la preservación al atravesar el período de retribución, sino en ser salvada del mismo mediante el arrebatamiento.

- 
1. Ver *The Epistles to the Thessalonians*, de C. F. Hogg y el autor.
  2. Se ha aducido recientemente que el Nuevo Testamento «alterna “el día de nuestro Señor”, “el día del Señor Jesús” y “el día de Jesucristo”» y que, por consiguiente, estos distintos nombres se combinan en uno; todavía más, que «Pablo en particular parece gloriarse en intercambiar una y otra vez el nombre»; también que cuando el apóstol Pedro dice de Pablo que «en todas sus epístolas» hablaba de estas cosas se refería al «mismo día de Dios», igual que Pedro.

Tales inferencias son del todo infundadas, y son contrarias a esa extremada precisión en el lenguaje que se manifiesta en los escritos inspirados por Dios. Los pasajes que se relacionan con «el día del Señor» se refieren a ese período que se inicia en la Segunda Venida de Cristo, en tanto que los pasajes que contienen las frases en las que se hallan los títulos personales, Jesús, o Cristo, o ambos, se usan todos en una conexión muy diferente y tienen que ver con la circunstancia del arrebatamiento de los santos, su presencia con el Señor en su parusía, y el tribunal de Cristo.

# EL RESURGIMIENTO VENIDERO DEL IMPERIO ROMANO

*Aquí damos un amplio vistazo a la historia y geografía del Imperio Romano en lo que tiene que ver con las profecías respecto a los diez reinos que se unirán bajo el Anticristo. Cuando este emperador final de los reyes romanos entre en escena, se le unirá un falso profeta, y su gobierno estará dotado de poder satánico. Trastornos sociales sin precedentes conducirán a un mundo unido bajo un sistema universal de comercio y una sola religión mundial. Después de un período de castigos devastadores, feroz persecución y guerra brutal, Cristo volverá, derrotará a sus enemigos y establecerá su reino eterno.*

## 1. EL PUNTO DE VISTA GEOGRÁFICO

El resurgimiento venidero del Imperio Romano, para nuestro propósito presente, será mejor que lo consideremos desde los puntos de vista geográfico, político y también religioso.

### Consideraciones geográficas

Cualquier predicción de los límites exactos de los diez reinos que constituirán el imperio reconstruido será necesariamente conjeturas en gran parte. Del hecho de su resurgimiento no tiene por qué seguirse que su área de anexión se conforme precisamente a la del antiguo Imperio Romano, y dicha región no se puede deducir concluyentemente partiendo de las Escrituras. Una extensión de los territorios del imperio en su forma resurgida sería bastante coherente con la conservación de su identidad. Es más, si se pudiera considerar que el imperialismo romano se prolongó en manos de los monarcas teutones después de la caída de la parte occidental del imperio en el año 476; si, por ejemplo, Carlomagno ... gobernó como emperador romano, a pesar de que el imperio en sí había desaparecido, los dominios que estuvieron bajo el poder de estos últimos monarcas todavía se podrían hallar

incorporados en el imperio, y así formar parte de los diez reinos. En tal caso, Alemania y Holanda estarían incluidas. Posiblemente, también, el imperio abarcará todos los territorios que pertenecieron a los tres que lo precedieron, los griegos, los medopersas y los caldeos. Ciertamente, cuando la piedra cae sobre los dedos de los pies de la imagen, toda la estatua, que representa a estos tres y al cuarto, quedó demolida. También resulta sugerente a este respecto el hecho de que la bestia de la visión que se indica en Apocalipsis 13.2 poseía los rasgos de un leopardo, un oso y un león, las mismas bestias que en la visión de Daniel representan a los reinos griegos, medopersa y caldeo (Dn 7.4-6), con su orden invertido en Apocalipsis 13. Aunque en estos símbolos se contemplan sobre todo las características políticas, puede también haber al mismo tiempo una indicación de la incorporación en su momento de los tres primeros imperios en el cuarto. Se debe recordar, también, que la autoridad del jefe federal de los diez reinos va a ser mundial: «También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación» (Ap 13.7). Es probable, por consiguiente, que en tanto que los diez reinos ocuparán un área bien definida, los países que dependen de ellos y los aliados con ellos abarcarán prácticamente el resto del mundo.

Si, por otro lado, el Imperio Romano va a ser reconstruido en exacta conformidad territorial a sus límites antiguos —tal reconstrucción no es, por supuesto, inconcebible— debemos considerar cuál período de conquistas del antiguo imperio tomar: el del primer emperador, Augusto, el de la era apostólica, o posterior. Tal vez nos ayuden los hechos ya mencionados de que la profecía relativa al dominio gentil se concentra en los judíos y Palestina, y especialmente en vista a la presencia de la nación en su tierra. Ahora bien, poco después de su derrocamiento, en el 70 A.D., cesó su reconocimiento nacional como poseedores de la tierra. Este período, además, se corresponde a grandes rasgos con el final de la edad apostólica. La dispersión de los judíos entre las naciones la completó Adriano en el siglo siguiente. Desoló toda Palestina, expulsando a todos los habitantes judíos que quedaban.

## **Un repaso de los antiguos territorios**

Por consiguiente, ahora repasaremos los límites del imperio y de algunas de sus provincias en ese tiempo, notando ciertas circunstancias de la historia pasada y presente que sugieren asuntos futuros. Al hacerlo así no estamos prediciendo que los límites del imperio revivido serán los del antiguo.

Comenzando con el norte de África, se observará, refiriéndose al mapa, que prácticamente la misma franja de territorio que pertenecía al Imperio

Romano en tiempos de los apóstoles ha pasado directamente a estar bajo el gobierno de países que estaban ellos mismos entonces en el imperio. Porque España [cuando el autor escribió esta obra] gobierna Marruecos, Francia sobre Argelia y Túnez, Italia se apoderó hace poco de Trípoli, y Gran Bretaña, desde la entrada de Turquía en la gran guerra, prácticamente se ha apoderado de Egipto. Parece tener importancia que Dios no haya permitido a ningún país que estuvo fuera de los límites del imperio en el tiempo que consideramos la anexión de estos territorios de África del Norte desde que se despojó de ellos a los sarracenos y los turcos.

Pasando ahora a Asia, el territorio de ese continente que pertenecía a Roma en el primer siglo es aproximadamente lo que le quedó a Turquía inmediatamente después de la actual guerra. Mesopotamia y la mayor parte de Armenia estaban incluidas. La guerra ya ha visto cómo se ha despojado a Turquía de partes de esas regiones. La caída del Imperio Turco incluirá casi con certeza nuevos arreglos territoriales de más honda significación a la luz de la profecía, especialmente respecto a Palestina.

## **Divisiones del Imperio Griego: Una posible renovación**

El capítulo 8 de Daniel parece indicar que los territorios asiáticos del imperio se dividirán más o menos como lo estuvieron bajo los griegos después de la muerte de Alejandro Magno. Obviamente, él está simbolizado por el gran cuerno (v. 22). Los cuatro cuernos que salieron en su lugar (v. 8) son claramente, también, los cuatro generales que sucedieron a Alejandro, entre los cuales se dividieron sus dominios; Casandro gobernando sobre Macedonia y Grecia, Lisímaco sobre parte de Asia Menor y Tracia (la extensión de la última provincia era casi exactamente lo que ahora le pertenece a Turquía en Europa), Seleuco sobre la mayor parte de Siria, Palestina, Mesopotamia y el Este, y Tolomeo sobre Egipto. Luego sigue una predicción que nos lleva a acontecimientos que evidentemente son todavía futuros. Se dice, por ejemplo, que estos eventos ocurrirán «al fin del reinado de éstos [no, se observará, en el tiempo de los cuatro reyes mismos que sucedieron a Alejandro, sino de los reinos sobre los cuales gobernaron], cuando los transgresores lleguen al colmo» (v. 23). Las expresiones de este capítulo: «el tiempo del fin» (v. 17), «el fin de la ira», «para el tiempo del fin» (v. 19), y «al fin del reinado de éstos» (v. 23), señalan a un período todavía futuro, es decir, a la conclusión de la presente edad. De nuevo, al referirse a «un rey altivo de rostro», aunque buena parte de la profecía se puede aplicar a

Antíoco Epífanés, del siglo II A.C., no ha surgido hasta aquí ningún hombre cuyo carácter y acciones hayan sido exactamente las relatadas en los versículos 9-12 y 23-25. También podemos comparar lo que se dice de «la prevaricación asoladora» (v. 13) con la profecía del Señor respecto a la abominación desoladora (Mt 24.15-22), profecía que también está claro que espera cumplimiento.

Es posible, por consiguiente, que estos territorios asiáticos sean divididos de manera similar en el tiempo venidero. Respecto a la primera de las cuatro divisiones ya mencionadas, la extensión reciente de Grecia para incluir a la antigua provincia de Macedonia es asombrosa. Esto fue resultado de la guerra de los Balcanes de 1912. Los límites actuales de Grecia se aproximan a los que tenían bajo Casandro en tiempos del Imperio Griego, que también fueron más tarde las provincias de Macedonia y Acaya en el Imperio Romano. Por tanto, ha habido últimamente una reversión significativa a las condiciones antiguas a este respecto.

## Otros territorios europeos

Pasando ahora a la doble monarquía de Austria-Hungría, la referencia al mapa del Imperio Romano en la edad apostólica mostrará que lo que ahora es Hungría, Transilvania, Besarabia y otros estados de la presente monarquía, estaba fuera de los límites romanos, en tanto que Panonia, lo que ahora es la Austria del oeste del Danubio, estaba dentro; aun cuando en el siglo siguiente Dacia (ahora Transilvania, Besarabia, etc.) fue anexada, las dos partes del actual reino austrohúngaro estaban separadas. La separación de Hungría y Austria ha sido por tiempo considerable una cuestión práctica de política europea, y los acontecimientos actuales pueden precipitarla.

Los límites norte y noroeste de Italia abrazaban la provincia de Trento y la península de Istria. Así pues, son notables los esfuerzos de Italia por adquirir estos mismos distritos, esfuerzos que parece probable que logren éxito. Los estados romanos al norte de Italia cubrían lo que ahora son Baden, Wurtemberg, Luxemburgo y una gran parte de Bavaria. La posibilidad de que a la larga estos se separen del dominio de Prusia se ha debatido mucho últimamente.

Las provincias del Rin de Alsacia y Lorena, originalmente parte de la provincia romana de Galia (ahora Francia), se las arrebató Alemania a Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-71. Su recuperación es un objetivo primordial de los esfuerzos de los franceses en la presente guerra, y no sin esperanza de éxito.

## **El Imperio Británico**

En cuanto a Gran Bretaña, en el tiempo que estamos considerando, la mayor parte de la isla estaba incluida en el Imperio Romano. Irlanda y la mayor parte de Escocia nunca fueron conquistadas por los romanos. Si acaso Bretaña forma uno de los diez reinos, no hay nada que muestre que Irlanda o alguna otra parte del Imperio Británico deba por necesidad estar absolutamente separada de ella. Todavía pueden tener gobierno propio aquellos territorios que aún no lo han recibido, y es significativo que Irlanda prácticamente lo ha obtenido. Que las tierras que están ligadas a Bretaña como territorios dependientes, o con gobierno propio, deban permanecer como partes integrales del imperio es sencillamente coherente con la autoridad mundial venidera del potentado que será la cabeza federal de los diez reinos. Y que cada estado del Imperio Británico deba tener su propio gobierno local es, por otro lado, congruente con el establecimiento de una confederación más estrecha y más completa de diez reinos, cuya área puede corresponder en gran parte a la del antiguo Imperio Romano. En contraste con el gobierno propio de los demás países del mundo en el período venidero, los diez reinos unidos acabarán estando bajo el control absoluto del emperador final que se acaba de mencionar, porque los diez reyes sobre estos estados, que reciben autoridad como reyes con él, serán unánimes para darle su poder, autoridad y reino (Ap 17.11, 13, 17).

Lo que se ha dicho del Imperio Británico también puede ser cierto de otros de los diez reinos que tienen colonias o dependencias, y, de este modo, en tanto que los diez reinos constituirán por sí mismos un imperio, sus alianzas y tratados con otras naciones del mundo evidentemente incluirán una extensión de la autoridad del déspota controlador «sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación» (Ap 13.7). Si, por ejemplo, los Estados Unidos de América estuvieran en ese tiempo en alianza con Gran Bretaña (contingencia muy posible), su influencia conjunta probablemente se extendería a todo el continente americano, que por ello reconocería su autoridad.

Podemos observar, también, la manera en que el continente de África ha venido a estar bajo ciertas influencias europeas en tiempos modernos. Lo mencionamos como algo sugerente. El que las Escrituras se cumplirán de manera absoluta está más allá de toda duda; el modo exacto de su realización lo conoce solo Dios.

## **2. EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO**

## **Federación europea**

Hay agencias trabajando ya por el establecimiento de una confederación de estados europeos; que no es la menos significativa de las muchas señales de que el fin de la edad se acerca. El movimiento hacia la confederación sin duda está recibiendo ímpetu por el gran trastorno en Europa. Una circular emitida en diciembre de 1914, y distribuida a lo ancho y largo del mundo, anunciaba la formación de un comité de hombres influyentes con el objeto de promover una «Federación Europea». La circular dice: «En vista de la presente situación de ruina, debe ser opinión general que es de la mayor importancia para todas las naciones sin excepción un lazo económico y político más firme, y particularmente para Europa es de urgente necesidad el vínculo más estrecho de una federación, basada en igualdad e independencia interior de todos los estados participantes, que la opinión pública debe demandar».

Un escrito publicado por el Comité recomienda que la unión de estados debe ser económica, política y legal, con un ejército internacional como garantía común, y que la Federación Europea debe llegar a ser el grito político de batalla principal y más urgente para las masas de todas las naciones europeas, y declara que «cuando los gobiernos estén dispuestos, cuando la opinión pública de todos los pueblos les obligue a estar dispuestos, no hay duda de que una unión razonable y práctica de naciones demostrará ser tan posible y natural como lo es al presente una unión de provincias, cantones, territorios, cuyas poblaciones a menudo muestran más diferencia de raza y carácter que las de las naciones ahora en hostilidad». El Comité pide que los pueblos de Europa ya no toleren que los dignatarios de política exterior les traten como esclavos y que con militarismo los aticen a ponerse furiosamente unos contra otros. Les pide que se preocupen de que nunca y en ninguna parte se elija a miembro alguno de ningún cuerpo o gobierno que no sea promotor de la Federación, y que la unión comercial, sociedad o club a la cual un individuo pertenezca debe expresar simpatía con el movimiento en reuniones y votos. «El pueblo», se dice, «ahora tiene en su poder, más que nunca, el control de los poderes».

## **Dos maneras posibles de federación**

La formación de diez estados federados, cubriendo por lo menos el área del antiguo imperio de finales del primer siglo de nuestra era, se puede efectuar de dos maneras, bien sea por métodos pacíficos de arbitraje y tratado, bien sea como resultado de conflicto y confusión. Es probable que a la guerra

européa presente le sigan esfuerzos para la formación de armonía internacional permanente y paz universal, como también lo es algún intento de tal federación, según propone el comité mencionado. Por otro lado, abundan hoy siniestras indicaciones que señalan a un conflicto y revolución industrial, más que la paz. Las condiciones del mundo industrial presentan una perspectiva realmente lúgubre. Hay señales más ominosas que nunca de conflicto más agudo entre el capital y la mano de obra. Las fuerzas del socialismo, sindicalismo, comunismo, etc., están creciendo rápidamente en poder y actividad internacional, y sus objetivos jurados presagian cualquier cosa menos la paz en el futuro cercano. Podemos tomar, por ejemplo, el objetivo declarado de la «Alianza de la Democracia Social»; ahora incorporada en la Asociación Internacional de Trabajadores: «Destruir a todos los estados y todas las iglesias con todas sus instituciones y leyes, religiosas, políticas, jurídicas, financieras, magisteriales, académicas, económicas y sociales, y establecer en su lugar la cooperación industrial y propiedad colectiva de la tierra y el capital». Todo esto suena muy ambicioso, y probablemente no logrará realización completa, pero los agentes que trabajan por ello son fuertes. Los intentos a mayor escala conducirán, desde luego, a un desorden y caos sin precedentes.

## **El mar simbólico de intranquilidad nacional**

No es improbable que los diez reinos del Imperio Romano reconstruido surjan como resultado de la confusión política y social. Ese fue el caso en la Revolución Francesa y el consiguiente surgimiento de Napoleón. Es concebible una repetición de tales eventos en una escala más amplia en el futuro. En la visión profética dada al apóstol Juan, a la bestia se la vio «subir del mar» (Ap 13.1). Ahora bien, en las Escrituras el mar se usa figuradamente para las naciones, con su agitación característica cómo símbolo de su conmoción y conflicto. Compárese con las palabras de Isaías: «¡Ay! multitud de muchos pueblos que harán ruido como estruendo del mar, y murmullo de naciones que harán alboroto como bramido de muchas aguas. Los pueblos harán estrépito como de ruido de muchas aguas; pero Dios los reprenderá» (Is 17.12, 13; ver también Sal 65.7 y Ez 26.3). El Señor Jesús aplicó lenguaje similar refiriéndose a la agitación nacional cuando predijo a los discípulos que habría «señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra» (Lc 21.25, 26). Así, el ángel describe las aguas que



Juan había visto en su visión como «pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas» (Ap 17.15). Daniel, también, vio a las cuatro grandes bestias salir del mar como resultado de la acción de los cuatro vientos del cielo sobre él, y sin duda como representación de una condición de disturbios nacionales (Dn 7.2, 3). El que a la bestia de Apocalipsis 13.1 se la vea saliendo del mar señala, por consiguiente, a la probabilidad de que los diez reyes que tendrán breve autoridad sobre el imperio revivido surgirán de su reino, no por métodos constitucionales, sino como resultado de revoluciones y del colapso de los gobiernos e instituciones del presente.

## **Revoluciones y sus resultados**

Si alguna gran medida de éxito acompaña a los movimientos sindicalista y comunista actuales, sobre todo si se internacionalizan, las revoluciones y el desorden inevitable resultarán casi con certeza, como tantas veces les ha pasado, en despotismo y autocracia, y tal vez de esta manera surgirán los diez reyes. El derrocamiento de los gobiernos de los países afectados quitará de en medio lo que ciertamente ha sido la gran restricción de la iniquidad<sup>1</sup> desde los tiempos de los apóstoles hasta ahora. Todo estará maduro para la aparición de un potentado universal. Surgirá el clamor por «un hombre», un organizador controlador que ponga orden en el caos. El carácter inestable del gobierno de los diez reyes, y el empobrecimiento de sus reinos, los conducirá, por cuestión de diplomacia, a entregarle a él la autoridad.

## **El hierro y el barro**

La constitución política de los imperios sucesivos durante «los tiempos de los gentiles» se indicó en la estatua de la visión de Nabucodonosor mediante varias sustancias de las cuales estaban hechas las partes de la estatua. Aunque destaca el deterioro regular en valor relativo de estas sustancias, ahora nos preocupamos por las de las piernas y los pies. Las piernas eran de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro de alfarero; no lodo húmedo o fango, sino «barro para alfarería» (Dn 2.41) y, por consiguiente, frágil (v. 42).

Que el hierro simbolizaba el militarismo parece claro por lo que se dice del cuarto reino: «como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo» (v. 40). A las naciones se las aplasta y destroza por el poder militar, y así es como los romanos trataban a las naciones. Esto se significa todavía más por los dientes de hierro de la cuarta

bestia, como se dice claramente en Daniel 7.19, 23: «a toda la tierra devorará, trillará y despedazará».

La suposición de que la arcilla representa la democracia es antojadiza y arbitraria. El Imperio Romano, al principio, simbolizado por las piernas de la estatua, fue edificado bajo gobierno democrático. Cuando el nuevo republicanismo fue superado por el imperialismo, los principios democráticos siguieron vigentes. La democracia, por tanto, jugó su parte desde el mismo comienzo del cuarto reino, y había sido simbolizada por el barro, no solo los pies y los dedos, sino las piernas mismas habrían estado formadas por hierro mezclado con barro. Además, todavía no se ha hallado que la democracia, en el sentido generalmente aceptado del término, sea de un carácter inestable o frágil; de lo cual atestigua el republicanismo de los Estados Unidos de América. Las democracias, también, pueden ser establecidas sobre principios estrictamente constitucionales.

Se debe buscar, pues, otra explicación del simbolismo del barro, y no es improbable que se la halle en los principios revolucionarios a los cuales ya hemos hecho referencia, que se evidenciaron en el tiempo de la Revolución Francesa y están hallando expresión, aunque en mayor variedad hoy, en proyectos como la Asociación Internacional de Obreros. Ciertamente, las masas de los pueblos de Europa se están empapando tanto de militarismo como de las doctrinas revolucionarias de que hemos hablado. Si estos principios se extienden entre los servicios y fuerzas civiles, todo se hallaría en estado completo de preparación para un

## **Trastorno político y social sin precedentes**

que en efecto derrocaría las formas presentes de gobierno. Desde el punto de vista del mundo, la situación exigiría un genio consumado con poderes de organización mundial. Sin duda, la obra maestra de la infiel inventiva de Satanás estaría lista para la ocasión.

No estamos prediciendo que esta va a ser la manera del resurgimiento del imperio o del advenimiento de su cabeza imperial. Estamos meramente sugiriendo circunstancias posibles a la luz de las Escrituras y de los movimientos del día presente. Las circunstancias reales que acompañen al surgimiento de los diez reyes y su emperador deben por el momento permanecer como conjeturas. Desde luego, estos reyes recibirán la autoridad con él por una hora (Ap 17.12), frase que se puede traducir «al mismo tiempo»; y, por supuesto, concordarán en darle a él su poder y autoridad (v. 13).

### **3. EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO**

Ahora señalaremos las condiciones religiosas que van a prevalecer por un tiempo en la resucitación del imperio. Estas se nos indican con claridad en Apocalipsis 17. El apóstol ve una mujer sentada sobre una bestia de siete cabezas y diez cuernos. La mujer está vestida esplendorosamente, tiene en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y está ebria de la sangre de los santos. «Y en su frente un nombre escrito, un

#### **Misterio: BABILONIA LA GRANDE**

LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA» (vv. 3-6). A la mujer se la describe simbólicamente como la ciudad de Roma (v. 18), y esto conduce a la segunda mención de Babilonia, en el capítulo 18, y una nueva descripción. Ahora bien, a la descripción de la mujer en el capítulo 17 no hay nada que le corresponda mejor que el papado. Pero si la Babilonia del capítulo 17 se ha de identificar con la del capítulo 18, el papado responde a toda la descripción solo hasta un punto. Sin embargo, aun cuando hay mucho en común en las dos descripciones en estos capítulos, posiblemente hay que distinguir las dos Babilonias. La del capítulo 17 es un «misterio», no así la del capítulo 18. De nuevo, la destrucción de una es diferente de la de la otra. La primera será destruida por los diez reyes y su emperador (17.16), la segunda por el castigo directo de Dios (18.5, 8, 20); la primera como resultado de enfrentamiento humano, la segunda por hambre, fuego y terremoto. Tenemos, por consiguiente, justificación para esbozar un concepto más limitado en conexión con las circunstancias del capítulo 17. Aun así, a la mujer se la puede considerar representando a los sistemas sacerdotales apóstatas que habrán surgido del papado tanto como a este mismo sistema.

La posición de la mujer indica un ejercicio del poder que la bestia respalda voluntariamente. El sentarse sobre las aguas implica su dominio religioso sobre las naciones; el estar montada en la bestia que gobierna sobre las naciones políticamente, implica que habrá una alianza completa entre ella y los diez reyes con su jefe, y que la esfera de su influencia será coextensiva con los dominios de la bestia.

#### **El papado: Su poder presente**

Ahora, aunque el papado perdió su poder temporal en 1870, dista mucho de haber perdido su influencia política. En lo eclesiástico, también, aunque ha recibido varios reveses, está manifiestamente ganando poder. Esto se observa sobre todo, por ejemplo, en Gran Bretaña, que es objeto de la persistente agresividad del romanismo para derrocarla como poder protestante. Esta agresividad se manifiesta en todos los dominios del Imperio Británico, así como en otras tierras.

De nuevo, aunque ciertos gobiernos últimamente se han despojado del yugo eclesiástico, y entre los pueblos de las tierras católicorromanas se ha extendido la infidelidad, el número de católicos romanos ha aumentado con gran rapidez. Se calculaban alrededor de 200,000,000 hace veinte años; ahora se dice que suman más de 300,000,000.

No faltan indicaciones de una tendencia hacia

## **Una reunión de la cristiandad,**

que se vería facilitada por una disposición por parte del papado para adaptarse al impulso del tiempo.

Hay eventos presentes, por tanto, que apuntan a una gran renovación del poder papal que incluye el cumplimiento de la profecía relativa a la mujer y a la bestia que la lleva. Esta alianza renovada entre los poderes políticos y eclesiásticos, sin embargo, será de breve duración. El éxito de los esfuerzos de los gobiernos en tiempos recientes por librarse de la autoridad papal, como es el caso de Francia y Portugal, no son sino presagios de la total destrucción a la larga del eclesiasticismo y sacerdotalismo bajo el Imperio Romano revivido. «Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego» (Ap 17.16). De este modo, parece ser que, cuando esté en el cenit de su poder y ambición, el papado, como cabeza de la cristiandad amalgamada, hallará de repente su ruina.

## **La ruina de la Babilonia religiosa**

Su riqueza acumulada será probablemente un incentivo para la decisión de los diez reyes para dar este paso, debido tal vez al empobrecimiento de sus reinos como resultado de las guerras y los trastornos políticos y sociales. Una causa adicional será sin duda el ampliamente extendido espíritu de antagonismo contra toda religión.

La sumisión al yugo papal siempre ha tenido una secuela de infidelidad; de forma similar, la servidumbre temporal de la bestia a la mujer resultará en el rechazo de todo freno religioso y en el reconocimiento universal de las presuntuosas afirmaciones del gobernador mundial.

## **Autoridad satánica del emperador**

La autoridad de este emperador final del reino será satánica. «Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad» (13.2); «La bestia ... era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición» (17.8). Esto implica que ha estado en la tierra en el pasado. Lo mismo se indica en la interpretación de las siete cabezas. Topográficamente se las describe como siete montañas; personalmente, como siete reyes (v. 9). De estos, cinco han caído, y el sexto estaba en el poder tiempos de Juan, el séptimo todavía no había venido entonces (v. 10). La bestia (que aquí claramente simboliza, no a un reino, sino a una persona) sería un octavo, y sin embargo sería de los siete (v. 11). Algunos han considerado estas cabezas como formas de gobierno; otros, como imperios, o, también, como emperadores. No parece haber razón para que no se las considere como emperadores, aunque sin duda se tiene en mente sus imperios asociados con ellos. En consecuencia, el hecho de que el octavo también sea uno de los siete indica su reaparición en escena. Varias sugerencias se han dado en cuanto a su identificación, pero esta debe seguir sin saberse hasta su advenimiento. Con él, los diez reyes reciben autoridad por un tiempo (v. 2), entregándosela a continuación con su reino (v. 17), pero no sin antes haber juntos destrozado el gran sistema religioso simbolizado por la mujer (v. 16). Su estupendo poder y brillantes capacidades, evidencias de su origen sobrehumano, su fenomenal capacidad para la organización, y la consolidación del imperio bajo su absoluto control harán que todo el mundo se maraville ante él (Ap 13.3; 17.8). Para el mundo, en su engaño divinamente infligido (y, por consiguiente, retributivo), parecerá como un dios que ha venido para librarlos de la aflicción, y para introducir la edad de paz y prosperidad tantos siglos esperada. Al asombro le sucederá la adoración, tanto del hombre como de Satanás. «Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?» (13.4).

El mundo está ahora en el curso de rápida preparación para todo esto:

## **El «superhombre»**

ha llegado últimamente a ser un tema muy discutido en varios ámbitos de la sociedad y en la prensa, y es un concepto respaldado por la teoría de la evolución, que está recibiendo cada vez más amplia aceptación. De este modo, se está suscitando un espíritu de expectativa que indudablemente facilitará el reconocimiento del hombre mismo en su advenimiento, y el reconocimiento de sus afirmaciones de merecer honor divino. Pero esto implicará la adoración a Satanás, y el eficaz agente del

## **Espiritismo**

lleva trabajando mucho tiempo para este fin. El espiritismo conduce a la adoración del diablo. Debe ser así; su poder capacitador es el mismo Satanás. Tanto el espiritismo como la teosofía, y formas similares de error que van rápidamente aumentando hoy, están pavimentando el camino para la adoración mundial al dragón.

El poder imperial y la adoración de este emperador serán promovidos por otro potentado también facultado por Satanás. Este último es la segunda bestia, descrita en Apocalipsis 13.11-final. Más adelante en el libro se le llama

## **El falso profeta**

(Ap 16.13; 19.20; 20.10), indicando que sus actividades son principalmente de carácter religioso, y tal vez que estará más estrechamente conectado con asuntos judíos. Él hará «que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia» (13.12), engañando al mundo mediante señales sobrenaturales obradas en la presencia de la primera bestia (v. 13), y obligando a la adoración de su imagen (v. 15), la abominación desoladora establecida en el templo de Jerusalén (Mt 24.15). Con la adoración de una imagen empezaron los tiempos de los gentiles (Dn 3.1), y con idolatría similar terminarán. En los días de los primeros emperadores romanos, su deificación se celebraba mediante la adoración de sus imágenes. Entonces, como antes bajo Nabucodonosor, los que se negaron a adorarle sufrieron la muerte. Así será bajo el emperador final y su colega.

Respecto a estas dos bestias de Apocalipsis 13 se sostienen varias opiniones, acerca de cuál es el hombre de pecado que Pablo menciona en 2 Tesalonicenses 2, cuál es el Anticristo que menciona Juan en sus epístolas, y cuál de las dos es el rey valiente descrito en Daniel 11. Las limitaciones de

espacio nos impiden entrar en el tema en detalle aquí. Este escritor sostiene el punto de vista de que las tres son la misma persona, y que también es el mismo cuerno de Daniel 7.8, 11, y la primera bestia de Apocalipsis 13, y que todas estas son descripciones diferentes de la cabeza final del imperio revivido. Los pasajes del Antiguo Testamento anuncian brevemente el surgimiento de este gobernador mundial; los pasajes del Nuevo Testamento despliegan y amplían las predicciones precedentes respecto a él. Entre los detalles adicionales dados en el Nuevo Testamento está el hecho de que va a tener un profeta que respaldará su afirmación de deidad y su gobierno. Es el emperador mundial, y no su profeta, a quien se debe adorar, y quien por consiguiente se proclama como dios (2 Ts 2.4). Su profeta, la segunda bestia de Apocalipsis 13, en ejercicio de todo el poder de la primera, hará que el mundo le adore (13.12). Como su profeta y primer ministro, no hará ningún esfuerzo por usurpar la posición de aquel cuya deidad jurada procura respaldar.

La similitud de detalles en los pasajes mencionados indica que en cada caso se tiene en mente a la misma persona. Sus blasfemias, por ejemplo, y su afirmación de ser dios se mencionan en Daniel 7.25; 11.36, 37; 2 Tesalonicenses 2.3, 4 y Apocalipsis 13.5, 6; y su guerra contra los santos en Daniel 7.21, 25, y Apocalipsis 13.7. Es más, la proclamación blasfema de sí mismo como dios es coherente con lo que se ha dicho en las epístolas de Juan respecto al Anticristo. Porque en su autodeificación es directamente «antagónico a Cristo», niega que Jesús sea el Cristo y, por consiguiente, niega al Padre y al Hijo (1 Jn 2.22).

Los dos potentados no solo establecerán una religión universal, sino también un

## **Sistema universal de comercio**

La segunda bestia «hacia que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre» (Ap 13.16, 17). Esto indica un sistema proteccionista mundial, un sistema como el que, por ejemplo, se pudiera establecer bajo cierta forma de sindicalismo. Innegablemente, las circunstancias del mundo industrial actual manifiestan una tendencia creciente en esa dirección. Los principios previamente mencionados, que están ya promoviendo la revolución industrial e internacional, y los impresionantes movimientos actuales hacia la unión, están claramente preparando el cumplimiento de esta profecía, dado que facilitan el eventual establecimiento

del sistema comercial impío del imperio reconstituido.

- 
1. Ver *The Epistles to the Thessalonians, with Notes Exegetical and Expository*, de C. F. Hogg y W. E. Vine.



## EL REINO ETERNO

Ahora tenemos que considerar el trato de las dos bestias, el emperador romano final y su falso profeta a

### LOS JUDÍOS

Los judíos se unieron a los romanos en la muerte de Cristo, y con los gobernantes de este cuarto imperio estarán de acuerdo por un tiempo al final de su largo curso de apostasía. Esto se le reveló especialmente a Daniel en la profecía de

### LAS SETENTA SEMANAS

(Dn 9). Estas semanas (literalmente, *hebdómadas*, o períodos de siete, es decir, siete años cada uno) han sido divinamente decretadas (o «cortadas», esto es, del período de «los tiempos de los gentiles») sobre su pueblo y su ciudad. Desde la emisión del mandamiento para restaurar y construir Jerusalén hasta el Ungido (el Mesías), el Príncipe, habría siete semanas y sesenta y dos semanas. Después de esto se quitará la vida al Ungido y no tendrá nada (Dn 9.24-26). Este período es 69 veces 7, o 483 años, y este fue exactamente el período que comenzó con la orden de Artajerjes Longimano, rey de Persia, para la restauración de Jerusalén (Neh 2.1-9), y terminó en la entrada triunfal de Cristo en la ciudad (Mt 21.1-11).<sup>1</sup> Cuatro días más tarde fue crucificado, «se quitará la vida al Mesías, mas no por sí», o sea, que no entró entonces en su reino mesiánico. La profecía decía que el pueblo del príncipe (literalmente, «un príncipe») que vendría destruiría la ciudad y el santuario. Eso tuvo lugar en el 70 A.D., con Tito Vespasiano. Pero Tito no es «el príncipe que ha de venir». Esto, aparte de otras consideraciones, se ve claro por lo que sigue: «y su fin [del príncipe] será con inundación [o, más bien, «en el desbordamiento», es decir, de la ira de Dios]», predicción inaplicable a Tito. La mención de

### La última «semana»

se traslada a otro tiempo, indicando un intervalo entre la sexagésima novena y la septuagésima. Ahora, los eventos que se predicen para la semana setenta no tuvieron cumplimiento histórico inmediatamente después de la sesenta y nueve. La una, por consiguiente, no siguió a la otra de manera consecutiva. Al comienzo del período de intervalo, los judíos fueron esparcidos de su tierra. En la setenta habrán sido restaurados, y los eventos de esa semana tiene que ver con «el príncipe que ha de venir», el último emperador mundial, y sus tratos con ellos. «Por otra semana confirmará el pacto con muchos [literalmente, «los muchos», o sea, la gran mayoría de la nación]» (v. 27). Este pacto se describe en las profecías de Isaías como un «pacto con la muerte», y un «convenio con el Seol». El pacto, dice, «será anulado», y el acuerdo «no será firme; cuando pase el turbión del azote, seréis de él pisoteados» (Is 28.18). El que esto se refiere a un tiempo todavía futuro y no a la historia israelita pasada se puede deducir del versículo 22, donde el tema y el lenguaje son similares a los del pasaje de Daniel que se está considerando. También nos habla de cómo se anulará: «A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda». Por tanto, después de tres años y medio, el Anticristo, manifestando su carácter real, demostrará ser un traidor y romperá el pacto, y de este modo se cumplirá la predicción de Isaías.

Al parecer, al mismo tiempo que rompa de este modo su alianza con los judíos, el Anticristo determinará su deificación pública y el establecimiento de su adoración en el templo. Porque él es el que «se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Ts 2.4). Esto, con el establecimiento de su propia estatua, será sin duda el cumplimiento de las profecías anotadas por Daniel, de que «con la muchedumbre [o en el pináculo] de las abominaciones vendrá el desolador» (Dn 9.27; cp. 11.31; 12.11), y «profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora» (11.31; cp. 12.11); cumplimiento también de la predicción del Señor de que la «abominación desoladora de que habló el profeta Daniel», estará «en el lugar santo» (Mt 24:15). En el establecimiento de esta adoración blasfema del emperador, el falso profeta jugará una parte preeminente, como hemos visto de la última parte de Apocalipsis 13.

Las abundantes referencias al desolador y a las desolaciones son indicadoras de la

## PERSECUCIÓN FERROZ

que seguirá. Esta será primero dirigida contra «el remanente», el elevado número de judíos que negarán lealtad a la bestia y al falso profeta, muchos de ellos, sin duda, habiéndose convertido a su Mesías que viene, gracias al testimonio de los dos testigos enviados por Dios a la nación para «que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio» (Ap 13.3-13). El éxito de su ministerio despertará al parecer el agrio antagonismo de Satanás y sus instrumentos humanos. La ruptura del pacto con el pueblo como un todo indica que también se hará un esfuerzo para aplastar a la nación entera. De este modo, la última mitad de la septuagésima semana será el tiempo de «la angustia para Jacob», «y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces» (Dn 12.1), aunque la tribulación sin precedentes no estará confinada solo a los judíos.

## **ARMAGEDÓN Y DESPUÉS**

La encarnizada enemistad del hombre de pecado, y su colega, el falso profeta, contra Dios y su pueblo culminará en la reunión de todas las fuerzas del imperio en Palestina en un conflicto final por la completa dominación del mundo. Este tremendo evento lo indica de este modo el apóstol Juan: «Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso» (Ap 16.13, 14).

En realidad, la cuestión en juego será la supremacía de Cristo o de Satanás en la tierra. El objetivo no será ni conquista territorial ni supremacía naval, ni predominio comercial. La guerra de la bestia y de los diez reyes que le sirven es contra el Cordero (Ap 17.14). Esto es lo que se predice en el Salmo 2: «¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su unguido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas». El resultado es seguro: «El que mora en los cielos se reirá; El Señor se burlará de ellos».

### **El escenario del conflicto**

es Jar-magedom, comúnmente conocido como Armagedón (Ap 16.16). El nombre, que se asocia con Meguido, lugar famoso en la historia del Antiguo

Testamento por sus batallas decisivas (Jue 5.19; 2 R 23), representa aquí sin duda un área más amplia, extendiéndose, como veremos, de norte a sur en el territorio.

Los combatientes, el conflicto y su conclusión, los describe Juan con un vívido lenguaje de terrible grandiosidad en Apocalipsis 19.11-21: «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

»Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos» (Ap 19.11-21). Ezequiel describe de modo similar la escena en su profecía en el capítulo 30.17-21.

Así es como el clímax de la rebelión del mundo contra Dios encuentra su ruina. Esta es la manera del derrocamiento del imperio de diez reinos, la cuarta de las visiones de Daniel. Por tanto, lo que ahora hemos leído de Apocalipsis 19 es idéntico a, (1) la caída de la piedra sobre los pies de la estatua en la visión de Nabucodonosor, la aniquilación de todo gobierno gentil (Dn 2.45); (2) la extinción del dominio de la cuarta bestia en la visión subsiguiente de Daniel (Dn 7.26); (3) el derramamiento de la ira de Dios sobre el Anticristo, el desolador (Dn 9.27); y (4) la venida del Hijo del Hombre en las nubes del cielo con poder y gran gloria (Mt 24.30). El Señor Jesús destrozará al gran emperador, el hombre de pecado, «con el espíritu de su boca», y lo reducirá a nada «con el resplandor de su venida» (2 Ts 2.8).

Ahora bien, este «resplandor de su venida» es, para transliterar las palabras

griegas,

## LA EPIFANÍA DE SU PARUSÍA

Una epifanía es, literalmente, el «resplandor» de aquello que ha estado escondido; y la palabra parusía es, literalmente «presencia» (ver Fil 2.12). Esta última palabra se usa para referirse a la venida de Cristo en el aire por sus santos, «para recibirlos para sí mismo», y de su consecuente presencia con él (1 Ts 2.19). Ellos, de este modo, estarán «para siempre con el Señor» (1 Ts 4.17), y con él vendrán cuando descienda en su revelación, «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts 1.7, 8). La repentina irrupción de su gloria, pues, «para ejecutar juicios» (Jud 15) será la «epifanía, o resplandor, de su parusía», y por ella el hombre de pecado será reducido a nada y su imperio demolido. Él y su falso profeta serán «lanzados vivos dentro de un lago de fuego», y sus ejércitos perecerán (Ap 19.20, 21).

Este va a ser el resultado de los esfuerzos del mundo por establecer un milenio propio mediante esquemas de federación y amalgama. Este es el resultado de su supuesto progreso y mejora sin Dios ni Jesucristo.

Ahora debemos ver lo que otros pasajes bíblicos tienen que decir respecto a esta escena. El instrumento que el Señor usa para la destrucción de sus enemigos es una espada *que sale de su boca*; la destrucción se describe como pisar el lagar.

## LA VOZ DEL SEÑOR

Primero, en cuanto al instrumento. La espada es símbolo del pronunciamiento de la voz del Señor. No se necesita un instrumento material, una palabra basta. Esto se ve claro en muchos pasajes. En el Salmo 2, la derrota del enemigo se describe así: «Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira» (Sal 2.5). Joel profetiza el mismo evento: «el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová dará su orden delante de su ejército; porque muy grande es su campamento; fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?» (Jl 2.10, 11; y ver 3.16. Compárese con Is 11.4 y 30.30-33). La misma voz de castigo se implica en la predicción de Pablo de la ruina del inicuo, «a quien el Señor matará *con el espíritu de su boca*» (2 Ts 2.8). Sin

duda, tenemos que leer en conexión con eso el Salmo 29, donde se describe la terrible majestad y efecto de *la voz del Señor*.

Debemos ahora detenernos más en este salmo a fin de observar su aplicación a las circunstancias que se consideran, y su conexión con los pasajes que describen el castigo del enemigo como

## EL PISADO DEL LAGAR

Estos pasajes son Isaías 63.1-6; Joel 3.16; Apocalipsis 14.17-20, y el que ya se ha citado de Apocalipsis 19. Se observa, también, que en el primero de estos se menciona de nuevo la voz del Señor, porque el libertador se describe a sí mismo como «Yo, *el que hablo en justicia*».

Nos referiremos primero a Apocalipsis 14.17-20. Dos ángeles aparecen, el uno del templo del cielo con una hoz en su mano, el otro del altar. Este último llama al que tiene la hoz para que reúna «los racimos de la tierra», símbolo del hombre de pecado y sus ejércitos reunidos. El ángel entonces arroja su hoz a la tierra, recoge la vendimia y la arroja en el lagar de la ira de Dios. Y «fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios» (es decir, 320 km). El gran emperador y su profeta, y sus vastas fuerzas, se reunirán pues en compacta formación de batalla a todo lo largo de Palestina, con Jerusalén como objetivo. Joel llama a la escena de la batalla «el valle de la decisión». «Venid, descendad», dice el profeta, «porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos. Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión» (Jl 3.13, 14). Los muchos pueblos son las fuerzas del hombre de pecado.

Los primeros seis versículos de Isaías 63 narran en forma de diálogo

## LA DERROTA DEL HOMBRE DE PECADO

y sus fuerzas. El diálogo es entre el Mesías Libertador y los judíos. Habiendo derrotado recientemente al enemigo al pisar el lagar, y con los ejércitos del imperio destruidos en toda la línea de batalla de norte a sur del territorio, el Mesías, en las mieles de su victoria, se revela a su aturdido pueblo terrenal. En maravillada admiración, exclaman: «¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder?» A esto su Libertador responde: «Yo, *el que hablo en justicia*, grande para salvar». El significado de esto se hace de inmediato

evidente al lector que recuerda los varios pasajes ya mencionados en referencia a la voz del Señor. «Yo, el que hablo en justicia»; esta es la voz pronunciada ante su ejército (Jl 2.10), «la espada que sale de su boca» (Ap 19.15); el «espíritu de su boca», con el cual derrota al hombre de pecado (2 Ts 2.8), y la «voz» del Salmo 29.

La gente, asombrada por la apariencia del vencedor, ahora pregunta: «¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar?» El lenguaje es sin duda simbólico. El Mesías explica en respuesta cómo los enemigos amenazadores han sido aplastados: «He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos ha llegado. Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé que no hubiera quien sustentase; y me salvó mi brazo, y me sostuvo mi ira. Y con mi ira hollé los pueblos, y los embriagué en mi furor, y derramé en tierra su sangre» (vv. 3-6). Las palabras de una profecía previa expresan el reconocimiento gozoso de la nación librada: «Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación» (Is 25.9).

Pasando ahora al Salmo 29, hallamos

## LA ESCENA DEL JUICIO

descrita de forma contundente; se indica la misma longitud de la línea de batalla, en acuerdo con la descripción posterior y más clara de Apocalipsis 20.14. En verdad, los pasajes que predicen los eventos de este terrible día que viene dan lugar a una ilustración asombrosa del carácter progresivo de las revelaciones de las Escrituras. El Salmo está dividido en tres partes: (1) Los primeros tres versículos son un llamamiento a los santos en el cielo, los «hijos de los poderosos», a adorar al Señor en vista del castigo que está a punto de ejecutar para la liberación de su pueblo, los judíos, de su tierra y su ciudad. (2) La segunda parte, versículos 3-9, describe el castigo real mediante «la voz del Señor». El salmista estaba sin duda pensando en una tempestad con truenos. El Espíritu de Dios estaba dando una proclamación profética respecto a una escena más terrible, y las limitaciones geográficas del Salmo son de importancia profética. El primer lugar mencionado es el Líbano, al norte, con su cadena montañosa Sirión (vv. 5, 6). El último lugar es el desierto de Cades, al sur, al centro del cual está Bosra, en Edom (v. 8), punto de conexión con Isaías 63.1. Ahora bien, la distancia de Sirión a Bosra, en el desierto de Cades,

es de 320 kilómetros, y estos son los mil seiscientos estadios de Apocalipsis 14.20. Aquí, entonces, con un golpe de la ira divina, el hombre de pecado y sus fuerzas son derrotados, y los judíos son librados. Las revelaciones posteriores de las Escrituras nos permiten, pues, pasar del escenario natural y físico del Salmo a la realidad velada. Por tanto, esta porción del Salmo se debe leer en conexión con el pasaje de Apocalipsis 19 citado arriba. (3) Los últimos dos versículos describen el resultado de la conquista.

## **LOS JUDÍOS EN SU CONDICIÓN LÍMITE**

estaban amenazados con la aniquilación. Pero la condición crítica del hombre es la oportunidad de Dios. El pueblo ahora ve a su Libertador en persona, ellos «mirarán al que traspasaron». Se dan cuenta de que sus enemigos fueron destruidos porque «Jehová preside en el diluvio». Y ahora «se sienta Jehová como rey para siempre». Aquel que tiene derecho a reinar ha venido a Sion. De aquí que el salmista pueda decir luego: «Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a su pueblo con paz». Armagedón ha terminado, el lugar de la ira de Dios ha sido pisado, y la guerra contra el Cordero ha terminado. El Salmo 30 sigue con el canto de alabanza del pueblo por la liberación.

Los castigos de Dios en la tierra vendrán acompañados de

## **PERTURBACIONES SÍSMICAS**

como «un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra», la derrota de las ciudades de las naciones, y el desplazamiento de las islas y las montañas (Ap 16.18-21). Entonces, sin duda, se cumplirá la profecía de Zacarías de que en el día cuando el Señor salga para pelear contra las naciones que se han reunido contra Jerusalén, sus pies se posarán sobre el Monte de los Olivos, y la montaña será dividida, dejando un gran valle al este de la ciudad (Zac 14.1-5).

## **EL REINO ETERNO**

En esta tremenda intervención en los asuntos de mundo para la terminación del dominio gentil, el Hijo de Dios estará acompañado por todos sus santos. Y vendrá «para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que



creyeron» (2 Ts 1.10). Así, desde los tiempos más antiguos, Enoc había profetizado: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos» (Jud 14, 15). Y Zacarías: «y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos» (Zac 14.5). Ellos van a tomar parte activa en la iniciación de su reino, y en su gobierno; porque «Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Dn 7.18). «Y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo» (v. 27).

Entonces el Señor «será rey sobre toda la tierra» (Zac 14.9). Las palabras de Dios quedarán vindicadas. Su Cristo reinará como Rey de justicia, y Rey de paz, con el centro de su gobierno en el mismo lugar donde una vez fue menospreciado y rechazado y los hombres lo echaron fuera y le crucificaron. El aumento de su gobierno y de la paz no tendrá fin, sobre el trono de David, y sobre su reino, para establecerlo y para ejercerlo con juicio y justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto (Is 9.7). Sus santos «serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (Ap 20.6). Entonces se cumplirán las palabras del Señor: «Yo he restaurado a Sion, y moraré en medio de Jerusalén; y Jerusalén se llamará Ciudad de la Verdad, y el monte de Jehová de los ejércitos, Monte de Santidad» (Zac 8.3). Los días de lamentación de Israel habrán acabado, la nación será «corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo» y Jerusalén será alabanza en la tierra (Is 61.3; 62.3, 7). «Alégrense los cielos, y gócese la tierra» «porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Sal 96.11; Is 11.9). De acuerdo al consejo eterno de Dios, el Nazareno menospreciado se manifestará y todos le reconocerán como Rey de reyes y Señor de señores.

«A él sea la gloria para siempre jamás, Amén».

---

1. Ver *El príncipe que ha de venir*, de Sir Robert Anderson.

## **LAS CUATRO MUJERES DE APOCALIPSIS**

**D**e las cuatro mujeres que se mencionan en el libro de Apocalipsis, dos simbolizan a agentes que han extendido la corrupción, en tanto que las otras dos son símbolo de las dos grandes comunidades que Dios ha formado para dar testimonio de él, y para actuar como sus instrumentos de gobierno en las edades venideras. A la primera mujer se la describe en la carta a la iglesia de Tiatira. Ella es allí la corruptora de los siervos de Dios, y el Señor reprocha a esa iglesia que permita la presencia e influencia de esa mujer. Le dice: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos» (2.20).

### **GREMIOS COMERCIALES DE TIATIRA**

Tiatira estaba situada al noreste de Esmirna, en un fértil valle de la provincia de Asia. Sus habitantes tenían considerables ventajas comerciales. Al mismo tiempo, eran groseramente inmorales. Los ciudadanos estaban organizados en varios gremios comerciales. Ser miembro de ellos era esencial para el éxito terrenal. Las fiestas de los gremios se celebraban en ocasiones designadas, y lo que ocurría en esas ocasiones se caracterizaba por la extrema disolución. «El vínculo que mantenía unido a un gremio por lo general estaba en la religión común que todos practicaban, y en la comida sacrificial común de la que participaban; los miembros comían y bebían en unidad y compañerismo en virtud de la deidad pagana a la que servían. En el estado existente de la sociedad era imposible hacer separación entre la membresía en un gremio y la idolatría, y la idolatría era de un tipo que por su simbolismo y eficacia ejercía gran influencia en todos sus seguidores, haciéndoles miembros de una unidad que esencialmente era no cristiana o anticristiana. En segundo lugar, los banquetes comunitarios se celebraban en medio de jolgorio y diversión que distaba mucho de conducir a la moralidad».<sup>1</sup>

«Mantenerse fuera de esas hermandades era presentarse como persona tacaña, rencorosa, de mala disposición, hostil a la sociedad, desprovista de impulso generoso y del sentimiento bondadoso y amistoso, enemiga de la

humanidad».<sup>2</sup>

Esto muestra el peligro al que estaban expuestos los convertidos de Tiatira. La mujer que se menciona como Jezabel, pretendiendo ser profetisa, y como promotora de iluminación y apertura mental, seduciría con facilidad al creyente imprudente para pedir membresía en un gremio, o volver al mismo si lo había abandonado en su conversión. Las ventajas serían grandes. Se evitaría el ridículo y la persecución. Prácticamente se aseguraría la prosperidad en los negocios. El prestigio personal en la ciudad se aumentaría. Y, ¿por qué no llevar una influencia saludable a la sociedad uniéndose al gremio? Estas y otras argumentaciones, con las que los creyentes tentados por los de mentalidad mundana están tan familiarizados hoy, se usarían para seducir a los creyentes y alejarlos de la fidelidad a Cristo.

Sea que Jezabel fuera en realidad el nombre de una mujer o no, podemos considerar que había una mujer así en Tiatira, y que ella inculcaba en la iglesia doctrinas con las que había logrado seducir a algunos de los creyentes a participar en las prácticas desenfrenadas e idólatras. Aquí, entonces, en los primeros días de la historia del cristianismo, el antinomianismo se volvió común, y la inmoralidad se practicaba bajo el atuendo atractivo de la fe cristiana; había una forma de piedad, pero se negaba la eficacia de ella.

## JEZABEL Y ACAB

No podemos dissociar el nombre de esta mujer del de la Jezabel de 1 Reyes. Fue la hija del sidonio Etbaal. Su padre era sacerdote de Astarté, la vil diosa de los sirios, cuya religión procedía directamente de Babilonia. Jezabel, cuyo nombre significa «montón de estiércol», llegó a Israel como esposa de Acab y fue la influencia dominante en el pueblo de Dios. Su esposo era prácticamente su subordinado. El relato de su contaminación a la nación, la masacre que hizo de los profetas de Dios, y cómo los sustituyó por los profetas de Baal, es bien conocida. Por medio de ella, Acab hizo «más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel». Los elegantes rituales de adoración de Astarté reemplazaron a los de Jehová. La influencia perniciosa de Jezabel continuó durante el reinado de sus dos hijos, Ocozías y Joram, y, mediante el matrimonio de su hija Atalía con Joram, hijo de Josafat, rey de Judá, se extendió a la tribu de Judá. Atalía había erigido el templo de Baal en Jerusalén y sus hijos «habían destruido la casa de Dios, y además habían gastado en los ídolos todas las cosas consagradas de la casa de Jehová» (2 Cr 24.7).

## LAS SIETE CARTAS

En las cartas a las siete iglesias hay muchos indicios de que su enseñanza tiene un alcance más amplio que el directamente aplicable a esas iglesias. Desde luego, se pueden mencionar muchos detalles a favor de la idea de que, en estos dos capítulos que contienen las cartas dirigidas a ellas, las iglesias están dispuestas deliberadamente en un orden que representa de manera anticipada el curso completo de lo que se ha llamado la cristiandad durante la presente era. Notamos, por ejemplo, en conexión con el tema que estamos considerando, la secuencia inmediata de Tiatira después de Pérgamo. Había falsos maestros presentes en Pérgamo, pero Tiatira los toleraba. Pérgamo era indiferente al mal; Tiatira se asoció con el mismo. A esas dos siguió Esmirna, que estuvo destinada a soportar la persecución. De forma paralela, en la historia de la iglesia inicial, después de las persecuciones que tuvieron lugar en el período del emperador Domiciano hasta Constantino, o sea, desde alrededor del 170 A.D. hasta principios del siglo cuarto, las iglesias atravesaron un período de estar libres de oposición y crueldad, y rápidamente se dejaron llevar por la influencia y autoridad del mundo. Apartándose de la senda de la sencilla lealtad a Cristo, la iglesia buscó un poder y afluencia a los cuales no la había destinado su fundador, y con el tiempo se colocó bajo el auspicio del emperador. La debilitación del paganismo y el engrandecimiento propio de las iglesias proporcionaron a Constantino la oportunidad de adquirir un poder político superior que su capacidad y energía no tardó en aprovechar.

## UN PARALELISMO

Bajo el prestigio de Constantino, la unión de la iglesia con el mundo avanzó sin obstáculos. Las condiciones representadas por las cartas a Pérgamo y Tiatira cobraron rápidamente forma. Como en los días de Israel bajo Acab y Jezabel, los ministros fieles de la Palabra de Dios, los verdaderos profetas del Señor en las iglesias, fueron expulsados, y fueron traídos a la casa de Dios sacerdotes paganos, promotores de la religión de la diosa egipcia Isis, para que actuaran como guías espirituales de su pueblo. Esta amalgama diabólica de cristianismo con paganismo la completó el papa Dámaso al final del siglo cuarto. La iglesia apóstata se había paganizado. Dámaso no solo fue el dirigente eclesiástico principal de la iglesia; también fue elegido *Pontifex Maximus*, o Máximo Pontífice, del mundo pagano. No hay nada tan estremecedor como la semejanza entre la decadencia idólatra de Israel bajo Jezabel y la de la iglesia cristiana bajo el prelado romano. Las corrupciones

que extendió la simbólica Jezabel en medio de las iglesias fueron del mismo tipo que aquellas con que la reina pagana envenenó la vida del pueblo terrenal de Dios, Israel. Dámaso alardeaba de poner en práctica el principio de que el fin justifica los medios. Por manifiesta que fuera la atrocidad, o impía la obra, todo se justificaba en tanto y en cuanto promoviera la causa del poder político y religioso de la iglesia. Las abominaciones del paganismo se admitieron en las iglesias bajo el ropaje de la fe cristiana.

## **SE PRONUNCIA LA RUINA**

De este modo, lo que tuvo lugar en la esfera más estrecha de Tiatira se vio después en el ámbito más amplio de la cristiandad. No podemos afirmar de manera concluyente si aquellos que fueron culpables de someterse a las seducciones de Jezabel en Tiatira se arrepintieron de sus obras, o si la amenaza del Señor tuvo lugar. Podemos deducir que fue así, sin embargo, del hecho de que el Señor dice: «Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras» (v. 23). Probablemente, lo que ocurrió en la masacre de los hijos de Acab y Jezabel en Israel (2 R 10.11) tuvo su equivalente en el caso de los hijos de Jezabel en la iglesia de Tiatira. Así, de nuevo, en la perspectiva más amplia del tema, cuando el sistema eclesiástico babilónico de la cristiandad en su forma final sea derrotado por la federación anticristiana de naciones (Ap 17.16), esta predicción contra el mal de Tiatira recibirá su cumplimiento en la esfera más amplia de la cristiandad.

## **MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE**

La segunda de las dos mujeres perversas descritas en Apocalipsis es el tema de una visión dada a Juan y anotada en el capítulo 17. Vino a él uno de los siete ángeles que tenían las siete copas de la ira de Dios, y habló con él, diciéndole: «Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado<sup>3</sup> los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación».

El apóstol fue llevado en espíritu al desierto, lugar que sugiere destitución y que al parecer simboliza la condición desolada de todo lo que es fructífero para Dios, desprovisto de todo lo que pudiera deleitar a su ojo; contrasta contundentemente, como veremos, con el lugar desde donde el apóstol fue llamado después para ver a la hermosa mujer celestial, la esposa del Cordero.

Ahora ve a una mujer «sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA».

## ¿POR QUÉ «MISTERIO»?

El que a esta mujer se la llame «Babilonia la grande» indica su asociación con la antigua ciudad de oriente. El llevar la palabra «misterio» anexa a su título implica que la designación tiene un significado espiritual, que los hechos relativos a la mujer tienen algo más que una mera conexión geográfica e histórica con la ciudad. Un misterio en las Escrituras no está diseñado para sugerir en la mente del creyente la oscuridad que se asigna a lo misterioso. Abarca hechos que tienen el propósito de ser entendidos, y las verdades relativas al mismo deben modelar su conducta de acuerdo a la voluntad de Dios, sea en forma preventiva o formativa, y de este modo dirigir su lealtad a Cristo. Un misterio está fuera de la agudeza de la mente natural, porque «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios ... porque se han de discernir espiritualmente».

La última frase del título de la mujer: «La madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra», implica que Babilonia es la fuente de las uniones impías del pueblo de Dios con el mundo, sea en la historia israelita o en la cristiandad, porque tales asociaciones se describen en las Escrituras como fornicación espiritual (Jer 3.6, 8, 9; Ez 16.32). También implica que es la fuente de toda la idolatría sistematizada del mundo, porque cualquier cosa que se ponga delante de los hombres como objeto de adoración, que no sea Dios, es, en el lenguaje de las Escrituras, una abominación. El lenguaje también sugiere la inmoralidad y desenfreno que acompañan a la idolatría.

## BABILONIA, LA FUENTE DE LA IDOLATRÍA

La idolatría, en su forma organizada, se originó en Babilonia, bajo el gobierno de Nimrod, hijo de Cus. El nombre del dios antiguo, Baco, significa «hijo de Cus», y por consiguiente se debe identificar con Nimrod, que fue deificado después de su muerte. Las religiones paganas más antiguas del mundo, aunque

variando en detalles, tienen ciertos rasgos en común que se pueden rastrear distintivamente hasta el sistema primitivo de idolatría que se sabe fue establecido por Nimrod y su reina Semíramis en Caldea después de que Nimrod convirtiese Babel en la sede de su reino (Gn 10.10). La adoración a Baal y Astarté, a la cual hemos hecho referencia en relación con Jezabel, surgió del sistema caldeo antiguo. Las naciones habían bebido el vino de Babilonia y se habían emborrachado (Jer 51.7). Fue en este culto original de Babel donde se inició la adoración a una trinidad de padre, madre e hijo, considerándose a la madre como la reina del cielo. Esa es la posición que ella mantuvo entre las naciones bajo nombres tales como Astarté entre los sirios; Diana entre los efesios, Afrodita entre los griegos, Venus entre los romanos, Isis entre los egipcios. Israel misma se había corrompido para adorar a la reina del cielo (Jer 7.18; 44.17-25), y más adelante la misma fuente oriental afectó al cristianismo en el establecimiento de la adoración a la virgen María.

## **DE BABILONIA A ROMA**

La religión caldea pasó a Roma de la siguiente manera. Después de que los medopersas capturaron Babilonia, con Ciro, en el año 539 A.C., los tonsurados sacerdotes del culto caldeo, que no habían cambiado desde el tiempo de su inicio en los días de Nimrod y Semíramis, fueron expulsados. Huyeron a lo que ahora es Asia Menor, donde fueron bien recibidos por el rey lidio y se establecieron con todo su ritual en su capital, Pérgamo. Satanás traspasó así allá la sede de su poder («el trono de Satanás», Ap 2.13). En el año 133 A.C., a la muerte de Átalo III, el último de los reyes lidios, su reino, y la jerarquía caldea con él, pasó a estar bajo el dominio de los romanos. En el siglo siguiente, Julio César transportó a los sacerdotes y todo su equipo ritual a Roma, a fin de mejorar la gloria del oficio que ya tenía como Pontifex Maximus, o Máximo Pontífice, de la religión pagana de Roma. Combinando en sí mismo autoridad religiosa y política, siendo tanto emperador como pontífice, ahora no solo era el dictador único de la República, sino también la cabeza reconocida del sacerdocio oriental romanizado. Así, Roma se convirtió en la sede de las abominaciones de Babilonia. Esta fue la preparación satánica para la corrupción de la religión cristiana cuando, habiendo ya declinado de su pureza apostólica, halló su centro eclesiástico en Roma. De esta manera, llegó a ser «Babilonia el Misterio». Así pues, la mujer babilónica había montado el vasto poder político de Roma antes de que Cristo apareciera, y, por instigación de ella, toda la maquinaria del imperio acabó dirigiéndose a aplastar a la verdadera iglesia de Cristo.

Lo que ya se ha dicho, entonces, explica que a la mujer no solo se la llame «misterio, Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra», sino también, en la interpretación del final del capítulo, se la identifique con Roma, «la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra» (v. 18).

## **SU EMBRIAGUEZ**

El apóstol vio a la mujer «ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús» (v. 6). Todo lo que ha sido y representa la mística Babilonia es culpable de la masacre de los santos de Dios. El mismo espíritu que lleva a los hombres a las abominaciones espirituales de erigir cualquier otro objeto de adoración que no sea el Dios verdadero los instiga también a la persecución de su pueblo. En tanto que los gobernantes políticos de la tierra, seducidos por la pompa y grandiosidad de la mujer, se emborrachan con el vino de la copa de sus abominaciones, ella misma se embriaga con la sangre de los verdaderos seguidores de Cristo.

## **LA MUJER Y LA BESTIA**

A la mujer se la vio sentada sobre una bestia escarlata, de siete cabezas y diez cuernos. Va más allá del alcance de nuestro tema inmediato entrar plenamente en los detalles de esto último.<sup>4</sup>

En la interpretación, la bestia se indica como la última cabeza federal de la liga de naciones formada por diez reinos. Una comparación de los detalles de este capítulo 17 con el 13, y con Daniel 7, muestra que el término «bestia» es símbolo tanto del monarca como de su dominio (cp. Dn 7.17 con v. 23), y que su dominio lo formará el poder romano revivificado en su nueva forma. El que se vea a la mujer montada en una bestia establece claramente el dominio del sistema eclesiástico centrado en Roma sobre la federación política de naciones. El poder eclesiástico ha dominado lo civil en reinos por separado en la historia pasada, pero en ningún momento ha ejercido su poder sobre una liga de naciones federadas. El cumplimiento de la visión todavía es futuro. Es cierto que la religión romana ha recibido varios reveses y contratiempos en el pasado, pero de ninguna manera está en declive ni moribunda hoy. Sus convertidos están multiplicándose en casi todo país, y su poder dista mucho de estar desvaneciéndose. La mujer todavía ocupará, aunque solo por un breve tiempo, una posición de dominación religiosa y política sobre las naciones



que abarcan lo que fue el imperio antiguo. Ella no solo monta la bestia, sino que se sienta «sobre muchas aguas», que se interpretan como «pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas». Esto quiere decir que, además de controlar la liga de diez reinos y sus gobernantes, ejerce su influencia sobre las masas de la humanidad.

## SU DESTRUCCIÓN

Su ruina, sin embargo, está sellada. Su destrucción está destinada a suceder a manos de los mismos potentados que la habían respaldado. El cambio de la situación es dramático. «Y los diez cuernos que viste y la bestia [no «en» la bestia, como RVR], éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego» (v. 16). Cómo se convertirá esto en realidad se deja claro en el capítulo 13. Las dos bestias, los gobernantes confederados del mundo allí mencionados, establecerán una religión coextensiva con su dominio universal. Su credo será sencillo pero absoluto. Se debe reconocer al emperador como Dios. El no hacerlo será castigado con la muerte. «Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase» (Ap 13.14-15). Estos dos potentados tendrán suficiente poder a su disposición para imponer esta adoración. Hay que aplastar a toda otra religión, incluyendo el romanismo.

Hoy se dan varios movimientos en la humanidad que están directamente preparando esto. Una contundente ilustración de la manera en que la mujer va a ser destruida ya ha ocurrido en Rusia. El comunismo ateo está extendiendo rápidamente su influencia por todo el mundo. Sus instituciones están trabajando prácticamente en toda nación. La idea de Dios y de la religión cristiana deben ser destruidas. El hombre ha de ser su propio salvador y amo. Bajo el palio de la cristiandad, en las congregaciones de los que disienten de Roma, el racionalismo y el modernismo están desarrollando su papel hacia el mismo fin. El resultado de todo esto se ve claro en las Escrituras. Los potentados gobernantes de la liga de diez reinos, habiéndole entregado su poder al Anticristo, destruirán con él al papado y todo lo demás asociado con la Babilonia mística. Sus posesiones eclesiásticas, con toda su vasta riqueza y tesoros, serán confiscadas, su parafernalia ritual entregada a la destrucción, sus catedrales, iglesias y otros elementos idólatras demolidos, y los que se

nieguen a reconocer el nuevo culto serán masacrados. A la mujer se la dejará «desolada», desprovista de su riqueza; «y desnuda», despojada de su lujo; ellos «devorarán sus carnes», será desprovista de su poder; «y la quemarán con fuego», será reducida a la total ruina social y política. El decreto divino ha sido dado. Los instrumentos humanos estarán listos en el momento designado; «porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios» (v. 17).

## **LA MUJER VESTIDA DEL SOL**

Ahora consideremos a las otras dos mujeres mencionadas en Apocalipsis. Su carácter es enteramente diferente de lo que hemos tenido delante en las páginas precedentes. La primera se describe en el capítulo 12. Este capítulo en realidad empieza en el último versículo del capítulo 11. «Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo», detalles que, tomados en su contexto, indican que lo que sigue tiene que ver con la nación de Israel. En realidad, los capítulos 12, 13 y 14 se deben tomar juntos, y nos llevan por los asuntos relacionados con esa nación desde el tiempo del nacimiento de Cristo hasta el fin de la Gran Tribulación y la derrota del Anticristo por el Hijo del Hombre.

Al apóstol se le muestra una gran señal en el cielo, «una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono» (Ap 12.1-5).

## **EL SOL, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS**

El que la mujer está vestida del sol indica posiblemente que la nación está bajo el poder protector de Dios; lo que se indica justo después en el capítulo. El que se vea a la luna (emblema de autoridad derivada) bajo sus pies, indica que el poder que ella pudiera haber ejercido derivado de Dios le ha sido quitado, y

que en el tiempo que se tiene en mente en la visión ella está en posición de sumisión a sus enemigos. Al mismo tiempo se sugiere que todavía va a poseer suprema autoridad en la tierra. La primera mención del sol, la luna y las estrellas en la Biblia está relacionada con el gobierno de la tierra (Gn 1.16). La corona de doce estrellas indica la gloria y universalidad de la administración que Dios ha determinado para su nación escogida. Él ha dicho: «y pondré a ... la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion desde ahora y para siempre. Y tú, oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sion, hasta ti vendrá el señorío primero, el reino de la hija de Jerusalén» (Miq 4.7.8).

## LA GRAN TRIBULACIÓN

Usando la analogía del parto, Isaías pronunció una predicción respecto a Israel que nos da una clave para el presente pasaje. En conexión con el nacimiento de Cristo en la nación, y el tiempo todavía futuro de la Gran Tribulación, «el tiempo de angustia para Jacob», el profeta predijo que el orden histórico sería inverso al proceso natural de generación. De Israel dice: «Antes que estuviese de parto, dio a luz; antes que le viniesen dolores, dio a luz hijo. ¿Quién oyó cosa semejante? ¿quién vio tal cosa?» Entonces, refiriéndose al hecho de que un remanente de la nación sería preservado en el tiempo de angustia y llevado a la gloria milenial, continúa: «¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos. Yo que hago dar a luz, ¿no haré nacer? dijo Jehová. Yo que hago engendrar, ¿impediré el nacimiento? dice tu Dios». El Señor le asegura de este modo a su pueblo Israel que será librado por completo y repentinamente de sus implacables enemigos y que, aunque la nación estará en gran medida despoblada, «un remanente será salvado». Se ve claro que se refiere al tiempo milenial por las gozosas predicciones que siguen: «Alegraos con Jerusalén, y gozaos con ella, todos los que la amáis; llenaos con ella de gozo, todos los que os enlutáis por ella ... Porque así dice Jehová: He aquí que yo extendiendo sobre ella paz como un río ... Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo ... y la mano de Jehová para con sus siervos será conocida, y se enojará contra sus enemigos» (Is 66.7-14).

## EL HIJO VARÓN

En cuanto al hijo varón, el mismo profeta había asegurado de parte de Dios a la

nación que daría a luz al que rompería el yugo de sus enemigos y sería su libertador: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto» (Is 9.6, 7). Miqueas habla de los mismos eventos sin referirse a la inversión del proceso natural en la analogía. Especifica la tribu de la cual nacería el hijo varón, y el lugar de su nacimiento: «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad. Pero los dejará hasta el tiempo que dé a luz la que ha de dar a luz; y el resto de sus hermanos se volverá con los hijos de Israel» (Miq 5.2, 3).

Por tanto, la mujer que aparece en la visión dada al apóstol es Israel, y el hijo varón que ella da a luz es Cristo. Así, el apóstol Pablo, hablando de su propia nación, dice: «de los cuales, según la carne, vino Cristo» (Ro 9.5). Él no fue traído por la iglesia, hay que destacarlo, porque la iglesia brota de él. La mujer «dio a luz a un hijo varón» (Ap 13.5), cuando Cristo nació en Belén, mucho tiempo antes de su angustia, porque eso todavía está por suceder en el fin de la edad presente. Él es quien «regirá con vara de hierro a todas las naciones», tal como Jehová había declarado en el Salmo 2: «Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (Sal 2.6-9)<sup>5</sup>. La descripción dada de él como «hijo varón» sugiere su perfecta humanidad, en virtud de la cual, o, para usar sus propias palabras, «por cuanto es el Hijo del Hombre», el Padre «también le dio autoridad de hacer juicio» (Jn 5.27).

## EL DRAGÓN

La visión luego revela al archiadversario de Dios y su pueblo. «También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra». Estos detalles son símbolo de su control, y sus efectos, sobre el Imperio Romano, especialmente en sus fases finales y todavía futuras, bajo el poder del cual, y por instigación suya, la nación judía sufrirá sus últimos ayes.

La consideración de estos detalles está más allá de nuestro tema presente.

«Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese». El fracaso de su esfuerzo, dado a entender aquí por la ausencia de toda referencia al mismo, se registra en el Evangelio de Mateo, en el relato del intento inútil de Herodes por destruir al niño Jesús. Más bien, después de que se realizaron todas las cosas en cuanto a los días de su carne y su resurrección, «su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono». Esta declaración, en realidad cumplida cuando Cristo ascendió, recuerda sus propias palabras: «Así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (3:21).<sup>6</sup>

## LA HUIDA DE LA MUJER

La visión nos lleva ahora, cronológicamente, de aquel evento a los esfuerzos del diablo contra los judíos al fin de esta edad. No ha podido, a pesar de sus numerosos esfuerzos, impedir que el Hijo de Dios logre su derrota irremediable en el Calvario, y por ello, potencialmente, su destrucción eterna; su último esfuerzo premilenial será contra la nación mediante la cual Cristo llegó a ser el hijo varón.

«Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días» (v. 6). El tema de su huida y los esfuerzos del dragón contra ella continúa en el versículo 13. El pasaje parentético de los versículos 7 al 12 indica el tiempo de estos sucesos. Ese pasaje describe la expulsión de Satanás el dragón de los lugares celestiales, esfera en la cual todavía se realizan parcialmente sus actividades (Ef 6.12). Puesto que sus energías estarán entonces confinadas a la tierra, sus habitantes impíos serán entregados a los últimos ayes premileniales, y una gran voz desde el cielo declara que el tiempo del reino de Dios y la autoridad de su Cristo han llegado. Esa proclamación es un indicador del tiempo. La huida de la mujer debe tener lugar durante la Gran Tribulación. En ese tiempo, lo que como nación corresponde al simbolismo de la mujer consistirá del remanente santo de Israel, que va a ser preservado vivo en el período de extrema angustia y peligro como pueblo por la persecución del dragón. Es entonces cuando la mujer huye al desierto, como se mencionó previamente en el versículo 6. «Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila». Dios había llevado a su pueblo «en alas de águila» cuando huyeron del faraón al desierto del Sinaí (Éx 19.4; Dt 32.12). Así que ahora la misma metáfora describe el cuidado de Dios al preservarlos de la furia final de Satanás. Las alas de águilas sugieren veloz escape y liberación segura.

Allí ella será «sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo», período idéntico a los 1,260 días de versículo 6. Este es el período que está destinada a durar la Gran Tribulación (Dn 7.25; 12.7). El tiempo es el mismo que la última parte de la septuagésima semana, o del período de siete años, de Daniel 9. Que los «tiempos» son años lo aclara la comparación con Daniel 4.23. Esta descripción del período es su división más pequeña de días; la otra descripción, en sus divisiones más amplias. Dios, que ve las cosas en su alcance completo, contempla al mismo tiempo los detalles más minuciosos.

## EL LUGAR DE SU REFUGIO

Dios tiene un lugar preparado como refugio temporal para su remanente judío, «un refugio en tiempo de tempestad». El que la localidad sea un desierto sugiere la ausencia de recursos naturales. Las Escrituras dan a entender cuál es la región. Al oriente de Judea, al otro lado del Jordán y del Mar Muerto, hay una asombrosa región ocupada antiguamente por las naciones de Edom, Moab y Amón. El territorio posee extraordinarias cadenas de montañas que se abren en gigantescos abismos y gargantas, que en ocasiones se ensanchan en áreas de tamaño considerable, aunque todavía rodeadas de escabrosos riscos perpendiculares. En algunas de estas planicies yacen las ruinas de famosas ciudades antiguas, la más famosa de las cuales fue Petra. A los lados de las gargantas hay cavernas y tumbas enormes, muchas de ellas artísticamente construidas, y la totalidad de estas gargantas y grietas es suficiente para proveer alojamiento para cientos de miles de habitantes. La ornamentación y escultura dan evidencia de un logro de alto nivel de arte, y sugiere que la población, en tanto que segura de los enemigos, vivía con comparativa comodidad y lujo. La naturaleza de la localidad es tal que bien podría la gente refugiarse hoy inmune al poder de los modernos medios bélicos, seguros incluso ante las armas más poderosas y los gases más mortales.

Ahora bien, es significativo que las profecías del capítulo 11 de Daniel relativas a la guerra del fin de la presente edad, el tiempo de la Gran Tribulación, predicen que esta misma región va a ser librada de los ataques de los reyes del norte: «mas éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón» (Dn 11.41). De nuevo, coincidiendo con esto, nuestro Señor predijo eventos del mismo período y, prediciendo los actos tiránicos del Anticristo, dio advertencias de que el pueblo de Judea debía huir a esa misma región. «Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes» (Mt 24.15-16); obviamente, las

montañas al este y sureste.

Se ha señalado que un ejército que intentase cruzar de Judea a esta zona tendría que atravesar una planicie arenosa de varios kilómetros de ancho, escenario frecuente de tormentas de arena repentinas y aterradoras de tal violencia como para hacer imposibles los movimientos militares. No es difícil concebir lo comparativamente sencillo que sería el cumplimiento de esa parte de la visión de Juan anotada en Apocalipsis 12.15, 16, seguida de la huida de la mujer al desierto y de delante de la serpiente: «Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca». El lenguaje, por supuesto, es simbólico. El cumplimiento real, político y militar, lo sabe Dios.

Sea lo que sea a lo que estos detalles pudieran en realidad referirse, el remanente santo de los judíos, que con frecuencia se menciona en los salmos y los profetas, podría morar en esta región, bajo el cuidado de Jehová, literalmente «al abrigo del Altísimo», pasando la noche de la Gran Tribulación «bajo la sombra del Omnipotente» (Sal 91.1). Su defensa sería «fortaleza de rocas». El pueblo de Dios hallaría «fortaleza al pobre, fortaleza al menesteroso en su aflicción, refugio contra el turbión, sombra contra el calor; porque el ímpetu de los violentos es como turbión contra el muro» (Is 25.4). Todo este pasaje, desde Isaías 24.16 hasta el final del capítulo 25, se debe leer relacionado con esto. Habla del castigo que precede inmediatamente al milenio y a la liberación del pueblo de Dios en ese tiempo.

Hay numerosos pasajes en el Antiguo Testamento que predicen, en lenguaje confirmador de lo que se ha dicho hasta aquí, las circunstancias relativas a la protección de Dios a su pueblo en la manera indicada. En realidad, podría haber significado profético en el hecho de que aquí David escondiera a su padre y a su madre mientras lo perseguía el rey Saúl (1 S 22.3, 4). Cp. Isaías 16.4: «Moren contigo mis desterrados, oh Moab; sé para ellos escondedero de la presencia del devastador».

## **EL RESTO DE LOS JUDÍOS**

Frustrado en sus esfuerzos por destruir a la mujer, el dragón, con ira creciente, se va a hacer guerra «contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (v. 17). A juzgar por las profecías del Señor anotadas en Mateo 24.15-22, habrá un número considerable de los de la nación que no estarán incluidos entre los que huyen a las montañas. Comparando este pasaje con lo que se dice

en Apocalipsis 11 respecto al testimonio de los dos testigos, podemos deducir que una multitud de judíos de este tiempo se habrán vuelto a Dios como resultado de su ministerio y esperarán expectantes la aparición de Cristo en gloria. A ellos, por tanto, se les puede describir apropiadamente como «los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo», en contraposición con los que habrán declarado lealtad al Anticristo y obedecen sus mandamientos. El «testimonio de Jesucristo» se debe poner en conexión con los versículos 3-7 del capítulo precedente. Se trata especialmente de un testimonio dado a los dos testigos allí mencionados, de quienes se dice que, cuando hayan terminado su testimonio, «la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará». Podemos concluir razonablemente que estos dos testigos están entre «el resto de la descendencia» que se menciona en el capítulo 12.17, y que el objeto de la maldad de Satanás serán todos los judíos que temen a Dios en cualquier parte del mundo en que se hallen.

La visión pasa. No se vuelve a ver a la mujer. Ni siquiera hallamos en el resto del libro de Apocalipsis mención definitiva del establecimiento de los hijos de Israel en la tierra de Palestina, porque no es el objetivo específico de Apocalipsis describir esto. La bendición milenial de la nación simbolizada por la mujer está allí por implicación. El que Dios ha determinado librar a su pueblo de Israel, y restaurarlos a comunión consigo, con su Mesías reinando sobre ellos en paz y justicia, y asociándolos consigo mismo en su soberanía sobre las naciones, se predice con claridad en muchos otros pasajes bíblicos. Miguel, de quien se dice en este capítulo 12 que derrota a Satanás y sus ángeles, y los expulsa del cielo (vv. 7-9), se describió en el libro de Daniel como «el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo» (Dn 12.1), y la promesa divina dada al profeta fue que «en aquel tiempo [el tiempo de angustia, cual nunca fue, v. 1] será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro». El número de los hijos de Israel será todavía «como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y en el lugar en donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío, les será dicho: Sois hijos del Dios viviente» (Os 1.10).

## **LA DESPOSADA, ESPOSA DEL CORDERO**

Ahora pasamos a considerar a la última de las mujeres mencionadas en este libro. La visión es de una gloria resplandeciente. No hay poder adverso presente. No hay trasfondo negro de sufrimiento y persecución. Aquí se nos lleva a la presentación final de uno de los grandes temas de las Escrituras.



Previamente se había indicado de varias maneras, por ilustración y tipo, por profecía y doctrina; ahora constituye la visión final dada al apóstol amado. Aquí se ve a Cristo con su esposa en toda su belleza y gloria. Es la gloria de él lo que resplandece en ella. Sus enemigos, que tanto habían procurado impedir hasta su existencia y trastornar los propósitos divinos del que murió para hacerla suya y consumir la unión de ella consigo mismo, han sido arrojados a su ruina. Su sutileza y feroz antagonismo solo han servido para embellecer la gloria y aumentar la bendición de esta unión, y para mostrar el poder y gracia de Dios que la diseñó.

## **UN CAMBIO DE VISIÓN**

Después de todo lo que había visto en la visión profética, de trastorno y desastre, de horrendo conflicto y castigos divinos tras la apertura de los siete sellos, debe de haber sido un gran alivio para el apóstol observar ahora la escena de gloria sin nubes que describe en la última parte del capítulo 21 y el principio del capítulo 22. Uno de los siete ángeles que había participado vaciando las copas de la ira divina en el último castigo premilenial sobre los enemigos de Dios viene a darle un mensaje de alegría y gozo al maravillado profeta. Es uno de esos mismos ángeles que le había mostrado la visión de la otra mujer, la corruptora del mundo (17.1-3). Entonces la invitación fue: «Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera»; ahora es: «Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero» (21.9). Allá el apóstol fue llevado en el Espíritu al desierto, ubicación apropiada para la visión del mal; ahora es llevado a una montaña grande y alta, que sugiere fortaleza, estabilidad y permanencia. Debemos subir a alturas encumbradas para ver la gloria de Dios. Cuando Moisés y los ancianos de Israel hubieron subido a la montaña fue cuando vieron la gloria del Señor. El deslumbrante resplandor de la transfiguración de Cristo debía verse, no abajo en las planicies de la tierra, sino en las alturas de la montaña. A Juan se le invita a contemplar a la esposa; el ángel le muestra una ciudad, «la gran ciudad santa de Jerusalén». ¡Qué impactante es el paralelismo con la visión de la mujer perversa! Ella también fue presentada como una ciudad, «la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra». Era la imitación anticipada de Satanás de la mujer pura y virtuosa, la esposa del cordero, la ciudad celestial.

## **RESPECTO A CRISTO Y LA IGLESIA**

Tenemos que retroceder a los principios de la historia humana para ver la primera presentación de esta combinación de símbolos. Veamos lo que indica el registro de Génesis en cuanto a la formación de Eva. En el hebreo de Génesis 2.22, la palabra que significa «hacer» se deja deliberadamente a un lado y se escoge en su lugar un término que denota «construir»: «Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre». Aquí está entonces la aplicación de la metáfora de construir para formar a la que fue creada para ser ayuda idónea de Adán, lenguaje anticipatorio de las palabras de Cristo mismo mucho después: «edificaré mi iglesia» (Mt 16.18). En la epístola que indica especialmente la unión de la iglesia con Cristo también se emplean las mismas dos figuras. El apóstol Pablo, en la Epístola a los Efesios, usa la metáfora de la ciudad en referencia a la iglesia, en el capítulo 2.19, y entonces la muestra, en el capítulo 5, como la esposa de Cristo, objeto de su amor. Él «se entregó a sí mismo por ella ... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante». El apóstol se detiene en la unión del esposo y la esposa (5.25-32) para completar su ilustración acerca de la unión entre Cristo y la iglesia.

Aquí, entonces, en Apocalipsis 21, a la desposada, la esposa del Cordero (símbolo que sugiere la relación más estrecha y el amor más íntimo), también se la ve como «la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios» (vv. 10-11), comunidad organizada, que disfruta de la comunión y la convivencia bajo la autoridad del Señor. Las siguientes palabras se han entendido a menudo como una referencia directa a la luz de la ciudad; eso se debe a que la palabra *foster*, que significa «dador de luz» se ha traducido «fulgor». La traducción alterna de «luminaria» da el correcto significado. Es en Cristo en quien se está pensando. Él es a quien se describe en la declaración: «su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jasper, diáfana como el cristal». Él es la fuente de la luz de la ciudad. La ciudad le debe toda su gloria a él. Él es la piedra preciosísima. El jasper define los varios rasgos de su carácter en su combinación perfecta.

Las palabras «diáfana como el cristal» son un verbo en el original, y se pudieran traducir más literalmente «cristalizando»; es decir, a la piedra se la describe no meramente como clara como el mismo cristal, sino que tiene poder cristalizador. Cristo imparte belleza a sus redimidos, haciendo a su iglesia resplandeciente con su propia gloria. Al brillar sobre la creación, ella refleja la luz de Cristo, proclamando su carácter y atributos.

## **EL CORDERO Y LA PIEDRA**

La asociación del uso figurado del Cordero y de la piedra, en referencia a Cristo, es frecuente en las Escrituras. Siempre indica que en relación con su iglesia él es como una piedra, emblema de fuerza y estabilidad como cimiento, así como también de esplendor fundamental, y eso se debe a su sacrificio en el Calvario como Cordero de Dios. El lector sacará provecho al comparar en este sentido los siguientes pasajes bíblicos, que son unos pocos entre muchos: 1 Samuel 7.9, 12, que narra cómo Samuel primero tomó un cordero de leche para el holocausto, como preparación para la victoria sobre los filisteos, y luego, después del conflicto, una piedra, a la que le puso por nombre Eben-ezer, como celebración de la victoria lograda; Salmo 118.22-27, donde el salmista canta tanto el sacrificio que se ata al altar como la piedra que llega a ser cabeza de ángulo. También 1 Pedro 1.19, con 2.4-7, en donde el apóstol habla primero del valor de la sangre preciosa de Cristo como de un Cordero sin mancha ni contaminación, y luego de su preciosidad como piedra angular. De nuevo, el apóstol Pablo, en Efesios 2.13, 20, habla de la unión de los creyentes, tanto judíos como gentiles, al ser reunidos por la sangre de Cristo, y luego los representa como edificados sobre el mismo cimiento, «siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo».

## **EL MURO Y LAS PUERTAS**

El versículo 12 de Apocalipsis 21 continúa la descripción de la ciudad, y las palabras «Tenía un muro grande y alto» se deben conectar con el principio del versículo 11. El muro es emblema de defensa y seguridad. Hay doce puertas y doce ángeles junto a ellas. Los ángeles se asocian con la iglesia, aunque nunca forman parte de ella. Durante casi dos mil años han estado aprendiendo mediante la iglesia la sabiduría y la gracia de Dios (Ef 3.10 y 1 Co 11.10), y por todo el milenio se regocijarán al presenciar las glorias de la unión completa entre Cristo y su esposa.

Sobre las puertas están escritos los nombres de las doce tribus de Israel. En las ciudades orientales, la puerta era el lugar donde los ancianos se reunían para administrar justicia. El nombre de la puerta no era descriptivo de la misma ciudad, sino de un lugar fuera de ella, sugiriendo que dicha localidad estaba bajo la influencia de la ciudad. De este modo, en la Jerusalén terrenal, por ejemplo, está la puerta de Jafa y la puerta de Damasco. El que los nombres de las tribus de Israel estén sobre las puertas de la ciudad celestial significa que el juicio sobre Israel lo administrarán algunos que forman parte de la

iglesia. Esto es justo lo que nuestro Señor les dijo a sus apóstoles: «cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 19.28). Los tronos de los apóstoles no se establecerán literal y materialmente en la tierra en el milenio, porque ellos mismos son parte de la iglesia. Su autoridad, por consiguiente, se ejercerá desde los lugares celestiales.

Hay tres puertas en cada uno de los cuatro lados de la ciudad, porque en el milenio, con Israel gobernando sobre todo el mundo, la influencia de la iglesia procederá en toda dirección. De nuevo, el muro tiene doce piedras como cimiento, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles. Esto no es cuestión de administración de juicio, sino de cimiento de la ciudad misma, porque la iglesia está edificada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas; es decir, sobre los cimientos de la verdad divina enseñada por ellos (Ef 2.20). Estos cimientos están adornados con todo tipo de piedras preciosas, símbolo de las glorias del Señor Jesús y de la iglesia en asociación con él, como se indica en otros pasajes bíblicos.

El adorno no es algo adicional a las piedras del cimiento, como en el caso de los edificios ordinarios, sino que forma una parte esencial del mismo cimiento. Las glorias del Señor, dadas a conocer por las verdades de la Sagrada Escritura, serán reveladas a la perfección en la iglesia y por medio de ella.

## LA MEDICIÓN

La ciudad, las puertas, y el muro fueron medidos con una caña de medir, de oro, indicativo de un juicio justo e infalible. Pero más que eso, el mismo hecho de la medición indica lo precioso que es para Dios aquello que se mide. Compárese capítulo 11.1, que describe la medición del templo de Dios en Jerusalén, y del altar y los adoradores, expresando que todos son preciosos para Dios y apartados para su servicio y gloria en medio de la confusión de la tierra en ese tiempo. Véase de nuevo el Salmo 16, donde Cristo, hablando de sus santos como «heredad hermosa», dice que «Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos», declaración expresiva del valor infinito para él de sus redimidos (v. 6).

El ángel midió la ciudad, «doce mil estadios». No es necesario entender por la preposición *epi*, «hasta una distancia de», que la medida está incompleta, aunque eso pudiera ser, especialmente si lo que se sugiere es que el ángel no puede captar todas las glorias de la iglesia. La preposición, no

obstante, puede simplemente servir para recalcar las enormes dimensiones de la ciudad. La longitud, ancho y altura de ella son iguales. Probablemente, en la visión dada a Juan, la ciudad tenía forma de pirámide. En el versículo 17, que describe la altura del muro como ciento cuarenta y cuatro codos, que es «de medida de hombre, la cual es de ángel», tenemos la sugerencia de que un ángel puede captar todo lo que el muro significa, la protección exterior de la ciudad, en contraste con las maravillas infinitas de la gracia de Dios que establece la estructura de la ciudad misma. Una mente finita, sea de hombre o de ángel, puede captar lo uno, lo otro lo capta solo Dios.

## **SU TEMPLO**

La ciudad misma es «de oro puro, semejante al vidrio limpio» (v. 18), en tanto que la calle de la ciudad es «de oro puro, transparente como vidrio». El oro exhibe la gloria de la justicia divina. La ciudad y la calle no solo están libres de contaminación, sino que en ellas se ven todas las perfecciones del carácter de Dios según se exhibieron en Cristo. No hay templo en la ciudad, «porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero». No hay necesidad de entrar a un santuario, porque allí a Dios se lo ve públicamente en Cristo. Por eso no se necesita luz creada, como del sol o de la luna; la luz no creada de Dios irradia en la ciudad. «El Cordero es su lumbrera». Es decir, la luz que brilla lo hace como resultado del sacrificio del Calvario. Las naciones de la tierra andarán en la luz de ella, y los reyes de la tierra le rendirán su gloria. No pueden traer su riqueza material a ella, porque es celestial, pero reconocerán su gloria, se someterán a su soberanía, y rendirán honra a Aquel de quien es la ciudad.

## **LA ENTRADA A ELLA**

Todos los que tengan cuerpos de resurrección, aparte de aquellos que constituyen la iglesia misma, tendrán libre entrada a la ciudad; es decir, habrá completa comunión entre los que simbólicamente constituyen la misma ciudad y los que tienen acceso a ella. Para usar la ilustración, algo imperfecta, de una ciudad terrenal, hay los que, como residentes permanentes, constituyen su ciudadanía, y los que, como visitantes, disfrutan de la compañía y los privilegios de los mismos ciudadanos. Los que tienen el derecho de entrar a la ciudad celestial, es decir, los que en vida de resurrección disfrutan de comunión con la iglesia, tienen sus nombres escritos en el libro de la vida del

Cordero (v. 27).

## **EL RÍO Y EL ÁRBOL**

Es una lástima que se haya hecho una ruptura dando inicio aquí al capítulo 22. Los primeros cinco versículos del capítulo 22 son la terminación del 21. Al apóstol se le muestra ahora «un río de agua de vida, resplandeciente como cristal», que sale del trono de Dios y del Cordero. Esto es evidentemente símbolo de todas las bendiciones que vienen del Padre y del Hijo por el Espíritu Santo. Donde está el trono de Dios, de allí fluyen arroyos de agua, porque el que es universalmente soberano es la fuente de toda bendición (ver Ez 47.1; Jl 3.18; Zac 14.8). «Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, El santuario de las moradas del Altísimo» (Sal 46.4). En dondequiera que se reconoce la soberanía de Dios, y en dondequiera que se adora a Dios, allí sus adoradores reciben bendición. El río refresca a la ciudad. Jesús dijo: «el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn 4.14). El río también fluye para administrar refrigerio a otros, y así el gozo de la iglesia será ser canal de bendición para todos los súbditos del amplio reino de Dios.

A uno y otro lado del río está el árbol de la vida que produce fruto cada mes. Todo fruto espiritual viene de Cristo. Él es el Árbol de vida. No hay querubín para proteger el camino. El árbol será de libre acceso para todos; crece a ambos lados del río. Las restricciones divinas necesariamente impuestas en Edén, y la maldición pronunciada cuando el hombre cayó, quedarán eliminadas para siempre. El fruto del árbol impartirá deleite y refrigerio a todos los que constituyen la ciudad, y a todos los que tienen acceso a ella, porque Cristo continuará para siempre ministrando de sí mismo a todos sus santos en gloria. Las hojas del árbol serán para la sanidad de las naciones, así que de Cristo mismo, mediante la instrumentalidad de la ciudad celestial, las naciones de la tierra recibirán no sólo su administración y su luz, sino también destrucción de las obras del diablo y del trastorno que este ha producido entre ellas.

## **SU NOMBRE EN SUS FRENTE**

Los siervos de Dios y del Cordero «le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes». Su capacidad de servirle dependerá de su fidelidad ahora, y su esfera de servicio entonces será determinada por las recompensas

por los servicios que se rinden ahora. Habrá una comunión ininterrumpida entre él y ellos, y ellos constantemente exhibirán su gloria, presentando a la perfección todos los rasgos de su carácter. Los que los miren, al instante reconocerán a Cristo en ellos. Finalmente, los que constituyen la ciudad reinarán con Cristo para siempre jamás.

Esta hermosa ciudad, entonces, con todo lo que se establece en el simbolismo de este pasaje, es «la desposada, la esposa del Cordero». Es ella quien va a participar de su poder soberano. ¡Qué impresionante el contraste entre esta profecía final de su reino con él para siempre jamás, y lo que se establece en el caso de la mujer del capítulo 17, que trató de reinar, y lo hizo con éxito por un tiempo, en su orgullo y gloria arrogantes, sobre los reyes y los habitantes de la tierra! Que las maravillas de nuestra gloria que pronto se realizará en unión con nuestro bendito Señor y Redentor, y proclamadas tan vívidamente en esta visión final de las Sagradas Escrituras, nos estimulen con mayor fervor a esperar, y a amar con mayor ardor, su aparición, y a dedicarnos más a presentarnos para el servicio aquí a Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, a fin de que pueda presentarnos «sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante» para sí mismo en el más allá.

- 
1. Profesor W. M. Ramsay, en el artículo “Thyatira” en *Hasting’s Dictionary of the Bible*.
  2. Profesor W. M. Ramsay, *The Letters to the Seven Churches*, p. 348.
  3. Estos eventos se describen como ya pasados, aunque en realidad estaban en el futuro del tiempo del apóstol, porque el punto de vista está en el tiempo en que se ha de ejecutar el castigo.
  4. Ver “The Roman Empire in Prophecy”, y “The Mysteries of Scripture”, del mismo escritor.
  5. Algunos podrían relacionar a la iglesia con Cristo en la interpretación del hijo varón. Aun cuando varios detalles son ciertos de la iglesia tanto como de Cristo, no hay indicación directa de que el simbolismo se refiera aquí más que a Cristo mismo.
  6. Cuando la iglesia sea arrebatada, no será al trono de su Padre; ver 1 Tesalonicenses 4.17.

# EL LIBRO SELLADO DE APOCALIPSIS

*¿Quién es digno de abrir el rollo sellado? Solo Jesús, el Cordero. Este nombre de nuestro Salvador subraya el doble significado de su papel. Él es el sacrificio que provee salvación del pecado, pero también es el que desata el castigo sobre los que pisotean la sangre de Cristo. Muerte para muerte. Vida para vida. Él es Cordero y también León, y es temible para sus enemigos. Este artículo detalla los muchos sellos y castigos que devastan la tierra durante los últimos días. Son la ira del Cordero.*

## LAS ESCRITURAS

«Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

»Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra» (Ap 5.1-10).

## EL JUEZ Y SU GLORIA



El Evangelio de Juan presenta al Hijo de Dios como el Salvador del mundo; el libro de Apocalipsis lo presenta como el Juez universal. El capítulo 1 da una descripción de él en esa función, mostrando su perfecta justicia y el carácter inmaculado de su reputación. En los capítulos 2 y 3 se le ve dedicado a su obra como Juez de sus santos. El juicio empieza en la casa de Dios, y consiguientemente estos capítulos preliminares le revelan discerniendo los caminos de sus siervos en las iglesias con vista a la entrega de recompensas en su tribunal.

El capítulo 4 empieza la parte del libro que trata de su castigo al mundo. Hay que distinguir totalmente esto de lo que ha precedido. Los capítulos 4 y 5 describen una escena en el cielo preparatoria de la ejecución del castigo en la tierra. El 4 presenta una descripción gráfica y aterradora del trono, su ocupante, los símbolos de juicios a punto de salir de allí, y los adoradores alrededor y su adoración. El capítulo 5, continuando la escena, trae a Cristo al frente como el único calificado para actuar como Juez del mundo. Al principio, sin embargo, se ve el libro en la mano derecha de Dios, sellado fuertemente con sus siete sellos, y parece que no hay posibilidad de revelar su contenido. La mención de la evidente ausencia de alguien digno de abrirlo prepara el camino para la revelación del Único que sí lo es. Sus glorias se muestran bajo luz más intensa por la proclamación del ángel: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?»; y por la declaración de que nadie en el vasto universo podía hacerlo, o siquiera mirar al libro. El efecto de esto sobre el apóstol fue llenarle de aflicción. Su tristeza, sin embargo, pronto se convertiría en gozo.

## EL LEÓN Y EL CORDERO

Fue uno de los ancianos quien le dijo: «No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos». Los ancianos son representantes de quienes, tanto en esta edad como en las anteriores, han reconocido los caminos de Dios en Cristo. El que a Cristo se le llame aquí «el León de la tribu de Judá» y «la raíz de David» indica que el contenido del libro sellado tiene que ver particularmente con los judíos, y hallamos que es así conforme examinamos los capítulos subsiguientes. Todo lo que se menciona de los asuntos del mundo se centra y gira alrededor de esa nación y su ciudad y su templo.

El apóstol contempla, en medio del trono, un Cordero. Hay una significación solemne al asignarle este título en vista del juicio inminente. El sacrificio provisto para la expiación de los pecados, y que constituye la base

del evangelio de la gracia de Dios, debe desde este momento revelarse como la ruina de los que han pisoteado la sangre de Cristo. El evangelio que proclama el carácter expiatorio de su sacrificio es sabor de muerte para muerte cuando no llega a ser sabor de vida para vida. La combinación del título figurado, «León de Judá», con el de Cordero es muy sugerente. El Cordero es emblema de mansedumbre. La ira del manso es mucho más terrible que la del apasionado. Ahora bien, aunque Cristo es esencialmente «manso y humilde», también es esencialmente lleno de majestad y fuerza; el que es el Cordero también es el León. ¡Cuán temible para sus enemigos será el ejercicio de sus atributos en este último sentido, cuando la justicia divina exija que él realice su «obra extraña»! La escena que se muestra en este capítulo es una confirmación de la afirmación de Cristo mismo en los días de su carne, de que el Padre no juzga nadie, «sino que todo el juicio dio al Hijo ... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre» (Jn 5.22, 27).

## **EL DIOS-HOMBRE**

Debemos señalar que las versiones más recientes han puesto correctamente un signo de puntuación después de la palabra «vencido», o la expresión similar que se use. En el original, este verbo está bastante lejos del verbo «abrir». Por tanto, el énfasis se pone en la victoria en la cruz. Allí es donde Cristo venció. Su cruz fue el factor determinante en el juicio del mundo. «Ahora es», dijo, «el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12.31). El Señor dijo, como la razón por la que su Padre había entregado en sus manos todo juicio, que él era el Hijo del Hombre. Él es quien mediante su encarnación combina en sí mismo las dos naturalezas, la Deidad y la humanidad. Él está, por ello, calificado de manera única para actuar como Juez. Siendo uno en la Deidad con el Padre, tiene conocimiento perfecto del carácter de Dios y de lo que Dios exige; y, al ser hombre perfecto, habiendo pasado por las experiencias humanas, con todas las tentaciones humanas, sin pecado, tiene completo conocimiento del hombre. Por eso solo él puede mirar al libro y abrir sus sellos. Por él y solo por él se ejecutarán los juicios y castigos contenidos allí.

Su poder y conocimiento infinitos, y toda la gloria y majestad de su ser y posición, se ven en la parte última del capítulo 5 para producir la adoración no solo de los ejércitos celestiales, sino también de toda la creación. Así como la creación ha sido contaminada por el pecado y llevada por ello a la esclavitud de corrupción, así también va a ser librada por el poder del Hijo de Dios, en

virtud de su obra expiatoria.

## **LOS DÍAS DEL HIJO DEL HOMBRE**

El capítulo 6 introduce la ejecución de los juicios o castigos contenidos en el libro sellado. El período en el que estos eventos se verán es el mismo que el Señor describe como «los días del Hijo del Hombre» (Lc 17.22), es decir, los días cuando Cristo intervendrá en los asuntos del mundo, primero mediante juicios preliminares y después con su presencia personal. «Como fue en los días de Noé», dijo, «así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste» (v. 26-30).

Nótese que primero habla de «los días del Hijo del Hombre» y luego como «el día en que el Hijo del Hombre se manifieste». «Los días del Hijo del Hombre» que se corresponden con los días de Noé, forman el período que precede inmediatamente a su aparición en gloria y, por consiguiente, son el tiempo de los juicios de que se habla en Apocalipsis 6 y capítulos siguientes.

## **LA IGLESIA SACADA**

El que la iglesia será sacada antes de la ejecución de estos juicios parece indicarse por las siguientes consideraciones:

1. El tiempo a que se refiere es aquel en que el mundo estará sujeto a la ira de Dios. El período, por consiguiente, diferirá por entero en carácter de la era presente, que es un tiempo de gracia y misericordia de Dios sin paralelo. A la iglesia se le enseña a esperar al Hijo de Dios del cielo como «quien nos libra de la ira venidera» (1 Ts 1.10). De nuevo, «Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (5.9), pasaje que también se refiere a la Segunda Venida del Señor. Es más, «por él seremos salvos de la ira» (Ro 5.9). Estos pasajes bíblicos claramente muestran que la iglesia no puede estar aquí durante el tiempo en que la ira de Dios esté siendo ejecutada sobre el mundo en su rebelión bajo el Anticristo. Habrá calamidades durante la era presente que se reconocerán como retribución divina. Debemos distinguir, sin embargo, entre estas catástrofes

ocasionales y las registradas en Apocalipsis. Estas últimas pertenecen a un período caracterizado como un tiempo de la ira de Dios. Conforme van adelante los juicios, más determinada es la resistencia del hombre contra Dios (ver 9.20).

## LOS ANCIANOS

2. En el capítulo 4, los descritos como ancianos (el número 24 sin duda es simbólico) están vestidos y coronados con coronas de recompensa (*estefanoi*). No pueden, por consiguiente, estar en su condición presente de espíritu. Les han sido asignadas recompensas por fidelidad. No pueden, entonces, ser meramente los santos de los tiempos del Antiguo Testamento, porque el escritor de la epístola a los Hebreos dice que «no fuesen ellos [es decir, los santos del Antiguo Testamento] perfeccionados aparte de nosotros [o sea, los santos de esta edad]» (Heb 11.40). Ellos no serían, por consiguiente, vestidos y coronados antes de que los que pertenecen a la iglesia hayan sido similarmente vestidos y coronados. Concluimos, pues, que el capítulo 4 describe una escena en la cual la iglesia está presente en la gloria con el Señor, habiendo recibido los santos que la constituyen sus recompensas en el tribunal de Cristo.

Además, la compañía representada por los ancianos se ve con el Hijo de Dios en espera de la ejecución de sus juicios y el establecimiento de su reino en la tierra. Habiendo recibido sus recompensas, ahora le adoran con vista a su intervención inminente en los asuntos del mundo, y su intervención personal para el establecimiento de su reino. Entonces ellos vendrán con él en gloria. Hay que identificarlos con aquellos que, en la descripción del gran evento que se da en el capítulo 19, se ven acompañándole «vestidos de lino finísimo, blanco y limpio», cuando él llega en su venida gloriosa con los ejércitos de los cielos (19.14). El mismo suceso lo describe Pablo cuando dice que el Señor Jesús vendrá «en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio ... cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.8, 10). Se les ve «vestidos de ropas blancas» tanto en el capítulo 4.4 como en el capítulo 19.14. En el primer pasaje, están alrededor del trono del cielo antes de que se abra el libro sellado, y vienen con él cuando los eventos que se anotan bajo la apertura de los sellos han ocurrido en la tierra. La iglesia, por consiguiente, se ve en el cielo después de capítulo 3.

## LAS TRES PARTES DE APOCALIPSIS

3. Que esta es la posición de la iglesia en el capítulo 4 se confirma por la disposición de todo Apocalipsis. Cuando se comisionó a Juan para que escribiera el libro, se le dijo que lo hiciera en tres partes «las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de éstas» (1.19).

(a) Las cosas que había visto las describe en el capítulo 1.

(b) Claramente, «las cosas que son» se dan en los capítulos 2 y 3. Hay abundante evidencia de que no estaban limitadas meramente a las siete iglesias que existían en el tiempo de Juan. La exhortación: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias», que acompaña a cada carta, se da a todos los creyentes. El mensaje dado a una de las iglesias es «retenedlo hasta que yo venga» (2.25), y a otra: «He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona» (3.11), palabras que se aplican, y son necesarias, para todas las iglesias en toda esta era. El retorno del Señor, acontecimiento todavía futuro, era el *terminus ad quem* al cual todas las iglesias eran dirigidas, el evento consumidor que traería a su cierre su presente testimonio y servicio en la tierra. «Las cosas que son» debe por consiguiente relacionarse con el testimonio y experiencias terrenales de las iglesias durante toda la era. Hay otras evidencias de esto en estos capítulos, que no necesitamos enumerar aquí.

(c) Al principio del capítulo 4 tenemos una clara indicación de la tercera porción del libro, que contiene «las cosas que han de ser después de éstas». Después de terminar las cartas a las iglesias, Juan oyó una voz que decía: «Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas»; donde la última cláusula es prácticamente palabra por palabra la misma que en el capítulo 1.19. «Después de esto», en el capítulo 4.1, al principio del versículo y repetidas como «después de éstas» al final del versículo, indudablemente se refieren a las cosas anotadas en los capítulos 2 y 3. El testimonio de la iglesia ha cesado entonces, y la próxima parte del libro, del capítulo 4 en adelante, relata los asuntos que suceden a continuación en el mundo.

## RASGOS DISTINTIVOS DE LA TERCERA PARTE

4. De nuevo, hay varios rasgos característicos en la sección de Apocalipsis iniciada en el capítulo 4 que la distinguen de las Escrituras relativas al

evangelio y a la iglesia.

(a) Los nombres de Dios son aquellos por los cuales fue conocido en edades previas a la edad del evangelio, como en la relación de pacto con su pueblo terrenal. El título Padre no aparece después de capítulo 3, excepto en 14.1, en donde es «su Padre»; pero en ninguna parte se halla la frase «nuestro Padre», o «nuestro Dios y Padre». Esto es más notorio en tanto que Juan estaba comprometido a mostrar, en su evangelio y sus epístolas, el nombre y el carácter del Padre.

(b) En estos capítulos se contempla el trono de Dios bajo una luz muy diferente de la del resto del Nuevo Testamento. Ahora no es un trono de gracia al cual los creyentes se acercan para obtener misericordia. Se los ve alrededor del mismo como adoradores. Es un trono de juicio que se ejerce en vindicación de los derechos del Hijo de Dios y contra la humanidad rebelde. Es cierto que el trono tiene un arco iris alrededor, pero esa es una señal del pacto de Dios con la tierra, y es indicativa de la misericordia final en el milenio.

(c) La manera en que se habla de Cristo como Cordero difiere de la manera en que se le representa en otras partes. En ninguna otra parte leemos de «la ira del Cordero» (6.16). En el capítulo 17.14 se ve al Cordero venciendo a sus enemigos. El período indicado en estos capítulos, 4 al 19, no se debe confundir con el tiempo presente de la misericordia benévola de Dios, y del testimonio del evangelio por parte de la iglesia. La misma palabra que se traduce como Cordero en Apocalipsis es diferente a la que se usa en otras partes para el sacrificio de Cristo. En otros pasajes es *amnós*, aquí es siempre *arnión*; este diminutivo, que expresa la humildad y humillación del Señor Jesús en su muerte, sirve para poner en mayor contraste las declaraciones de su majestad y poder. Cuando, como Cordero, él toma el libro sellado es cuando se le describe también como León de Judá, y la apertura de cada sello es un acto preparatorio para juicio.

(d) Esta porción de Apocalipsis, puesto que se relaciona con la intervención divina en los asuntos del mundo, y puesto que la profecía a este respecto se centra en la nación de Israel, es judía en su tema y sus características. En el capítulo 6, a los que han sido inmolados se les oye clamar por venganza de sus perseguidores. Esto es enteramente ajeno a la actitud de la iglesia, pero es coherente con la historia y profecía del Antiguo Testamento relativa a Israel y con los llamados salmos imprecatorios. En el capítulo 7, los 144,000 sellados son todos de la nación de Israel. Las profecías que siguen al capítulo 10 se distinguen afirmando que son «sobre [es decir, concerniente a] muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes» (10.11), y entran de inmediato en escena Jerusalén y su templo, y los dos testigos que

van a dar testimonio en la nación judía durante el cierre de esta era. El capítulo 12 presenta a Israel (no a la iglesia) bajo el símbolo de una mujer vestida del sol, y exhibe el antagonismo de Satanás contra la nación en los tiempos del fin. El capítulo 13 muestra los instrumentos humanos de esta malignidad satánica, y las condiciones del mundo bajo ellos. El capítulo 14 predice siete eventos relativos, no a la iglesia, sino a los sucesos escatológicos del mismo período respecto a los fieles santos del tiempo, las naciones del mundo y los seguidores de la bestia. El capítulo empieza con el monte Sión y termina en la ciudad de Jerusalén. El capítulo 15 da otra escena en el cielo preparatoria para las series finales de juicios en la tierra. Estos se mencionan en los capítulos 16 y 19, y los capítulos 17 y 18 son un paréntesis relativo a las abominaciones de Babilonia y de los reyes y líderes del mundo. En todo esto brilla por su ausencia una mención de la iglesia como estando en la tierra. Bien se ha dicho que «el único lugar en el cual se ve a la iglesia desde el capítulo 4.10 hasta el capítulo 19.4 es en el cielo».

## LA SEPTUAGÉSIMA SEMANA DE DANIEL 9

Una comparación de las profecías del libro de Daniel y esta porción de Apocalipsis muestra que lo que se predice como a punto de tener lugar en la apertura de los siete sellos pertenece al mismo período de lo que se llama «la Semana» de Daniel 9. Esa «semana» es realmente una *hebdomada*, o período de siete años, y está «separada» (traducción literal de la palabra «decretada», o «determinadas» en Daniel 9.24) de las precedentes sesenta y nueve. Esa profecía tiene que ver con los judíos y Jerusalén: «tu pueblo y tu ciudad», y lo que se relata de la semana setenta es un breve bosquejo anticipado de los sucesos que se verán bajo el gobierno del Anticristo.

El bosquejo lo completan otros pasajes bíblicos, y ninguno con tanto detalle como Apocalipsis. Una gran parte del sagrado volumen se concentra en el período que estamos considerando, hecho que sugiere su extrema importancia como siendo la culminación de tantos sucesos que han tenido lugar en la historia humana, y como precediendo inmediatamente al reino milenial de Cristo. La semana, o período de siete años al final, se caracteriza por tres acontecimientos destacados: (a) empieza con el pacto entre el Anticristo y los judíos, después de su completa restauración política, acuerdo que Isaías llama un «convenio con el Seol»; (b) a mitad del período, el mismo Anticristo romperá el pacto, y a esto seguirá la Gran Tribulación, tiempo del que se habla en el pasaje de Daniel 9 como de desolación, y en Jeremías 30.7 como «tiempo de angustia para Jacob», con las potencias mundiales

desarrollando una política de destrucción de la raza judía; (c) estos esfuerzos resultarán en la derrota del Anticristo y su colega, y de sus poderes subalternos, mediante la intervención personal de Cristo para la liberación de la nación y el establecimiento de su reino en la tierra. El esquema profético de Apocalipsis 6 al 19 corre paralelo a eso.

## **LA APERTURA DEL PRIMER SELLO**

Pasando ahora al capítulo 6, notamos que el período se inicia por la apertura del primer sello y la voz de uno de los seres vivientes que la acompaña y que dice: «Ven» (no «Ven y mira», como en RVR). La proclamación no es una invitación a Juan, sino una orden de desafío que llama a aquello que ha estado destinado para la ocasión. La respuesta inmediata es la aparición de un jinete en un caballo blanco.

Debemos distinguir a este jinete del mencionado en el capítulo 19.11. El jinete en este último caso es Cristo en su Segunda Venida. El del capítulo 6 es evidentemente una imitación satánica anticipada de Cristo, y representa al Anticristo en su ascenso al poder. Cualesquiera fueran los trastornos revolucionarios o guerras nacionales que pudieran haber dado lugar a su ascenso, él mismo empieza el período de su poder de una manera diferente. Esgrime, no una espada, indicando la carnicería de la guerra, sino un arco, que sugiere la conquista llevada a cabo a distancia y eliminando oponentes individuales. Sube al poder por una serie de éxitos fácilmente logrados, y, como genio investido satánicamente, logra el liderazgo sobre las naciones mediante su personalidad atractiva y por sus poderes de organización sin precedentes.

## **UN TIEMPO DE FUERTE ENGAÑO**

Parece, por otros pasajes bíblicos, que antes de su advenimiento el mundo estará en un caos y confusión considerables debido a revoluciones y disturbios sociales e internacionales.<sup>1</sup> Dotado de capacidad para solucionar estos problemas, introducirá un breve período de paz, por lo que los hombres serán engañados para pensar que se ha iniciado una era dorada de prosperidad permanente. Los días a los que se refirió el Señor, y que se mencionaron antes como semejantes a los de Noé y a los tiempos del Lot, habrán empezado, y la gente seguirá sembrando, construyendo, comprando, vendiendo, y casándose y dándose en casamiento, en total desdén hacia Dios. Como resultado del pacto



entre el Anticristo y los judíos, esa nación, aunque en total apostasía de Dios, disfrutará de opulencia y poder temporal, y su posición de restauración política completa será clave para las condiciones internacionales en general.

El apóstol Pablo nos dice que Dios entregará al mundo a un fuerte engaño (2 Ts 2.11). El gran potentado destinado a controlar los asuntos del mundo por un breve tiempo, por medio de quien Satanás desafía las afirmaciones del Hijo de Dios, tendrá poder para engañar a los hombres para que piensen que la edad de paz y seguridad universal por fin se ha puesto en marcha. Tal vez descarte con razones el arrebatación de la iglesia mediante alguna forma de enseñanza espiritista. Sea así o no, el hecho de que los que pertenecen a la verdadera iglesia ya se han ido solo conducirá a la concentración de los esfuerzos satánicos en el mundo. Incluso ahora el diablo está persuadiendo a multitudes de religiosos de la cristiandad para que piensen que la Segunda Venida de Cristo ya ocurrió, y que muchas de las profecías de esta parte de Apocalipsis se han cumplido.

## LOS OTROS TRES JINETES

En este sentido, podemos referirnos brevemente a los otros tres jinetes, que aparecen en la apertura del segundo, tercero y cuarto sellos respectivamente. Por lo general, se admite que el significado de la aparición del jinete en el caballo bermejo, que esgrime una gran espada, y que quita la paz de la tierra, es la del mundo sumido en la guerra; y que las circunstancias que siguen a la aparición del jinete del caballo negro indican las condiciones de hambruna; comida a precios de hambruna, según el versículo 6. A la apertura del cuarto sello, y la aparición de la muerte como jinete sobre el caballo amarillo pálido, sigue el derramamiento de sangre, hambruna, pestilencia y destrucción por bestias salvajes. Todo esto revela cómo, de una manera preliminar, Dios interferirá de repente en el estado de paz y seguridad producido por el advenimiento del Anticristo: «cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina».

Se nos está diciendo hoy que estos eventos ya han sucedido; que la apertura de los sellos del libro ya ha empezado; que las condiciones que se mencionan arriba ya han tenido lugar en conexión con la Gran Guerra, y que todavía están en el curso de sucederse. Esto se está enseñando con la ayuda de una película ampliamente publicitada, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Necesitamos estar vigilantes contra esta aplicación errónea de las Escrituras, para que no seamos conducidos al error del maligno. Al hacer que la gente piense que los juicios que se predicen para el período venidero bajo el

gobierno del hombre de pecado ya están ocurriendo, Satanás está, como hemos señalado, preparando la situación para la artimaña, el «fuerte engaño» al que se hace referencia arriba.

## **ERROR RUSSELISTA**

Las enseñanzas de la llamada Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia, que es otro nombre para la Aurora Milenial, o enseñanzas ruselistas, son que Cristo, de quien blasfemamente se dice que sólo es Espíritu, vino en 1914, y que las calamidades que han ocurrido, y están ocurriendo, por la reciente guerra y sus efectos, son los castigos que acabarán en el milenio. El tiempo de la regeneración universal, de este modo, se dice que está cerca y, por consiguiente, «millones que ahora viven nunca morirán». Hay otras enseñanzas por las que se hace el esfuerzo de mostrar que estas profecías del libro de Apocalipsis han tenido su cumplimiento en la historia pasada. No es nuestro propósito entrar en estas doctrinas ahora, puesto que no son tan insidiosas y peligrosas como la enseñanza de la Aurora Milenial que se acaba de mencionar.

Qué fácil, cuando el arrebatamiento de la iglesia ocurra, persuadir a las personas de que, igual que Cristo (como espíritu, según dicen los ruselistas) está aquí, aunque invisible, así los miles que han sido de repente llevados son espíritus, ¡todavía están aquí en el mundo! Qué oportunidad para los espiritistas para promover su causa y persuadir a las personas de que pueden comunicarse mediante médiums con los que se han ido. El espiritismo, el Aurorismo Milenial, y otras formas de error jugarán su papel para explicar con razones el arrebatamiento y satisfacer sus teorías. El mundo verá el gran evento con mucho menos asombro del que cabría esperar. Negar que Cristo «ha venido en la carne» (ver 2 Jn 7), niega la resurrección corporal, y el camino queda abierto para toda clase de engaño satánico.

Que los creyentes se cuiden. El período de los juicios finales de que se habla en Apocalipsis 6 al 19 todavía no se ha iniciado. El tiempo está indudablemente cerca. Pero los sucesos desastrosos de la Gran Guerra, y las hambrunas, pestilencias y terremotos que han seguido, no son cumplimientos en sí mismos. Son síntomas premonitorios de lo que es inminente.

## **SE ABRE EL QUINTO SELLO**

Después de que se abre el quinto sello, el apóstol ve debajo del altar las almas

de los que han sido inmolados por la Palabra de Dios y por el testimonio que dieron. Se les oye clamar por venganza. Como ya hemos mencionado, esto no se puede aplicar a la iglesia. Cuando lo leemos en conexión con otros pasajes bíblicos relativos al período bajo el Anticristo, tenemos una verdadera noción de lo aquí se establece. Por lo que dice el capítulo 17 parece que el sistema papal adquirirá una medida sin precedentes de poder mundial para cuando llegue el Anticristo. Las actuales señales de esto son numerosas. En el capítulo referido a la mujer se la ve montada en la bestia hasta que esta y su confederación de diez reinos la derrotan y la destruyen. El gran sistema eclesiástico, la parodia de la iglesia del Dios viviente, está condenado a la destrucción a manos del anticristianismo unido. Los mencionados después de la apertura del quinto sello sufrieron la muerte bajo uno u otro de los dos sistemas, bien sea durante su asociación o después de la derrota del eclesiástico. La retribución divina sobre este último se aplica por manos del hombre; con el Anticristo tratará el mismo Hijo de Dios.

## **EL SEXTO Y SÉPTIMO SELLOS**

La apertura del sexto sello inicia catástrofes de una naturaleza todavía más terrible que las que han precedido. Algunos piensan que lo que aquí se menciona a la conclusión del sexto sello se verá al fin de todo el período. Es posible. La apertura del séptimo sello, sin embargo, da paso a los acontecimientos indicados bajo el toque de las trompetas y el derramamiento de las copas. La culminación de estos se registra en los capítulos 19 y 20, después del paréntesis comprendido en los capítulos 17 y 18, que dan los dos aspectos de Babilonia, mística y literal, y sus castigos. El Hijo de Dios, investido con sus propios derechos soberanos sobre el mundo, viene para derrotar a la bestia y al falso profeta, y sus ejércitos reunidos. Así «los días del Hijo del Hombre», durante los cuales él ha estado actuando con castigo desde el cielo, desembocarán en «el día». Los judíos son librados, y a la tierra se la libra de sus tiranos anti-Dios. El usurpador, Satanás, cuyos instrumentos eran ellos, es atado y encerrado en el abismo, y el reinado del Rey de reyes y Señor de señores empieza.

El contenido restante del libro sellado revela la escena final del milenio, cuando se suelta a Satanás por un tiempo, y al hombre se le muestra que ni siquiera la presencia de Cristo en poder soberano es suficiente para regenerar el corazón; solo el arrepentimiento y la fe, y la eficacia del sacrificio de Cristo pueden hacerlo. El último y breve esfuerzo de la humanidad contra Dios bajo la instigación del maligno recibe retribución inmediata. Satanás es

lanzado al lago de fuego. La tierra y el cielo huyen. El tribunal ante el gran trono blanco está listo, los muertos son juzgados allí, y los nuevos cielos y la nueva tierra, en los que mora la justicia, son establecidos.

Aquí, Babel y corrupción,  
el hombre jactándose en su vergüenza;  
Pero allá, la santa ciudad de Dios  
su gloria proclamará.

Aquí, los que siguen a Jesús,  
reproche y vergüenza deben soportar;  
Pero allá, entronado, el más severo  
una diadema llevará.

Aquí, postrándose ante su ídolo  
el pagano dobla su rodilla;  
Pero allá, revelada la gloria  
de Dios sus ojos verán.

La luz de Dios cubrirá  
los amplios campos de la tierra, extendiendo  
Los espacios infinitos de agua  
sobre los lechos extensos de los océanos.

Oh, guárdanos, Padre Santo,  
guárdanos para ese día bendito,  
Cuando el cetro real de Jesús  
ostente hegemonía indisputable.

¡Ven, entonces, Salvador todo glorioso!  
Trae veloz tu día,  
Con pies que en su agilidad  
los vientos del cielo desafían.

¡Ven! Termina la noche del llanto,  
trae el día eterno;  
¡Ven, tú, brillante Lucero de la Mañana!  
Por esto tu pueblo ora».

—J. Boyd

- 
1. Ver *The Roman Empire in Light of Prophecy*, del autor (escrito en 1915).

# APÉNDICE

## NOTA A

Juan 5.29 y Hechos 24.15 son los únicos lugares del Nuevo Testamento en los que hay una referencia específica a la resurrección de otros aparte de los que han confiado en Cristo. En Juan 12.48, y en otros pocos pasajes, está implícita su resurrección.

Que «el día postrero» es un período que cubre más de mil años lo deja claro Apocalipsis 20.4-12. Ni en Juan 5.29, ni en los pasajes en los que aparece la frase hay indicación alguna de este intervalo. «El día postrero» empieza con la resurrección y el arrebatamiento de los creyentes, G-F, y termina con la resurrección y juicio de los que no han recibido a Cristo, e incluye el milenio que interviene, J-B (ver diagrama, p. 185). No es «el fin del mundo», como vulgarmente se lo llama, sino el día postrero, o período de la responsabilidad del hombre ante Dios en su condición de ser caído.

La «hora» de Juan 5.25: «Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán», ya se ha extendido por casi dos mil años, C-G. La «hora» del versículo 28, «vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz», se debe entender de la misma manera, G-B. Tanto «día» como «hora», se usan en su sentido extendido, y se intercambian en Juan 16.25, 26.

Los intervalos entre sucesos no siempre se indican en las predicciones de las Escrituras. Hay cosas que se predicen en la misma frase y, sin embargo, pueden estar separadas por largos periodos de tiempo en su cumplimiento. En Génesis 3.15, por ejemplo, se predicen tres cosas distintas. La enemistad entre la mujer y la serpiente surgió de inmediato; la serpiente hirió el calcañar de la Simiente de la mujer en la cruz, cuatro mil años más tarde; después de seis mil años, todavía se espera el aplastamiento de la cabeza de la serpiente.

Los versículos 1-3 de la profecía de Isaías 11 se cumplieron en la primera venida de Cristo; el resto del capítulo se refiere a los efectos de la segunda. «El año de la buena voluntad de Jehová» se inició cuando vino la primera vez, y continúa hasta este día. «El día de venganza del Dios nuestro» llega cuando el Señor Jesús se revele, «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego», H-J. No se sugiere ningún intervalo en las palabras según se anotan en Isaías 61.2, pero el Señor interrumpió su lectura al final de la primera fase, y dijo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros». El resto espera. (Ver Lc 4.21; 2 Ts 1.7, 8.)

Las palabras del Señor en Juan 5.29 presentan el mismo rasgo.

## NOTA B

El que Juan 5.25 no se refiera a la resurrección, sino al hecho de dar vida espiritual, que es una experiencia presente de cada creyente, parece suficientemente claro. Primero, la adición de las palabras «y ahora es» que están ausentes en el versículo 28, se debe notar. Segundo, el Señor habla de «todos los que están en los sepulcros» para describir a aquellos cuyos cuerpos han dejado de desempeñar las funciones de la vida y han pasado a corrupción, reservando la palabra «muertos» para la condición espiritual de todos los hombres en virtud de su descendencia de Adán (ver Ef 2.1). Tercero, estas palabras son la explicación del versículo 24, donde se dice de los que creen que han pasado de muerte a vida, obviamente no un evento que le sucederá al cuerpo en el futuro, sino una experiencia presente del alma creyente.

## NOTA C

A veces se deriva una deducción diferente de ciertos pasajes bíblicos, tales como Apocalipsis 14.4, que habla de las «primicias para Dios y para el Cordero». Las primicias de la cosecha es la porción que se recoge primero. Las palabras se usaban en el Antiguo Testamento solo en un sentido literal y en el Nuevo Testamento solo en un sentido figurado. Los creyentes de la edad apostólica fueron «una especie de primicias de sus criaturas [de Dios]», es decir, el principio de una gran y variada cosecha de la cruz (Stg 1.18).

Los convertidos tesalonicenses habían sido escogidos por Dios «desde el principio para salvación» (2 Ts 2.13, cuya lectura correcta sea probablemente «primicias para salvación»). La salvación se define en el versículo siguiente como «para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo». Muchos entre ellos habían merecido la censura del apóstol, pero él no sugiere su exclusión. De este modo, se describe como «primicias para salvación», no a algunos de los creyentes de Tesalónica, sino a todos ellos.

En todo esto se debe considerar este principio. Epeneto no era distinto de los convertidos que le siguieron en Asia Menor (Ro 16.5). La familia de Estéfanos no era más fiel que los de Acaya que se convirtieron después (1 Co 16.15).

En 1 Corintios 15.20, 23 se dice de Cristo que es «primicias de los que durmieron». Este es el Cristo personal, no el Cristo místico, como si se

contemplara a alguno de los que creyeron en él como incluidos con él. Esto está claro en el versículo 20, porque solo Cristo fue resucitado de los muertos. Además, la palabra «primicias» es un sustantivo singular, a pesar de la *s* final. En la declaración general de Romanos 11.16 se usa «primicias», pero la palabra griega es singular en todas partes.

La única ocasión restante en que aparece la palabra es Apocalipsis 14.4, donde se la aplica a una compañía de 144,000 personas (posiblemente, el número es simbólico), a las que se ve con el Cordero en el monte Sion. Una exposición del pasaje desbordaría los límites prescritos para estos capítulos. Sin embargo, se pueden ofrecer las siguientes sugerencias. El capítulo previo describe la condición del mundo bajo la primera bestia, el falso príncipe de paz, que intenta, mediante el fraude mezclado con la fuerza, por poder diabólico y humano, establecer un imperio universal. El capítulo 14 presenta su contraste. Aquí está el verdadero monarca universal, puesto por Dios en su monte santo. Con él está una hueste que se describe como «redimidos de entre los de la tierra». Esta es la única base para su presencia con el Cordero. No hay sugerencia de que mediante la fidelidad o una especial vigilancia se hayan ganado el derecho de estar aquí. Es posible que pudieran ser los que rechazaron la marca de la bestia. Pero no hay garantía para identificarlos con una compañía hipotética de creyentes fieles que van a ser arrebatados antes de la Gran Tribulación, en tanto que la masa de los miembros entonces vivos del cuerpo de Cristo sí la atraviesan. En las epístolas de Pablo aprendemos de «la iglesia, que es su cuerpo», y de la resurrección y el arrebatamiento de sus miembros al principio de la parusía, G-F. Estas epístolas no saben nada de un arrebatamiento anterior al de 1 Tesalonicenses 4.13-17, que va a incluir a todos los que pertenecen a Cristo (1 Co 15.23). Tampoco saben nada de las primicias de la iglesia, aunque sí de primicias del mundo, como hemos visto.

## NOTA D

Las palabras «nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la parusía del Señor», no comprometen al apóstol a la creencia de que Señor Jesús volvería durante su vida. Poco después le hallamos usando el mismo vocabulario respecto a la resurrección: «también nos resucitará» (2 Co 4.14); pero eso no lo compromete a la creencia de que moriría antes de que el Señor hubiera venido.

Cuando el Señor Jesús vuelva, los creyentes estarán como están ahora, y como estaban en Tesalónica, divididos en dos clases, los vivos y los muertos. Pero el tiempo de ese retorno no ha sido revelado; está entre las cosas



secretas que Dios ha guardado en su propio consejo (ver Dt 29.29; Mr 13.32; Hch 1.7.) Consecuentemente, al hablar del retorno del Señor Jesús, el apóstol a veces se vincula con un grupo, los que miran hacia la resurrección, como en 2 Corintios 4.14; a veces con otro, los que esperan un cambio, como en 1 Tesalonicenses 4.13-17, y 1 Corintios 15.51. Su identificación con los que estaban preocupados por sus muertos le lleva a considerarse parte de los afligidos de Tesalónica; el sentir el declive de sus facultades físicas le lleva a asociarse con los que habían muerto en Corinto.

Además, la Segunda Epístola a los Corintios, en la que se identifica con los que han dormido, fue escrita no más de tres o cuatro años después de la epístola a los Tesalonicenses, en la cual se asocia con los vivos, en la parusía.

Contiene un pasaje, 5.1-10, en que expresa su propia actitud hacia las dos posibilidades, la muerte y la venida del Señor, y allí también usa «nosotros». En los versículos 2-4 expresa su anhelo de aquello que no puede tener lugar sino cuando el Señor venga, para ser vestido con «nuestra habitación celestial», el «edificio de Dios», la «casa no hecha de manos». En el versículo 6 afirma que él tiene buen ánimo frente a la muerte, y en el versículo 8 repite la aseveración, añadiendo que «más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor», es decir, morir. El anhelar la parusía de Cristo, que es seguro que vendrá, pero sin temor a la muerte, que posiblemente venga primero es, por tanto, la actitud característica de cada generación de cristianos.

En la Epístola a los Filipenses, escrita como unos siete años más tarde, describe su propia actitud hacia la muerte (1.21-24) en lenguaje similar al que usó en Corintios, y sugiere que no es una contingencia muy remota (2.17) y, sin embargo, usa «nosotros» y «nuestro» al describir la actitud característica de los creyentes en cuanto a la venida del Señor. Su avanzada edad y la naturaleza amenazadora de sus circunstancias, aunque traían a su mente cada vez más la posibilidad de que tal vez muriese antes de la parusía, no le impiden que diga: «los cielos, de donde también esperamos al Salvador» (Fil 3.20).

En las epístolas pastorales, las últimas de todas, en las que usa un lenguaje solo explicable por la idea de que sabía que su propia muerte era inminente, habla no obstante de la recompensa que espera a los que aman la manifestación de Cristo (2 Ti 4.6-8), y de la gracia de Dios «enseñándonos que ... vivamos ... aguardando la esperanza bienaventurada» (Tit 2.11-13). Por cierto, antes de terminar la epístola en la que dice: «yo ya estoy para ser sacrificado», insta a Timoteo a que venga «antes del invierno», estación que presumiblemente estaba todavía a alguna distancia en el futuro, y que traiga consigo a Marcos, así como también algunos artículos que esperaba necesitar. Como siempre, así también ahora, cuando parecía que no había escape de la

muerte, el apóstol estaba listo ya fuera para el sufrimiento o para el servicio, o para el arrebatamiento de los santos que lo libraría de lo uno y llevaría lo otro a su final.

Parece claro, por consiguiente, que no se puede derivar ninguna conclusión del lenguaje del apóstol en cuanto a sus expectativas personales. Él indica lo que debería ser la actitud de cada generación de creyentes, el deseo, la expectativa, de la parusía del Señor, pero no hay razón para suponer que él supiera sobre el tema más de lo que enseñó (cp. 1 Co 13.12). Tampoco hay ninguna evidencia de que haya declaraciones en las epístolas posteriores con el propósito de corregir lo que escribió anteriormente. Por el contrario, como hemos visto, complementan, pero en ningún caso contradicen, declaraciones previas. Es más, las palabras a los tesalonicenses afirman ser revelación del mismo Señor y, aunque se puedan desarrollar más o explicar por revelación posterior, no se las puede hacer a un lado, y mucho menos atribuirles a comprensión errónea por parte del apóstol. Toda su vida, como se refleja en sus epístolas, mantuvo la misma actitud hacia las grandes alternativas. No hay incoherencia. Su ejemplo y sus palabras por igual nos enseñan a estar preparados para enfrentar la muerte con valor indeclinable pero, sobre todas las cosas, esperar la parusía del Señor.

Oseas 12.4, Romanos 13.13 y Hebreos 12.25 se pueden comparar para ver ejemplos de este uso de «nosotros» y «nuestro».

A cada hombre en todo tiempo se aplica, como en el caso de David perseguido por Saúl, que «hay sólo un paso entre nosotros y la muerte». Y aunque el apóstol sabía que eso era así para él, también sabía que el Señor podía venir primero. La experiencia ha enseñado a los hombres que la muerte es algo que, desde luego, se puede considerar como una posibilidad siempre presente. En el evangelio se revela que, para el creyente, el Señor bien podría venir antes de la muerte. Si los sabios consideran de esta manera a la muerte, ¡cuánto más debería el creyente tener en cuenta la parusía del Señor!

## NOTA E

Demasiado a menudo, por desgracia, la palabra «arrebatamiento» se toma para referirse al gozo peculiar de los redimidos cuando encuentren al Señor. Pero la idea de éxtasis que surge del concepto del arrobamiento de gozo está enteramente ausente en el uso del Nuevo Testamento de la palabra *jarpazo*. Tampoco se añade allí la palabra «secreto». En vista de las desdichadas controversias haremos bien en ceñirnos todo lo posible a la fraseología bíblica. En cuanto al hecho esto es lo que se puede decir: que va a suceder «en

un abrir y cerrar de ojos», que no se puede presenciar y, por consiguiente, hasta ese punto, será secreto. Pero la remoción de incluso un «rebaño pequeño» de entre los hombres no podría permanecer secreto mucho tiempo, si es que llega en algún momento a ser secreto. Ver *Notes on Thessalonians*.

## NOTA F

Ni del alma ni del espíritu se dice que duermen al morir; la palabra de 1 Tesalonicenses 4.13 (*koimaomai*) se usaba solo referida al cuerpo del creyente. Esto lo dejan claro pasajes tales como Hechos 13.36: «David ... durmió ... y vio corrupción». La parte de David que durmió fue la que vio corrupción. En la muerte, el espíritu desvestido (condición en sí misma desagradable para el apóstol, como se puede ver de una comparación de 2 Co 5.3 con v. 8), está «presente al Señor». Es en vista de esto por lo que está listo incluso para morir, y escribe en otra parte «morir es ganancia ... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor» (Fil 1.21-23). Sugerir que el estado inactivo, de latencia, si acaso no inconsciencia, del espíritu le parecería al apóstol preferible a esta vida de actividad en el servicio delata aquí un peregrino concepto erróneo de su carácter.

Todavía más, la preposición que se traduce «al» (*pros*) en 2 Corintios 5.8 denota no meramente estar en el mismo lugar con otro, sino estar en comunicación con, recibir impresiones de, e impartir impresiones a, otro. La preposición sería inapropiada si se concibiera que las almas o espíritus de los muertos en Cristo se hallan en un estado de inconsciencia.

## NOTA G

«La final trompeta». Es muy difícil que la referencia pueda ser a la última de las siete trompetas de Apocalipsis. Esas son figuras, no trompetas reales; como los sellos y las copas, son parte de la simbología bajo la cual se le reveló el futuro a Juan. Suponer que el apóstol se refiere a la séptima de la serie de Juan es no entender el carácter de Apocalipsis, y da por sentado que lo que Juan vio y oyó fueron las cosas reales que todavía están por verse y oírse cuando venga el cumplimiento, y no símbolos, o figuras, de esas cosas. Es más, no hay ningún indicio en los escritos de Pablo de que este tuviera conocimiento alguno de la forma con la que le iban a ser revelados los desarrollos de la historia humana a Juan, ni de que estuviera en absoluto familiarizado con Apocalipsis. Todavía más, Pablo no está describiendo una

visión; está dando información, describiendo cosas que van a ocurrir. Todo el resto del pasaje se debe entender literalmente; así también esto, conforme a cualquier patrón sano de interpretación. La figura es la de un ejército recibiendo la señal de marcha; el «grito» de 1 Tesalonicenses 4.16 también es una palabra militar con igual significado. Es posible que el apóstol haya pensado en las trompetas con que se convocaba a los israelitas. El primer y segundo toque los reunía, y el tercero era la señal de marchar (Nm 10.2-6).

## NOTA H

«Mortal», igual que «resurrección», se aplica solo al cuerpo y, por supuesto, solo a los cuerpos de los vivos. La palabra «inmortalidad» sigue a la fuerza el mismo principio, es decir, también es aplicable únicamente a los cuerpos de los creyentes vivos, en tanto en cuanto serán afectados por el cambio que va tener lugar en ellos en la parusía del Señor. «La inmortalidad del alma» es un concepto puramente pagano, que surge del concepto erróneo de que el mal es inherente en la materia, y que, por consiguiente, el cuerpo es sede del pecado y fuente de todos los males de la vida. El único otro pasaje en que aparece en el Nuevo Testamento la palabra (*atanasia*) es 1 Timoteo 3.16. El uso común de inmortal como equivalente de existencia continua no se halla en absoluto en la Biblia. La inmortalidad no se menciona aquí para referirse a los no regenerados, pero tampoco se aprueba la idea de que alguien deje de existir.

## NOTA I

*Zoopoieo*, «hacer vivir», en el Nuevo Testamento siempre significa impartir vida a lo que está muerto. Dios resucita a los muertos, es decir, los cadáveres de los muertos, y les imparte vida; también el Hijo (Jn 5.24; 1 Co 15.22). Romanos 8.11 se debe entender de la misma manera; Dios impartirá vida a este cuerpo mortal; lo vestirá de inmortalidad. No hay ningún otro pasaje en las Escrituras en el cual *zoopoieo* signifique reforzar el vigor, espiritual, mental o físico. No hay razón para introducir esta idea aquí, puesto que no tiene base ni por el uso de la palabra ni por el contexto.